F
2823
M21/28X
N.2
9X

UNA ESCURSION

A LOS

INDIOS RANQUELES

POR

LUCIO V. MANSILLA

Coronel de la República Arjentina.

10539

Buenos Aires 1870.

TOMO SEGUNDO

BUENOS AIRES

IMPRENTA, LITOGRAFÍA Y FUNDICION DE TIPOS — BELGRANO, 126.

1870

F282
RZM
V.2

Estas cartas se publicaron cotidianamente en la « Tribuna » de Buenos Aires, empezando el 20 de Mayo de 1870.

Para comprender el sentido de algunas de ellas, es menester estar al cabo de la vida política y social de la República.

El autor escribe con *c* y *s*, con *s* y *c*, con *c*, *c*, ó simplemente con *s* las palabras que otros escriben con *x*; y siempre con *jota* las sílabas *je*, *ji*.

XXXIII

Retrato de Mariano Rosas—Su política—Cómo le tomaron prisionero los cristianos—Rozas le hace peon de su estancia del Pino—Su fuga—Agradecimiento por su antiguo patron—Paralelo—De pillo á pillo—Voto de un indio—Muerte de Painé—Derecho hereditario, entre los indios—Los refujiados políticos—Marco—Marino Rosas, quiere *loncotear* conmigo—Apuros—Una sombra.

El cacique jeneral de las tribus Ranquelinas tendrá cuarenta y cinco años de edad.

Pertenece á la categoría de los hombres de talla mediana. Es delgado, pero tiene unos miembros de acero. Nadie bolea, ni piala, ni sujeta un potro del cabestro como él.

Una negra cabellera larga y lácia, nevada yá, cae sobre sus hombros y hermosea su frente despejada, surcada de arrugas horizontales. Unos grandes ojos rasgados, hundidos, garzos y chispeantes, que miran, con fijeza por entre largas y pobladas pestañas, cuya espresion habitual es la melancolía, pero que se animan gradualmente, revelando entonces orgullo, enerjía, y fiereza; una nariz

pequeña deprimida en la punta, de abiertas ventanas, signo de desconfianza, de líneas regulares y acentuadas; una boca de labios delgados que casi nunca muestra los dientes, marca de astucia y crueldad; una barba aguda, unos juanetes saltados, como si la piel estuviera disecada, manifestacion de valor, y unas cejas vellosas, arqueadas, entre las cuales hay siempre unas rayas perpendiculares, señal inequívoca de irascibilidad, caracterizan su fisonomía, bronceada por naturaleza, requemada por las inclemencias del sol, del aire frio, seco y penetrante del desierto pampeano.

Mariano Rosas, es hijo del famoso cacique Painé.

Colocado estratéjicamente en Leubucó, entre las tribus de los caciques Ramon y Baigorrita, es el jefe de una confederacion. Apoyando unas veces á Ramon contra Baigorrita y otras á Baigorrita contra Ramon, su predominio sobre ambos es constante.

Dividir para reinar, es su divisa. Así Baigorrita y Ramon, que son bravos en la pelea, diestros en todos los ejercicios ecuestres, entendidos en todo jénero de faenas rurales, sin tenerle envidia á este Bismark ranquelino, ponderan la prudencia de sus consejos, su sesuda prevision, su carácter persistente y conciliador.

El año de 1834 fué hecho prisionero en la Laguna de Laghelo, situada donde actualmente ecsiste el fuerte «Gainza,» cuyos primeros cimientos los puse yo, al avanzar, hace ocho meses, la frontera Sur de Santa Fé.

Este paraje dista como treinta leguas de Melincué.

Mariano Rosas, junto con varios indiecitos y alguna chusma se habian quedado allí, cuidando una caballada de refresco, mientras su belicoso padre daba un *malon*, internándose muy adentro.

Los cristianos encargados de la seguridad de la frontera Norte de Buenos Aires, maniobrando hábilmente se lanzaron al Sur, cuando sintieron la invasion, para salirles á los ladrones de adelante; ocuparon y se posesionaron de una de las aguadas principales por donde debian pasar con el botin, sorprendieron á los caballerizos, les quitaron toda la caballada y los cautivaron lo mismo que á la chusma.

Mariano Rosas y sus compañeros de infortunio fueron conducidos á los Santos Lugares. Allí permanecieron engrillados y presos, tratados con dureza, cerca de un año, segun sus recuerdos.

Perdian la esperanza de mejorar de suerte. Mas como está de Dios que el hombre suba á la cumbre de la montaña cuando menos lo espera, cayendo en el abismo de la desgracia cuando todo sonrie á su alrededor, —un dia los llevaron á presencia del dictador D. Juan Manuel de Rozas.

Interrogándolos minuciosamente, supo este, que Mariano, que se llamaba á la sazon como su padre, era hijo de un cacique principal de mucha nombradía. Le hizo bautizar, sirviéndole de padrino, le puso Mariano en la pila, le dió su apellido y le mandó con los otros de peon á su estancia del «Pino.»

En ella pasaron algunos años trabajando duro, alojados al raso contra un corral de ñandubay, recibiendo lecciones útiles y provechosas sobre la manera de hacer las faenas de campo, sobre el modo de amansar debidamente un potro, aprendiendo á rejentear un establecimiento en forma, tratados unas veces á rebencazos, sin haber faltado en nada, atendidos jeneralmente con cariño, recibiendo raciones y salario como uno de tantos tra-

bajadores,—hasta que el amor de la familia, el recuerdo de las tolderías, el anhelo de una completa libertad, despertaron en ellos la idea de la fuga, á costa de cualquier riesgo.

Aprovechando una hermosa noche de luna y la confianza que en ellos tenian, echaron mano de una tropilla de caballos escojidos y alzándose, rumbearon al Occidente. Perdiéronse por los campos porque no eran baqueanos y porque temerosos de ser descubiertos y aprehendidos no querian acercarse á las estancias á preguntar donde quedaba el Bragado, pueblito que conocian por haber andado *maloqueando* por allí, siendo muchachos.

Notada en el «Pino» su desaparicion, fueron perseguidos, segun supieron despues por una mujer que cautivaron; pero no los alcanzaron.

En el puente de Marquez hallaron una partida de policía. La engañaron diciendo que habian venido á comercio y que se volvian para Tierra Adentro. Llegaron á la Federacion, hoy Junin, despues de haber andado seis dias por los campos sin rumbo determinado, descansando y ocultándose entre los cardales y pajonales, y allí los dejaron pasar, mediante un pretesto igual al anterior. Entonces habia paz con algunas tribus que vivian por el Toai, de modo que la composicion de lugar ideada, para escapar á la persecucion, se concibe que surtiera efecto.

Esta es la referencia que el mismo Mariano Rosas me ha hecho. Si no te pareciese verosímil, recuerda aquello, Santiago amigo, de:

"Y si lector dijerdes ser comento,
Como me lo contaron te lo cuento.»

Mariano Rosas conserva el mas grato recuerdo de veneracion por su padrino, habla de él con el mayor res-

peto, dice que cuanto es y sabe se lo debe á él, que despues de Dios no ha tenido otro padre mejor; que por él sabe como se arregla y compone un caballo parejero; como se cuida el ganado vacuno, yeguarizo y lanar, para que se aumente pronto y esté en buenas carnes en toda estacion; que él le enseñó á enlazar, á apialar y bolear á lo gaucho.

Que á mas de estos beneficios incomparables le debe el ser cristiano, lo que le ha valido ser muy afortunado en todas sus empresas.

Ya te he dicho que estos bárbaros respetan á los cristianos, reconociendo su superioridad moral, aunque les gusta vivir como indios, el *dolce far niente*, tener el mayor número posible de mujeres, tantas cuantas pueden mantener, en una palabra, ser evanjelistas en cuanto esto presupone cierta virtud misteriosa para ser felices en la paz y en la guerra.

Verdad es que la civilizacion moderna hace lo mismo con cierto disimulo, y es por esto, sin duda, que alguien ha dicho,—que nuestra pretendida civilizacion no es muchas veces mas que un estado de barbárie refinada.

Por supuesto, que siendo yo sobrino carnal de Rozas, oyéndolo hablar al indio de su padrino y projenitor postizo, me hacia la ilusion de que lo mas fácil del mundo para mi era catequizarlo. Al mas ducho se le queman los libros en presencia de un hombre de estado, primitivo.

La vanidad y tontera humanas, dónde no reciben su castigo? Ya veremos como la diplomacia es igual en todas partes, lo mismo en Lóndres que en Viena, en Buenos Aires que en Leubucó; que la cuña para ser buena ha de ser del mismo palo. Y lo que es mas filosófico aun,

—que la gratitnd anda á caballo en casa de aquellos que creen merecérselo todo.

Al poco tiempo de estar Mariano Rosas en su tierra, su padrino, que no daba puntada sin nudo, viendo que el pájaro se le habia escapado de la jaula, y que es bueno tener presente, que quien cria cuervos se espone á que estos le coman los ojos,—le mandó un gran regalo.

Consistia en doscientas yeguas, cincuenta vacas y diez toros de un pelo, dos tropillas de overos negros con madrinas oscuras, un apero completo con muchas prendas de plata, algunas arrobas de yerba y azúcar, tabaco y papel, ropa fina, un uniforme de Coronel y muchas divisas coloradas.

Con este rejio presente iba una afectuosa misiva que Mariano conserva, concebida mas ó menos así:

"Mi querido ahijado: No crea vd. que estoy enojado por su partida, aunque debió habérmelo prevenido para evitarme el disgusto de no saber qué se habia hecho. Nada mas natural que Vd. quisiera ver á sus padres, sin embargo de que nunca me lo manifestó. Yo le habria ayudado en el viaje, haciéndolo acompañar. Dígale á Pained que tengo mucho cariño por él, que le deseo todo bien, lo mismo que á sus Capitanejos é indiadas. Reciba ese pequeño obsequio que es cuanto por ahora le puedo mandar. Ocurra á mí siempre que esté pobre. No olvide mis consejos porque son los de un padrino cariñoso, y que Dios le dé mucha salud y larga vida. Su afectísimo Juan Manuel de Rozas.»

Esta cartita melíflua y calculada, llevaba un apéndice insignificante al parecer:

«*Post Data.* Cuando se desocupe, véngase á visitarme con algunos amigos.»

Difícil y algo mas que difícil, árdua cosa es desentrañar las intenciones del mas inocente mortal.

Que cada cual comente á su manera la carta y la *post data* susodichas pues.

Yo, cuando se trata de los pensamientos del prójimo, siempre tengo presente el dicho de cierto moralista de nota, con el que lo confundió una vez á un hombre de Estado: la ley de Dios que prohibe los juicios temerarios es no solamente ley de caridad, sino de justicia y buena lójica.

Mariano Rosas recibió la carta y el presente, deliberó qué debia hacer, y como la mejor suerte de los dados es no jugarlos, ó como diria Sancho, si de esta escapo y no muero no mas bodas en el cielo, resolvió: agradecerle á su padino la fineza y no visitarle.

Con este motivo y para que en ningun tiempo se dudára de sus sentimientos, despues de consultar á las viejas agoreras, juró no moverse jamás de su tierra.

Vinculado por este voto solemne á su hogar, al terreno donde nació, á los bosques en que pasó su infancia, Mariano Rosas no ha pisado, despues de su cautiverio, en tierra de cristianos y tiene la preocupacion de que si viene personalmente á alguna invasion caerá prisionero.

Conozco este episodio de su vida, porque él mismo me lo ha contado.

Diciéndole que el jeneral Arredondo me habia encargado le manifestára los vivos deseos que tenia de conocerle y que cuando estuviera afianzada la paz era conveniente que le hiciera una visita en la Villa de Mercedes, me contestó:

—Eso nó, hermano.

—Por qué? le pregunté.

Refirióme entonces con minuciosos detalles lo que llevo relatado,—para que se vea que toda la ciencia de los indios, en su trato con los cristianos se reduce á un aforismo que nosotros practicamos todos los dias: la desconfianza es madre de la seguridad.

He dicho que Mariano Rosas era hijo de Painé.

Painé murió trájicamente.

El jeneral D. Emilio Miire, para salvar su division en 1856, tuvo que dejar en el desierto la mayor parte de su material de guerra.

Llegó hasta Chamalcó y de allí contramarchó.

Los indios se vinieron sobre sus rastros.

Painé, Cacique jeneral entonces de las tríbus Ranquelinas, los acaudillaba. En los montes hallaron un armon de municiones.

Entre ellas habia granadas.

Un accidente hizo reventar una.

El armon voló y con él Painé.

Así murió ese Cacique mentado.

Su hijo mayor, Mariano Rosas, heredó entonces el gobierno y el poder.

Se cree jeneralmente que entre los indios, prevaleciendo el derecho del mas fuerte, cualquiera puede hacerse Cacique ó Capitanejo.

Pero no es así, ellos tienen sus costumbres, que son sus leyes.

Aquellas jerarquías son hereditarias, ecsistiendo hasta la abdicacion del padre en favor del hijo mayor si es apto para el mando.

Por eso actualmente, viviendo el padre del Cacique Ramon, es este quien gobierna las indiadas de Carrilobo.

Entre los indios, como en todas partes, hay revoluciones que derrocan á los que invisten el poder supremo. La regla, sin embargo, es la que dejo dicho; solo sufre alteracion cuando el Cacique ó Capitanejo no tiene hijos ni hermanos que puedan heredar su puesto.

En este caso se hace un plebiscito y la mayoría derime pacíficamente las cosas,—ni mas ni menos que como en un pueblo donde el sufrajio universal campea por sus respetos.

Mas revoluciones hemos hecho nosotros, víctimas hoy de una oclocracia, mañana de otra, quitando y poniendo Gobernadores, que los indios por la ambicion de gobernar.

Y es asunto que se presta á fecundas consideraciones, que los que aman la libertad racional se persigan unos á otros y se esterminen con implacable saña, conculcando las instituciones que ellos mismos han formulado, reconociendo y jurando que son salvadoras, por la satisfaccion sensual del poder,—y que los que solo aman la libertad natural no quiebren lanzas en fratricidas guerras.

Pero ya caigo.

Es que los bárbaros no andan detrás de la mejor de las Repúblicas.

Es que ellos creen una cosa de que nosotros no nos queremos convencer: que los principios son todo, los hombres nada; que no hay hombres necesarios; «que si « César hubiese pensado como Caton, otros hubieran pen- « sado como César, y que la República destinada á pe- « recer habria sido arrastrada al precipicio por cualquier otra mano».

Mariano Rosas se viste como un gaucho, paquete, pero sin lujo.

A mí me recibió con camiseta de Crimea, mordoré, adornada de trencilla negra, pañuelo de seda al cuello, chiripá de poncho inglés, calzoncillo con fleco, bota de becerro, tirador con cuatro botones de plata y sombrero de castor fino, con ancha cinta colorada.

Como Leubucó es el asiento principal de todos los refujiados políticos,—la santa federacion está allí á la órden del dia.

Y aunque parezca broma ó exajeracion, debo decirlo, las noticias no escasean.

Todo cuanto sueñan los refujiados circula como noticia que ha venido de Mendoza ó San Luis, de Córdoba ó el Rosario.

Hoy es Urquiza quien se ha pronunciado contra los *salvajes*, mañana Sáa que ha invadido; al dia siguiente Guayama, el bandolero de los llanos es el que ha sublevado la Rioja, despues los Taboada han dado el grito contra el Gobierno.

Todas estas voces se discuten, se comentan, se prestan á mil conjeturas, se trata de saber cómo han llegado, quién las ha traido, y el tiempo corre y nada sucede, y el *malon* aplazado se realiza, porque el tiempo es oro y

es necesario no perderlo, ya que los amigos federales se duermen en las pajas. No hay idea de todas las quimeras que en aquellos mundos han mecido la imajinacion con motivo de la guerra del Paraguay. Ha sido una comedia.

Pero, ahora que ya sabes el orijen de Mariano Rosas, que cara tiene, como se viste, de qué se ocupan los politicastros de Tierra Adentro y otras particularidades, reanudemos el hilo del relato empezado al terminar mi carta anterior.

Mariano me habia hecho un yapaí. Yo tenia el cuerno lleno de aguardiente en la mano.

—Yapaí, hermano, le dije, y me lo bebí de un sorbo para no tomarle el gusto, como si fuera una purga de aceite de castor.

Sentí como si me hubieran echado una brasa de fuego en el estómago. La erupcion no se hizo esperar; mi boca era un albañal. Despedia á torrentes todo cuanto habia comido y una revolucion intestinal rujia dentro de mí. Oia el bullicio porque tenia orejas, no veia nada. Se me figuraba que no estaba en el suelo sino suspendido en el aire, dando vueltas á la manera de una rueda que se jira sobre un eje, aunque me parecia que la cabeza siempre quedaba para abajo, gravitando mas que todo el resto de mi humanidad. Horribles ánsias, nauseabundas arcadas, bascas ágrias como vinagre, una desazon é inquietud imponderables me devoraban.

Pasó el mareo.

Los yapaí siguieron para reforzar la tranca, como decia cierto espiritual amigo sectario de Baco, cuando entraba al Club del Progreso, picado ya, y le pedia al mozo una copita de coñac.

Hay situaciones que son como un incendio en alta mar, todas las probabilidades están en contra. Yo me hallaba en una de ellas.

Para remate de fiestas, Mariano queria loncotear conmigo, *loncotear* á las tres de la mañana! Era nada lo del ojo y lo llevaba en la mano! Me defendí como pude. El indio no estaba para bromas. Viendo que loncotear era imposible, le dió por agarrarme de los hombros con entrambas manos sacudiéndome con sus fuerzas atléticas unas veces, empujándome para atras otras. Hermano! hermano! me decia con estridente voz, mimbreándose como una vara. Yo le contenia y le rechazaba con moderacion. Un movimiento brusco mio podia hacerle dar un traspié. Y si se caia de narices, quién sabe si sus comensales no me hacian á mí lo que los arrieros á don Quijote.

Bien considerado el caso era peliagudo. Una de las veces que esforzándome en contenerlo tropezó, por poco no cae espatarrado, despachurrándose.

Abrazóse de mí con sus membrudos brazos. Temí algo. Le busqué el puñal, lo hallé, lo empuñé vigorosamente para que no pudiera hacer uso de él, y así permanecimos un rato, él pugnando por sacarme campo afuera, yo luchando por no retirarme de la enramada. Nos separábamos, nos volviamos á abrazar. Tornábamos á separarnos y en cada atropellada que me hacia metíame las manos por la cara.

Yo estaba tentado de llamar á mis oficiales y asistentes, porque francamente, recelaba un desaguisado. Pero me daba no sé qué hacerlo. Cierto es que allí no habia perros que me asustáran, mas es que tampoco habia miriñaques que me alentáran. Aquel público, el instin-

to que mas despertaba en mí era el de la propia conservacion.

De aguardiente no quedaba ya sino el olor.

La chusma queria rematarse.

—Dando mas aguardiente, coronel, me decian.

—Otro poco hermano, me dijo Mariano.

Miguelito les habló en su lengua, y tirándome de un brazo:

—Vamos, mi coronel, me dijo.

Comprendí que queria sacarme de allí. Le seguí. Los indios se echaron en el suelo, unos sobre otros, todos revueltos.

Miguelito me llevaba en direccion á mi rancho. Iba á amanecer. El cielo se habia cubierto de nubes. La luz de las estrellas apenas brillaba al través. Estábamos en tinieblas. Yo caminaba, no por mi voluntad sino arrastrado por mi guardian. Me bamboleaba perdiendo por momentos el equilibrio. Llegamos á la puerta de mi rancho, Miguelito alzó el cuero.

Entre y descanse, me dijo, mi Coronel. Yo voy á entretenerlos á aquellos.

Entré.

Detrás de mí entró una sombra.

A la luz moribunda del candil que habia llevado Cármen, hacia un rato, me pareció ver una mujer.

Estas mujeres se le aparecen á uno en todas partes. Nos aman con abnegacion.

Y tan crueles que somos despues con ellas!

Nos dan la vida, el placer, la felicidad.

Y para qué? Para que tarde ó temprano en un arranque de hastío, esclamemos:

«Siempre igual, necias mujeres.»

XXXIV

Efectos del aguardiente—Una mano femenil—Mi comadre Cármen me cuenta lo sucedido—Unas coplas—La vida de un artista en acordion en dos palabras—Preguntas y respuestas—Las obras públicas de Leubucó—Insistencia del organista—Un baño—Mariano Rosas en el corral—Cómo matan los indios la res.

El candil ardia y se apagaba como un fuego fátuo.

Buscando mi cama, donde no estaba, porque los últimos humos del mareo me hacian ver todos los objetos trastornados, al revés, tropecé con la luz y la estinguí. Con los ojos de la imajinacion veia el caos. Trataba de encontrar un punto de apoyo para no caerme. Mis brazos funcionaban como las aspas de un molino. Me caí. Me levanté. Volví á caerme encima de los compañeros de rancho.

Ni los frailes, ni los oficiales sintieron la mole que repetidas veces se desplomó sobre ellos.

Mi ronca voz, ahogándose en la garganta, llamaba un asistente.

Nadie me oia.

Tanteando como un ciego perlático, cojí una cosa blanda, sedosa, suave, y, al mismo tiempo, percibí como en sueños un ruido de gallinas. Mi mano habia asido de la rabadilla un galllo ó pollo, despertando todo el gallinero de Mariano Rosas, que huyendo de la helada, sin duda, se habia guarecido en nuestra morada, tomando posesion de mi lecho.

La sorpresa me hizo soltar la presa, abandonar el punto de apoyo y caer de boca, posándola sobre algo blando, hediondo y frio.

Creí asficsiarme, porque no podia cambiar de posicion.

Mis piernas parecian dislocadas, como las de un muñeco. Haciendo un esfuerzo supremo, me enderecé. Describí dos semicírculos con los brazos. Hallé una mano pequeña, pulida, caliente que me sostuvo, arrastrándome poco á poco. Un brazo rodeó mi cuerpo. Recliné mi cabeza desvanecida sobre un seno palpitante y dí unos cuantos pasos, lo mismo que un herido, alzóse el cuero de la puerta del rancho y penetró en él, hiriendo mis ojos medio abiertos, la luz crepuscular.

Confusamente percibí varias voces que decian:

—¿Dónde está ese coronel Mansilla?

—Dando mas aguardiente!

Una voz contestó:

—No está aquí.

Y al mismo tiempo, cayendo el cuero de improviso, volvió á quedar el rancho envuelto en una completa oscuridad.

Oí como el murmullo de jente que refunfuña y ruido como el de pisadas que se alejan.

Sentí que una cosa áspera, como una tela de lana, repasaba mi rostro y que me empujaban hácia adelante.

Yo no era dueño de mí mismo. Obedecia, abria y cerraba los ojos.

Ví entrar de nuevo la luz del alba en el rancho. Despues sentí frio. Caminaba á la par de otra persona que con cariño me sustentaba.

Me quedé dormido.

Al rato me desperté al lado de un gran fogon.

En torno de él estaban tres mujeres y tres hombres, cristianos todos. Me habian hecho una cama con jergas y cueros. A mi lado estaba una china.

—Qué quiere tomar, me dijo, mate ó café?

Fijé con agradecimiento los ojos en ella y reconocí á mi comadre Cármen.

—Café, comadre, le contesté.

Y mientras lo preparaban, contóme que cuando me separé de Mariano Rosas, ella estaba en la enramada, despierta, por si algo necesitaba; que se deslizó entre las sombras de la noche, ayudándole á Miguelito á llevarme á mi rancho; que al salir, varios indios habian acudido á preguntar por mí; que finjiendo voz de cristiano les habia contestado que no estaba; y que para que no me incomodáran y me dejáran descansar, me habia llevado á un toldo vecino en el que habitaban puros cristianos.

Me puse á tomar café. Gradualmente fueron desapareciendo los efectos narcóticos del aguardiente. La aurora color de rosa, entraba con sus rayos de fuego por entre las rendijas del toldo. Cantaban los gallos, cacareaban

las gallinas, relinchaban los caballos, bramaban los toros, oíase el balido de las ovejas, ajitábase todo al despertar de la naturaleza.

Vibraron las notas de un mal tocado acordion, y una voz que me hizo crispar los nervios entonó unas coplas.

Señor Coronel Mansilla,
Permítame que le cante.

Iba á tronar contra el negro, porque era él en cuerpo y alma el de la música, cuando entró en el toldo, y plegando su instrumento y sellando sus labios, interrumpió las coplas para decirme:

—Buenos dias, mi amo,—su mercé ha pasado bien la noche?

Me pareció mejor írmele á las buenas y así le contesté:

—Muy bien, hombre, gracias, siéntate. Pero con la condicion que no has de tocar tu maldito acordion, ni has de cantar. Ya estoy harto.

Sentóse.

Le pasaron un mate, y entre chupada y chupada, me refirió su vida en cuatro palabras.

—Mi amo, me dijo, yo soy federal. Cuando cayó nuestro padre Rozas, que nos dió la libertad á los negros, estaba de baja. Me hicieron veterano otra vez. Estuve en el Azul con el jeneral Rivas. De allí me deserté y me vine para acá. Y no he de salir de aquí, hasta que no vuelva el Restaurador, que ha de ser pronto, porque D. Juan Sáa nos ha escrito que él lo va á mandar buscar. Yo he sido de los negros de Ravelo.

Y aquí interrumpió la historia de su vida, entonando, ó mejor dicho, desentonando, esta cancion:

Que viva la patria
Libre de cadenas,
Y viva el gran Rozas
Para defenderla.

Le atajé el resuello, diciéndole:

—Hombre, ya te he dicho que no quiero oirte cantar.

Callóse, y mirándome con cierta desconfianza, me preguntó:

—Vd. es sobrino de Rozas?

—Sí.

—Federal?

—No.

—Salvaje?

—No.

—Y entonces, qué es?

—Qué te importa!

El negro frunció la frente, y con voz y aire irrespetuoso:

—No me trate mal porque soy negro y pobre, me dijo.

—No seas insolente, le contesté.

—Aquí todos somos iguales, repuso, agregando algo indecente.

Agarré una astilla de leña enorme, levanté el brazo, y diciéndole: ahora verás,—iba á darle un garrotazo, cuando mi comadre Cármen me contuvo, diciéndome:

—No le haga caso, compadre, á ese negro borracho.

Dirijióse á él, hablándole en araucano, y el negro, que se habia puesto de pié, volvió á sentarse, diciéndome:

—Dispense su merced.

—Estás dispensado, le contesté, pero cuidado con volver á tratarme como me has tratado!

Intentó desplegar su acordion. Era en vano Me hacia el efecto de una lima de acero, que raspa los dientes.

Tuvo que renunciar á su pasion filarmónica. Tomó la palabra, y siguió hablando de sus opiniones políticas, y de las delicias de aquella tierra.

—Aquí hay de todo, mi Coronel, me decia. Al que es hombre de bien, lo tratan bien, y al que es pícaro, el jeneral Mariano lo castiga, haciéndole trabajar en las obras públicas.

Solté una carcajada, ámplia é injénua.

—Las obras públicas?

—Sí, mi amo.

—Y qué obras públicas son esas?

—Ahhhhh! Los corrales del jeneral.

En este momento entró, refregándose los ojos, el padre Marcos, atraido por la lumbre de nuestro hermoso fogon, buscando agua caliente para tomar un jarro de té.

Sentóse en la rueda el buen franciscano y siguió la charla, sazonándola el negro con algunas agudezas, y rogándome de vez en cuando que le dejára tocar su acordion.

—Nó, nó, le decia yo, prefiero oir un cuerno á tu acordion.

Su aire favorito era el muy popular de *arrincónemela*, (1) y esta tocata, recordándome á Buenos Aires, me entristecia.

Suplicaba.

Decididamente, el acordion era para él una necesidad,—como el violin para Paganini,—el piano para Gottschalk.

Yo me negaba inflecsiblemente.

Y no solo me negaba á que luciera su habilidad, sino que le amenazaba con hacerle perder la gracia de Mariano Rosas, sino tenia juicio, mandándole á éste á mi regreso al Rio 4° un organito de resorte.

—Entonces, le decia, ya no serás un hombre necesario aquí.

Salió el sol; tenia necesidad de refrescar mi cuerpo. Recuerda, Santiago, amigo, que no he dormido ni me he lavado, desde que estábamos en Calcumuleu.

Pregunté si no habia por allí cerca donde bañarse.

Me dijeron que sí, que á veinte cuadras de distancia habia un gran jaguel, con piso de tosca, donde se bañaban de madrugada las chinas de Mariano y él mismo.

Le pedí á un cristiano que me lo enseñára.

Llamé á un asistente, hice traer un caballo, abandoné el fogon, salté en pelos y de una sentada estuve en el baño.

Hacia un frio glacial. Manuel Gazcon, que es un pato,

(1) La habia sacado de oido oyéndosela tocar en la guitarra à un desertor.

un hidrópata, por estudio y por conviccion, se habria deleitado allí.

Las abluciones despejaron mis sentidos y retemplaron mi cuerpo, borrando hasta los rastros de la mala noche. Me sentí otro hombre.

Hice que mi asistente se bañára, y mientras él tiritaba de frio, dando diente con diente, por la falta de costumbre de zabullirse en el agua con el alba,—yo me paseaba á largos trancos por la blanda arena, provocando la reaccion. Se produjo, monté á caballo y tomé el camino de los toldos.

De regreso, ví mucha jente, y una gran polvareda cerca de la orilla del monte. Corrian dentro de un corral. Cambié de direccion y fuí á ver qué hacian.

Habian enlazado una vaca gorda y se disponian á carnearla.

Mariano Rosas estaba allí, fresco como una lechuga. Se habia bañado antes que yo. Nadie que no estuviera en el secreto habria sospechado la noche que habia pasado. Los estragos hechos en su cuerpo por el aguardiente se descubrian, sin embargo, en la depresion de los párpados inferiores, cuyo tinte era violàceo.

En el instante de acercarme al corral, reboleaba el lazo para echar un piale. Lo recojió, y viniendo à mí con el mayor cariño y cortesía, me estiró la mano y me dió los buenos dias, preguntándome cómo habia pasado la noche, que si no me habian incomodado.

Estuve tan galante y afectuoso como él.

—Esa vaca gorda es para Vd., hermano, me dijo.

Y súbito, reboleó el lazo y echó un piale maestro y

volviéndose á mí, haciendo pié con una destreza envidiable, me dijo.

—Esto se lo debo á su tio, hermano.

Enlazada y pialada la res, cayó en tierra.

Creí que iban á matarla como lo hacemos los cristianos, clavándole primero el cuchillo repetidas veces en el pecho, y degollándola en medio de bramidos desgarradores, que hacen estremecer la tierra.

Hicieron otra cosa.

Un indio le dió un bolazo en la frente dejándola sin sentido.

En seguida la degollaron.

—Para qué es ese bolàzo, hermano, le pregunté á Mariano.

—Para que no brame, hermano, me contestó. No vé que dá lastima matarla así?

Que la civilizacion haga sus comentarios y se conteste á sí misma,—si bárbaros que tienen el sentimiento de la bondad para con los animales son susceptibles, ó nó, de una jenerosa redencion.

Degollada la res, la abandonaron á las chinas. Ellas la desollaron, la descuartizaron y la despostaron, recojiendo hasta la sangre.

Mariano Rosas y yo nos volvimos juntos á su toldo, conversando por el camino como dos viejos camaradas. Ni el, ni yo, hicimos mencion para nada de las escenas de la noche anterior.

Mariano montaba un caballo oscuro de su prodileccion, aperado con sencillez.

Era un animal vigoroso. Tenia la marca del jeneral D. Anjel Pacheco.

Llegamos á su toldo. Nos apeamos, nos sentamos y poco á poco comenzaron á llegar visitas, entrando y saliendo las jentes de la casa. Yo era objeto de todo jénero de atenciones. Me cebaron mate, me sirvieron un churrasco gordo, suculento, chorreando sangre, á la inglesa.

Me lo comí todo entero, quemándome los dedos y chupándomelos despues, como se estila en la tierra. Donde no hay manteles ni servilletas, qué otra cosa se ha de hacer?

Mariano me pidió permiso para dejarme solo un momento. Salió, desensilló el oscuro, lo soltó, ensilló un moro, y lo ató de la rienda en el palenque. Dió algunas órdenes y volvió á la enramada sobando una manea.

—Hermano, me dijo, á mí me gusta hacer yo mismo mis cosas. Asi salen mejor. Mi apero no lo maneja nadie, ni mis caballos tampoco. Mi padrino era lo mismo cuando yo lo conci. A Dios gracias, soy hombre sano.

Despues de esto cambiamos algunas palabras sin interés. Por último, me ofreció presentarme su familia.

Mañana estaremos de recepcion.

XXXV

El toldo de Mariano Bosas visto de la enramada—Preparativos para recibirme—Un bufon en Leubucó—De visita—Descripcion de un toldo—La mesa—El indio y el gaucho—Paralelo afijente—Reflecsiones—La comida—Un incidente gaucho.

La puerta del toldo de Mariano Rosas, caia á la enramada.

Varias chinas y cautivas lo barrian con escobas de biznaga, regaban el suelo arrojando en él jarros de agua, que sacaban con una mano de un gran tiesto de madera que sostenian con otra; colocaban á derecha é izquierda asientos de cueros negros de carnero, muy lanudos; ponian todo en órden, haciendo lios de los aperos, tendiendo las camas, colgando en ganchos de madera, hechos de orquetas de chañar, lazos, bolas, riendas, maneadores y bozales.

Una cuadrilla de indiecitos, sacaba en cueros, arrastrados mediante una soga de lo mismo, los montones de basura é inmundicia que las chinas y cautivas iban haciendo

en simetría, revelando que aquella operacion era hecha con frecuencia.

Un grupo de chinas de varias edades se peinaba con escobitas de paja brava, arreglando sus largos y lustrosos cabellos en dos trenzas de á tres gruesas guedejas cada una que remataban en una cinta pampa, y, para ajustarlas y alisarlas mejor, las humedecian con saliba, se pintaban unas á las otras, con carmin en polvo, los labios y los pómulos, se sombreaban los párpados y se ponian lunarcitos negros con el barro consabido; se ponian sarcillos, brazaletes, collares, se ceñian el cuerpo bien con una ancha faja de vivos colores, y, por último, se miraban en espejitos redondos de plomo de dos tapas, de unos que todo el mundo habrá visto en nuestros almacenes.

Yo veia todos estos preparativos, echando miradas furtivas al interior del toldo.

El negro del acordion se presentó, con su instrumento en mano. Estaban identificados por lo visto, no podian separarse; sin negro no habia acordion, sin acordion no habia negro.

Preludió un airecito y entonó unas coplas de su invencion.

Tambien era poeta, ya lo previne, aunque haciendo constar que sus baladas no recordaban las de Tirteo.

«Señor don Mariano Rosas
«La familla ya lo espera.»

Cantó el maestro de ceremonias de Leubucó, fiel judío de la politica, resuelto á esperar allí hasta la consumacion de sus dias, la venida del Mesías,—el regreso del Restaurador.

Mariano le miró, con esa cara benévola, con esa sonrisa afectuosa, con que los hombres ensoberbecidos por el poder míran á sus palaciegos y aduladores.

El negro, que conocia su posision, hizo algunas piruetas y danzó.

Parecia un sátiro.

Tenia la mota parada como cuernos, los ojos saltados enrojecidos por el alcohol, unas narices anchas y chatas llenas de escrecencias, unos labios gordos y rosados como salchichas crudas.

Se le hizo bueno el partido y siguió tocando su acordion, mirándome picarescamente, como quien dice: ahora te tengo.

La buena crianza, no permitia manifestarme disgustado de las gracias coreográficas, ni de la habilidad musical de aquel valido predilecto y mimado del dueño de casa.

Al contrario, como Mariano Rosas me mirára, de cuando en cuando sonriéndose, tenia que sonreirme.

Los circunstantes festejaban las bufonadas del negro.

Estaba radiante de júbilo; se sentaba al lado del cacique, le palmeaba, le abrazaba y mirándole con admiracion, esclamaba,: ah! toro lindo! Este es mi padre! Yo doy por él la vida! No es verdad mi amo?

Mariano, hacia un movimiento de aprobacion con la cabeza y en voz baja me decia: es muy fiel.

Miserable condicion humana!

El hombre es el mismo en todas partes, se inclina á los que lisonjean su necio orgullo, su amor propio, su va-

nidad; huye y se aleja de los que se estiman lo bastante para no envilecerse con la mentira.

No en valde Dante ha colocado á los aduladores en el Malebolge,—la fosa maldita—hundidos hasta las narices en pestíferas letrinas.

Llegaron mas visitas.

Todas fueron recibidas por Mariano con estudiada cortesía, observando estrictamente el ceremonial.

Ya sabemos que consiste en una série monótona de preguntas y respuestas.

Para todo el mundo habia asiento.

Despues que terminaban los saludos, venia la presentacion.

Yo tenia que levantarme, que dar la mano, que abrazar y que contestar con frases análogas, estas preguntas y salutaciones:

Me alegro de haberle conocido!

Cómo le ha ido de camino?

No ha perdido algunos caballos?

Estamos muy contentos de verlo aquí!

El negro tocaba, cantaba, bailaba y á quien mejor le parecia le adjudicaba una patochada. Para él era lo mismo que fuera un cacique, que un capitanejo; un indio que un cristiano. Tenia influencia en palacio y podia usar y abusar de sus festejadas gracias.

Llamé á los franciscanos para que los recien llegados les conocieran.

Vinieron. Con su aire dulce y manso saludaron á todos, siendo objeto de demostraciones de respeto. El sacerdoto es para los indios algo de venerando.

Hay en ellos un jérmen fecundo que esplotar en bien de la relijion, de la civilizacion y de la humanidad.

Mientras tanto qué se ha hecho?

Cómo se llaman, pregunto yo, los mártires jenerosos, que han dado el noble ejemplo de ir á predicar el Evanjelio entre los infieles de esta parte del continente americano?

Cuántas cruces ha regado la barbárie con sangre de misioneros propagadores de la fé?

Ah! esta civilizacion nuestra puede jactarse de todo, hasta de ser cruel y esterminadora consigo misma. Hay, sin embargo, un título modesto que no puede revindicar todavía,—es haber cumplido con los indíjenas los deberes del mas fuerte. Ni siquiera clementes hemos sido. Es el peor de los males.

La presencia de los franciscanos no fuè un obstáculo para que siguiera funcionando el acordion.

Yo estaba impaciente por entrar en el toldo de Mariano y conocer su familia.

En una de las vueltas que el negro daba, sentándose acá y allá, se puso á mi lado.

—Mira, le dije al oido, si sigues tocando, en cuanto llegue al Rio 4° mandaré lo que te dije,—el organito para Mariano.

Me miró como diciéndome,—por piedad no, y haciendo callar el instrumento y dirijiéndose á Mariano, le dijo:

—Ya está todo pronto.

Mariano me invitó entonces á pasar al toldo, se puso de pié y me enseñó el camino.

Le seguí dejando á los franciscanos con las visitas en la enramada.

Entramos.

Sus mujeres que eran cinco, sus hijas que eran tres y sus hijos que eran Epumer, Waiquiner, Amunao, Lincoln, Duguinao y Piutrin, estaban sentados en rueda.

A cierta distancia habia un grupo de cautivas.

Las chinas me saludaron con la cabeza, los varones se pusieron de pié, me dieron la mano y me abrazaron.

Las cautivas con la mirada. Me conmovieron.

Quién no se conmueve con la mirada triste y llorosa de una mujer?

Mariano me enseñó un asiento, me senté; él se puso á mi lado, dándome la izquierda.

Enfrente habia otra fila de asientos. Entraron varios indios y los ocuparon. Eran indios predilectos de Mariano.

Las chinas se levantaron y se pusieron en movimiento. En el medio del toldo habia tres fogones en línea y en cada uno de ellos humeaban grandes ollas de puchero y se tostaban gordos asados.

Un toldo, es un galpon de madera y cuero. Las cumbreras, horcones y costaneras son de madera; el techo y las paredes de cuero de potro cosido con vena de avestrúz. El mojinete tiene una gran abertura; por allí sale el humo y entra la ventilacion.

Los indios no hacen nunca fuego al raso. Cuando van á malon tapan sus fogones. El fuego y el humo traicionan al hombre en la Pampa, son su enemigo. Se ven de lejos. El fuego es un faro. El humo una atalaya.

Todo toldo está dividido en dos secciones de nichos á derecha é izquierda, como los camarotes de un buque. En cada nicho hay un catre de madera, con colchones y almohadas de pieles de carnero; y unos sacos de cuero de potro colgados en los pilares de la cama. En ellos guardan los indios sus cosas.

En cada nicho pernocta una persona.

De las teorías de Bslzac, sobre los lechos matrimoniales, los indios creen que la mejor para la conservacion de la paz doméstica es la que aconseja cama separada.

Como ves, Santiago amigo, el espectácnlo que presenta el toldo de un indio, es mas consolador que el que presenta el rancho de un gaucho. Y no obstante, el gaucho es un hombre civilizado. O son bárbaros? Cuáles son los verdaderos caracteres de la barbárie?

En el toldo de un indio, hay divisiones para evitar la promiscuidad de los secsos: camas cómodas, asientos, ollas, platos, cubiertos, una porcion de utensilios que revelan costumbres, necesidades.

En el rancho de un gaucho, falta todo. El marido, la mujer, los hijos, los hermanos, los parientes, los allegados, viven todos juntos, y duermen revueltos. Qué escena aquella para la moral!

En el rancho del gaucho, no hay jeneralmente puerta.

Se sientan en el suelo, en duros pedazos de palo, ó en cabezas de vaca disecadas. No usan tenedores, ni cucha-

ras, ni platos. Rara vez hacen puchero, porque no tienen olla. Cuando lo hacen, beben el caldo en ella, pasándosela unos á otros. No tienen jarro, un cuerno de buey lo suple. A veces ni esto hay. Una caldera no falta jamás, porque hay que calentar agua para tomar mate. Nunca tiene tapa. Es un trabajo taparla y destaparla. La pereza se la arranca y la bota.

El asado se asa en un asador de fierro, ó de palo, y se come con el mismo cuchillo con que se mata al prójimo, quemándose los dedos.

Qué triste y desconsolador es todo esto? Me parte el alma tener que decirlo. Pero para sacar de su ignorancia á nuestra orgullosa civilizacion, hay que obligarla á entablar comparaciones.

Así se replegará cuanto antes sobre sí misma, y comprenderá que la solucion de los problemas sociales de esta tierra es apremiante.

La suerte de las instituciones libres, el porvenir de la democracia y de la libertad serán siempre inseguros mientras las masas populares permanezcan en la ignorancia y atraso.

El *cabrio emisario* de las leyes, tienen que ser las costumbres. Dadme una asociacion de hombres cualquiera, con hábitos de trabajo, con necesidades, con decencia, y os prometo en poco tiempo un pueblo con leyes bien calculadas. El bien es una utopia cuando la semilla que debe producirlo no está sazonada. La aspiracion de la libertad racional es una quimera, cuando los instrumentos que deben practicarla son corrompidos.

Dios ha ligado fatalmente los efectos á las causas. Ni los olmos dan peras,—ni las instituciones sus frutos don-

de las nociones del bien y del mal, de lo bueno y de lo malo no están universalmente encarnadas en todo pecho. Siguiendo la ruta que llevamos, elevaremos los andamios del templo; pero al levantar la bóveda, el edificio se desplomará con estrépito y aplastará con sus escombros á todos.

Los artífices desaparecerán y el desaliento de los que contemplaban su obra conducirá á la anarquía. Por eso el primer deber de los hombres de estado es conocer su pais.

A los cincó minutos de estar en el toldo nos sirvieron de comer. A cada cual le pusieron delante un gran plato de madera con puchero abundante de choclos y zapallo, cubiertos,—cuchara, tenedor, cuchillo,—y agua.

Las cautivas eran las sirvientas. Algunas vestian como indias y estaban pintadas como ellas. Otras ocultaban su desnudez en andrajosos y súcios vestidos.

Cómo me miraban estas pobres! Qué mal disimulada resignacion traicionaban sus rostros! La que mas avenida parecia era la nodriza de la hija menor de Mariano; habia sido criada en la casa de D. Juan Manuel de Rozas. La cautivaron en Mulitas, en la famosa invasion que trajo el indio Cristo, en la época del gobierno de Urquiza,—cuando lo que se robaba aquí se vendia en las fronteras de Córdoba y San Luis.

Yo no habia comido mas que un churrasquito, desde el dia antes; el puchero estaba muy apetitoso y bien condimentado. Me puse pues á comer con tanta gana como anoche en el club del Progreso. Y como no habian olvidado los trapos, como olvidaron las servilletas allí, lo hice como un caballero.

Terminado el puchero, trajeron asado, despues sandías.

Estábamos en los postres cuando volvió á presentarse el negro con su inseparable acordion. Se sentó como en su casa al lado de Mariano y comenzó la música. Afortunadamente se habia puesto muy ronco y no podia cantar. Que te dure la ronquera, decia yo para mis adentros, y lo miraba, haciéndole con la cabeza una especie de amenaza de mandar el organito ofrecido y temido por él. El sátrapa me miraba compasivamente. Lo dejé seguir.

Conversábamos como en un salon,—cada uno con quien queria.

Los indios no dan cigarros á los cristianos que están de visita. Para fumar yo, tuve que regalar de los mios á todos.

Los indiecitos nos alcanzaban fuego, y cuando se quedaban jugando ó distraidos, Mariano los aventaba diciéndoles,—Salgan de ahí, no falten al respeto á sus mayores, Eran sus palabras casi testuales. Observé que eran en este sentido bien criados.

Mariano, queriendo ponderarme uno de sus hijos, me dijo:

—Este es muy gaucho.

Despues me esplicaron la frase. El indiecito ya robaba maneas y bozales. Mas tarde completaria su educacion robando ovejas, despues vacas. Es la escala.

En seguida me presentó otro.

Era un muchacho de *trece* años, no podia tener mas. Y eso debia tener por la época en que me aseguraron habia

nacido. Su mérito consistia en tener mujer ya. Su cara no carecia de atractivos; tenia bastante espresion. Revelaba escesos prematuros, un tísico en perspectiva.

Fumábamos y charlábamos alegremente, cuando se presentó Epumer, con mi capa colorada, la capa causante de tantos malos ratos y dolores de cabeza. Confieso que no me pareció tan fea.

Me saludó con política y me habló con cariño.

Pidió aguardiente, y Mariano le dijo en su lengua, — que no era hora de beber.

Sentóse y tomó parte en la conversacion.

Una cara, que yo no habia visto desde que llegamos, cuya aparicion por allí debia preocuparme, se mostró por una rendija del toldo y con disimulo me hizo una seña significativa.

Finjí un pretesto. Se lo comuniqué á mi huésped y le pedí permiso para retirarme, y me retiré diciéndome á mi mismo, lleno de curiosidad—qué habrá?

XXXVI (1)

Por qué se me presentaba Camilo Arias—Caractéres de este hombre y de nuestros paisanos—El indio Blanco—Sus amenazas—Le pido una entrevista á Mariano Rosas—Me tranquiliza—Costumbres de los indios—No ecsiste la prostitucion de la mujer soltera—Qué es *cancanear*—El pudor entre las indias—La mujer casada—De cuantos modos se casan las indias—Las viudas—Escena con Rufino Pereira—Igualdad—Miguelito intercede por Rufino.

La cara era la de Camilo Arias.

Salí del toldo, entré en la enramada, eché una visual hácia el lado por donde me habian llamado la atencion, y viendo que aquel se dirijia á mi rancho, haciendo un rodeo, me apresuré à entrar en él.

Entré luego.

Hice salir á los que estaban dentro; al capitan Rivadavia le ordené que estuviera en acecho de los espías que, seguu costumbre, debian observar mis movimientos y escuchar mis conversaciones; y á otro oficial, que con todo disimulo se acercára á Camilo y le dijera que podia entrar.

(1) Esta carta será mejor que no la lean las señoras.

Mi fiel y adicto compañero de tantas correrías por la frontera no se hizo esperar.

Segun mis instrucciones no se me habia acercado desde el dia que llegamos á Leubucó.

Algo grave, alarmante ó que convenia que yo no ignorase acontecia, cuando se me presentaba.

El no era hombre de alarmarse, ni de faltar á su consigna sin razon. Tenia toda la sangre fria, toda la astucia, toda la esperiencia del mundo, que tan prematuramente adquieren nuestros paisanos; son condiciones características en ellos, que la vida errante y azarosa que llevan desarrolla en sumo grado.

Es cosa que pasma verlos desde chiquitos cruzar los campos solos, á toda hora del dia y de la noche, en un mancarron ó picando una carreta; alejarse de las casas ó de las poblaciones, á bolear avestruces, guanacos ó gamas, á *peludear* ó *quirquinchar*, dormir entre las pajas, desafiar las intemperies, casi desnudos, con el caballo de la rienda y precaverse contra todas las eventualidades,—de los indios, de los cuatreros, de los ladrones.

Apenas entró Camilo en el rancho, le pregunté,—quê hay?

Miró á su alrededor, se cercioró de que no habia nadie, y dudando aun del testimonio de sus sentidos, se me acercó al oido y me dijo:

—El indio blanco ha venido.

—Y qué....le contesté encojiéndome de hombros.

—Está en una pulpería y dice que si Mariano Rosas ha hecho la paz, él no la ha hecho.

—Y quién está con él?

—Varios indios y cristianos.

—Y qué dicen?

—Lo mismo que él, que si Mariano Rosas ha hecho la paz, ellos no la han hecho.

—Nada mas dicen?

—Sí, dicen mas; dicen que ya lo veremos.

—Y cómo lo has sabido?

—Haciéndome el zonzo, el que no entendia, me allegué á ellos, y como algo entiendo su lengua he comprendido todo.

—Bien, retírate, cuidado esta noche con los caballos.

—No hay cuidado, señor.

Se marchó, y me quedé pensando qué haria. Despues de un momento de reflecsion resolví decirle á Mariano Rosas lo que ocurria.

Llamé al capitan Rivadavia y le ordené que le anunciára mi visita.

Me contestó que podia ir cuando gustase.

Volví á su toldo, despidió á las visitas y cuando nos quedamos solos le referí el caso.

Por mas que quiso disimular le conocí que la conducta del indio Blanco le irritaba, porque desconocia su autoridad.

No tenga cuidado, hermano, me dijo, y le mandó á uno de sus hijos que lo llamára á Camargo.

Mientras éste vino, me enteró de algunas costumbres de su tierra.

Hermano, me dijo, mas ó menos,—aquí á mi toldo puede entrar á la hora que guste, con confianza, de dia ó de noche es lo mismo. Está en su casa. Los indios somos jente franca y sencilla, no hacemos ceremonia con los amigos, damos lo que tenemos, y cuando no tenemos pedimos.

No sabemos trabajar, porque no nos han enseñado. Si fuéramos como los cristianos, seríamos ricos; pero no somos como ellos y somos pobres. Ya vé como vivimos. Yo no he querido aceptar su ofrecimiento de hacerme una casa de ladrillo, no porque desconozca que es mejor vivir bajo de buen techo, que como vivo, sino porque, que dirian los que no tuviesen las mismas comodidades que yo? Que ya no vivia como vivió mi padre, que me habia hecho hombre delicado, que soy un flojo.

Era escusado refutar estas razones; me limitaba á escuchar con atencíon y manifiesto interés.

Siguió hablando y me esplicó, que entre los indios no ecsiste la prostitucion de la mujer soltera. Esta se entrega al homhre de su predileccion. El que quiere penetra en un toldo de noche, se acerca á la cama de la china que le gusta y le habla.

Ni el padre, ni la madre, ni los hermanos le dicen una palabra. No es asunto de ellos, sino de la china. Ella es dueña de su voluntad y de su cuerpo, puede hacer de él lo que quiera. Si cede, no se deshonra, no es ni criticada, ni mal mirada. Al contrario es una prueba de que algo vale; de otra manera no la habrian solicitado,—ó *cancaneado.*

En lengua araucana, el acto de penetrar en un toldo á deshoras de la noche se llama *cancanear*, y *cancan*, equivale á seduccion.

Los filólogos franceses pueden averiguar si estos vocablos se los han tomado los indios á los galos ó estos á los indios.

Yo solo sé decir que es muy curioso que entre indios y franceses *cancanear* y *cancan*, respondan á ideas que se relacionan con Cupido y sus tentaciones.

Como se vé, la mujer soltera es libre como los pájaros para los placeres del amor entre los indios.

Se creerá por esto que la licencia es jeneral entre ellos, que los Lovelace abundan y que no hay mas que fijarse en una china para esclamar después: *fuí*, *vi* y *vencí*?

No tal.

La libertad, es un correctivo en todo. Como la lanza del guerrero antiguo, ella cura las mismas heridas que hace. Esta verdad es vieja en el mundo.

La libertad trae la licencia; pero la licencia tiene su antídoto en la licencia misma.

En cuanto á la libertad de la mujer esta observacion social ha sido hecha ya no recuerdo por quien.

Las francesas se casan para ser libres; las inglesas para dejar de serlo. Cuáles son los efectos? Que en Francia es mayor el número de mujeres solteras seducidas y en Inglaterra el de casadas.

Y, por regla jeneral,—los predestinados del matrimonio son los celosos. Por qué? Porque el pudor es el mayor cancerbero de la mujer.

Ecsiste el pudor entre las indias, se me preguntará quizá mañana por algunos curiosos?

Para ahorrarme contestaciones, anticiparé que en todas partes del mundo, así entre los pueblos civilizados como entre las tríbus salvajes mas atrasadas, la mujer tiene el instinto de saber,—que el pudor aumenta el misterio del amor.

De lo contrario seria cosa de hacerse uno indio mañana mismo, de renunciar á la seguridad de las fronteras y dejarnos conquistar por las Ranqueles.

Al lado de la mujer soltera,—la mujer casada es una esclava, entre los indios.

La mujer soltera tiene una gran libertad de accion; sale cuando quiere, va donde quiere, habla con quien quiere, hace lo que quiere.

La mujer casada, depende de su marido para todo.

Nada puede hacer sin permiso de éste.

Tiene sobre ella derecho de vida ó muerte.

Por una simple sospecha, por haberla visto hablando con otro hombre, puede matarla.

Así son de desgraciadas!

Y tanto mas cuanto que quieran ó no, tienen que casarse con quien las pueda comprar.

Hay tres modos de casarse.

El primero, es como en todas partes. Con consentimiento de los padres y por amor,—con el apéndice de que hay que pagarles á aquellos. En este caso, si despues de casada una china, se le escapa al marido y se refujia en

casa de sus padres,—el tonto que se casó por amor pierde mujer y cuanto por ella dió.

El segundo, consiste en rodear el toldo de la china que se quiere, acompañado de varios y en arrancarla á viva fuerza,—con el beneplácito y ayuda de sus padres. En este otro caso, tambien hay que pagar; pero mas que en el anterior. Si la mujer huye despues y se refujia en el toldo paterno hay que entregarla.

El tercero es parecido al anterior; se rodea el toldo de la china, con el mayor número de amigos posible, y quiera ella ó nó,—quieran los padres ó nó, se la arranca á viva fuerza. Pero en este caso hay que pagar mucho mas que en el otro. Si la mujer huye despues y se refujia en el toldo paterno, la entregan ó nó. Si no la entregan los padres, en uso de su de recho, el marido pierde lo que pagó. Y el loco que se casó á la fuerza, por la pena es cuerdo.

No están tan mal dispuestas las cosas entre los indios, --el amor y la violencia esponen á iguales riesgos.

Un indio puede casarse con dos ó mas mujeres; jeneralmente no tienen mas que una, porque casarse es negocio sério, cuesta mucha plata.

Hay que tener muchos amigos que presten las prendas que deben darse en el primer caso, y en el segundo y tercero las prendas y el auxilio de la fuerza.

Solo los cacíques y los capitanejos tienen mas de una mujer.

La mas antigua es la que rejentea el toldo; las demás tienen que obedecerle, aunque hay siempre una favorita que se sustrae á su dominio.

Las viudas representan un gran papel entre los indios cuando son hermosas.

Son tan libres como las solteras en un sentido,—en otro mas, porque nadie puede obligarlas á casarse, ni robarlas.

De manera que las tales viudas, lo mismo entre los indios que entre los cristianos, son las criaturas mas felices del mundo.

Con razon hay mujeres que corren el riesgo de casarse á ver si enviudan.

El cacique Epumer, está casado con una viuda y no tiene mas que una mujer.

Yo la encontré muy hermosa (1) é interesante, y en una visita que la hice me recibió con suma amabilidad y gracia.

Es una india cuyo porte y aseo sorprenden.

Viuda habia de ser la que lograse dominar á un hombre como Epumer, bravío, impetuoso, tremendo!

Terminaba Mariano Rosas sus lecciones ranquelinas, cuando llegó su hijo con Camargo.

—Teniente, le dijo, vaya dígale á Epumer que he sabido que Blanco ha llegado y que anda hablando lo que no debe; que lo cite para la junta que debe haber y que si no calla ya sabe.

Este *ya sabe* queria decir que lo matasen si era necesario, si no obedecia.

(1) Con permiso de los que pretenden que los gustos se pueden discutir.

Camargo obedeció y salió, volviendo al rato con la contestacion de Epumer.

Decia este, que ya habia sabido lo que andaba hablando Blanco y que le habia hecho decir que se mode rase.

Oyendo esto Mariano, me dijo:

—Ya vé, hermano, como no hay cuidado. No haga caso de ese indio. Yo he de hacer que se someta, y de no, que se vaya. Cuando oyó decir que nos iban á invadír, dejó el «Cuero» y sin mi permiso se fué para Chile con cuanto tenia. Y ahora que sabe que estamos de paz, que no hay temor de que nos invadan vuelve. Ese es amigo para los buenos tiempos. No ha de hacer nada, es pura boca.

Camargo confirmó todo cuanto dijo Mariano y agregó algunas observaciones muy de gaucho, como por ejemplo: yo sé donde ese indio pícaro tiene la vida.

En estas pláticas estábamos y la hora de comer se acercaba, cuando entrando el capitan Rivadavia, me dijo que me esperaban con la comida pronta.

Saqué el reloj y haciéndoselo ver á Mariano, dije:—las cuatro.

El indio lo miró, como dándome á entender que estaba familiarizado con el objeto y me dijo:

—Muy bueno, yo tengo uno de plata. Pero no lo uso Aquí no hay necesidad.

—Es verdad, le contesté.

Y él repuso:

—Vaya no mas, hermano, á comer, ya es un poco tarde.

Salí, pues, nuevamente del toldo, comí, y al entrarse el sol, volví á la enramada.

Mariano estaba sentado con unos cuantos indios, medio *achumado* como ellos.

Me ofrecieron asiento, lo acepté.

Bebian aguardiente.

Me hicieron un *yapai*, acepté.

Me hicieron otro, acepté.

Me hicieron otro, acepté.

Felizmente para mis entrañas la copa en que echaban el aguardiente era un cuerno muy pequeñito, y la botella de aguardiente estaba ya por acabarse en los momentos que llegué.

Mariano se habia quedado meditabundo con la vista fija en el suelo.

Los otros indios se iban durmiendo.

Yo me engolfaba no sé en que pensamientos, cuando un hombre de *mi séquito* se presentó, manteniendo el equilibrio con dificultad y teniendo un cuchillo en una mano y una botella de aguardiente en la otra.

Al verle la cólera paralizó la circulacion de mi sangre.

—Retírate, Rufino! le grité.

No me obedeció y siguió avanzando.

—Retírate! volví á gritarle con mas fuerza.

No me obedeció tampoco y siguió avanzando, y ofreciéndole la botella á Mariano Rosas, le dijo:

—Tome, mi jeneral.

Mariano la tomó.

Se la quité. Aquel momento era decisivo para mí. Si me dejaba faltar al respeto por uno de mis mismos soldados era hombre perdido.

Y quitándosela, eché mano al puñal y gritándole al gaucho,—*retírate!* con mas fuerza que antes, me abalancé sobre él, saltando por sobre varios indios.

Rufino obedeció recien y huyó. Volví sobre mis pasos y me senté ajitadísimo, la bilis me ahogaba.

Mariano, que no se habia movido de su sitio, me dijo con estudiosa calma y siniestra espresion:

—Aquí somos todos iguales, hermano.

—No, hermano, le contesté. Vd. será igual á sus indios. Yo no soy igual á mis soldados. Ese pícaro me ha faltado al respeto, viniendo ébrio á donde yo estoy y negándose á obedecerme á la primera intimacion de que se retirára. Aquí mas que en ninguna parte me deben respetar los mios.

El indio frunció el ceño, tomando su fisonomía una espresion en la que me pareció leer: este hombre es audaz.

Yo no calculé el efecto, aunque comprendí que si me dejaba dominar por el borracho me desprestijiaba á los ojos de aquel bárbaro.

Nos quedamos en silencio un largo rato.

Ni él ni yo queríamos hablar.

El murmuró de nuevo: «aquí todos somos iguales.»

Mi contestacion fué, viendo que Rufino armaba un alboroto en el fogon de mis asistentes, gritar, finjiéndome furioso, porque habia recobrado la serenidad:

—Pónganle una mordaza.

El indio arrugó mas la frente. Yo hice lo mismo y permanecimos mudos.

Miguelito nos sacó del abismo de nuestras reflecsiones.

Venia á interceder por Rufino, ofreciéndome cuidarle él mismo.

Me pareció oportuno ceder.

Llévalo, le dije. Pero cuidado!

Rufino oyó y contestó,—no hay cuidado, mi coronel, y comenzó á dar vivas al coronel Mansilla.

Le hice señas con el dedo que callára,—obedeció.

Un momento despues oíase en un toldo vecino, en el que habia una pulpería, su voz tonante.

Mariano me dijo:

—Están alegres los mozos.

—Sí, le contesté secamente, y dándole las buenas tardes, le dejé solo.

La noche se acercaba, lo mandé traer á Rufino y le hice acostar á dormir.

Rufino tiene una historia.

Es un tipo de gaucho malo.

XXXVII

El fogon al amanecer—Quien era Rufino Pereira—Su vida y compromisos conmigo —Como consiguen los indios que los caballos de los cristianos adquieran mas vigor.

Dormí muy bien, sin que nadie ni nada me interrumpiera.

El hombre se aviene á todo.

Mi cama desigual y dura, me pareció de plumas.

Si no me hubieran faltado algunas cobijas, podria decir que pasé una noche deliciosa.

Me levanté con el lucero del alba, gritando:

—Fuego! fuego!

En un abrir y cerrar de ojos hice mi *toilette*, á la luz de un candil.

Salí del rancho.

El fogon ardia ya y el agua hervia en la caldera.

Me puse á *matear*, divirtiéndome en escuchar los dicharachos y los cuentos de los soldados.

Cada uno tenia una anécdota que referir.

A todos les habia pasado algo con los indios.

El uno habia tenido que dar hasta los cigarros; el otro las botas; este el poncho; aquel la camisa.

Solo un Mendocino, muy agarrado, habia tenido el talento de hacerse sordo y mudo. Los pedigüeños no habian podido con él.

Mientras amanecia, me puse á hacerles un curso sobre la conducta y el porte que debian observar; sobre los inconvenientes de que no fuesen moderados, de que no cuidasen y respetasen á sus superiores mas que nunca.

Comprendian perfectamente mis razones, y las escuchaban con relijiosa atencion.

A Rufino le eché un sermon con aspereza.

Este Rufino era un gaucho de Villanueva, con quien nadie podia.

Azote de los campos, le tomaron y le destinaron al 12 de línea, junto con otros de su jaez, haciéndome el Comandante militar las mayores recomendaciones, previniéndome que tuviera con él muchísimo cuidado, porque era un hombre de avería.

Comprendiendo que el batallon 12 de línea seria un mal elemento, á los tres dias de destinado le hice venir á mi presencia.

Le habian cortado su larga cabellera, le habian encasquetado ya el kepi, plantificado la chaquetilla y la bombacha.

El gaucho habia desaparecido bajo el esterior del recluta.

Era un hombre, alto, fornido, de grandes ojos negros, de fisonomía espresiva, de mirada inquieta, de movimientos fáciles, de aspecto resuelto, en suma.

Entablé con él el siguiente diálogo:

—Cómo te llamas?

—Rufino Pereira.

—De dónde eres?

—No sé.

—Dónde has nacido?

—No sé.

—Quiénes son tus padres?

—No sé.

—En qué trabajabas antes de ser soldado?

—En nada.

—Sabes por qué te han destinado?

—No sé.

—Dicen que eres ladron, cuatrero y asesino.

—Así será.

—Pero tú qué crees?

—Yo no soy hombre malo.

—Qué eres, entonces?

—Soy hombre gaucho.

—Pero, por eso solamente no te han de haber destinado.

—Es que los Jueces no me quieren.

—No te habrás querido someter á su autoridad.

—No me ha gustado ser soldado; cuando he sabido que me buscaban, he andado á monte. He peleado álgunas veces con la partida, y la he corrido.

—Es eso todo lo que has hecho?

—Todo.

—Pero me has dicho que no trabajabas en nada, y para vivir sin hacer daño al prójimo es menester trabajar en algo. Te vuelvo á preguntar de qué vivias?

—Soy jugador.

—Pero cómo es posible que digan que eres ladron, cuatrero y asesino, si no lo eres?

—Me han achacado las cosas de otros compañeros que no he querido delatar, y dirán que soy asesino, porque les he dado algunos tajos á los de la partida.

—Quieres que hagamos un trato?

—Como vd. quiera, Coronel.

—Tienes palabra?

—Sí, señor.

—Tienes honor?

Rufino no contestó.

—Sabes lo que es el honor?

Volvió á guardar silencio.

—El honor consiste en cumplir uno siempre su palabra, aunque le cueste la vida. Me entiendes ahora?

—Sí, Coronel.

—Bien, vas á ser mi asistente, vas á cuidar mis caballos, vas á ser mi hombre de confianza, y ahora mismo te voy á hacer poner en libertad.

El gaucho no contestó una palabra.

—Te animas á servirme bien? Yo no puedo darte la baja. Tienes que ser soldado; te ayudaré en tus necesidades. Qué te parece? Te animas?

—Sí, mi Coronel.

Recien el gaucho me dijo al contestarme: *mi Coronel.*

Dí las órdenes en el cuerpo, y al rato andaba Rufino por Villanueva, como uno de tantos militares.

Vinieron á avisarme que se habia desertado, y espliqué lo que habia.

Me aseguraron que se iria, y contesté que lo dudaba.

Yo decia para mis adentros:

—Si el bandido se vá, porque tiene la libertad de hacerlo, se irá solo, no llevará otros consigo.

Yo vivia en la casa de Belzor Moyano.

Allí vivia él.

Todo el mundo estaba asombrado, tal era el terror que Rufino Pereira inspiraba.

Una mañana estaba él en el zaguan, mientras yo habla-

ba en la puerta de la calle con nn sarjento de lá partida de Policía.

Entré con el sarjento en mi cuarto que tenia puerta al zaguan, y detrás de mí, sin que yo lo viera, entró Rufino.

Cuando me apercibí de su presencia, estaba sentado en una silla.

El gaucho taimado queria pasarme la mano.

—Por qué no se acuesta, amigo, en la cama, le dije; con confianza?

Al oir esta irónica insinuacion se puso de pié.

—Hola, le dije, con que sabias que no debias sentarte delante de tu jefe, ni entrar cuando él no te llamára?

Y esto diciendo le saqué de allí á fuertes empellones.

El gaucho hizo pié y se encrespó diciéndome con una tonada la mas cordobesa, con tonada de la Sierra.

—Y si no sé, por qué no me enseña, pues?

—Pues, por esa compadrada, toma, le dije, y le dí algo que solemos dar los militares cuando queremos aventar un recluta que no tiene el instinto de la disciplina y del respeto á sus superiores.

Durante algunos dias el gaucho anduvo con el ceño fruncido, mirándome de reojo, como viendo el lugar de mi cuerpo que mas le convenia para acomodarme una puñalada.

No habia mas que un solo medio de dominarle,—despreciarle é inspirarle confianza plena á la vez.

Llamélo y le dije:

—Mañana, en cuanto salga el lucero, ensillas mi zaino grande, empujas la puerta de mi cuarto, entras despacio, te acercas á mi cama, me llamas y si no me despierto, me mueves.

Preparé un rollo de cincuenta bólivianos y una carta para el comandante Racedo, del Batallon 12 de línea, que estaba de allí cinco leguas, diciéndole:

«Eso que lleva Rufino Pereira, es con el objeto de probarle, despáchele sin demora y anote la hora en que llega y la hora en que sale.»

Yo tengo el sueño sumamente liviano.

A la hora consabida, sentí que abrian la puerta de mi cuarto, finjí que roncaba. Rufino entró, llegó hasta mi cama, caminando despacito, porque el cuarto estaba completamente á oscuras.

Mi coronel, me dijo. No contesté. Volvió á llamarme. Hice lo mismo. Me llamó por tercera vez. Permanecí mudo. Me tocó y me movió. Entonces recien, contestando como quien despierta de un sueño profundo: Quién es? pregunté.

—Yo, soy.

—Busca los fósforos que están ahí, en la silla, al lado de la cabecera, y prende la vela.

Rufino obedeció, y tanteando encontró los fósforos, sacó fuego y se hizo la luz.

Sin incorporarme siquiera metí la mano bajo de la cabecera, saque el rollo de bolivianos y la carta, dándoselos toma, le dije:

—Sabes dónde queda el arroyo de Cabral?

—Sí, mi coronel.

—Has ensillado el zaino?

—Sí, mi coronel.

—Llévale eso al comandante Racedo, y á las doce estás de vuelta. Son diez leguas. No tienes porque apurarte. No me vayas á sobar el pingo.

—No contestó. Se cuadró militarmente, hizo la vénia, dió media vuelta y salió.

Apagué la luz y me quedé dormido. Me habia acostado muy tarde. Esa noche habia estado en un baile.

Dormia profundamente, sentí pisadas cerca de mi cama, me desperté, abrí los ojos, miré,—Rufino Pereira estaba ahí, de vuelta, alargándome la mano con una carta.

La tomé, rompí la nema y leí.

Racedo me decia: «Entregó todo á las nueve y media y regresa.»

Desde ese dia seguí tratando á Rufino Pereira con la mayor confianza, y el gaucho me sirvió en todo honradamente hasta en cosas reservadas.

Nuestros campos están llenos de Rufinos Pereiras.

La raza de este sér desheredado que se llama *Gaucho*, digan lo que quieran, es escelente y como blanda cera, puede ser modelada para el bien; pero falta, triste es decirlo, la proteccion jenerosa, el cariño y la benevolencia. El hombre suele ser hijo del rigor, pero inclinado naturalmente al mal, hay que contrariar sus tendencias, despertando en él ideas nobles y elevadas, convenciéndonos de que mas se hace con miel que con hiel.

Durante dos años, Rufino, el gaucho malo de Villanue-

va, el bandido famoso, temido por todos, acusado de todo linaje de iniquidades,—solo cometió un desliz,—el que le hizo presentarse ébrio delante de Mariano Rosas y de mí.

Fiel á mi regla de conducta, á mis propósitos y á mis convicciones arraigadas, por el estudio que he hecho del corazon, de la humanidad, despues del reto le dí al gaucho una porcion de consejos útiles, exhortándolo con cariño á que no los echase en saco roto.

Me prometió no volver á incurrir en la falta cometida y lo cumplió.

El licor se le iba á la cabeza fácilmente. Mientras estuvimos entre los indios no volvió á beber.

El disco de fuego del sol, resplandeciendo en el horizonte, lo teñia con ricos colores de púrpura y mieles.

Hacia un rato que habia amanecido.

Resolví ir á bañarme al jaguel. Me puse de pié, abandoné el fogon y tomé el camino del baño.

Habia andado unos pocos pasos, cuando me encontré con Mariano Rosas. Venia del jaguel, sus mojadas melenas y la frescura de su tez lo revelaban.

Nos saludamos con cariño.

—Voy á bañarme, hermano, le dije.

Yo acabo de hacer lo mismo, me contestó, y ahora voy á varear mi caballo.

Marchamos en opuesto rumbo.

Yo regresaba del baño y él regresaba con su caballo cubierto de espumoso sudor.

Llegó, se apeó, lo desensilló, lo soltó y ensilló otro que estaba atado al palenque. Terminada la operacion le puso el freno y lo volvió á atar de la rienda.

Los indios hacen esta operacion todas las mañanas.

Cuando nos roban caballos, empiezan por soltarlos en los montes para que se aquerencien y *tomen el pasto*. Una vez conseguido esto, hoy ensillan un caballo, mañana otro, y así sucesivamente, y al salir el sol los galopean fuerte por el campo mas quebrado, mas arenoso, mas lleno de médanos.

Nuestros caballos, mediante esa segunda educacion, cobran un vigor estraordinario. Y como durante veinticuatro horas permanecen al palo, sin comer ni beber, con el freno puesto, resisten asombrosamente á las mas largas privaciones.

De ahí la superioridad del indio en la guerra de fronteras.

Toda su estratejia estriba en huir, esquivando el combate. Son ladrones, no guerreros. Pelear es para ellos el recurso estremo. Su gloria consiste en que el malon sea pingüe y en volver de él con el menor número de indios sacrificados en aras del trabajo.

¡Cómo han de competir nuestros caballos con los de ellos! Cómo hemos de darles alcance, cuando llevándonos algunas horas de ventaja salimos en su persecucion!

Es como correr tras el viento.

Despues que Mariano ató su caballo, nos sentamos bajo la enramada y convenimos en ocuparnos de asuntos oficiales.

Mañana tendremos la primer conferencia diplomática.

XXXVIII

Visita del Cacique Ramon—Un almuerzo y una conferencia en el toldo de Mariano Rosas—Mi futura ahijada—Ideas de Mariano Rosas sobre el gobierno de los indios comparado con el de los cristianos—Reflecsiones al caso—Esplico lo que es Presupuesto, Presidente y Constitucion—El pueblo comprenderá siempre mejor lo que es la vara de la ley,—qué ley.

Al dia siguiente recibí la visita del cacique Ramon, que llegó con una numerosa comitiva.

Charlamos duro y parejo, como se dice en la tierra; bebimos sendos tragos á la usanza araucana, y quedamos apalabrados para vernos en la raya de las tierras de Baigorrita, el dia de la junta, que no tardaria en tener lugar.

Bustos, el mestizo que tan buena voluntad me manifestó en Aillancó, venia con él.

Le dí algo de lo poco que me habia quedado, y al cacique le regalé mi revólver de veinte tiros, enseñándole el modo de servirse de él, cómo se armaba y desarmaba. No pareció muy contento del arma. Es linda, me dijo; pe-

ro aquí no nos sirven las cosas así, porque cuando se nos acaban las balas no tenemos de donde sacarlas.

Le prometí surtirlo de ellas, si teníamos la fortuna de observar fiel y estrictamente la paz celebrada.

Me contestó, que por su parte no omitiria esfuerzo en ese sentido, apelando al testimonio de Bustos para probarme que él era muy amigo de los cristianos. En la Carlota, tengo parientes; mi madre era de allí, me repitió varias veces,—agregando siempre: cómo no he de querer á los cristianos si tengo su sangre!

Despues que se marchó, mandé ver con el capitan Rivadavia si Mariano Rosas estaba en disposicion de que habláramos de nuestro asunto,—el Tratado de paz.

Mi viaje tenia por objeto orillar ciertas dificultades que surjian de la forma en que habia sido aceptado.

Me contestó que estaba á mis órdenes, que fuera á su toldo cuando gustára.

No le hice esperar.

Entré en el toldo.

El hombre almorzaba rodeado de sus hijos y mujeres.

Se pusieron de pié todos, me saludaron atenta y respetuosamente y antes de que hubiera tenido tiempo de acomodarme en el asiento que me designaron, me pusieron por delante un gran plato de madera con mazamorra de leche muy bien hecha.

Me preguntaron si me gustaba así ó con azúcar.

Cantesté que del último modo, y volando la trajeron en una bolsita de tela pampa.

No habia almorzado aun. Comí pues el plato de mazamorra, sin ceremonias.

Me ofrecieron mas y acepté.

Mis aires francos, mis posturas primitivas, mis bromas con los indiecitos y las chinas le hacian el mejor efecto al Cacique.

—Vd. ha de dispensar, hermano, me decia á cada momento.

Cuando le miraba fijamente, bajaba la cara, y cuando creia que yo no le veia, me miraba de hito en hito.

Hablamos de una porcion de cosas insignificantes, mientras duró la mazamorra,—que á eso solo se redujo el almuerzo.

Meses antes, por cartas me habia invitado para que nos hiciéramos compadres.

Me presentó á mi futura ahijada.

Era una chinita, como de siete años, hija de cristiana.

Mas predominaba en ella el tipo español que el araucano.

La senté en mis rodillas y la acaricié, no era huraña.

Por fin, entramos á hablar de las *paces* como se dice allí.

Mariano fué quien tomó la palabra.

Yo, hermano, quiero la paz porque sé trabajar y tengo lo bastante para mi familia cuidándolo. Algunos no la han querido; pero les he hecho entender que nos convie-

ne. Si me he tardado tanto en aceptar lo que vd. me proponia, ha sido, porque tenia muchas voluntades que consultar.

En esta tierra, el que gobierna no es como entre los cristianos.

Allí manda el que manda y todos obedecen.

Aquí, hay que arreglarse primero con los otros caciques, con los capitanejos, con los hombres antiguos. Todos son libres y todos son iguales.

Como se vé, para Mariano Rosas, nosotros vivimos en plena dictadura, y los indios en plena democracia.

No creí necesario correjir sus ideas.

Por otra parte, me hubiera visto un tanto atado para demostrarle y probarle que el Gobierno, la autoridad, el poder, la fuerza disciplinada y organizada no son omnipotentes en nuestra turbulenta república.

Aquí donde todos los dias declamamos sobre la necesidad de prestijiar, robustecer y rodear al poder, siendo así que el hecho histórico persistente, enseña á todos los que tienen ojos y quieren ver, que la mayor parte de nuestras desgracias proviene, — del abuso de autoridad.

Recien vamos adquiriendo conciencia de nuestra personalidad; recien vá encarnándose en las muchedumbres, cuya aspiracion ardiente en conquistar y afianzar la libertad racional sobre los inamovibles quicios de la eterna justicia; recien vamos convenciéndonos de que lo que se llama soberanía popular es el ejercicio y la práctica del santo derecho; recien vamos entendiendo que el pueblo es todo, y que así como nadie puede revindicar el

honroso título de caballero si deja que se juegue con su dignidad personal, así tambien la entidad colectiva no puede enorgullecerse de sus conquistas morales, de sus progresos, de su civilizacion si dócil y sumisa, irresoluta y cobarde se deja uncir al carro del poder para arrastrarlo, segun su capricho.

Por mas entendido que fuera Mariano Rosas, á qué habia de perder tiempo en disertaciones políticas con él?

Como yo era en aquellos momentos un embajador, (sic) y como siendo uno embajador debe tomar las cosas á lo sério, despues de algunas palabras encomiando su conducta entré á esplicar, que el Tratado de paz debiendo ser sometido á la aprobacion del Congreso, no podia ser puesto en ejercicio inmediatamente.

Me valí para que el indio comprendiera lo que es Poder Ejecutivo, Parlamento, Presupuesto y otras yerbas, de figuras de retórica campesinas. Y sea que estuve inspirado, cosa que no me suele suceder,—no recuerdo haberlo estado mas que una vez, cuando renuncié á estudiar la guitarra, convencido de la depresion frenolójica que puede notarse, observando en mi cráneo el órgano de los tonos,—y sea que estuve inspirado, decia, el hecho es que Mariano Rosas se edificó.

Me convencieron de ello sus bostezos.

Podia quedarse dormido si continuaba haciendo gala de mis talentos oratorios, de mis conocimientos en la ciencia del derecho constitucional, de las seducciones que el hombre civilizado cree siempre tener para el bárbaro.

Me resolví, pues, á hacerle esta interpelacion:

—Y qué le parece hermano, lo que le he dicho?

—Qué me ha de parecer, que estando firmado el Tratado por el Presidente, que es el que manda, nos costará mucho hacerles entender á los otros indios eso que Vd. me ha estado esplicando.

—Haremos, continuó, una junta grande, y en ella entre V. y yo, diremos lo que hay.

—Mientras tanto, hermano, cuente conmigo para ayudarlo en todo.

—Yo cuento con V., porque veo que si no quisiera á los indios no habria venido á esta tierra.

Le contesté, como era de esperarse, asegurándole que el presidente de la República era un hombre muy bueno; que se habia envejecido trabajando porque se educáran todos los niños chicos de mi tierra; que no les habia de abandonar á su ignorancia, que por carácter y por tendencias era hombre manso, que no amaba la guerra; y que por otra parte, la Constitucion le mandaba al Congreso *conservar el trato pacífico con los indios y promover la conversion de ellos al catolicismo*; que el Congreso le habia de dar al Presidente toda la plata que necesitase para esas cosas, y que como eran muy amigos no se habian de pelear si pensaban de distinto modo, porque los dos juntos gobernaban el país.

—Y dígame, hermano, me preguntó;— cómo se llama el Presidente?

—Domingo F. Sarmiento.

—Y es amigo suyo?

—Muy amigo.

—Y si dejan de ser amigos, cómo andarán las paces con nosotros que ha hecho Vd?

—Pero, bien, no mas hermano, porque yo no puedo pelearme con el Presidente, aunque me castigue. Yo no soy mas que un triste coronel y mi obligacion es obedecer.

El Presidente tiene mucho poder, él manda todo el ejército. Además, si yo me voy, vendrá otro jefe, y ese jefe tendrá que hacer lo que le mande el jeneral Arredondo, que es de quien dependo yo.

—Y Arredondo es amigo del Presidente?

—Muy amigo.

—Mas amigo que Vd?

—Eso no le puedo decir, hermano, porque, como Vd. sabe, la amistad no se mide, se prueba.

—Y dígame, hermano, cómo se llama la Constitucion? Aquí se me quemaron los libros. Y sin embargo, si el Presidente podia llamarse D. F. Sarmiento, por qué, para aquel bárbaro, la Constitucion, no se habia de llamar de algun otro modo tambien?

Me ví en figuillas.

—La Constitucion, hermano....La Constitucion.... se llama así no mas, pues, Constitucion.

—Entonces, no tiene nombre?

—Ese es el nombre.

—Entonces no tiene mas que un nombre, y el Presidente tiene dos?

—Sí.

—Y es buena ó mala la Constitucion?

—Hermano, los unos dicen que sí, y los otros dicen que nó.

—Y Vd. es amigo de la Constitucion?

—Muy amigo, por supuesto.

—Y Arredondo?

—Tambien.

—Y cuál de los dos es mas amigo de la Constitucion?

—Los dos somos muy amigos de ella.

—Y el Congreso, cómo se llama?

—El Congreso.... el Congreso.... se llama Congreso.

—Entonces no tiene mas que un solo nombre, lo mismo que la otra?

—Uno solo, sí.

—Y es bueno ó es malo el Congreso?

—(Hum!)

Confieso que esta pregunta me dejó perplejo. Pero habia que contestar. Hice mis cálculos para responder en conciencia, y cuando iba á hacerlo, dos perros que andaban por allí se echaron sobre un hueso y armaron una singuizarra infernal, interrumpiendo el diálogo.

Mariano se levantó para espantarlos, gritando «fuera! fuera!»

Yo aproveché la coyuntura para retirarme.

Entré en mi rancho, me senté en la cama, apoyé los codos en los muslos, la cara en las manos, y me quedé por largo rato sumido en profunda meditacion.

«He perdido el tiempo» me decia, con los écos del espíritu. No es tan fácil esplicar lo que es una Constitucíon, lo que es un Congreso.»

Mariano Rosas, habia entendido perfectamente lo que es un Presidente, primero,—porque tenia otro nombre, porque se llamaba Domingo lo mismo que habria podido llamarse Bartolo, segundo,—porque mandaba el ejército.

Por consiguiente, resulta de mi estudio sobre las entendederas de un indio, que el pueblo comprenderá siempre mejor lo que es la vara de la ley, — que la ley.

Los símbolos impresionan mas la imajinacion de las multitudes, que las alegorías.

De ahí, que en todas las partes del mundo donde hay una Constitucion y un Congreso, le teman mas al Presidente.

Algunas horas despues volví á verme con Mariano.

Viéndole festivo, aproveché sus buenas disposiciones y le pedí permiso para decir una misa, al dia siguiente, manifestándole el vehemente deseo de oirla que tenian muchos de los cristianos cautivos y refujiados en Tierra Adentro.

Llevéles la buena nueva á mis franciscanos, y, como verdaderos apóstoles de Jesucristo, la recibieron con júbilo.

Resolvimos decirla, si el tiempo estaba bueno, si no habia viento ó tierra, en campo raso, apoyando el altar sagrado en el viejo tronco de un chañar inmenso, cuyos gajos corpulentos le servirian de bóveda.

Mañana estaremos de misa.

XXXIX

Camargo y José de visita en los momentos de recojerme—Me llevaban una música —*Horresco referens*—Fisonomía de Camargo—Zalamerías de José—Por qué lo respetan los indios á Camargo—Vida de Camargo contada por él mismo—Por que produce esta tierra tipos como el de Camargo.

Arreglaba mi cama para recojerme, despues de haber cenado y convenido con los franciscanos que la misa se diria al dia siguiente, de ocho á nueve, cuando una visita inesperada se presentó en mi rancho.

Mi futuro compadre Camargo, con uno de los lenguaraces de Mariano Rosas, llamado José, nativo de Mendoza, casado entre los indios, cuyos hábitos y costumbres ha adoptado hasta el estremo de hacer dudar sea cristiano. Es hombre que tiene algo, porque, como se dice allí, ha *trabajado* bien, y en quien depositan la mayor confianza, tanta cuanta depositarian en un Capitanejo.

José está vinculado por el amor, la familia y la riqueza al desierto.

Los indios, que conocen el corazon humano, lo mismo que cualquier hijo de vecino, lo saben perfectamente bien.

Le miran, pues, como á uno de ellos.

Ambos venian con los instrumentos del placer en la mano,—con una botella de aguardiente.

Les ofrecí asiento, y haciendo grandísimos esfuerzos para disimular su estado, lo aceptaron, invitándome á saborear con ellos el alcohólico brevaje,—usando, por supuesto, de la fórmula consagrada.

Tuve que aceptar el *yapaí*.

Pero como estábamos solos, entre puros nosotros, como dicen los paisanos, me creí ecsimido de ser tan deferente como en otras ocasiones.

No lo llevaron á mal.

Mis fueros de Coronel, por una parte,—por otra la comunidad de relijion y de oríjen, circunstancia que en todas las situaciones de la vida establece fácilmente cierta cordialidad entre los hombres, ponian á mis huéspedes en el caso de no abusar de mi hospitalidad.

Además, ellos se consideraban honrados de ser admitidos á horas incompetentes en mi rancho; les bastaba fraternizar conmigo y beber solos con mi permiso.

Me lo pidieron con toda la picardía gauchesca, diciéndome:

—Dispénsenos, mi Coronel, si no estamos muy buenos; queremos acabar esta botellita aquí, en su rancho; si le parece mal, si le incomodamos, nos retiraremos.

—Estén á gusto, les contesté, yo no soy hombre etiquetero.

—Ya lo sabemos, contestaron á duo, por eso hemos venido.

Y esto diciendo, José, que era muy zalamero, que habia sido muy obsequiado por mí en el Rio 4°, me abrazaba, diciéndole á Camargo:

— Este es mi padre, y mirándome significativamente: Ya sabe, mi Coronel, quien es José.

Quedo enterado, decia yo para mis adentros, sabiendo mejor que él á lo que me debia atener.

Declaraciones de beodos son lo mismo que promesas de mujer.

Necio de aquel que se chupa el dedo!

Necio de aquel que al entregarles su corazon, sus esperanzas y sus ilusiones, olvida el dicho de Ninon de Lancios:

Tout passe ó tout passe, tout lasse.

Ser amable no es pecado.

Al contrario, es un deber cuya práctica nos hace simpáticos á los ojos del mundo.

Yo era, pues, tan amable con mis visitas, como el tiempo y el lugar lo permitian.

Todos los dias le doy gracias á Dios por haberme concedido bastante flecsibilidad de carácter para encontrarme á gusto, alegre y contento, lo mismo en los suntuosos salones del rico, que en el desmantelado rancho del pobre paisano; lo mismo cuando me siento en elásticas poltronas, que cuando me acomodo alrededor del flamante fogon del humilde y paciente soldado.

Las botellas, que no tenian la májia de ser inagotables, *espichaban* ya; José, estaba completamente en las viñas del Señor.

Camargo, mas fuerte, se mantenia en completa posesion de sus sentidos.

—Sabe, mi Coronel, que le traemos una música, con su permiso?

—Muchas gracias, hombre, para qué se han incomodado?

Camargo se levantó, apoyándose en los horcones del rancho, se asomó á la puerta, dijo algo, volvió á sentarse, y acto contínuo se presentó,—*horresco referens*,—el negro del acordion.

—Uff! hice, eso no, Camargo, le dije. Denme todas las músicas que quieran. Pero con el acordion, nó, nó. Estoy harto de la facha de ese demonio.

Y dirijiéndome al negro, proseguí en estos términos:

—Vete! vete!

El negro no obedeció.

Como pegado al suelo describia con su cuerpo curvas á derecha é izquierda, adelante y atrás.

Estaba ébrio como una cabra.

—Vete! vete! lejos de aquí, volví á decir.

Y Camargo, viendo que el negro me revolvia la bílis, se levantó, y tomándole de un brazo le enseñó el portante.

Libre de aquella bestia, verdaderamente negra, resollé dando un resoplido como cuando en dia canicular, ja-

deantes de fatiga, nos tendemos á nuestras anchas sobre cómodo sofá, habiendo escapado á las garras de alguno de esos *soleros* cuya vida es contar sus pleitos ó sus cuitas con la autoridad.

José se habia quedado dormido.

Camargo se sentó, y bajo la influencia del aguardiente cayó en una especie de letargo.

Ecsaminé su fisonomía.

Es lo que se llama un gaucho lindo.

Tiene una larga melena negra, gruesa como cerda, unos grandes ojos, rasgados, brillantes y vivos, como los de un caballo brioso; unas cejas y unas pestañas largas, sedosas y pobladas, una gran nariz algo aguileña; una boca un tanto deprimida, y el labio inferior bastante grueso.

Es blanco como un hombre de raza fina, tiene algunos hoyos en la cara y poca barba.

Es alto, delgado y musculoso.

Su frente achatada y espaciosa, sus pómulos saltados, su barba aguda, sus anchas espaldas, su pecho en forma de bóveda y sus manos siempre húmedas y descarnadas, revelan la audacia, el vigor, la rijidez susceptible de rayar en la crueldad.

Camargo es uno de esos hombres por cuyo lado no se pasa, yendo uno solo, sin sentir algo parecido al temor de una agresion.

Los indios le respetan, porque ellos respetan todo lo que es fuerte y varonil,—al que desprecia la vida.

Y Camargo se cura poco de ella.

Pruébanlo bien las cicatrices de cuchilladas que tiene en las manos,—su ecsistencia ajitada, turbulenta, azarosa, que se consume entre el aguardiente y las reyertas de incesantes saturnales, entre el estrépito de los malones y de las montoneras, como que hoy está entre los indios, mañana en los llanos de la Rioja con Elizondo y Guayama, volviendo despues de la derrota á su guarida de Tierra Adentro, sobre el lomo del veloz é indómito potro.

Este gaucho, séame permitido decirlo, revindica en los casos heróicos el honor de los cristianos. Cuando le place, lo mismo cara á cara que por detrás, cuerpo á cuerpo, que entre varios,—apostrofa á los indios de «bárbaros» Yo le oí decir muchas veces á voz en cuello.

«A mí, que no me anden con vueltas estos, porque yo los conozco bien, y al que le acomode una puñalada se la ha de ir á curar al otro mundo.»

Despues que ecsaminé detenidamente aquel tipo de férrea estructura, en el que los caractéres semíticos de la persistencia estaban estampados, le dirijí la palabra, sacándole del silencio indeliberado en que habia caido.

—Cómo te hallas aquí? le pregunté.

Habla con mucha vivacidad, pero esta vez contra su costumbre habitual, en lugar de contestarme, dió un suspiro, y se envolvió en las nieblas de sus recuerdos dolorosos.

—Vamos, hombre, le dije cuéntame tu vida.

—Señor, me contestó. Mi vida es corta y no tiene nada de particular. No soy mal hombre, pero he sido muy desgraciado.

Yo soy de San Luis, de allá por Renca; mis padres han

sido jente honrada y de posibles. Me querian mucho y me dieron buena educacion.

Sé leer y escribir, y tambien sé cuentas. Desde chiquito era medio soberbio. Cuando me hice hombrecito, se me figuraba que nadie podia ser mas que yo. Cuando oía decir que habia un gaucho guapo, lo buscaba á ver si me decia algo.

Me gustaba ser militar, y soñaba con ser jeneral. No habia hecho mal á nadie, aunque tenia bastante mala cabeza.

Siempre andaba en parrandas, jugadas y peleas; pero nadie dirá que le pegué de atrás.

Me enamoré de la hija del comandante N....La muchacha me queria. Yo era jóven, pues aquí donde me vé no tengo mas que veinte y cuatro años (parecia tener treinta y dos).

A mas de eso, como mis padres tenian alguna platita, yo andaba siempre aviáo. El comandante N....sabia mis amores con su hija, no le gustaban. Un dia me atropelló en las carreras, y vino á darme una pechada; yo le enderecé mi caballo y lo puse patas arriba con flete y todo. Era muy fantástico y no me lo perdonó.

Desde esa vez, decia siempre que me habia de matar. Yo estaba en guardia. Me achacaron varias cosas, nada me probaron. Hubo una bulla de revolucion.

Me fueron *á prender*. Eran cuatro de la partida. Qué me habian de tomar? Sabia bien que me iba en la parada el número uno. Hice un desparramo y me fuí á los montoneros.

Le interrumpí, preguntándole:

—Y qué opinion tenias?

—Opinion? Yo no tenia mas opinion que ser hombre alegre y divertirme. Las carreras y las mujeres eran toda mi opinion.

—Y qué hiciste con la montonera?

—Hicimos el diablo. Anduve una porcion de tiempo con el Chacho, que era un bárbaro. Despues que lo mataron anduve á monte. Cuando vino don Juan Sáa, con otros nos juntamos á su jente. Nos derrotó en San Ignacio el jeneral Arredondo, me vine con los indios de Baigorrita para acá.

—Y despues de eso, qué has hecho, qué vida has llevado?

—Me fuí para San Luis, de oculto, traje mi mujer, mis hijos y algunos parientes, y aquí están todos.

—Y has andado en las invasiones con los indios?

—En algunas, señor.

—Y es cierto que tú has tenido la culpa de que los indios matasen una porcion de cristianos?

—Es falso.

He estado en las casas de algunos pícaros, pero me he opuesto á que los degüellen. Así no hubiera sido por mí! Habria unos cuantos diantres menos en este mundo.

Por aquí íbamos de nuestro coloquio cuando el negro del acordion preludió una tocata, del lado de afuera.

Camargo se levantó, salió, por ciertos vocablos con que rellenaba su intimacion de que se alejára, calculé que el desgraciado Orfeo de Leubucó no era tratado co-

mo los artistas pretenden jeneralmente que se les trate,—aunque sean malos.

Música y negro se fueron á otra parte. Camargo volvió, y, sin entrar, me dijo de la puerta del rancho: Buenas noches, mi coronel, y dispense.

Era hora de pensar en dormir. Mis ayudantes Lemlenyi, Rodriguez, Ozarowsky y los dos benditos franciscanos, que habian asistido á la visita y confidencias de Camargo, bostezaban á todo trapo.

Desperté á José, llamé dos asistentes, y le hice llevar á un toldo vecino.

Y en tanto me aprestaba para pasar una noche toledana, porque soplaba viento muy fresco, y la tierra entraba al toldo como en su casa, por cuanto resquicio tenia, meditaba sobre esas ecsistencias arjentinas, sobre esos tipos crudos medio primitivos,que tanto abundan en nuestro pais, que se sacrifican ó mueren por una opinion prestada. Porque nos sobran instituciones y leyes, y nos falta la eterna justicia,—la justicia que, cual jenio tutelar, lo mismo debe velar el hogar del desvalido que la mansion suntuosa del rico potentado.

Bajo estas impresiones tuve un sueño,—yo soy tan soñador,—*Jhad adrean, which was not all a drean.*

Soñaba!....

Si en este pais hay quien ahorque á un hombre que tiene diez millones de pesos!

XL

Noche de hielo—Donde es realmente triste la vida—Preparativos para la misa—Resuena por primera vez en el desierto el *Confiteor Deo Omnipotente*—Recuerdo de mi madre—Trabajos de Mariano Rosas, preparando los ánimos para la junta—Como y duermo—Conferencia diplomática—El archivo de Mariano Rosas—En Leubucó reciben la «Tribuna»—Imperturbabilidad de Mariano Rosas—Mi comadre Cármen en el fogon.

La noche fué de hielo, larga y fastidiosa.

La arena entraba en el rancho por todas partes, como zarandeada.

Cuando la luz del dia alumbró el cuadro que formaban mis oficiales y los frailes, acostados en el suelo, y yo, sobre mis tantas veces mentada cama, miré por una abertura que á guiza de respiradero habia formado con las cobijas.

Mis compañeros habian desaparecido, cubiertos por una capa amarillenta, que presentaba el aspecto sinuoso de un medanito, cuya superficie se movia apenas al compás del resuello de los que yacian bajo su leve peso, durmiendo tranquilos el sueño de la vida.

Qué pensamiento tirano podia preocuparlos en aquellas alturas!

La ecsistencia no es realmente triste, ajitada y difícil sino en los grandes centros de poblacion; allí donde todas las necesidades que escitan las pasiones nos condenan sin apelacion á la dura ley del trabajo,—verdadera rueda de Ixion, que, mal de nuestro grado, tenemos que mover, hasta que llegando el instante supremo tantas veces ansiado como temido, les damos un eterno adios á las eternas vanidades, que eternamente nos corroen, nos subyugan y nos dominan, gastando los resortes de acero de las almas mejor templadas.

Sacudimos la pereza,—la enervante y dulce pereza, de la que lo mismo se goza cuando los miembros están fatigados, reclinándose en el frio y duro umbral de una puerta de calle, que en elástica y confortable otomana cubierta de terciopelo.

Una vez en pié, nos pusimos en movimiento.

Los franciscanos sacaron á fuera el baul que contenia los ornamentos sagrados, preparándolos en seguida para la ceremonia de la misa.

Yo, despues de bañarme en el jagüel, y de un lijero, desayuno de mate con yerba y café, fuí á ecsaminar el sitio donde debia hacerse el altar si el viento calmaba.

El cielo estaba límpido, el sol brillaba espléndido.

Las horas se deslizaron sin sentir, arreglando lo que se necesitaba.

Se avisó á los cristianos circunvecinos, y viendo que no era posible celebrar los oficios divinos en campo raso, como yo lo deseaba, se buscó un rancho.

Todos estábamos muy contrariados.

El mismo sentimiento nos dominaba.

Como verdaderos creyentes, reconocíamos que á la inmensa majestad de Dios le cuadraba adorarla bajo las vastas cúpulas azuladas del firmamento, ó bajo las bóvedas macizas de las soberbias basílicas, cuyas torres audaces empinándose á grandes alturas parecen querer tocar las nubes, y hacer llegar al cielo los cánticos sagrados.

Allí donde el hombre eleva su espíritu al Sér Supremo, debe procurarse que la grandeza del espectáculo le inspire recojimiento.

La mística plegaria es mas ferviente cuando la imajinacion sufre las influencias poéticas del mundo esterior.

El viento no cesaba.

Tuvimos que resignarnos á recurrir al rancho de un sarjento de la jente de Ayala.

Lo asearon lo mejor posible, y en un momento los franciscanos improvisaron el altar.

Poco á poco fueron llegando hombres y mujeres, y ocupando sus puestos.

Los pobres se habian vestido con la mejor ropita que tenian. Hincados, sentados, ó de pié, esperaban con respetuoso silencio la aparicion de los sacerdotes.

Miré el reloj,—marcaba las nueve. Es la hora, Padres, les dije, y me dirijí con ellos, acompañado de mis oficiales á la capilla.

No podia ser mas modesta.

Me consolé, recordando que aquel cuyo sacrificio íbamos á honrar habia nacido en un establo, durmiendo en pajas.

Con ponchos y mantas los fraciscanos habian tapizado el suelo y las paredes del rancho.

El viento no incomodaba, las velas ardian iluminando un crucifijo de madera, en el que se destacaba, salpicada de sangre, la demacrada y tétrica faz de Cristo; el altar brillaba cubierto de encajes y de brocado pintado de doradas flores, resaltando en él la reluciente custodia y las vinajeras plateadas.

Todo estaba muy bonito,—incitaba á rezar.

El Padre Marcos debia oficiar, ayudándole el Padre Moisés y yó, aunque de mi latin de sacristía no me habian quedado sino recuerdos confusos y vagos.

Pero, mi deber era dar el ejemplo en todo.

Lo revestimos al Padre Marcos, y los oficios empezaron.

Grupos de indios curiosos nos acechaban.

Reinaba un profundo silencio.

La metálica campanilla vibró, invitando á hacer acto de contriccion por la sangre del redentor.

Era la primera vez que en aquellas soledades, que entre aquellos bárbaros, resonaban los écos del humilde,—*Confiteor Deo Omnipotenti.*

Los cristianos oraban con intensa devocion.

Yo los miraba cada vez que la ceremonia me permitia darle el flanco al altar.

Entre ellos habia varios indios.

En algunas mujeres sorprendí lágrimas de arrepentimiento ó de dolor; en otras vagaba por su fisonomía algo parecido á un destello de esperanza.

Todos parecian estar íntimamente satisfechos de haberse reconciliado con Dios, elevando su espíritu á él en presencia de la cruz y del altar.

Mientras duraron los oficios sagrados, yo pensé constantemente en mi madre.

Recordaba los martirios infantiles por que me habia hecho pasar, llevándome todos los domingos á la iglesia de San Juan, para que ayudára á misa bajo su vijilante mirada.

—Pobre mi madre! me decia, que lejos estás!

Rogaba á Dios por ella y por todos los que amaba; y le daba gracias por esos martirios, porque debido á ellos me era permitido esperimentar el placer de prestijiar la relijion entre los infieles, tomando parte en la celebracion de la augusta ceremonia que allí nos congregaba.

Despues que se acabó todo, que los padres repartieron sus bendiciones, se deshizo el altar, se arrancaron los ponchos y mantas, y la capilla volvió á quedar convertida en lo que era, en un miserable rancho.

Se guardaron los ornamentos, se puso el baul en mi rancho, y en seguida nos fuímos con los franciscanos á darle las gracias á Mariano Rosas.

Estaba lleno de visitas y almorzaban. Cada cual tenia delante de sí un plato de abundante puchero con choclos y zapallo.

El Cacique nos recibió como siempre, cortesmente, se puso de pié, nos dió la mano, hizo que nos sentáramos, y nos presentó á todos los circunstantes.

Estaba ocupado en algo muy grave.

Preparaba los ánimos para la gran junta que debia te-

ner lugar, para que se vea que entre los indios, lo mismo que entre los cristianos, el écsito de los negocios de Estado es siempre dudoso, si no se recurre á la tarea de la persuasion prévia.

Los franciscanos se retiraron y me dejaron solo.

Mariano Rosas hablaba unas veces en jeneral, otras en particular; su palabra es fácil, calculada é insinuante; jeneralmente sus discursos eran templados, pero á veces se ecsaltaba levantando la voz, fijando su mirada en el indio á quien le contestaba, y accionando con los brazos, contra su costumbre.

Me trajeron de comer y comí.

La conferencia iba larga.

Me retiré, pues, conviniendo en que mas tarde fijaríamos el dia de la junta.

Yo queria saberlo con alguna anticipacion, porque me proponia pasar hasta las tierras de Baigorrita.

Dormí una buena siesta.

El Capitan Rivadavia me hizo interrumpirla.

Mariano Rosas se habia quedado solo, estaba en la enramada y me invitaba á pasar á ella.

Acudí á su llamado.

Entrábamos en materia cuando el negro del acordion, haciendo cabriolas y dándole duro á su instrumento salió del toldo.

Aquel diablo me hacia el efecto de un *gettatore.*

Pero allí no habia mas remedio que aguantarle.

Ya he dicho que el dueño de casa gozaba inmensamente con él.

Mientras el negro estuvo ahí, fué escusado hablar de cosas sérias.

El Cacique no estaba sino para bromas.

Me hizo una larga série de preguntas, referentes todas á Buenos Aires y á la familia de Rozas. Sus recuerdos eran indelebles.

Me parecia que su objeto se reducia á cerciorarse de si efectivamente yo era sobrino del Dictador, cuyo retrato me pidió, diciéndome que era el único que no tenia en su coleccion.

Y efectivamente, así era.

Díjole al negro que trajera los retratos.

Entró éste al toldo y volvió con una cajita de carton muy súcia, en la que habia una porcion de fotografías,—la de Urquiza, la de Mitre, la de Juan Saá, la del jenera Pedernera, la de Juan Pablo Lopez, la de Varela, el caudillo Catamarqueño y otras.

Devolvióle al negro la cajita para que la pusiera *en su lugar*.

El favorito la llevó y felizmente se quedó en el toldo.

Entramos en materia.

Todo estaba arreglado con los notables del desierto.

La junta se haria á los cuatro dias, porque habia que hacer citaciones.

No habria novedad.

Yo espondria en ella los objetos de mi viaje, y Mariano me apoyaria en todo.

Solo habia un punto dudoso:

Por qué insistia yo tanto en comprar la *posesion* de la tierra.

Mariano me dijo:

—Ya sabe, hermano, que los indios son muy desconfiados.

—Ya lo sé; pero del actual Presidente de la República, con cuya autorizacion he hecho estas paces, no deben vds. desconfiar, le contesté.

—Usted me asegura que es buen hombre? me preguntó.

—Sí, hermano, se lo aseguro, repuse.

—Y para qué quieren tanta tierra cuando al Sur del Rio 5° entre Langhelo y Melincué, entre Ancaló y el Chañar hay tantos campos despoblados?

Le espliqué que para la seguridad de la frontera y para el buen resultado del Tratado de paz, era conveniente que á retaguardia de la línea hubiera por lo menos quince leguas de desierto, y á vanguardia otras tantas en las que los indios renunciasen á establecerse y á hacer boleadas cuando les diera la gana sin pasaporte.

Me arguyó que la tierra era de ellos.

Le espliqué que la tierra no era sino de los que la hacian productiva; que el Gobierno les compraba, no el derecho á ella, sino la posesion, reconociendo que en alguna parte habian de vivir.

Me arguyó con el pasado, diciéndome que en otros tiempos los indios habian vivido entre el Rio 4° y el Rio 5°, y que todos esos campos eran de ellos.

Le espliqué que el hecho de vivir ó haber vivido en un lugar no constituia dominio sobre él.

Me arguyó que si yo fuera á establecerme entre los indios, el pedazo de tierra que ocupára seria mio.

Le contesté que si podia venderlo á quien me diera la gana.

No le gustó la pregunta, porque era embarazosa la contestacion, y disimulando mal su contrariedad, me dijo:

—Mire, hermano, por qué no me habla la verdad?

—Le he dicho á Vd. la verdad, le contesté.

—Ahora va á ver, hermano.

Y esto diciendo, se levantó, entró en el toldo y volvió trayendo un cajon de pino, con tapa corrediza.

Lo abrió y sacó de él una porcion de bolsas de zaraza con jareta.

Era su archivo.

Cada bolsita contenia notas oficiales, cartas, borradores, periódicos.

El conocia cada papel perfectamente.

Podia apuntar con el dedo el párrafo á que queria referirse.

Revolvió su archivo, tomó una bolsita, descorrió la ja-

reta y sacó de ella un impreso muy doblado y arrugado, revelando que habia sido manoseado muchas veces.

Era «La Tribuna» de Buenos Aires.

En ella habia marcado un artículo sobre el gran ferro-carril interocéanico.

Me lo indicó, diciéndome:

—Lea, hermano.

Conocia el artículo y le dije:

—Ya sé, hermano, de lo que trata.

—Y entonces, por qué no es franco?

—Cómo franco?

Sí, usted no me ha dicho que nos quieren comprar las tierras para que pase por el Cuero un ferro-carril.

Aquí me ví sumamente embarazado.

Hubiera previsto todo, menos un argumento como el que se me acababa de hacer.

—Hermano, le dije, eso no se ha de hacer nunca, y si se hace, qué daño les resultará á los indios de eso?

—Qué daño, hermano?

—Sí, qué daño?

—Que despues que hagan el ferro-carril, dirán los cristianos que necesitan mas campos al Sud, y querrán echarnos de aquí, y tendremos que irnos al Sud del Rio Negro, á tierras ajenas, porque entre estos campos y el Rio Colorado ó el Rio Negro no hay buenos lugares para vivir.

Doblando el diario y dándoselo, le contesté:

—Eso no ha de suceder, hermano, si vds. observan honradamente la paz.

—No, hermano, si los cristianos dicen que es mejor acabar con nosotros.

—Algunos creen eso, otros piensan como yo, que vds. merecen nuestra proteccion, que no hay inconveniente en que sigan viviendo donde viven, si cumplen sus compromisos.

El indio suspiró, como diciendo: Ojalá fuera así, y me dijo: Hermano, en Vd. yo tengo confianza, ya se lo he dicho, arregle las cosas como quiera.

No le contesté, le eché una mirada escrutadora, y nada descubrí,—su fisonomía tenia la espresion habitual. Mariano Rosas, como todos los hombres acostumbrados al mando, tiene un gran dominio sobre sí mismo.

Es escusado querer leer en su cara la sinceridad ó la falsía de sus palabras, dice lo que quiere; lo que siente, lo reserva en los repliegues de su corazon.

Se puso á acomodar su archivo, y lo que estuvo en órden, cerró el cajon, y llamó, diciendo: negro, negro!

Me estremecí.

Tomé un pretesto por no verle la cara, y me despedí.

La hora de comer se acercaba. En el fogon habia gordos asados estendidos ya sobre brasas. Despedian un tufo incitante y no era cosa de dejar que se chamuscáran.

—A comer, caballeros, grité.

Se hizo la rueda y empezó la comilona.

Mi comadre Cármen anduvo por allí. Le ofrecí asiento, sentóse, y nos entretuvo un largo rato contándonos su vida y enterándonos de algunas particularidades de los usos y costumbres ranquelinas.

A Mariano Rosas le llegaron vespertinas visitas, que pasaron la noche con él, entregadas á los placeres de la charla y del vino.

XLI

Creencias de los indios—Son uniteistas y antropomorfitas—*Gualicho*—Respeto por los muertos—Plata enterrada—Será cierto que la civilizacion corrompe—Crueldad de Bargas, bandido Cordobés—Triste condicion de los cautivos entre los indios—Heroicidad de algunas mujeres—Unas con otras—Modos de vender—Eufonia de la lengua araucana—La carne de yegua puede ser un antídoto para la tísis?

Mi comadre Cármen vivia en Carrilobo, cerca del toldo de Villareal, el casado con su hermana, y habia venido á visitarme trayéndome mi ahijada.

Escuchándola pasamos un rato muy entretenido. Habla con facilidad el castellano y posee bastante caudal de espresiones para manifestar sus sentimientos é ideas y hacerse entender.

Sobre las creencias de los indios me dió las siguientes nociones.

No se congregan jamás para adorar á Dios; le adoran á solas, ocultándose en los bosques.

No es ni el sol, ni la luna, ni las estrellas, ni la universalidad de los séres vivientes.

Por manera que no son idólatras, ni panteistas.

Son uniteistas y antropomorfitas.

Dios,—*Cuchauentrú*, el Hombre grande,—ó *Chachao*, el Padre de todos, tiene la forma humana y está en todas partes; es invisible é indivisible; es inmensamente bueno y hay que quererle.

A quien hay que temerle es al Diablo,—*Gualicho*.

Este caballero á quien nosotros pintamos con cola y cuernos, desnudo y echando fuego por la boca, no tiene para ellos forma alguna. *Gualicho*, es divisible é invisible y está en todas partes, lo mismo que *Cuchauentrú*. Pero mientras el uno no piensa en hacerle mal á nadie,—el otro anda siempre pensando en el mal del prójimo.

Gualicho, ocasiona los malones desgraciados, las invasiones de cristianos, las enfermedades y la muerte,—todas las pestes y calamidades que aflijen á la humanidad.

Gualicho, está en la laguna, cuyas aguas son mal sanas; en la fruta y en la yerba venenosa; en la punta de la lanza que mata; en el cañon de la pistola que intimida; en las tinieblas de la noche pavorosa; en el reloj que indica las horas; en la aguja de marear que marca el norte, en una palabra, en todo lo que es incomprensible ó misterioso.

Con *Gualicho* hay que andar bien; *Gualicho* se mete en todo,—en el vientre y dá dolores de barriga; en la cabeza y la hace doler; en las piernas y produce la parálisis; en los ojos y deja ciego; en los oidos y deja sordo; en la lengua y hace enmudecer.

Gualicho es en estremo ambicioso. Conviene hacerle el gusto en todo. Es menester sacrificar de tiempo en tiempo yeguas, caballos, vacas, cabras y ovejas; por lo menos una vez cada año, una vez cada doce lunas, que es como los indios computan el tiempo.

Gualicho, es muy enemigo de las viejas, sobre todo de las viejas feas: se les introduce quien sabe por donde y en donde y las maleficia.

Ay! de aquella que está *engualichada!*

La matan.

Es la manera de conjurar el espíritu maligno.

Las pobres viejas sufren estraordinariamente por esta causa.

Cuando no están sentenciadas, andan por sentenciarlas.

Basta que en el toldo donde vive una suceda algo; que se enferme un indio, ó se muera un caballo,—la vieja tiene la culpa, le ha hecho daño, *Gualicho* no se irá de la casa hasta que la infeliz no muera.

Estos sacrificicios no se hacen públicamente, ni con ceremonias. El indio que tiene dominio sobre la vieja la inmola á la sordina.

En cuanto á los muertos tienen por ellos el mas profundo respeto. Una sepultura es lo mas sagrado. No hay herejía comparable al hecho de desenterrar un cadáver.

Como los hindues, los ejipcios y los pitagóricos, creen en la metempsicosis,—que el alma abandona la carne despues de la muerte, trasmigrando en un tiempo, mas

ó menos largo á otros paises y dándoles vida á otros cuerpos racionales ó irracionales.

Los ricos resucitan jeneralmente al Sur del Rio Negro, y de allí han de volver, aunque no hay memoria de que hasta ahora haya vuelto ninguno.

Por esta razon los entierran junto con el mejor caballo y las prendas de plata mas valiosas que tuvieron; y al rededor de la sepultura les sacrifican caballos, vacas, yeguas, cabras y ovejas, segun la riqueza que dejan, ó la que poseen sus deudos ó amigos.

El caballo y las prendas enterradas son para que tengan en que andar en la tierra esa, donde deben resucitar; los demás animales son para que tengan que comer durante el viaje de ida y vuelta.

Las mujeres, tambien resucitan, no se crea que no.

Pretenden algunos que han vivido mucho tiempo, entre los indios, que á consecuencia de estas costumbres, debe haber mucha plata labrada enterrada en el Desierto. Por mi parte creo, que los cristianos, que ni le tienen tanto miedo á *Gualicho*, ni son pitagóricos, se han encargado de desenterrarla.

Lo cierto es, que segun las noticias que mi comadre me daba, las honras fúnebres no se hacen ahora con tanta pompa como antes.

Queriendo esplicar el porqué del hecho, decia: «Yo no sé si será porque los cristianos han solido rejistrar las sepulturas, ó porque ahora la plata vale mas.»

Yo me inclino á creer que las dos causas combinadas van haciendo que los entiérros sean menos lujosos.

En efecto, los indios tienen ahora muchas necesidades,

les gusta mucho beber, tomar mate dulce, fumar, vestirse con ropa fina; y fácilmente se comprende que muriendo un deudo querido honren su memoria con sacrificios de caballos, vacas, yeguas, cabras y ovejas y que la plata se la guarden.

Mi comadre, aseguró que mientras no hubo cristianos entre los indios no hubo ejemplo de que se violáran las tumbas sagradas.

Será cierto que la civilizacion es corruptora?

A pesar de lo dicho, los indios no son sanguinarios ni feroces, prueba de ello es que jamás sacrifican á los manes en sus muertos víctimas humanas.

Matan á las viejas, es cierto; pero lo hacen porque las creen poseidas de Satanás. Y al fin del cuento, no es tanto lo que se pierde, dirán algunos!

Hablando sériamente, hay una verdad desconsoladora que consignar,—que ciertos cristianos refujiados entre los indios son peores que ellos.

Conozco uno que queriendo sobresalir por su ferocidad, tuvo la barbárie de hacer un sacrificio humano en holocausto á un miembro de su familia.

Referiré el hecho.

Bargas, es un bandido cordobés, vive en Tierra Adentro, no se por qué crímenes, está casado con varias mujeres y su vida es la de un indio por no decir peor.

Murió uno de sus hijos. Pues bien, este malvado, finjiendo que participaba de la preocupacion vulgar,—de la creencia que hace enterrar al muerto con su caballo de predileccion, para que en la tierra donde resucite tenga en que andar, le inmoló á su hijo un cuativito de ocho

años, enterrándolo vivo con él, para que tuviese quien le sirviera de peon.

Por lo que dejo relatado se vé que los cautivos son considerados entre los indios como cosas.

Calcúlese cuál será su condicion.

La mas triste y desgraciada.

Lo mismo es el adulto, que el adolescente, el niño que la niña, el blanco que el negro; todos son iguales los primeros tiempos, hasta que inspirando confianza plena se hacen querer.

Con rarísimas escepciones, los primeros tiempos que pasan entre los bárbaros son una verdadera *via-crucis* de mortificaciones y dolores.

Deben lavar, cocinar, cortar leña en el bosque con las manos, hacer corrales, domar los potros, cuidar los ganados y servir de instrumento para los placeres brutales de la concupiscencia.

Ay! de los que resisten!

Los matan á azotes ó á balazos.

La humildad y la resignacion es el único recurso que les queda.

Y sin embargo, yo he conocido mujeres heróicas,—que se negaron á dejarse envilecer, cuyo cuerpo prefirió el martirio á entregarse de buena voluntad.

A una de ellas la habian cubierto de cicatrices; pero no habia cedido á los furores eróticos de su señor.

Esta pobre me decia, contándome su vida con un can-

dor anjelical: «Habia jurado no entregarme sino á un indio que me gustara y no encontraba ninguno.»

Era de San Luis, tengo su nombre apuntado en el Rio 4°. No lo recuerdo ahora. La pobre no está ya entre los indios. Tuve la fortuna de rescatarla y la mandé á su tierra.

En aquellos mundos de barbárie pasan dramas terribles.

Cuantas mas cautivas hay en un toldo, mas frecuentes son las escenas que despiertan y desencadenan las pasiones, que empequeñecen y degradan á la humanidad.

Las cautivas nuevas, viejas ó jóvenes, feas ó bonitas tienen que sufrir no solo las acechanzas de los indios,—sino, lo que es peor aun, el ódio y las intrigas de las cautivas que les han precedido, el ódio y las intrigas de las mujeres del dueño de casa, el ódio y las intrigas de las chinas sirvientas y agregadas.

Los celos y la envidia; todo cuanto hiela y enardece el corazon á la vez se conjura contra las desgraciadas.

Mientras dura el temor de que la recien llegada conquiste el amor ó el favor del indio, la persecucion no cesa.

Las mujeres son siempre implacables con las mujeres.

Frecuentemente sucede que los indios, condoliéndose de las cautivas nuevas, las protejen contra las antiguas y las chinas. Pero esto no hace sino empeorar su situacion, á no ser que las tomen por concubinas.

Una cautiva á quien yo le averiguaba su vida, preguntándole cómo le iba, me contestó:

«Antes, cuando el indio me queria, me iba muy mal,

»porque las demás mujeres y las chinas me mortificaban «mucho, en el momento me agarraban entre todas y me «pegaban. Ahora que ya el indio no me quiere, me va «muy bien, todas son muy amigas mias.»

Estas palabras sencillas resùmen toda la ecsistencia de una cautiva.

Agregaré que cuando el indio se cansa, ó tiene necesidad, ó se le antoja, la vende ó la regala á quien quiere.

Sucediendo esto, la cautiva entra en un nuevo periodo de sufrimientos, hasta que el tiempo ó la muerte ponen término á sus males.

Poco antes de salir de Leubucó, conocí por casualidad un cristiano que hacia dilijencias por comprarle á un indio una cautiva, nada mas que por hacerle á esta un servicio, por humanidad.

La desdichada decia: «El indio es muy bueno y me «venderá sino me han de llevar á *otra parte.* Pero las chinas son *malazas.*»

A propósito de llevar á otra parte esto, requiere una esplicacion.

Hay dos modos de vender, el uno consiste en cambiar simplemente de dueño, el otro en la redencion. El último es el mas caro.

Ya comprenderás, Santiago amigo, que todo lo que dejo dicho en esta carta no me lo contó mi comadre Cármen. Una parte se lo debo á ella, el resto á otros y á mis propias observaciones.

Lo que sigue, sí, se lo debo á ella esclusivamente.

La noche estaba templada y clara, incitaba á conver-sr y se podia leer sin mas luz que la de las estrellas.

Aprovechándola tomé una leccion de lengua araucana.

Entonces vine á saber recien lo que querian decir ciertas palabras, cuyo significado buscaba hacia tiempo, como indios *picunches*, *puelches* y *pehuenches*.

Ché es un vocablo que significa, segun el lugar que tiene en la diccion, *yo*, *hombre* ó *habitante*.

Los cuatro vientos cardinales se denominan: Norte, *puel*; Sur, *cuerró;* Este, *picú*; Oeste, *muluto*.

Así, pues, *Picunche* (1) quiere decir habitante del Este, que es como se denominan los indios que viven en cierta parte de la Cordillera *Puelche*, habitante del Norte; *Pehuenche*, siguiendo la misma regla, significa habitante de los pinos, que es como se denominan los indios que viven entre los pinales que crecen colosales en los valles de la falda occidental de la Cordillera de los Andes.

Como se vé, los indios se parecen á los ingleses en la manera de construir sus frases, el jenitivo ó réjimen directo consiste en posponer un substantivo á otro.

Para dar una idea de la eufonía de esta lengua que se asimila, alterándolas lijeramente, todas las palabras de otras, verbigracia, llamándole *waca* á la vaca, y *cauallo* al caballo, enumeraré algunas palabras que me enseñó mi comadre, y que cópio de mi vademecum (2).

Yo—*enché*, tú ó vos—*eimi*, nosotros—*inchin*, vieja—*cucé*, jóven—*elchá*, linda—*comé*, fea—*uedá*, madre—*nuqué*, hijo de padre—*bótom* hijo madre—*piñem*, grande—*uchaima*, chico—*pichicai*, mucho—*entren*, poco—*pichin*, blan-

(1) La *n* se agrega, porque es mas agradable al oido decir, *pinunche* que *picuche*.

(2) Las palabras que tienen acento circunflejo son *nasales* y las que tien diéresis *guturales*.

co—*lieu*, negro—*currü*, cielo—*ueno*, sol—*anti*, luna—*quién*, tierra—*truquen*, mujer—*curré*, hombre—*uentru*, sí—*mai*, así es—*pipí*, (modismo muy usual), no—*müe*, agua—*có*, fuego—*quitral*, viento—*cürrüf*, frio—*utré*, calor del sol—*comoteanti*, calor sin sol—*comote arreün*, pronto—*matu*, despacio—*ñochi*, sueño—*umau*, amigo—*weni*, her, mano—*peñi*, pasto—*cachu*, ceniza—*emtruquen*, sal—*chadileubú*—(de aquí, Rio Salado se dice *chadileubú*), monte—*mamil*, árbol—*quiñemamil*, (*quiñe* quiere decir *uno*), cara—*angé*,ojos—*ñé*, boca—*ün*, orejas—*pilun*, nariz—*iu*, mano—*cui*, brazo—*lipan*, barba—*payun*, pecho—*rucú*, piernas—*chaan*, piés—*mamom*, dedo—*chang-il*, frente—*tol*, *pelo—loncó* (de aquí *loncotear*—tirarse del pelo), pescuezo—*pel*, cortar—*catril*, bailar—*pürrun*, morir—*lai*, se murió—*lai-pi*, risa—*aien*, rábia—*yarquen*.

Poco mas sé de la lengua araucana, no porque no haya tenido tiempo de profundizar mis estudios, sino por las dificultades con que tropezaba á cada paso, cuando hacia una pregunta para aclarar alguna duda.

No pude saber nada respecto á la conjugacion de los verbos.

Lo mismo digo de los jéneros.

Por ejemplo, vieja es *cucé*, viejo—*butá*, y, sin embargo en ciertos adjetivos, como *overo*, la terminacion es la que indica el jénero.

La lengua es muy elíptica. Así, por ejemplo, yegua overa manca, se dice: *overa manca*, simplemente, y caballo overo manco,—*overo manco*. En los dos casos se suprime el sustantivo, porque los adjetivos, *overa manca* ú *overo manco* no pueden calificar sino un caballo ó una yegua, y deben sobrentenderse.

Para que comprendas las dificultades con que tenia que

luchar para salvar ciertas dudas, bastarà repetir lo que decia mi comadre, cuando la apuraba demasiado. «Yo no sé bien la lengua, se necesita vivir mucho para aprenderla; aquí no cualquiera la sabe.»

Terminada la leccion de araucano, le pedí á mi maestra,—que aunque tenia hijos no era casada ni viuda,—me contára su vida; y como la cosa mas sencilla del mundo nos refirió sus aventuras con cierto mancebo padre de mi ahijada.

Es una pájina verde que en cualquier parte pasaria por una seduccion. Entre los indios es un accidente de la vida que no significa nada.

La especie humana está sujeta á la ley de la reproduccion. Nada de estraño tiene que siendo la mujer libre se entregue á quien le place, y que de la noche á la mañana resulte con hijos.

No es mas que una dificultad para casarse; porque jeneralmente nadie quiere cargar con hijos ajenos, aun cuando provengan de matrimonio lejítimo.

Para concluir esta, y á propósito de mujeres que resultan con hijos de la noche á la mañana,—qué curiosa es la farma-copea de los indios!

Toda ella se reduce á yerbas astrinjentes y purgantes y agua fria.

Lo último es un remedio por escelencia.

Pare una china? Pues en el acto, ella y el fruto de sus entrañas se meten en una laguna, sea invierno ó verano.

Una palabra mas, antes de que me retire del fogon, en que estoy, y me meta en la cama.

Es una observacion agena que puede interesarle al mundo médico.

Mi condiscípulo el Dr. don Jorje Macias, que ha pasado dos años entre los Ranqueles, y que entre ellos estaria á no ser por mí, pretende que allí no hay *tísicos*, y lo atribuye al alimento de la carne de *yegua*.

Si la observacion fuese ecsacta y la causa la consignada, de hoy en adelante podríamos esclamar: no mas tísicos.

No me atrevo á decir si la cosa vale la pena de ser averiguada, aunque recuerdo que no hace mucho tiempo mas de un galeno se reia cuando las curanderas recetaban *buche de avestruz*.

XLII

Preparativos para la marcha á las tierras de Baigorrita—Camargo debia acompañarme—Motivos de mi escursion á Quenque—Coliqueo — Recuerdo odioso de él—Unos y otros se han valido de los indios en las guerras civiles—En lo que consistia mi diplomacia—En viaje rumbo al Sud—Confidencia de un espía—El espionaje en Leubucó—Poitaua—El algarobo—Pasion de los indios por el tabaco—Como hacen sus pipas—Pitralauquen—Baño y comida—Mi lenguaraz Mora, su fisonomía física y moral.

Al dia siguiente, me levanté con el sol y me ocupé en los preparativos de la marcha para las tierras de Baigorrita.

Le anticipé un chasqui de acuerdo con Mariano Rosas, y á las dos de la tarde mandé arrimar las tropillas.

Se ensilló en un momento. Hacia dias que no andábamos á caballo y todos estaban con ganas de sacudir la pereza.

Camargo debia acompañarme. Su mision consistia en observarme de cerca, á ver qué conversaba con Baigorrita. Mi hermano Mariano, á pesar de sus protestas de adhesion y simpatía, abrigaba desconfianzas. Mi viaje lo pre-

ocupaba. No comprendia que debiendo verlo á Baigorrita en la junta que se celebraria á los cuatro dias, me incomodase en ir hasta sus tolderías.

La idea de una intriga, para hacerlo reñir con su aliado trabajaba su imajinacion.

Por eso iba Camargo conmigo, con la órden terminante de asistir á todos mis parlamentos y entrevistas y el encargo de no separarse un momento de mi lado por nada, ni para nada.

Debia ser mi sombra.

Mi escursion á Quenque tenia sin embargo la esplicacion mas plausible. Baigorrita me habia convidado hacia algunos meses para que nos hiciéramos compadres. Iba, pues, con los franciscanos á bautizar mi futuro ahijado, y, al mismo tiempo, á conocer mas el desierto, penetrando hasta donde es muy raro hallar quien haya llegado en en la condiciones mias, es decir, en cumplimiento de un deber militar.

Verdad es que las desconfianzas de Mariano tenian tambien su razon de ser. No una vez, sino varias, diferentes administraciones, por medio de sus ajentes fronterizos, han intentado sembrar la discordia entre él y Baigorrita, entre estos dos y el cacique Ramon.

El ejemplo y el recuerdo de lo que sucedió con la tribu de Coliqueo no se borra de la memoria de los indios.

La tribu de este formaba parte de la Confederacion de que antes he hablado; cuando los sucesos de Cepeda, combatió contra las armas de Buenos Aires, y cuando Pavon hizo al revés,—combatió contra las armas de Urquiza.

Coliqueo es para ellos el tipo mas acabado de la perfi-

dia y de la mala fé. Mariano Rosas me decia en una de nuestras conversaciones: «Dios no lo ha de ayudar nunca, porque traicionó á sus hermanos.»

Efectivamente, Coliqueo no solo se alzó con su tribu, sino que peleó é hizo correr sangre, para venirse á Junin junto con el regimiento 7° de caballería de línea, que guarnecia la frontera de Córdoba; se pasó al ejército del general Mitre, que se organizaba en Rojas, meses antes de la batalla de Pavon.

Con estos antecedentes y tantos otros que podria citar, para que se vea que nuestra civilizacion no tiene el derecho de ser tan rijida y severa con los salvajes, puesto que no una vez sino varias, hoy los unos, mañana los otros, todos alternativamente hemos armado su brazo para que nos ayudáran á esterminarnos en reyertas fratricidas, como sucedió en Monte Caseros, Cepeda y Pavon, —con estos antecedentes, decia, se comprenden y esplican fácilmente las precauciones y temores de Mariano Rosas.

Así fué que al notificarme que Camargo me acompañaria, me felicité de ello y le dí las gracias.

Me habia propuesto hacer consistir mi diplomacia en ser franco y veraz. Me parecia un deber de conciencia y una regla imprescindible de conducta, en mi calidad de cristiano, nombre que debia procurar á toda costa dejar bien puesto. De consiguiente, nada tenia que temer de la fiscalizacion de mi astuto agregado.

Eran las dos y media de la tarde cuando nos movimos de Leubucó, alegres y contentos, felices y esperanzados, lo mismo que al salir del Fuerte Sarmiento.

Es tan agradable el varonil ejercicio de correr por la

Pampa, que yo no he cruzado nunca sus vastas llanuras, sin sentir palpitar mi corazon gozoso!

Mentiria si dijese que al oir retemblar la tierra bajo los cascos de mi caballo, he echado alguna vez de menos el ruido tumultuoso de las ciudades, donde la ecsistencia se consume en medio de tan variados placeres.

Lo digo injénuamente, prefiero el aire libre del desierto, su cielo, su sublime y poética soledad á estas calles encajonadas, á este hormiguero de jente atareada, á estos horizontes circunscritos que no me permiten ver el firmamento cubierto de estrellas, sin levantar la cabeza, ni gozar del espectáculo imponente de la tempestad, cuando serpentean los relámpagos luminosos y ruje el trueno.

Hacia un dia hermoso.

Ibamos despacio. Las cabalgaduras habian sufrido bastante, estrañando la temperatura, el pasto y la agua; debia pensar no tanto en la vuelta á Leubucó, como en la vuelta á mi frontera.

Por otra parte, llevaba una mula aparejada, con lo poco que me habia quedado para Baigorrita, y la jornada seria corta.

Saliendo de Leubucó, rumbo al Sud, se entra en un arenal pesado, se cruzan algunos pequeños médanos y á poco andar se entra en el monte. A la salida de este se encuentra la primera aguada,—una lagunita con jagüeles, bordada de espadañas y de riente vejetacion en sus orillas. El terreno es bajo y húmedo. Son como dos leguas de camino que fatigan los caballos como cuatro.

Descansamos un rato. Nadie nos apuraba. Allí me hizo Camargo su primer confidencia. Como hombre de mundo, estaba convencido de mi buena fé y comprendia que no

siendo honroso el papel que debia hacer á mi lado, convenia ponerme en autos para que me esplicase su actitud, de la que no podia prescindir, porque á su vez ré debia ser espiado por alguien, aunque no pudiera decia por quien.

El espionaje recíproco está á la órden del dia en lá córte de Leubucó.

Varias veces, hablando allí con personas allegadas a Mariano Rosas, sobre asuntos que no eran graves, pero que podian prestarse á conjeturas y malas interpretaciones, me dijeron aquellas: «Hable despacio, señor, mire que ese que está ahí nos escucha.»

Quién era?

Unas veces, un cristiano sucio y rotoso, que andaba por allí haciéndose el distraido; otras, un indio pobre, insignificante al parecer, que acurrucado se calentaba al sol, y á quien yo le habia dirijido la palabra, sin obtener una contestacion, no obstante que comprendia y hablaba bien el castellano.

De esta práctica odiosa nacen mil chismes é intriguillas, que mantienen à todos peleados, fraternizando ostensiblemente, y odiándose cordialmente en realidad.

Mediante ella, Mariano sabe cuanto pasa á su alrededor y lejos de él.

Esas numerosas visitas que recibe cotidianamente, muchas de las cuales vienen juntas del mismo toldo y lugar, son sus ajentes secretos; espian á los demás, y se espian entre sí.

El cristiano ó el indio mas cuitado en apariencia, es su confidente, conoce sus secretos.

De ahí venian en parte la influencia, los fueros y el favor de que disfrutaba el negro del acordion. No en vano esperimentaba yo hácia él una repulsion instintiva.

Refrescadas las cabalgaduras, siguió la marcha.

El terreno se iba doblando gradualmente, cruzábamos una sucesion de medanitos, que se encumbraban por grados, divisábamos una ceja de monte, y en lontananza, hácia el S. O. las alturas de Poitaua, que quiere decir: *Lugar desde donde se divisa*, ó atalaya.

Las brisas frescas de la tarde comenzaban á sentirse, —galopamos un rato y entramos en el monte.

Eran chañares, espinillos y algarrobos. Estos últimos abundaban mas. Es el àrbol mas útil que tienen los indios. Su leña es escelente para el fuego, arde como carbon de piedra; su fruta engorda y robustece los caballos como ningun pienso, les dá fuerzas y brios admirables; sirve para elaborar la espumante y soporífera chicha; para hacer *patai* pisándola sola, y pisándola con maíz tostado una comida agradable y nutritiva.

Los indios siempre llevan bolsitas con vainas de algarroba, y en sus marchas la chupan, lo mismo que los collas del Perú mascan la coca. Es un alimento, y un entretenimiento que reemplaza el cigarro.

A propósito de cigarro, aprovecharé este momento, Santiago amigo, para decirte que los indios aman tanto el tabaco como el aguardiente.

Prefieren el negro del Brasil á cualquier otro. Los pampas Azuleros hacen este comercio, y los chilenos les llevan con el nombre de tabaco, una planta que no he podido conocer, que he fumado, y me ha hecho el mismo efecto del ópio, es fuertísima.

Todos los indios saben fumar, lo mismo que saben beber; pasaria por persona mal educada quien no supiera hacerlo.

Fuman el tabaco de tres modos: en forma de cigarro puro, en forma de cigarrillo y en pipa.

Este último modo es el que les gusta mas.

No hay indio que no tenga su cachimbito.

Ellos mismos los hacen, y con bastante injenio.

Buscan un pedazo de madera blanca como de una cuarta de largo y una pulgada de diámetro; le dan primero la forma de un paralelipípedo, en seguida le hacen una punta cilíndrica, luego un taladro y en uno de los lados un agujerito en el que colocan un dedal, con otro agujerito que coincide con el taladro.

El que quiera hacer una pipa á lo indio, ya tiene la instruccion.

Recomiendo esta clase de pipas á los aficionados al tabaco fuerte, en ellas, como que pronto las pasa la resina, casi todos los tabacos son iguales.

Los indios no fuman habitualmente sino de noche, antes de acostarse.

Cargan su pipa, se echan de barriga, se la ponen en la boca, le colocan una brasa de fuego en el recipiente y dan una fumada con toda fuerza, tragando todo el humo; en seguida otra, otra, otra del mismo modo. A la cuarta fumada les viene una especie de convulsion nauseabunda, se les cae la pipa de la boca y se quedan profundamente dormidos.

Salíamos del monte, descendiendo por un plano lijera-

mente inclinado hácia una cañada. Allí íbamos á parar, haciendo noche al borde de una lagunita llamada *Pitralauque*, lo que quiere decir,—*laguna de los flamencos*. Trae su nombre de que en aquel paraje hay siempre muchos de estos pájaros.

El sol se ponia tras de las alturas de Poitaua, y sus arreboles teñian las nubes del lejano horizonte, cuando hacíamos alto y echábamos pié á tierra.

La lagunita que tiene como cien metros de diámetro, y forma circular, estaba llena de agua. Centenares de rosados flamencos, de blancos cisnes y gansos, de pardos patos y gallaretas, se deslizaban mansamente sobre la líquida superficie.

Los indios no tienen costumbre de matar las aves acuáticas, así es que no se inquietaron por nuestra aprocsimacion.

Campamos cerca de unos chañarcitos, se acomodaron bien las tropillas, organizando la ronda, no fueran á darnos un malon, se buscó leña y no tardó en alegrar el cuadro un hermosísimo fogon.

Los franciscanos se habian molido un poco.

Su pensamiento dominante era descansar en tanto hacian un buen asado. Como verdaderos veteranos se echaron pues sobre las blandas pajas. Mis ayudantes y yo nos dimos un baño, turbando la quietud de las aves, que se dispersaron volando en todas direcciones, y cuyos nidos saqueamos inhumanamente haciendo un acopio de huevos.

Salimos del agua, junto con las primeras estrellas; nos vestimos de prisa, porque hacia fresco, y ganando el fo-

gon, que á una vara de distancia quemaba, en un momento dejamos de tiritar.

Al rato comíamos y Mora, mi lenguaraz, nos entretenia contándonos sus aventuras. Ya he dicho quien era en una de mis primeras cartas, y si no estoy trascordado ofrecí contar su vida.

Mora es un hombrecito como hay muchos, de regular estatura. Un observador vulgar le creeria tonto,—se pierde de vista. Es gaucho como pocos, astuto, resuelto y rumbeador. No hay ejemplo de que se haya perdido por los campos. En las noches mas tenebrosas él marcha rectamente á donde quiere. Cuando vacila, se apea, arranca un puñado de pasto, lo prueba y sabe donde está. Conoce los vientos por el olor. Tiene una retentiva admirable y el órgano frenolójico, en que reside la memoria de las localidades muy desarrollado. Cara y lugar que vió una vez no las olvida jamás. Solo estudiando con mucha atencion su fisonomía se descubre que tiene sangre de indio en las venas. Su padre era indio araucano, su madre chilena. Vino mocito con aquel á las tolderías de los Ranqueles, formando parte de una caravana de comerciantes, se enamoró de una china, se enredó con ella, le gustó la vida y se quedó agregado á la tríbu de Ramon. En Chile su padre habia sido lenguaraz de un jefe fronterizo, peon y pulpero. Vivia entre los cristianos. Mora es industrioso y trabajador, tiene hijos, quiere mucho á su mujer, posee algo y saldria del desierto si pudiese arrear con cuanto tiene. Pero cómo? Es empresa difícil, imposible. Mora ha estado á mi servicio unos cuantos meses, sirviéndome con decision y fidelidad. Tiene buenos sentimientos, ideas muy racionales, conoce que la vida civilizada es mejor que la del desierto; pero ya lo he dicho, está vinculado á él hasta la muerte, por el amor, la

familia y la propiedad. Habla el castellano á la chilena, perfectamante,—disminuyendo lo mismo los sustantivos, que los adjetivos y los adverbios. *Nunquita*, me ha sucedido perderme por *allicito* yendo solito, es como él dirá. El araucano lo conoce bien, y es uno de los lenguaraces mas intelijentes que he visto. Ser lenguaraz, es un arte difícil; porque los indios carecen de los equivalentes de ciertas espresiones nuestras. El lenguaraz no puede traducir literalmente, tiene que hacerlo libremente y para hacerlo como es debido ha de ser muy penetrante. Por ejemplo, esta frase: Si Vd. tiene conciencia debe tener honor, — no puede ser vertida literalmente; porque las ideas morales que implican *conciencia* y *honor* no las tienen los indios. Un buen lenguaraz, segun me ha esplicado Mora, diria: Si Vd. tiene corazon, ha de tener palabra, ó si Vd. es bueno no me ha de engañar. Por supuesto que Mora, no obstante la pintura favorable de él que he hecho, no es nene que se retrae de ir á los *malones*. Al contrario, va en la punta y por eso tiene con que vivir. En unas tierras se trabaja de un modo y en otras de otro, como él me dijo, haciéndole yo cargos de que un hombre blanco, hijo de cristiano bautizado en los Angeles, que podia ganar su vida honradamente llevára la esistencia de un salteador.

Cuando Mora dejó la palabra, habiendo dicho poco mas ó menos lo que queda consignado en el párrafo anterior, —terminábamos de comer.

Estaba helando.

Hicimos las camas al rededor del fogon, dándole los piés, puse los frailes á mi lado, — los cuidaba como á las niñas de mis ojos,—y traté de dormir.

La creacion estaba en calma, el silencio del desierto

no era interrumpido sino por uno que otro relincho de los caballos, ó por el graznido de las aves de la laguna.

La luna se levantaba, coronando de luces el firmamento, tachonado de mústias estrellas.

XLIII

Una noche eterna—Aspecto del campo al amanecer despues de la helada—En marcha—Encuentro con indios—Me habian descubierto de muy lejos—Medio que emplean los indios para conocer á la distancia si un objeto se mueve ó no—La carda—Un monte—Jente de Baigorrita sale á encontrarme—Baigorrita—Su toldo—Conferencia y regalos—Las *botas* de mis manos—Carneada—Una cara patibularia.

Hizo tanto frio, que ni teniendo lumbre toda la noche pude conciliar el sueño. Me di cien vueltas en la cama.

Qué envidia me daba oir roncar á los soldados, lejos del fogon, hechos una bola como el mataco!

Ni la helada, ni el viento, ni la lluvia, ni el polvo les incomoda á ellos.

Este mundo se vuelve puras compensaciones. Yo tenia abundantes cobijas, quien atizára el fuego toda la noche, y no podia dormir.

Ellos á penas tenian con que taparse, y dormian como unos santos varones.

La noche me parecia eterna.

En cuanto quiso aclarar, me levanté, puse á todo el mundo en movimiento, hice dar vuelta las tropillas para que los animales entráran en calor, hasta que llegára la hora conveniente de bajarlos á la laguna, que es cuando el sol pica un poco; mandé agrandar el fogon, se calentó agua, se pusieron unos churrascos, tomamos mate y nos desayunamos.

El campo presentaba el aspecto brillante de una superficie plateada; habia helado mucho, la escarcha tenia, en los lugares donde la tierra estaba mas húmeda, cuatro líneas de espesor.

Junto con el sol sopló el cierzo pampeano y comenzó á levantarse la niebla en todas direcciones.

La helada iba desapareciendo gradualmente, y los rayos solares, abriéndose paso al través del velo acuoso que pretendia interceptarlos.

El calórico, causa y efecto de todo cuanto constituye el planeta en que vivimos, disipaba el fenómeno que él mismo habia orijinado.

Eran las ocho de la mañana, y el horizonte y el cielo estaban ya completamente despejados.

Bebieron los caballos, ensillamos, montamos, y, rumbeando al Sud, tomamos el camino de Quenque, dejando á la izquierda el que conducia á las tolderías de Calfucurá.

Galopamos un rato, hasta que los animales sudaron, subiendo siempre por un terreno arenoso, salpicado de arbustos; descendimos despues entrando en una zona mas accidentada, y, al rato, descubrimos, hácia el Oriente los

primeros toldos de la tribu de Baigorrita y algun ganado vacuno y yeguarizo.

Hice alto para no alarmar á los vijilantes y desconfiados moradores de aquellas comarcas, que veloces como el viento no tardaron en ponerse á tiro de fusil de nosotros para reconocernos.

Destaqué sobre ellos á Mora, les habló y al punto estuvieron junto con él á mi lado, saludándome y dándome la bien venida.

Nada sabian de mi visita á Baigorrita.

Pero sabiendo que me hallaba dias antes en Leubucó, habian calculado que era yo el que llegaba, afirmándolos en sus conjeturas el aire de mi marcha y el órden en que la efectuaba.

Me habian descubierto desde que se levantaron los primeros polvos en Pitralauquen. La mirada de los indios es como la de los gauchos. Descubren á inmensas distancias sin equivocarse jamás los objetos, distinguiendo perfectamente si el polvo que asoma lo levantan animales alzados ó jinetes que corren.

Cuando vacilan, dudando de si el objeto se mueve ó no, recurren á un medio muy sencillo para salir de dudas. Toman el cuchillo por el cabo, lo colocan perpendicularmente en la nariz y dirijen la visual por el filo, que sirve de punto de mira; y es claro que si el objeto se desvía de él, no está inmóvil,—debe ser un árbol un arbusto, una espadaña, una carda, cuyas proporciones crecen siempre en el espacio por los efectos caprichosos de la luz.

A propósito de *carda*, no vayas á creer Santiago amigo,

que me refiero al *cardo*, que no ecsiste en la Pampa, propiamente hablando.

La carda se le parece algo, es mas bien una especie de captus, crece hasta tres varas y produce unas bellotas verdes y granulentas, como la fruta mora, en las que, cuando están secas, se encuentra un gusanillo que es la crisálida del tábano.

La carda es un gran recurso en el campo. Su leña no es fuerte, pero arde miserablemente. Es como yesca, y las bellotas cuando se queman, forman unos globulitos preciosos que parecen fuegos artificiales y distraen en sumo grado la imajinacion.

Al rededor de un fogon de carda puede uno quedarse horas enteras entretenido, viendo al fuego devorar sin saciarse con pasmosa rapidez cuanta leña se le echa, brillar y desaparecer las bellotas encandescentes como juegos diamantinos.

La carda tiene otra virtud recóndita.

Cuando el caminante fatigado de cansancio y apurado por la sed, encuentra una carda frondosa se detiene al pié de ella, como el árabe en el fresco dásis. Arranca el tallo, y en el alveolo que queda entre las hojas, encuentra siempre gotas de agua cristalina, fresca y pura, que son el rocío de la noche guarecido allí contra los inclemente rayos del sol.

Conversé un momento con los recien llegados, y despues que los avié con yerba, azúcar, tabaco y papel, seguí la marcha, cortando ellos para sus toldos.

Galopamos un rato y llegamos á un monte bastante tupido y abundante en árboles seculares. Las quemazones habian hecho estragos en aquellos jigantes de la vejeta-

cion. Algunos estaban carbonizados desde el tronco hasta la copa, y al menor empuje perdian su quicio y caian deshechos en mil pedazos.

Encontré buen pasto y resolví descansar allí un rato. Aunque no lo hubiera resuelto habria tenido que hacer alto largo tiempo.

Una mula espantadiza se asustó del ruido de un calderon medio quemado, que se vino al suelo, por arrancar un gajo para hacer fuego y calentar agua,—disparó é hizo disparar las tropillas.

El tiempo que se tardó en repuntarlas bastó para tomar algunos mates.

Mudamos, y estando á medio camino de Quenque, y siendo temprano, seguí la marcha por entre el bosque, tardando como una hora en salir de él.

Caimos á un bajo, cruzamos un salitral y avistamos al mismo tiempo que las cuchillas de unos médanos lejanos, unos polvos que venian hácia nosotros.

Poco tardamos en encontrarnos.

Era jente de Baigorrita que salia á recibirme.

Hicimos alto, destacamos nuestros respectivos parlamentarios, cambiamos muchas *razones* y formando un solo grupo nos lanzamos al gran galope.

Otros polvos que se alzaron en la misma direccion, de los anteriores, anunciaron que Baigorrita venia ya.

Yo no podia olvidar, que conmigo iban los franciscanos y que me habia comprometido á que volvieran á su Convento sanos y salvos. Veia por momentos el instante en que daban una rodada y se rompian el bautismo. Re-

cojí la rienda á mi caballo, acorté el galope y seguimos al trote.

Baigorrita se acercaba como con unos cincuenta jinetes. Estábamos á la altura de la casa del capitanejo Caniupan, amigo ranquelino, que habia conocido en la frontera; indio manso y caballero,—de los pocos que no piden cuanto sus ojos ven.

Baigorrita no anduvo con las ceremonias imponentes de Ramon, ni con los preámbulos fastidiosos de Mariano Rosas. En cuanto nos pusimos á distancia de podernos ver las caras, hicimos alto.

Se destacó solo, y yo tambien.

Picamos al mismo tiempo nuestros caballos, y, sin mas ni mas, nos dimos un apreton de manos y un abrazo, como si fuera la milésima vez que nos veíamos.

El grupo que venia y el que iba se confundieron en uno solo.

Galopábamos y conversábamos con Baigorrita, sirviéndole á él de lenguaraz, Juan de Dios San Martin, un chilenito, de quien hablaré en oportunidad, y á mí, Mora.

Baigorrita no habla en castellano, lo entiende apenas.

En media hora mas de camino estuvimos en su toldo.

Allí nos esperaba alguna jente reunida.

Todos me saludaron, lo mismo que á mi jente, con respeto y cariño.

El toldo de Baigorrita no tenia nada de particular. Era mas chico que el de Mariano Rosas, y estaba desmantelado.

Entramos en él. Mi compadre no brillaba por el aseo de su casa. En su toldo habia de cuanto Dios crió, muchos ratones, chinches, pulgas y algo peor.

A cada rato sorprendia yo en mi ropa algun animalito imprudente que, hambriento, buscaba sangre que chupar. Para un soldado esto no es novedad. Los tomaba y con todo disimulo los pulverizaba.

Tuvimos una conferencia larga y pesada. Mi compadre me presentó á sus principales capitanejos y á varios indios viejos, importantes por la esperiencia de sus consejos.

Les regalé sobre tablas algunas vagatelas. A mi compadre le dí mi revólver de seis tiros, unas camisas de crimea, calzoncillos y medias. A mi ahijado dos condores de oro.

Los franciscanos y mis ayudantes hicieron tambien sus regalitos. La recepcion habia sido tan sencilla y cordial que todos habian simpatizado con aquella indiada.

Despues que los saludos y presentaciones oficiales pasaron, vino la conversacion salpicada de dichos y agudezas.

Un indio, que por lo menos tendria sesenta años, muy jovial y chistoso, grande amigo de Pichun, el finado padre de Baigorrita, muy querido y respetado de este, viendo mis manos cubiertas con algo de que él no tenia idea, me preguntó en buen castellano:

—Qué es eso, ché?

Eran mis gruesos guantes de castor, prenda que yo estimaba mucho, porque tengo la debilidad de cuidarme demasiado quizá las manos.

Me ví embarazado momentáneamente para contestar. Si decia guantes, me iba á entender tanto como si dijera matraca.

Rumeando la respuesta,—le contesté:

—Son las botas de las manos.

Los ojos del indio brillaron como si hubiera hecho un descubrimiento y agregó:

—Cosa linda, *guena.*

Y esto diciendo me agarró las dos manos con las suyas.

Retiré una, desabroché el guante y ayudándole á tirar me lo saqué.

El indio se lo puso en el acto.

Hice lo mismo con el otro y se lo dí.

Tambien se lo puso, tenia las manos mas chicas que yo, así es que le hacian el efecto de un par de manoplas, de esas que suelen verse colgadas en las vidrieras de las armerías.

El indio parecía un mono. Abria los dedos y se miraba las manos encantado.

Le dejé gozar un rato, y cuando me pareció que habia estado bastante tiempo en posesion de mis guantes, se los pedí para ponérmelos.

—Ese no dando, me contestó.

La jugada no estaba en mis libros. Perder mis guantes equivalia á estropearme las manos, sin remision.

—Te los compro, le dije, viendo que cerraba los puños como para asegurar mejor su presa.

Hizo un movimiento negativo con la cabeza.

Metí la mano al bolsillo, saqué una libra esterlina y se la ofrecí, creyendo picar su codicia.

Tomóla; pero no me dió los guantes.

—Dame las botas de las manos, le dije.

—Eso no vendiendo, me contestó,—llevando á la Junta, como cristiano.

—Entonces dando la libra esterlina, le dije.

—Yo indio pobre, vos cristiano rico, repuso.

Y junto con la contestacion se guardó la libra, dejándome con un palmo de narices.

Todos los circunstantes festejaron con risotadas espontáneas la treta del indio.

Mi compadre Baigorrita, me dijo: Viejo diablo, eh?

Tuve que amoldarme á las circunstancias y que declararme neófito en materia de escamoteos.

Las visitas se fueron retirando poco á poco.

Yo estaba cansado, y por ciertas razones tenia necesidad de mudarme la ropa.

Salí sin ceremonia del toldo.

Habia mucha jente afuera, charlando alegramente con los de mi comitiva, al mismo tiempo que le daban un avance á una parva de algarroba. Habia dos cosechadas para el invierno.

Tenian hambre.

Llamé á Juan de Dios San Martin, el chilenito, y lo mismo que si hubiera estado en la estancia del amigo mas íntimo, le dije: Dile á mi compadre que me haga carnear una res para la jente

Se fué, y al punto volvió diciéndome que ya la traian.

Con efecto, un rato despues, dos indios traian una vaca enlazada.

La carnearon las chinas, entregándole la mayor parte á mi jente.

El fogon estaba pronto ya.

No queriendo pernoctar en el toldo de mi compadre, campé al raso.

La tarde se acercaba.

Las chinas recojian el ganado manso, arreándolo á pié seguidas de muchos perros tan grandes como flacos, que llamaban la atencion.

Las cabras y las ovejas venian mezcladas.

Llegaron á la puerta de los corrales; los perros separaron las especies, y las chinas las majadas, encerrando cada una de ellas en su respectivo corralito.

La operacion se hizo con la misma facilidad con que un niño separaria de una canastilla llena de cuentas negras y blancas las que quisiera.

Cuando alguna cabra ú oveja se quedaba en la majada que no le correspondia, los perros la volvian al redil.

Me avisaron que el asado estaba pronto. Acabé de mudarme, y ocupé mi puesto en la rueda del fogon.

Al sentarme vi cruzar una cara patibularia.

Parecia un indio.

Quién era?

XLIV

Qué es la vida—Reflecsiones—Los perros de los indios—Recuerdos que deben tener de mi magnificencia—Un intérprete—Cambio de *razones*—*Sans façon*—*Japaí* y *Yapaí*—Detalles—En Santiago y Córdoba los pobres hacen lo mismo que los indios—Finjimiento—Otra vez la cara patibularia—Averiguaciones—Una navaja de barba mal empleada.

La vida se pasa sin sentir.

Como dice la sentencia árabe, no es mas que el camino de la muerte.

Cuando menos lo esperamos nos sorprende el invierno; y recien como la cigarra imprevisora, nos apercibimos de que hemos pasado el verano cantando, sin pensar en nada.

Nuestros cabellos, con los que jugueteaba ebúrnea y afilada mano, se han puesto canos. Nadie los toca ya.

Nuestros ojos han perdido su brillo magnético. Nadie los mira.

Nuestra tez tersa y sonrosada, se ha vuelto amarillento y seco pergamino. Nadie repara en ella.

En el corazon apenas arde una llama moribunda semejante al pálido resplandor de una lámpara sepulcral. Pero, ay! Quién se inflama en el tibio calor suyo ?

De esperanza en esperanza, de ilusion en ilusion, de desengaño en desengaño, de decepcion en decepcion, de caida en caida, de percance en percance, de desvarío en desvarío, rodamos fatalmente y llegamos al borde de la tumba, cayendo en su misteriosa oscuridad para cesar de sufrir, ó sufrir mas.

Hemos aspirado, no hemos hecho nada por nosotros ni por la humanidad,—y hemos consumido una ecsistencia robusta, ecsuberante con cuya sávia se han alimentado quién sabe cuantos parásitos afortunados, esclamando mil veces: *En vain, alas ¡en vain¡*

Y por todo consuelo, nos contentamos con darle al mundo y á sus pompas vanas un adios irónico, escribiendo en forma de epigrama póstumo un epitafio.

Ci-gît Piron, qui ne fut rien;
Pas même académicien.

Si la vida se pasa así,—de cualquier modo, con mas razon se pasa cualquier noche.

La primera que dormí en Quenque, al raso, cerca del toldo de mi compadre Baigorrita, pertenece á ese jénero. Creo que ni recuerdos tuve.

De ella solo puedo decir que dormí.

Mi fatigado cuerpo no sintió, ni el aire de la noche, ni la dureza del suelo, ni la famélica inquietud de los perros, que dovoraban los rezagos y huesos de nuestro fogon, haciendo crujir sus afilados dientes, hasta romperlos y chupar el escondido tuétano.

Los indios no les dan de comer á sus perros, y sin embargo tienen muchos; en cada toldo hay una jáuria.

Los pobres viven de los bichos del campo, que cazan, —ó como los avestruces, pescando moscas al vuelo.

El hambre les hace adquirir una destreza increible. Mosca que zumba por sus narices va á parar al estómago.

Los tratan con la mayor dureza; el que no está lleno de chichones tiene alguna cicatriz agusanada.

Es lo que sacan cuando se acercan á algun fogon, ó cuando al carnear una res se arriman timidamente á ella para chupar siquiera la sangre que riega el suelo.

Las chinas son las que tienen alguna compasion de ellos. Son sus compañeros inseparables. Van al monte y al agua con ellas; con ellas recojen el ganado; y al lado de ellas duermen.

A los indios no los siguien jamás.

En mi fogon se dieron una panzada que debe haber hecho época entre ellos.

A esta hora deben estar cantando con himnos caninos, y en el mismo bronco lenguaje con que ladran á la luna, por no decir adoran,—la generosidad y espléndida magnificencia de unas jentes estrañas, que anduvieron por allí, con caras desconocidas, vistiendo trajes que no habian visto jamás y hablando un idioma inintelijible, aunque agradable á su oido.

Amaneció.

Nos dimos los buenos dias con los franciscanos, nos levantamos, tomamos mate y nos preparamos para recibir visitas que no tardaron en llegar.

Mi compadre Baigorrita,se habia bañado muy temprano, y descalzo y con los calzoncillos arrollados sobre la rodilla y las mangas de la camisa arremangadas, atusaba un caballo que estaba en el palenque.

Me acerqué á él, le saludé, y sin interrumpir su faena me contestó con una sonrisa afable, haciéndome decir con Juan de Dios San Martin que andaba por ahí: «Que estuviera á gusto, que aquella era mi casa.

Le contesté dándole las gracias.

Y, pegando el ultimo tijeretazo me invitó á pasar á su toldo.

Acepté, y entramos en él.

Tres fogones ardian.

Al rededor de ellos las chinas y las cautivas preparaban el almuerzo, que consistia en puchero y asado.

Nos sentamos quedando mi compadre enfrente de mí.

Empezaron á entrar visitas, se colocaron en dos filas y la charla no se hizo esperar.

Eran todas personas de importancia.

No siendo Juan de Dios San Martin, bastante buen lenguaraz, mandaron llamar otro cristiano, hombre de la entera confianza de Baigorrita.

Era necesario que todos los circunstantes se enterasen perfectamente bien de mis *razones.*

Vino Juancito, que así se llamaba el perito, y se colocó entre mi compadre y yo, dando la espalda á la entrada del toldo.

Era un zambo motoso, de siete pies de alto, gordo como un pavo cebado.

Su traje consistia en un simple chiripá de jerga pampa.

En su fisonomía estaban grabados con caractéres inequívocos los instintos animales mas groseros. Todas sus facciones eran deformes, y á la manera de los indios, se habia arrancado con pinzas los pelos de la cara, pintado los pómulos y los labios. Su mirada era chispeante, pero no revelaba ferocidad.

Le dije mis primeras *razones*. Intentó traducirlas. No pudo, sus oidos no habian jamás escuchado un lenguaje tan culto como el mio. Y eso que yo me esforzaba siempre en espresarme con estudiada sencillez. No entendia jota.

Al trasmitirle á mi compadre Baigorrita mis razones, Camargo y Juan de Dios San Martin, le decian:—El coronel no ha dicho eso.

Las visitas impacientadas gruñian contra el zambo. El, avergonzado y turbado de su imbecilidad, sudaba la gota gorda. Su cara y su pecho traspiraban como si estuviera en un baño ruso, despidiendo un olor grasiento peculiar, que volteaba.

Cuando su confusion llegó hasta el punto de sellarle los labios, cayó en una especie de furor concentrado. Levantóse de improviso, y diciendo: «Me voy, ya no sirvo,» se marchó.

Nadie hizo la menor observacion.

La conversacion continuó, haciendo de intérpretes los otros lenguaraces.

Las mujeres de mi compadre, las chinas y cautivas se pusieron en movimiento, y el almuerzo vino.

A cada cual le tocó, lo mismo que en el toldo de Mariano Rosas, un enorme plato de madera con carne cocida, cáldo, zapallos y choclos.

Yo, ya estaba en mi centro.

Comí *sans façon.*

Tomaba las posturas que me cuadraban mejor, y calculando que lo que iba á hacer produciria buen efecto en el dueño de casa y en los convidados, me quité las botas y las medias; saqué el puñal que llevaba á la cintura y me puse á cortar las uñas de los piés, ni mas ni menos que si hubiera estado solo en mi cuarto, haciendo la policía matutina.

Mi compadre y los convidados estaban encantados. Aquel coronel cristiano parecia un indio. Qué mas podian ellos desear? Yo iba á ellos. Me les asimilaba. Era la conquista de la barbárie sobre la civilizacion. El *Lucius Victorius, imperator*, del sueño que tuve en Leubucó la noche en que Mariano Rosas me hizo beber un cuerno de aguardiente estaba allí transfigurado.

Cuando acabé la operacion de cortarme las uñas de los piés, me limpié las de las manos, y para completar la comedia me escarbé los dientes con el puñal.

Trajeron el asado, agua y trapos. En lugar de hacer uso del cuchillo de la casa, hice uso del mio.

El indio antes del dia se presentó á la sazon con mis guantes, se me sentó al lado y le dió por jugar con mi pera, insistiendo en que la habia de trenzar, porque era linda, segun él decia. Le dejé hacer su gusto.

Terminado el almuerzo, trajeron unas cuantas botellas de aguardiente y entre *yapai* y *yapai* las apuramos.

Mi ahijado, á quien el dia antes habia acariciado, se acercó á mí. Le hice un cariño. Una cautiva le habló en la lengua, y el chiquilin juntó las manos, y todo ruborizado me dijo: «bendicion.»

—«Dios te haga buen cristiano, ahijado,» le contesté, y echándole los brazos le senté entre mis piernas.

El chiquilin se quedó como en misa. Saqué el reloj y se lo puse al oido para que oyera el tic-tac de la rueda: siguió inmóvil. Guardé el reloj, y viendo que por sobre su cabecita caminaban ciertos animalitos de mil pies,— me puse á espulgarlo.

Comprendo, Santiago amigo, que estos detalles son poco filosóficos é instructivos; pero hijo mio, ya que no puedo cantar las glorias de mi espada, permíteme describirte sin rodeos, cuanto hice y ví entre los Ranqueles.

El pulcro y respetable público tendrá la bondad de ser induljente, á no ser que prefiera, lo que no suele ser raro, la mentira á la verdad.

Rien n'est beau que le vrai.

Tomo el dicho por los cabellos y continúo.

Mi ahijado estaba acostumbrado á la operacion. Los indios se la hacen unos á otros, al rayo del sol, con un apéndice que dejo á tu perspicacia adivinar.

De gustos no hay nada escrito.

Una ostra cruda es para algunos el bocado mas sabroso. Vitelio, se comia, para abrir el apetito, cuarenta docenas de una sentada.

Algunos buscan el queso hediondo, y prefieren *el que camina.*

Mientras tanto, otros, no pueden pasar ni lo uno ni lo otro.

No nos admiremos de la costumbre de los indios.

He de repetir hasta el cansancio, que nuestra civilizacion no tiene el derecho de ser tan orgullosa.

En Santiago del Estero, donde lengua y costumbres tienen un sabor primitivo, los pobres hacen lo mismo que los indios.

El que quiera verlo, no tiene mas que tomar la mensajería del Norte y dar un paseo por aquella provincia arjentina.

Y en la sierra de Córdoba hacen igual cosa. Está mas cerca y la escursion seria mas pintoresca.

Mi ahijado se quedó dormido.

Le acomodé la cabecita sobre uno de mis muslos y le dejé quieto.

Las visitas se fueron retirando.

Algunas se echaron, quedándose dormidas.

Yo, siguiendo mi plan de *hacerme interesante*, las imité. Qué habia de dormir! Era imposible. Cuerpos estraños al mio, me tenian en una ajitacion indescriptible.

Me quedé no obstante en el toldo haciendo que dormia.

Ronqué.

Mi compadre impuso silencio. Debia mirarme con placer.

De repente llamé con voz trémula y débil á Rufino Pereira.

No contestó; no podia oirme. Lo calculaba.

Entonces, finjiendo un enojo terrible, me incorporé súbito y grité con todas mis fuerzas:

Rufino! Rufino ! !

Rufino contestó de lejos,—voy, señor, y entró volando en el toldo.

—Por qué no venias?

—No habia oido.

Le apostrofé.

Mi compadre fumaba tranquilamente su pipa, rodeado de sus tres hijos menores dormidos.

Me miró como diciendo para sus adentros: Este hombre, es un hombre.

Mis contrastes le seducian. La dulzura, la aspereza, la calma y la irascibilidad hablan muy alto á la imajinacion de un salvaje.

—Tráeme mi navaja de barba, le dije á Rufino.
Salió.

—Compadre, continué, dirijiéndome á mi huésped, le voy á hacer un regalo; veo que Vd. se afeita.

No contestó, porque no entendia. Los lenguaraces se habian retirado. Llamó á Juan de Dios San Martin. En-

tró este y junto con él Rufino, trayendo la navaja y el asentador, que tenia cuatro faces, una con piedra.

Tomélo y haciéndole ver á mi compadre como se asentaba la navaja le dí ambas cosas.

Las tomó y viendo primero si se adaptaban al bolsillo de su tirador, las colocó en seguida en él.

Salí del toldo. Me mudé la ropa, despues que Cármen me ayudó á eliminar los intrusos que se habian guarecido en mis cabellos; dí un paseo porque tenia necesidad de respirar el aire libre y puro del campo, haciendo fuego con el revólver sobre algunos caranchos y teruteros; y al rato volví al fogon, para acabar de disipar con café los efectos del aguardiente.

De regreso de la caminata, pasé por detrás del toldo de mi compadre y volví á ver la *cara patibularia* del dia antes, apoyada con aire sombrío en la costanera del ranchito, que servia de cocina, y que sobresalia media vara.

Junto con ella estaba otra juvenil, de aspecto estraño y marcadamente de cristiano.

La curiosidad me acercó á ellos.

Les dirijí la palabra,— callaron.

No entienden?—les dije, con cierta acritud,—Me contestaron en lengua de indio.

Comprendí que no querian hablar conmigo.

El hecho acabó de despertar mi curiosidad.

No puedo decir por qué, pero lo cierto es que la primera cara me alarmaba.

Seguí mi camino con el intento de averiguar quiénes eran aquellos desconocidos.

Entré en el toldo de mi compadre.

Estaba solo con sus hijos, en la misma postura en que le habia dejado hacia un rato, y picaba tabaco.

Con qué?

Nada menos que con la navaja de barba que le acababa de regalar.

El asentador le servia de punto de apoyo.

Bien empleado me está, dije para mi coleto, por haber gastado pólvora en chimangos.

Mi compadre se sonrió complacido, y con una cara como unas pascuas y mirándose en la superficie tersa y lustrosa de la navaja, me dijo:

Lindo.

Es verdad, le contesté, murmurando, no te degolláras con ella; y agregando al mismo tiempo que hacia el ademan de afeitarme,—mejor es para esto.

Me entendió, y repuso:

—Cuchillo.

Queria decirme que el cuchillo era mas aparente para afeitarse.

Llamó á Juan de Dios San Martin.

Mientras éste venia, salí del toldo para contarles á mis ayudantes y á los franciscanos qué suerte habia corrido la navaja de Rodgers.

XLV

Dos desconocidos—El cuarteron—El mayor Colchao y su hijo—Una cautiva esplica quien era Colchao y refiere su historia—Provocaciones de Caiomuta—*Gualicho* redondo—Contradicciones del cuarteron—Juan de Dios San Martin—Dudas sobre la fidelidad conyugal—Picando tabaco—Retrato de Baigorrita—Un espía de Calfucurá.

En el fogon no habia nadie.

Todos estaban detrás de la cocina, porque en ese sitio no daba el sol.

Buscaba á quien contarle el uso que mi compadre hacia de mi rica navaja de barba.

Fuí pues en busca de mis compañeros de peregrinacion.

Hablaban con los dos desconocidos.

Les llamé aparte, hicieron una rueda, dejándome dentro, y les conté el caso, riéndome á carcajadas.

Unos cuantos, qué bárbaro! se oyeron al mismo tiempo.

Despues de un instante de hilaridad, pregunté, qué hombres son esos, con quienes hablaban Vds?

—No sabemos, contestaron unos.

—Tratábamos de averiguarlo, los franciscanos.

Vamos á ver, repuse.

—Me diriji á ellos. Todos me siguieron.

—Cómo te llamas, le pregunté al primero que habia visto.

Era un cuarteron tostado por el sol, como de cuarenta años.

Tenia una cara que daba miedo—grandes ojos negros, redondos, sin brillo, nariz aplastada, por cuyas ventanas salian algunos pelos, boca grande, en la que vagaba una sonrisa sardónica, dejando entrever dos filas de dientes enormes, separados, como los del cocodrilo, todo ello encerrado dentro de un óvalo que empezaba con una frente estrecha, erizada de cabellos duros y parados como las espinas del puerco espin, y terminaba con una barba aguda, lijeramente retorcida para arriba.

Estaba gordo y no tenia una sola arruga en el cútis. Llevaba un aro de oro en la oreja izquierda y la barba y el bigote se las habia arrancado con pinzas, á lo indio, de manera que en los poros irritados, se habia infiltrado el polvo mas ténue, dándole con la traspiracion á su antipática facha, el mismo aspecto que hubiera tenido si la hubiesen escalificado con finísimas agujas y tinta china.

Vestia ropa andrajosa. No llevaba calzado, y en sus piés encallecidos resaltaban unas grandes uñas incrustadas como conchas fósiles en calcárea roca.

No me contestó. Pero fijó su mirada vaga en mí.

Volví á interrogarle.

Siguió callado, bajó la vista, la fijó en tierra, é hizo un ademan con los hombros, hundiendo el pescuezo en ellos, como quien dice: no sé, qué le importa á Vd.

—Tú has de ser algun bellaco, le dije.

No contestó.

Entonces, dirijiéndome al mas jóven:

—Y tú, quién eres? le pregunté.

Parecia un cuadro humano. Era un mono, vestido de gaucho. Tambien estaba afeitado á lo indio, y su ropa era nueva y de buena calidad. Tendria diez y ocho años.

—Soy hijo del mayor Colchao, me contestó.

—Hijo del mayor Colchao? repuse, con estrañeza.

Una cautiva que se habia allegado á nosotros, me dijo:

—Es mi marido.

—Tu marido?

—Sí, señor.

—Cómo es eso?

—El cacique me ha casado con él.

Me refirió entonces, que era de San Luis, que durante algun tiempo habia vivido con un indio muy malo. Que este habia muerto á consecuencia de heridas recibidas en la última invasion que llevaron los Ranqueles al Rio 5°, cuando los derroté en los Pozos Covados, cerca de Santa Catalina; y que no habiendo dejado herederos, Baigorri-

ta la habia recojido y se la habia dado al mayor Colchao, montonero de la jente del Chaco, refujiado en Tiera Adentro. Agregó que Colchao era muy bueno y que ahora era feliz.

Vea, señor, me decia, como me castigaba el indio. Y mostraba los brazos y el seno cubiertos de moretones empedernidos y de cicatrices. Así, añadia, con mezclada espresion de candor y crueldad,—yo rogaba á Dios que el indio echára por la herida cuanto comiese. Porque tenia un balazo en el pescuezo y por ahí se le salia todo, envuelto con el humor y....

Me dió asco, aquella desdichada, cuyos ojos eran hermosísimos. Tenia una lubricidad incitante en la fisonomía. Era esbelta y graciosa.

A fin de que no continuára, el repugnante relato de las agonías de su opresor, y queriendo saber quién era ese mayor Colchao, la interrumpí, preguntándole:

—Y quién es Colchao?

—Ese hombre que habrá visto, señor, aquí, el que traia enlazada la res que le carneamos.

Yo lo habia tomado por un indio.

Era un hombre insignificante. Mi compadre tenia mu-confianza en él. Hacia de capataz suyo.

Y este muchacho, dices que es hijo de Colchao? volví á preguntarle.

—Sí, señor, repitió.

—Y, dónde vives tú? le pregunté á aquel.

—En la toldería del capitanejo Estanislao.

—Cerca de aquí?

—No, señor.

—Qué distancia hay?

—Un dia de camino (son treinta leguas en lenguaje convencional de los indios).

—Y á ese hombre le conoces? le pregunté, señalándole al cuarteron.

—Sí, señor.

—Desde cuándo?

—Hace tres dias.

—Tres dias no mas?

—Sí, señor.

—Cómo así?

—Lo he conocido en el campo, viniendo para acá.

—De dónde venias?

—Del toldo de Estanislao.

—En qué rumbo queda?

—Aquí (señalando al Sud Este).

—En qué venia?

—A caballo.

—Con cuántos caballos?

—En el montado.

—Y de dónde venia?

—De lo de Calfucurá.

—Qué por ahí va el camino?

—Por ahí.

—Y cuántos dias de camino hay del toldo de Estanislao á lo de Calfucurá?

—Dos dias y medio.

—Y habla castellano ese hombre?

—Sí, señor.

—Aquí interrumpí el diálogo con el hijo de Colchao, y dirijiéndome al otro, le dije:

—Con que te estabas haciendo el zonzo.

No contestó.

—Habla, imbécil, le dije.

—Tengo vergüenza: me contestó.

—Has de ser algun bandido, repuse, y dándole las espalda, les dije en voz baja á mis ayudantes: averígüenle la vida.

Iba á retirarme, pero se me ocurrió una pregunta esencial. Se la hice.

—De dónde eres?

—De Patagones.

—Ah! dijo, mi ayudante Rodriguez, á mí me has dicho hace un rato que chileno.

—Y á mí, no recuerdo quien, que de Bahia Blanca.

—Sí, ha de ser algun pícaro, les contesté.

Y esto diciendo, me dirijí al toldo de mi compadre.

Estaba como le habia dejado, en la misma postura, seguia picando tabaco con la navaja y hablaba con Juan de Dios San Martin.

Me senté, y le hice preguntar por el lenguaraz, quien era el desconocido.

Me contestó que no sabia, que lo habia visto; pero que habia creido que era de mi jente.

Juan de Dios San Martin, dijo que él no habia reparado en semejante hombre.

Le observé á mi compadre, qué cómo habia podido tomar por hombre mio un rotoso como ese.

Se encojió de hombros y le ordenó á San Martin, que averiguase quién era, de dónde venia, qué queria?

San Martin salió.

Yo me eché en el suelo, como en mullido sofá.

Mi compadre siguió imperturbable picando su tabaco.

Estuvimos en silencio, mientras San Martin indagó lo que queríamos saber.

Juan de Dios San Martin era el lenguaraz de mi compadre, su secretario, su amigo, sirviente y confidente. Varias veces como representante suyo estuvo en el Rio 4°.

Es un *roto* chileno, vivo como un rayo, taimado y melífluo; que sabe tirar y aflojar cuando conviene. Tiene 30 años y sabe leer y escribir perfectamente bien. Tenia varios libros, entre ellos un tratado de geografía.

Como su cara hay muchas. No tiene nada de notable. Es blanco y de sangre pura. Segun él, está entre los indios por rescatar algunos parientes mendocinos. Será ó no verdad. Yo solo sé que estando en el Rio 4° entre va-

rias cautivas, que me mandó Mariano Rosas, que entregué al Padre Burela, venia una de diez y siete años, que se decia prima suya y que le estaba muy agradecida.

Pretendia tambien San Martin estar muy enamorado de una chiquilla de catorce años, *que habia sido ya*, querida de mi compadre, quien se la habia vendido. Y decia, que saldria de los indios cuando se la acabára de pagar. La chiquilla andaba por allí, era bonita y muy inocentona al parecer. Lo mismo que estaba con San Martin hubiera estado con otro. Era mendocina y vestia ecsactamente como una india. Su donosura contrastaba en estremo con su desaseo. Reia y jugaba con todos mis ayudantes, con infantil desenfado; y *su dueño*, no se curaba de ello. El derecho de vida ó muerte que tenia sobre la pobre le inspiraba sin duda esa confianza. La institucion es bárbara, nadie lo pondrá en duda. Pero hay que reconocer que entre los indios nadie *se mata* por celos. Algo mas; hay que reconocer, — que los casos de infidelidad son rarísimos allí.

Mientras llega San Martin, con las noticias que ha ido á traer se me ocurre preguntar:

La virtud de la fidelidad conyugal, que no puede ser convencional, sino que debe tener por base un sentimiento,—el amor, — donde estará mas segura; entre los ranqueles, ó entre los cristianos?

Me guardo bien de contestar.

Prefiero esperar á San Martin, llamando tu atencion, Santiago amigo, sobre los tipos que se refujian entre los indios. Calcula si ellos conocerán bien á los cristianos, sus ideas, sus tendencias, sus proyectos futuros, teniendo á su lado secretarios, lenguaraces, amigos íntimos por el estilo del que te acabo de bosquejar.

Aquel mundo es realmente digno de estudio. Lo tenemos encima, golpeando diariamente nuestras puertas, como los enemigos de Roma, en sus horas aciagas, y qué sabemos de él?

Que nos roban.

Es bastante. Pero no es una noticia nueva para el país. Tanto valiera decirle,—hay guerra civil en Entre Rios. La conciencia pública lo sabe, no lo vé; pero lo siente. Ella pregunta otra cosa. Cual es el remedio que costando menos sangre puede conciliar el *hecho con el derecho?* Y por qué pregunta eso? Porque mientras para todo le presenteis el filo de una espada, la clemencia humana estará en su derecho de esclamar,—*fratricidas.*

San Martin volvió diciendo, que el desconocido venia de las tolderías de Calfucurá.

Mi compadre, no manifestó estrañeza alguna.

—Y cómo es, le pregunté, que Vds. no se fijan en los que vienen y están una porcion de dias comiendo en sus casas?

—Aquí viene el que quiere, compadre, me contestó.

—Y si vienen á espiar?

—Y qué van á espiar?

—Pero lo que Vds. hacen.

—Nosotros hacemos toda la vida lo mismo.

Le hice una seña á San Martin, salí del toldo y me siguió.

Mi compadre, continuó picando su tabaco, le quedaba aun un rollo tucumano.

San Martin me habia servido con lealtad en otras ocasiones. Le encargué que tomára mas informes sobre el desconocido y se marchó.

Al separarse de mí, el Padre Márcos vino á decirme que aquel me pedia una camisa y unos calzoncillos, yerba, tabaco y papel.

Todo se me habia concluido. Pero donde hay soldados no faltan jamás corazones desprendidos y jenerosos.

Llamé un asistente y le dije, — que me buscára entre sus compañeros una camisa y un calzoncillo, y todo lo demás que pedia el desconocido.

Hizo una junta; á este le pidió una cosa, á aquel otra, al uno yerba, al otro azúcar, tabaco y papel, y volvió al punto con la contribucion.

Le dí todo al Padre Marcos, y el buen franciscano se fué muy contento llevándoselo á su protejido.

Me senté á descansar en un divan que con caronas y ponchos me improvisaron los soldados.

Dormitaba, cuando oí un tropel de caballos y una voz de indio, que con acento de embriaguez, preguntaba:

—Donde está ese coronel Mansilla?

Hablaba con los que estaban detrás de la cocina.

—Ahí, le contestaron.

Un ginete indio se me presentó, pisándome casi con las patas del caballo.

Le reconocí en el acto, era Caiomuta, y viendo que estaba ébrio le miré con afectado desprecio y no le dije nada.

Caiomuta

—Vos Coronel Mansilla, gritó el bárbaro clavándole ferozmente las espuelas al caballo, *rayándolo* y levantando una nube de polvo que me envolvió.

Crei que iba á atropellarme.

Callé, me puse en pié y en actitud de defenderme.

—Vos Coronel Mansilla, volvió á gritarme.

—Sí, le contesté secamente.

—Ahhhh! hizo.

Permanecí en silencio, y como se retirára unos cuantos pasos, avancé sobre él, cubriendo mi frente con el fogon que presentaba el obstáculo de unos grandes montones de leña.

—Vos amigo indio? me dijo.

Sí, le contesté, y avancé para darle la mano.

Me rechazó, diciendo:

—Yo dando mano, amigo no mas.

—Yo soy tu amigo.

—¿Por qué entonces midiendo tierra, — *gualicho redondo?*

Gualicho, redondo, era mi aguja de marear óptica, de la que me habia servido infinidad de veces, en la travesía del Rio 5° á Leubucó.

—Eso no es para medir la tierra, le contesté.

—Vos engañando, repuso.

—Yo no miento.

—¿Y entonces qué haciendo *gualicho redondo?*

—Era para saber el rumbo— donde quedaba el Norte.

—¿Y para qué haciendo eso, teniendo camino y baqueano?

—Porque cuando ando por los campos me gusta saber derecho á donde voy.

—*Winca! winca!* murmuró. Y en voz alta y volviendo á rayar el caballo, en círculos concéntricos para lucir la rienda del animal y su destreza, gritó: engañando!

Llegaron varios indios, hablaron á un mismo tiempo y rodeándome, me dijeron:

—Dando camisa.

—No tengo, contesté secamente.

Caiomuta, con ojos mal intencionados me echó encima el caballo, balanceándose sobre él con dificultad, y me dijo:

—Vos rico, dando pues, pobre indios.

—Yo no doy nada á quien no es mi amigo, le contesté, frunciendo el ceño y apostrofándole de bárbaro.

Recojió el caballo como para atropellarme. Me retiré. Llegaron mis ayudantes y asistentes y me rodearon.

—Winca! winca! bramó el indio.

Juan de Dios San Martin, se presentó en ese momento y me dijo, que decia Baigorrita, que no le hiciera caso á su hermano, que me fuera á su toldo. Y de su cuenta agregó: Ese indio, señor, tiene muy malas entrañas.

Me pareció desdoroso abandonar el campo.

Le contesté á mi compadre, que no tuviese cuidado.

Caiomuta se echó al coleto un trago, como un chorro, de un limeta de aguardiente que llevaba en la mano derecha, y picando el caballo y vociferando insultos contra Baigorrita, á quien tachaba de ladron, y diciéndoles á los otros que le siguieran, se lanzó á toda brida, por unos arenales donde parecia imposible que el caballo corriera.

Queriendo evitar un segundo diálogo, me dirijí al tolde mi compadre. Pero viendo al padre Márcos con el desconocido, hice un rodeo y me acerqué á ellos.

—Y al fin de dónde eres, le pregunté; de Chile, de Patagones ó de Bahía Blanca?

No me contestó.

—Con que tienes lengua para pedir, y no la tienes para contestar? agregué.

—Yo no he pedido nada, contestó por primera vez con acento porteño.

—Lo que yo debia hacer era quitarte por soberbio, lo que te he dado, le dije.

—Ahí está, murmuró, con desprecio.

Me retiré—aquel hombre me alteraba la sangre, y entré en el toldo de mi compadre.

Seguia picando tabaco.

Me hizo señas de que tomára asiento.

Me senté.

Trajeron puchero.

Comí.

A mi compadre le sirvieron un riñon de cordero caliente crudo y un bofe de vaca fiambre, aliñado con cebolla y sal.

Me ofreció un bocado.

Acepté.

El riñon era incomible — hedía como álcali volátil. Pero lo mastiqué procurando no hacer jestos y lo tragué.

El bofe era pasable. Pero prefiero no volver á probarlo mas en mi vida.

Como no habia lenguaraz, no hablábamos sino una que otra palabra.

Aproveché el tiempo para ecsaminar la fisonomía de aquel *picador de tabaco* imperturbable, especie de patriarca.

Manuel Baigorria, álias, Baigorrita, tiene treinta y dos años.

Se llama así porque su padrino de bautismo fué el gaucho puntano de ese nombre, que en tiempos del cacique Pichun, de quién era muy amigo, vivió en Tierra Adentro. Su madre fué una señora cautiva del Morro. Allí vivia no há mucho con su familia, rescatada, no puedo decir en que época. Baigorrita tiene la talla mediana, predominando en su fisonomía el tipo español. Sus ojos son negros, grandes, redondos y brillantes ; su nariz respingada y abierta ; su boca regular ; sus labios gruesos ; su barba corta y ancha. Tiene una cabellera larga, negra y lácia y una frente espaciosa, que no carece de nobleza. Su mirada es dulce, bravía algunas veces. En este conjunto, sobresalen los instintos carnales y cierta inclinacion á las emociones fuertes, envuelto todo en las brumas de una melancolía genial.

Con otro tipo mi compadre seria un árabe.

Es muy aficionado á las mujeres, jugador y pobre; tiene reputacion de valiente, de manso y prestijio militar entre sus indios.

Sus costumbres son sencillas, no es lujoso ni en los arreos de su caballo.

Me habló varias veces con ternura de la madre, manifestándome el deseo de ir al Morro á visitar sus parientes.

Caiomuta es su hermano menor por parte de padre. Son enemigos. Caiomuta es rico, ladron como Caco, borracho como Baco y malo como Satanás. Insolente, violento, audaz, aborrecido de la jeneralidad. Pero es fuerte, porque tiene un circulito de desalmados que le siguen ciegamente, ayudándole á perpetrar todas sus maldades.

Concluia el estudio de los rasgos fisonómicos de mi compadre, cuando se presentó San Martin.

Cambió algunas palabras en lengua araucana con aquel, y diciéndome en un aparte, que tenia algo que comunicarme, se retiró.

Hasta luego, le dije á Baigorrita, que sin dejar de picar su tabaco, me contestó *Adio!* (los indios como los negros no pronuncian jeneralmente las eses finales), y fuí á ver que me queria San Martin.

En cuanto me acerqué á él, me dijo:

—Señor, el hombre, es un espía de Calfucurá.

—Y tras de qué anda? le prenguntè.

—Viene á ver que hace Vd. aquí. Allí temen que Vd. mueva estas indiadas contra aquellas.

—Y se lo has dicho á Baigorrita, ahora lo que hablaste con él?

—No, señor.

—Avisáselo, pues.

San Martin obedeció.

Yo me quedé pensando en la cautelosa prevision de Calfucurá, el gran político y guerrero de la Pampa, tan temido por su poder como por su sabiduría.

Las noticias de mi arribo á las tolderías de los ranqueles, le habia sido trasmitida por Mariano Rosas, junto con una consulta, en su calidad de aliado por simpatía de raza.

Su contestacion habia sido,—que la paz convenia, que no trepidase en sellarla y cumplirla.

Al mismo tiempo habia enviado un emisario secreto.

Hombres de Estado cultos habrian procedido de otra manera?

La diplomacia moderna es mas sincera y menos desconfiada?

Tú, que vives en Europa, donde nacieron y gobernaron Richelieu, Mazarino, Walpole, Alberoni, Talleylland, y Meternich,—en Europa que nos dá la norma en todo, lo dirás.

XLVI

Cansancio—Puesta de sol—Un fogon de dos filas—Mis caballos no estaban seguros—Aviso de Baigorrita—Los indios viven robándose unos á otros—La justicia—Los pobres son como los caballos *patrios*—Cena y sueño—Intentan robarme mis caballos—Cantan los gallos—Vision—El mate—Un cañonazo.

El dia habia sido fecundo en impresiones. La tarde, esa hora dulce y melancólica avanzaba. El fuego solar no quemaba ya. La brisa vespertina soplaba fresca, batiendo la grama frondosa, el verde y florido trébol, el oloroso poleo, y arrancándoles sus perfumes suaves y balsámicos á los campos, saturaba la atmósfera al pasar con aromáticas ecsalaciones. Los ganados se retiraban pausadamente al aprisco.

Mi cuerpo tenia necesidad de reposo. Mi estómago pedia un asadito á la criolla. Teníamos una carne gorda, que solo mirarla abria el apetito.

Mandé hacer un buen fogon, con asientos para todos. Proclamé cariñosamente á los asistentes, para que trajeran leña gruesa de chañar y carda.

Habia una enramada llena de cueros viejos, de trebejos inútiles, de guascas y chala de maiz. Le eché el ojo, la mandé limpiar, y me dispuse á cenar, como un príncipe, y á pasar una noche de perlas.

Mis pensamientos eran plácidos, como los del niño que alegre corre y juguetea, en tarde primaveral, por las avenidas acordonadas de arrayan del verde y pintado pensil.

Las penas andaban huidas. Tambien ellas son veleidosas. A veces suelo echarlas de menos.

El sol hundió su frente radiosa tras de las alturas de Quenque, augurando el limpio horizonte y el cielo despejado de nubes un nuevo hermoso dia; las estrellas comenzaron á centellar tímidamente en el firmamento; las sombras nocturnas fueron envolviendo poco á poco en tinieblas el vasto y dilatado panorama del desierto; y cuando la noche estendió completamente su imponente sudario, el fogon ardia, rechinando al quemarse los gruesos troncos de amarillento calden, chisporroteando alegre la endeble carda, como si festejára el poder del elemento destructor.

La rueda se habia hecho sin órden en dos filas. Detrás de cada franciscano y de cada oficial habia un asistente. El chusco Calisto Oyarzabal atizaba el fuego, reparaba el asado, tomaba mate y soltaba dicharachos sin pararle la lengua un minuto.

A no haber estado allí los frailes, hubiera podido decirse que parecia un Vulcano jocoso entre las llamas, rodeado de condenados; porque aquellas, flameando al viento, chamuscaban su barba, siendo motivo de que hiciera toda clase de piruetas y jesticulaciones, lo que provocando la risa de los circunstantes completaba el cuadro.

Los ojos se me iban, viendo el apetitoso asado.

Pensaba en el pincel y en la paleta de Rembrandt, cuando una voz conocida, dijo detrás de mí, con acento respetuoso.

—Buenas noches, señores!

Era Juan de Dios San Martin.

—Buenas noches; siéntese, amigo, si gusta, le contesté.

Gracias, señor, repuso; no puedo ahora.—Vengo á decirle,—que dice Baigorrita que los caballos están mal donde los tiene: que ha sabido que andan algunos indios ladrones por darle un golpe, y que seria mejor los encerrasen en el corral.

No pude resolverme de pronto á contestar que estaba bueno, porque los animales tenian mucha necesidad de alimentarse bien. Pero entre que sufrieran mas y perderlos, el partido no era dudoso.

Despues de un instante de reflecsion, contesté.

—Dile á mi compadre que si hay peligro los haré encerrar.

—Es mejor, contestó San Martin.

—Pues bien, repuse, que los encierren.

Y esto diciendo, le ordené al mayor Lemlemgni le hiciera prevenir á Camilo Arias que las tropillas no dormirian á ronda abierta, sino en el corral.

San Martin se fué y volvió diciéndome:

—Dice Baigorrita que el corral tiene un portillo, que es preciso taparlo con ramas y que pongan una guardia.

Mandé dar las órdenes correspondientes, y como Calisto gritára en ese momento, — ya está! invité nuevamente al mensajero de mi compadre á que se sentára.

Aceptó, ocupó un puesto en la rueda, le entramos al asado, como se dice en la tierra, y mientras lo hacíamos desaparecer, se pusieron algunos choclos al rescoldo, para tener postre.

Una jauria de perros hambrientos, habia formado á nuestro alrededor una tercera fila. Viendo que no los trataban como los indios, nos empujaban, y á mas de uno le sucedió le arrebatáran la tira de carne que llevaba á la boca. La confianza de aquellos convidados de piedra de cuatro patas llegó á ser tan impertinente, que para que nos dejàran comer en paz hubo que tratarlos á la baqueta.

—Pero hombre, le dije á San Martin, aquí no respetan nada. Será posible que se atrevan á robarme mis caballos hasta del corral de Baigorrita?

—Qué, señor, si son muy ladrones estos indios; el otro dia, no mas, se le han perdido sus caballos á Baigorrita, lo tienen á pié; me contestó.

Y, qué ha hecho?

—Los andan campeando.

—Entonces aquí viven robándose los unos á los otros?
—Así nos mas viven, ya es vicio el que tienen.

—Y qué hacen con lo que roban?

—Unas veces se lo comen, otras lo juegan, otras lo llevan y lo cambalachean en lo de Mariano ó en lo de Ramon, ó se van á lo de Calfucurá, ó se mandan cambiar á Chile.

—Y no castigan á los ladrones?

—Algunas veces, señor.

—Pero, cuando á un indio le roban, qué hace?

—Segun y conforme, señor. Unas veces le pone la queja al cacique, otras él mismo busca al ladron y le quita á la fuerza lo que le han robado.

Le hice algunas preguntas mas, y de sus contestaciones saqué en conclusion que la justicia se administraba de dos modos,—por medio de la autoridad del cacique y por medio de la fuerza del mismo damnificado.

El primer modo es el menos usual.

1° Porque mientras el cacique manda averiguar quiénes son los ladrones, descubre el hecho y se prueba, se pasa mucho tiempo; 2° porque los ajentes de que se vale se dejan seducir por los ladrones; 3° porque este procedimiento no le reporta ningun beneficio al juez.

El segundo modo es el que se practica con mas jeneralidad.

Le roban á un indio una tropilla de yeguas, por ejemplo.

Es fulano, dice por adivinacion, ó porque lo sabe. Cuenta el número de hombres de armas llevar que tiene en su casa, recluta sus amigos, se arman todos, le pegan un malon al ladron, y le quitan el robo y cuanto mas pueden.

Jeneralmente no hay lucha, porque los que van á vindicar la justicia son mas numerosos que los que acaudilla el ladron. Contra la fuerza toda resistencia es inútil, mácsime si no se tiene razon.

Hecho esto, se le da cuenta al cacique, y de lo que á título de indemnizacion se ha quitado se le hace parte. Este sebo hace inútil todo reclamo ante él. Es perder tiempo.

El indio que vaya á decirle: yo le robé á fulano diez yeguas. Me las ha quitado anoche, y cincuenta mas, recibirá esta contestacion.

Para qué robaste, pues? Róbale vos otra vez, y quítale lo que te ha robado.

Cuando llegaba á esta parte de mis investigaciones sobre la justicia pampa, le pregunté á San Martin:

—Y cuando le roban á un indio pobre, que tiene poca familia y pocos amigos, y el ladron es mas fuerte que él, qué hace?

—Nada, me contestó.

—Cómo nada?

—Señor, si aquí es lo mismo que entre los cristianos, los pobres siempre se embroman.

Calisto Oyarzábal metió su cuchara y quemándose los dedos y la boca con una tira de asado revolcado en la ceniza, dijo:

—Y así no mas es, pues. Yo entré una vez en una revolucion con D. Olazábal. Despues que las bullas pasaron á él lo hicieron juez en el Rio 4°, y á mi me echaron de veterano al 7 de caballería de línea. Eh! como á él no le faltaban macuquinos, la sacó bien.

—Tú eres un entrometido y un bárbaro, le dije.

—Así será, mi coronel; pero yo creo que tengo razon, repuso.

—Qué sabes tú, hombre?

—Mi coronel, si los pobres son como caballos patrios, todo el mundo les dá.

La contestacion, ó mejor dicho, la comparacion les pareció muy buena á los circunstantes, y todos la festejaron.

Efectivamente, no hay nada comparable á la desgraciada condicion de lo que en nuestro lenguaje arjentino se llama,—un *caballo patrio*.

Empecemos porque le falta una oreja, lo que, desfigurándolo, le da el mismo antipático aspecto que tendria cualquier conocido sin narices. Está siempre flaco, y si no está flaco tiene una matadura en la cruz ó en el lomo; es manco ó bichoco; es rengo ó lunanco; es rabon ó tiene una porra enorme en la cola; está mal tusado, y si tiene la crin larga hay en ella un abrojal; cuando no es tuerto, tiene una nube; no tiene buen trote ni buen galope, ni tranco, ni sobrepaso. Y sin embargo, todo el que le encuentra le monta. Y no hay ejemplo de que un patrio haya podido decir al morir: á mí no me sobaron jamás. Todo el que alguna vez le montó le dió duro hasta postrarlo. Ah! si los patrios que á millares yacen sepultados por los campos formando sus osamentas una especie de fauna post-diluviana se levantáran como espectros de sus tumbas ignoradas y hablasen! qué no contarian! Qué ideas no suministrarian para la defensa y seguridad de la fronteras! Pobres patrios! Quién no les echó la culpa de algo? Cuántas batallas perdidas por ellos desde el año 20 hasta la guerra del Paraguay, cuántas campañas prolongadas como la actual de Entre Rios! Cuántas reputaciones vindicadas á sus costillas por no haber vivido en tiempo de Esopo! Los tiempos hacen to-

do. Está visto. Pobres patrios! Solo ellos han callado. Resignados han sufrido, sufren y sufrirán su suerte impía. Pobres patrios! Desde el dia en que los hubo, quién no ha murmurado y gritado contra la patria? Todo el mundo menos ellos.

Such is life!

Así es la vida! Los que no deben quejarse se quejan.

Los choclos se cocieron y los comimos; se acabó la cena, siguió un rato mas las conversacion y luego cada cual pensó en hacer su cama.

La mia estaba deliciosa; con cueros le habian hecho cortinas á la enramada; el airecito fresco de la noche no podia incomodarme. Me acosté.

Despues que los asistentes acomodaron las camas de los franciscanos y de los oficiales se posesionaron del fogon y churrasquearon bien.

Yo me dormí arrullado por su charla, y por la bulla del toldo de mi compadre, que junto con unos cuantos amigos íntimos y sus chinas, saboreaba en el mayor órden el aguardiente que yo le habia llevado.

Varias veces me desperté sobrecojido, creyendo ver al negro del acordion y oir su voz.

Estaba profundamente dormido, cuando San Martin, acercándose á mi cabecera, me despertó diciéndome:

—Mi coronel!

Temiendo que mi compadre quisiera hacerme las de Mariano Rosas, no contesté.

—Mi coronel, mi coronel, repitió San Martin.

No contesté.

Acercóse entonces á la cama de uno de mis oficiales, y le dijo:

—El coronel está muy dormido, no oye, vengo á decirle que acaban de correr á unos ladrones que andaban por robarle los caballos, que es bueno que mande mas jente al corral.

Viendo que no habia riesgo en darme por despierto, llamé y ordené que cuatro asistentes fueran á reforzar la ronda del corral. Y llamándolo á San Martin, le pregunté que hacia mi compadre.

—Se está divirtiendo, me contestó.

—Bueno, le dije; que no me vayan á embromar llamándome.

—No hay cuidado, señor, Baigorrita me ha encargado que repare no lo incomoden. No quiere que V. lo vea achumado, tiene vergüenza. Por eso ha empezado á beber de noche.

Respiré. Me acomodé en la cama, me dí unas cuantas vueltas, porque algo habia que no permitia conciliar el sueño con facilidad, y por fin me volví á quedar dormido.

El cuerpo se acostumbra á todo. Dormí sin interrupcion unas cuantas horas seguidas.

La vida se pasa sin sentir, ya lo he dicho. Pero ni todos los dias, ni todas las noches son iguales. Si lo fuesen, el peor de los suplicios seria vivir. Felizmente en la ecsistencia humana hay contrastes.

Imajinaos un hombre que no hace mas que divertirse—ó á quien todo le sale bien—que no sabe lo que es

una contrariedad; y decidme, lector sesudo, que acabais quizá de estar maldiciendo vuestra estrella, si os cambiarais por él. Ah! el que tiene hambre no sabe lo que es un opulento enfermo del estómago. Con razon un magnate inglés, á quien, en los momentos de sentarse á su opípara mesa se le presentó un desconocido pidiéndole una limosna y diciéndole que era tan desgraciado que se moria de hambre—contestó: vete de aquí, tienes hambre y dices que eres desgraciado.

El desgraciado soy yo, que rodeado de manjares no puedo pasar ninguno, el que no me hace daño me empalaga.

Por eso las mujeres de mas talento, las que mas interesan,—son las que renovándose mas, se prodigan menos.

Quería decir que la segunda noche de Quenque, no habia sido como la primera.

En cuanto cantaron los gallos me desperté, llamé á Cármen y le pedí mate.

Mientras hacia fuego, calentaba agua y lo cebaba, pasé revista de impresiones nocturnas. Habia tenido un sueño—un sueño estravagante, como son todos los sueños, por mas que hayan dicho y escrito sobre el particular los grandes soñadores como Simonide, Sevano, el sucesor de Pertinax, la madre de Páris, Alejandro, Amilcar y César.

De una novela de Cárlos Joliet, de una fiesta veneciana dada á Luigi Metello, de mi almuerzo en el toldo de Baigorrita y otras reminiscencias, mi imajinacion habia hecho un verdadero *imbroglio*.

Habia asistido á una cena. Los manjares eran todos

de carne humana; los convidados eran cristianos disfrazados de indios y la escena pasaba á la vez en Quenque y en casa de Héctor Varela. El anfitrion era una mujer, Concordia, la hija de Júpiter y de Temis, y al rededor de ella estaban los principales hombres arjentinos. Cada cual tenia una vincha pampa y en ella se leia un mote. Mitre—*Tout ou rien*. Rawson—*Frères unis et libre*. Quintana—*Sempre Diritto*. Alsina—*Remember!* Argerich—*Liberté*. Gutierrez José Maria—*Odi et amo*. Avellaneda—*Dormir? Rêver?* Varela Mariano—*Honni soit qui mal y pense!* Velez Sarsfield—*De l'or!* Gorostiaga—*Assez*. Elizalde—*Jamais, Toujours*. Gainza—*Veni, vidi, vinci*. Lopez Jordan—*Muriamur*. Sarmiento—*Lasciate ogni speranza*.

Habia muchos otros convidados, veia aun como entre sueños sus caras, mas no podia recordar quienes eran.

Algunos comian—los mas rechazaban la carne humana con asco y con horror!

Una gran orquesta de instrumentos, que parecian de viento—como trompetas de papel de diario tocaba un aire militar y un coro como el que produciria el éco del pueblo agrupado en la plaza pública cantaba:

« There is no hope for nations! Search the page
« Of many thousand years—the daily scene;
« The flow and ebb of each recurring age,
« The everlasting to be which hath been,
« Hath toughit us nought or little.

Lo que traducido en prosa quiere decir:

No hay ya esperanza para las naciones. Recorred las pájinas de los siglos. Que nos han enseñado sus vicisitudes periódicas el flujo y reflujo de las edades y esa eterna repeticion de los acontecimientos? Nada ó muy poco

Cármen llegó con el mate y me sacó de la meditacion retrospectiva en que estaba.

En ese momento se oyó un cañonazo.

Era una descarga eléctrica, un trueno seco.

El fenómeno es frecuente en la Pampa.

XLVII

Baigorrita se levanta al amanecer y se baña—Saludos—En el toldo de mi futuro compadre—El primer bautismo en Quenque—Deberes recíprocos del padrino y del ahijado—Nociones de los indios sobre Dios—Promesas de mi compadre sobre mi ahijado—Me hablan de una cosa y contesto otra—Lucio Victorio Mansilla, será algun dia un gran cacique—Pensamientos locos—Visita al toldo de Caniupan—Usos y costumbres ranquelinas—Un fumador sempiterno.

Baigorrita se levantó muy temprano, se fué á la laguna y se bañó, para correjir los ecsesos de la noche. Sus huéspedes y las chinas hicieron lo mismo, regresando todos frescos y acicalados, con los labios y las mejillas pintados y lunarcitos postizos en los pómulos.

Las chinas asearon el toldo, recojieron leña, hicieron fuego, carnearon una res y se pusieron á cocinar el almuerzo.

Baigorrita y sus amigos, ensillaron los caballos que estaban en el palenque, montaron en ellos, y durante media hora los varearon, haciéndolos correr el tiro de una legua por el campo mas quebrado y escabroso.

Mi compadre regresó solo, soltó su caballo, ensilló otro, entró á su toldo, se sentó, armó cigarros y se puso á fumar.

Juan de Dios San Martin, vino de parte de él á preguntarme,—cómo habia pasado la noche, y si no se habian perdido algunos caballos.

Le contesté que habia dormido muy bien, que no habia ninguna novedad y que así que almorzára iria á hacerle una visita.

Llevó San Martin el mensaje y volvió diciéndome,—que mi compadre se alegraba mucho de que hubiera pasado la noche á gusto; que me invitaba á ir á su toldo; que iban á llegar visitas nuevas y queria que me conocieran; que allí almorzaria, si no tenia algo mejor que comer que lo suyo.

Hablaba con San Martin cuando se presentó un indio con otro mensaje de Caniupan y un regalo. Me mandaba saludar, vivia de allí legua y media, y me enviaba una bola de patai, pisada con maíz tostado, grande como una bala de cañon de á cuarenta y ocho.

Traté al mensajero como lo merecia, con todo cariño. Le hice algunos regalitos, sacando contribuciones á los oficiales y soldados; le agradecí á Caniupan su atencion y le envié una camisa de Crimea que llevaba esprofeso para él, azúcar, tabaco, yerba y papel,—prometiéndole visita para la tarde.

En seguida me fui al toldo de mi compadre. Fumaba tranquilamente rodeado de sus hijos: no se movió, me insinuó un asiento con la sonrisa mas dulce y amable, y apenas me habia acomodado en él, le dijo á mi ahijado: padrino, bendicion.

El indiecito vino hácia mí con cierta timidez; le atraje del todo echándole los brazos, le cojí las manecitas que habia unido, obedeciendo al mandato de su padre, le acaricié y le senté á mi lado,—contestándole á su,—bendicion padrino, Dios lo haga bueno ahijado!

La madre, que hablaba español, le preguntó desde el fogon: cómo te llamas?

No contestó. Le repitió la pregunta en lengua araucana y respondió mirándome con recelo. Lucio Mansilla.

Mi compadre se sonrió complacido. La madre, las chinas y cautivas que cocinaban festejaron mucho la respuesta. Una de las mas ladinas, dijo: coronel Mansilla, chico.

Mi compadre llamó á San Martin.

Entró éste; hablaron.

San Martin, me dijo:

—Dice Baigorrita, qué cuando se hace el bautismo.

—Dile que cuando quiera, que ahora mismo, si le parece, antes que entren visitas.

Contestó que bueno.

Llamé al padre Márcos, y el franciscano no se hizo esperar.

En cuanto entró, mi compadre le hizo decir, con San Martin.

—Que si le hacia el favor de bautizarle su hijo?

—Con mucho placer, contestó el Padre.

Salió, volvió con fray Moisés Alvarez, se revistieron, nos hincamos, rezamos el Padre Nuestro, haciendo coro los cautivos que lo sabian y mi ahijado fué bautizado con el nombre de Lucio Victorio.

Terminada la ceremonia, Baigorrita les dió las gracias á los franciscanos y les invitó á sentarse y á almorzar.

Hizo una seña y nos sirvieron. Habia puchero de dos clases, de carne de vaca y de yegua; asado idem. Yo comí carne de yegua, mi compadre lo mismo, los frailes de vaca.

Mientras almorzábamos llegaron visitas. A todos se les obsequió como á nosotros; los unos eran conocidos del dia antes, los otros recien llegados. Baigorrita me presentó á todos sucesivamente. Hubo abrazos y apretones de mano hasta el fastidio, las preguntas y respuestas de siempre.

Mi compadre esplicó lo que significaba entre los indios darle al ahijado el nombre y apellido del padrino.

Era ponerlo bajo su patrocinio para toda la vida; pasar del dominio del padre al del padrino; obligarse á quererle siempre, á respetarle en todo, á seguir sus consejos, á no poder en ningun tiempo combatir contra él, so pena de provocar la cólera del cielo.

El padrino se obliga por su parte á mirar al ahijado como hijo propio,—á educarlo, socorrerlo, aconsejarlo y encaminarlo por la senda del bien, so pena de ser maldecido por Dios.

Eran dos séres que se identificaban por un voto solemne.

Con este motivo me habló del gaucho puntano Manuel Baigorria, manifestando el deseo de que se le diera permiso para que le hiciera una visita.

Le dije que una vez hecha la paz, no habia inconveniente en que tuviera eso gusto, si Mariano Rosas lo permitia.

Le agregué que Baigorria no era buen hombre,—que habia sido mal cristiano y mal indio,—que á unos y á otros los habia traicionado.

Me contestó que no desconocia mis razones. Pero que al fin era su padrino, que llevaba su nombre y que él no podia dejar de quererle.

Le dije que sus sentimientos le honraban; porque probaban su lealtad, y que le honraban tanto mas cuanto que convenia en que su padrino habia sido infiel á sus compromisos y á su palabra.

Varios de los visitantes, aprobaron mis observaciones.

Los franciscanos á su turno esplicaron con mansedumbre, claridad y sencillez lo que significaba el bautismo.

Dijeron que el que se bautizaba entraba en gracia de Dios.

Que Dios era eterno, inmenso, misericordioso; que tenia un poder infinito, que hacia cosas grandes que los hombres no podian comprender; que su voluntad era que todos se amáran como hermanos, que no matáran, que no robáran, que no mintieran; que los que se casáran lo hicieran con una sola mujer; que los que tuvieran hijos los educáran y enseñáran á vivir del trabajo; que para ser buen cristiano era necesario tener presente siempre esas cosas.

San Martin, tradujo *las razones* de los franciscanos, y todos los presentes las escucharon con suma atencion.

Mi compadre prometió,—educar á su hijo en la ley de los cristianos, que no se casaria con varias mujeres, ni con dos, que lo enseñaria á vivir de su trabajo.

Entraron mas visitas. Tuvimos una larga conferencia y espliqué el Tratado de paz celebrado con Mariano Rosas.

Todo el que queria me dirijia una pregunta.—Baigorrita me hacia decir con San Martin que tuviera paciencia y Camargo me aconsejaba que no dejára de contestar.

Cuando la interpelacion era impertinente, Camargo me zumbaba al oido: diga señor cuantas yeguas se dan por el Tratado.

Pero hombre, le observaba yo, qué tiene que ver la pregunta con eso? Nada, señor, conteste lo que yo le digo; yo le diré despues como son estos. Era una comedia. Me hablaban de pitos y contestaba flautas. Y el resultado de cada diálogo era siempre el mismo,—bueno, lo que haga Baigorrita está bien hecho. Mi compadre agachaba la cabeza en señal de asentimiento; y Camargo me decia entre dientes, como hombre que sabia el terreno que pisaba: no vé, señor, si lo que quieren es hacerle creer á Baigorrita que ellos tambien saben hablar.

No menos de cuatro horas duró la broma aquella. Poco á poco fueron desapareciendo los grandes dignatarios de la tribu. Por fin nos quedamos *tête à tête* con mi compadre. Me dijo entonces que todo el Tratado le parecia bueno. Pero que deseaba saber quien le iba á entregar á él su parte. Le contesté que Mariano Rosas era quien debia hacerlo; que tanto él como Ramon lo habian apode-

rado para tratar. Convino en ello, y terminamos, pidiéndome dejára bien arreglado con Mariano, que á su tribu le tocaba la mitad de todo lo que el gobierno iba á entregar, lo que prometí hacer.

Mi ahijado, el futuro cacique Lucio Victorio Mansilla, no se movió de mi lado, mientras duró la conferencia. Viéndolo cabecear le acomodé la cabecita en el respaldo de mi asiento y se quedó dormido. Era hora de siesta. Me acosté sin decirle una palabra á mi compadre y dormí hasta que el desasosiego me despertó. Mi cuerpo hervia.

Me levanté, salí del toldo y lo dejé á mi compadre fumando y haciéndose espulgar por una de sus chinas.

Cambié de ropa, y en tanto que me vestia pensaba que el plan soñado de hacerme proclamar emperador de los Ranqueles bien valia la pena de aquellos sacrificios.

Murmuré: *Lucius Victorius*, *imperator*. Me pareció sonoro. Pero la onomancia me dijo,—loco! Me miré la palma de la mano, consulté sus rayas, y la quiromancia me dijo,—dos veces loco!! Ví cruzar una bandada de loros, observé su vuelo, y la ornitomancia me dijo,—tres veces loco!!!

La vision de la patria cruzó entre una nube de fuego por mi mente en ese instante, y viéndola tan bella me ruboricé de mis pensamientos y de no haber hecho hasta ahora nada grande, útil, ni bueno por ella.

Mandé ensillar un caballo, y me fuí á visitar á Caniupan.

Galopé media hora y llegué á su toldo.

Iba á echar pié á tierra, San Martin que me acompañaba, me dijo:—todavía, no señor, la costumbre es otra.

Salió un indio del toldo y haciendo callar los perros que habian sido los heraldos de nuestra aprocsimacion, dijo :

Buenas tardes, hermanos!

—Buenas tardes, contestó San Martin.

—No quieren apearse? añadió.

—Vamos á hacerlo, repuso San Martin.

Y dirijiéndose á mí, ahora es tiempo, señor, apéase me dijo.

Quise avanzar y me detuvo.

El indio, dijo:

—Pase adelante.

Vamos, señor, me dijo San Martin contestando:

—Ya vamos.

Quise manear mi caballo y San Martin me dijo,—todavía no.

—Por qué no atan los caballos? dijo el indio.

—Vamos á hacerlo, contestó San Mantin.

Y dirijiéndose á mí, me dijo: — atemos, señor, los caballos y entremos.

Los atamos y entramos en el toldo.

Caniupan estaba sentado, se levantó, nos recibió con gran agasajo y nos hizo sentar.

—Vienen á quedarse? me preguntó.

—No, vengo por un rato, le contesté.

San Martin me esplicó la pregunta. Si hubiera dicho que sí, en el acto habrian mandado desensillar mi caballo, las chinas ó cautivas habrian hecho un lío del apero y lo habrian guardado como cosa sagrada.

Al toldo de un indio se acerca el que quiere. Pero no puede apearse del caballo, ni entrar en él sin que primero se lo ofrezcan. Una vez hecho el ofrecimiento, la hospitalidad dura una hora, un dia, un mes, un año, toda la vida. Lo que entra al toldo es cuidado escrupulosamente. Nada se pierde. Seria una deshonra para la casa. Solo de los caballos no responden. Sea conocido ó desconocido el huésped, se lo previenen, diciéndole: aquí ni lo de uno está seguro. Y es la verdad.

El indio no rehusa jamás hospitalidad al pasajero. Sea rico ó pobre, el que llame á su toldo es admitido. Si en lugar de ser ave de paso se queda en la casa, el dueño de ella no ecsije en cambio del techo y de los alimentos que da,—tampoco da otra cosa,—sino que en saliendo á malon le acompañen.

El toldo de Caniupan estaba perfectamente construido y aseado. Sus mujeres, sus chinas y cautivas, limpias. Cocinaron con una rapidez increible un cordero, haciendo puchero y asado y me dieron de comer.

El indio hizo los honores de su casa con una naturalidad y una gracia encantadoras. Me habria quedado allí de buena gana un par de dias Los cueros de carnero de los asientos y camas, las mantas y ponchos parecian recien lavados, no tenian una mancha, ni tierra ni abrojos.

Me presentó todas sus mujeres, que eran tres, su hijos que eran cuatro y varios parientes, escepto la suegra, que vivia con él; pero con la que segun la costumbre no podia verse, porque como me parece haberte dicho antes,

—los indios creen que todas las suegras tienen *gualicho*, y el modo de estar bien con ellas es no verlas ni oirlas.

Pasé un rato muy entretenido, comí un buen asado de cordero, escelente patai de postre, bebí un trago de aguardiente, y al caer la tardecita me despedí y me volví al toldo de Baigorrita.

A mi compadre lo encontré como lo habia dejado, sentado y fumando.

Unas chinas de los alrededores me esperaban de visita. Iban á dormir conmigo, es decir, á pasar la noche cerca de mi fogon, como lo hizo Villarreal con su familia cuando me tenian detenido á la orilla de la lagunita de Calcumuleu. Es una costumbre de la tierra.

Camargo no estaba. Unos indios amigos le habian llevado á un baile esa tarde. Se habia ido con mi permiso, sin pedírmelo.

Cuando pregunté por él me dijeron que habia encargado me avisáran,—que con mi permiso se habia ido á divertir. Era un verdadero mensaje de gaucho.

Mandé cebar mate y obsequié á mis visitas como correspondia. Eran cuatro, se habian puesto muy currutacas y las encabezaba una llamada Maria Jesus Rodriguez que hablaba el castellano como yo.

Su nombre derivaba del de su madrina. No era cristiana. Se me olvidaba decir que entre los indios, el compadrazgo se establece sin necesidad de bautismo.

Pero dejemos á las visitas y vamos al fogon. El cuarteron conversa con mis ayudantes, oigo que dice que conoce á Julian Murga y esto pica mi curiosidad.

XLVIII

El cuarteron cuenta su historia—Recuerdo de Julian Murga—Los niños de hoy—Diálogo con el cuarteron—Insultos—Nuestros juicios son siempre imperfectos—Un recuerdo de la imitacion de Cristo—Dudas filosóficas—Ultima mirada al fogon—El cuarteron me dá lástima—Alarma—Caiomuta ébrio, quiere matarme—Un reptil humano.

Me acerqué al fogon, sin que me vieran, y permanecí de pié para no interrumpir al cuarteron. Las llamas iluminaban el cuadro, destacándose en él la horrible y deforme cara del espía de Calfucurá.

Contaba su historia.

No habia conocido padres. Era natural de Buenos Aires, y habia sido soldado del coronel Barcena, de repugnante y sangrienta memoria. Sus campañas eran muchas y habia presenciado y sido ejecutor de inauditas crueldades.

El pronunciamiento de Urquiza contra Rozas, le tomó en la Banda Oriental, militando en las filas de Oribe. De allí vino incorporado á la Division de Aquino,—ese tipo noble, caballeresco y valiente que sucumbió á manos de una soldadesca fanática y desenfrenada.

Estuvo en Caseros, en el sitio de Buenos Aires y en el Azul con el jeneral Rivas. De allí desertó. Vivió errante algun tiempo haciendo fechorías, mató á uno de una puñalada en una pulpería, ganó los indios, anduvo por Patagones comerciando, en calidad de Picunche, y allí conoció al coronel Murga.

Yo me he criado con Julian, le quiero mucho; los recuerdos de nuestra infancia no se borrarán jamás de mi imajinacion; en nuestro barrio, el de San Juan, habia como en todos un caudillo,—él era el nuestro. Los pulperos, los zapateros, los tenderos y las viejas nos temblaban. Eramos el azote de los negros que vendian pasteles, de los lecheros y panaderos.

Teníamos nuestro arsenal de piedras para ellos, y una coleccion de apodos que todavía sobreviven. Perseguíamos á muerte los gatos y los perros del vecino. Pescábamos por los fondos sus gallinas.

No dejábamos llamador en su lugar, zócalo recien pintado, pared recien blanqueada, vidrio sano que no rayáramos ó rompiéramos.

Los locos nos aborrecian, los vijilantes y los serenos, preferian estar de amigos con la cuadrilla. Nos disfrazábamos y asustábamos á las viejas, prefiriendo á nuestras tias.

Los criados de todas las casas conocidas nos abominaban y las sirvientas nos toleraban. Julian prometia desde chiquito. Era audaz, inventivo, estratéjico. Diablura que á él se le ocurria era siempre heróica. Una vez se le ocurrió tirarse de una azotea y lo hizo, se rompió una pierna; otra que incendiáramos una pulpería lanzando en ella un gato bañado en alquitran y espíritu de vino al que le pegamos fuego, y armamos un alboroto de marca mayor. Te-

niamos la ciudad dividida en secciones. Un dia le tocaba á una, otro á otra. Esta noche le robábamos á Chandery la bota que tenia de muestra y á una paraguería el paraguas, y por la mañana, Chandery anunciaba paraguas y la paraguería botas.

Aquellos compañeros auguraban ya lo que serian mas adelante algunos de la infantil decuria. Cuántas traiciones y debilidades no denunciaron nuestros planes! Cuántas cobardías no los hicieron fracasar! Hasta espias habia entre nosotros pagados por el celo maternal! Ah! los niños, los niños! Los niños de hoy han de ser los hombres del porvenir.

Tomad nota de sus buenas y malas cualidades, de sus arranques de cólera, de sus ímpetus jenerosos. Porque mas tarde ó mas temprano, ellos serán,—comerciantes, sacerdotes, coroneles, jenerales, presidentes, dictadores. El fondo de la humanidad persiste hasta la tumba. El barro del Océano nada lo remueve.

Me allegué al fogon,—saludé dando las buenas noches, se pusieron todos de pié,—menos el cuarteron,—me hicieron lugar y me senté.

El espía habia referido su vida con una injenuidad y un cinismo, que revelaban á todas luces, cuan familiarizado estaba con el crímen. Robar, matar ó morir habian sido lo mismo para él.

—Con que conoces al coronel Murga? le pregunté.

—Sí, le conozco, me contestó.

Pero no cambió de postura, ni se movió siquiera. Conocia el terreno; sabia que allí todos éramos iguales, que podia ser desatento y hasta irrespetuoso.

—Y qué cara tiene?

Me describió la fisonomía de Julian, su estatura.

—Dónde le has conocido ?

—En Patagones.

—Dónde queda?

Me esplicó á su modo donde quedaba.

—Y cómo has ido á Patagones!

—Por el camino.

—Por qué camino?

—Por el que sale de lo de Calfucurá.

—Y cuántos rios pasaste?

—Dos.

—Cuáles?

—El Colorado y el Negro.

—Sabes leer?

—No.

—Cómo te llamas?

—Uchaimañé (ojos grandes).

—Te pregunto tu nombre de cristiano.

— Se me ha olvidado.

—Se te ha olvidado....?

—Sí.

—Quieres irte conmigo?

—Para qué.

—Para no llevar la vida miserable que llevas.

—Me harán soldado?

No le contesté.

El prosiguió: aquí no se vive tan mal, tengo libertad, hago lo que quiero, no me falta que comer.

Eres un bandido, le dije; me levanté, abandoné el fogon y me apresté á dormir.

La tertulia se deshizo,—el cuarteron se quedó como una salamandra al lado del fuego. Los perros le rodearon lanzándose famélicos sobre los restos de la cena. Refunfuñaban, se mordian, se quitaban la presa unos á los otros.

El espía permanecia inmóvil entre ellos. Tomó un hueso disputado y se lo dió á uno de los mas flacos acariciándolo.

Noté aquello y me avismé en reflecsiones morales sobre el carácter de la humanidad.

El hombre que no habia tenido una palabra, un jesto de atencion para mí, que se habia mostrado hasta soberbio en medio de su desnudez, tenia un acto de jenerosidad y un movimiento de compasion para un hambriento y ese hambriento era un perro.

Yo le habia creido peor de lo que era.

Así son todos nuestros juicios, imperfectos como nuestra propia naturaleza.

Cuando no fallan porque consideramos á los demás inferiores á nosotros mismos,—fallan porque no los hemos ecsaminado con detencion. Y cuando no fallan por alguna de esas dos razones, fallan porque faltos de caridad,

no tenemos presente las palabras de la Imitacion de Cristo:

«Si tuvieses algo bueno, piensa que son mejores los otros.»

Quién era aquel hombre? Un desconocido. Qué vida habia llevado? La de un aventurero. Cuál habia sido su teatro, qué espectáculos habia presenciado? Los campos de batalla, la matanza y el robo. Qué nociones del bien y del mal tenia? Ningunas. Qué instintos? Era intrínsecamente malo? Era susceptible de compadecerse del hambre ó de la sed de uno de sus semejantes? No es permitido dudarlo despues de haberle visto, entre las tinieblas, sentado cerca del moribundo fogon, sin mas testigos que sus pensamientos,—apiadarse de un perro, que por su flacura y su debilidad parecia condenado á presenciar con avidez el nocturno festin de sus compañeros.

Seria yo mejor que ese hombre, me pregunté, — si no supiera quien me habia dado el sér; si no me hubieran educado, dirijido, aconsejado; si mi vida hubiese sido oscura, fugitiva; si me hubiera refugiado entre los bárbaros y hubiera adoptado sus costumbres y sus leyes y me hubiera cambiado el nombre, embruteciéndome hasta el punto de olvidar el que primitivamente tuviera?

Si jamás hubiera vivido en sociedad, — aprendiendo desde que tuve uso de razon á confundir mi interés particular con el interés general, que es la base de nuestra moral,—seria yo mejor que ese hombre? me pregunté por segunda vez.

Si no fuera el miedo del castigo, que unas veces es la reprobacion y otras veces los suplicios de la ley, seria yo mejor que ese hombre? me pregunté por tercera vez.

No me atreví á contestarme. Nada me ha parecido mas audaz que Juan Jacobo Rousseau, esclamando: «Yo, solo « yo, conozco mi corazon y á los hombres. No soy como « los demás que he visto y me atrevo á decir que no me « parezco á ninguno de los que ecsisten. Si no valgo mas « que ellos, no soy como ellos. Si la naturaleza ha hecho « bien ó mal en romper el molde en que me fundió, no « puede saberse sino leyéndome.»

Eché la última mirada al fogon.

El cuarteron atizaba el fuego maquinalmente con una mano, y con la otra acariciaba al perro flaco, que apoyado sobre las patas traseras dobladas y sujetando con las delanteras estiradas un zoquete, en el que clavaba los dientes hasta hacer crujir el hueso, miraba á derecha é izquierda con inquietud, como temiendo que le arrebatáran su presa. Una llama vacilante, iluminaba con cambiantes de claro-oscuro la cara patibularia. Me dió lastima y no me pareció lan fea.

Hacia fresco.

Me acerqué á él y le pregunté:

—No tienes frio?

—Un poco, me contestó, mirándome con fijeza por primera vez, al mismo tiempo que le aplicaba una fuerte palmada á su protejido, que al aprocsimarme gruñó, mostrando los colmillos.

Una calma completa reinaba en derredor; todos dormian, oyéndose solo la respiracion candenciosa de mi jente.

La luna rompia en ese momento un negro celaje y

eclipsando la luz de las últimas brasas del fogon, iluminaba con sus tímidos fulgores aquella escena silenciosa, en que la civilizacion y la barbárie se confundian, durmiendo en paz al lado del hediondo y desmantelado toldo del cacique Baigorrita, todos los que me acompañaban,—oficiales, frailes y soldados.

Cuidando de no pisarle á alguno la cabeza, el cuerpo ó los piés, busqué el sitio donde habian acomodado mi montura. Estaba á la cabecera de mi cama. Saqué de ella un poncho calamaco, volví al fogon y se lo dí al espía de Calfucurá, cuyos grasientos piés lamia el hambriento perro,—diciéndole:

—Toma, tápate.

—Gracias, me contestó tomándolo.

Iba á sentarme para seguir interrogándole, aprovechando la quietud que reinaba, cuando oí el galope de varios caballos y gritos de:

—Dónde está ese coronel Mansilla?

El espía se puso de pié. Tenia un gran cuchillo medio atravesado por delante. Le miré. Su cara revelaba curiosidad, pero no mala intencion.

—Qué gritos son esos? le pregunté.

—Parecen borrachos, me contestó.

—A ver; fíjate, le dije.

Paró la oreja, los gritos seguian aprocsimándose. Yo percibia bien lo que decian. Ya no resonaba en el silencio de la noche mi nombre, sino ecos araucanos.

—Qué dicen? le pregunté, pareciéndome oir una voz conocida.

—Es Camargo, me contestó.

—Camargo?

—Sí, viene con unos indios borrachos, ya llegan.

En efecto, sujetaron los caballos é hicieron alto detrás del toldo de Baigorrita, presentándoseme acto continuo Camargo.

—Mi Coronel, me dijo, echándome el tufo, acuéstese, acuéstese pronto!

—Por qué hombre?

—Acuéstese, señor, acuéstese!

Pero por qué?

—Caiomuta viene muy borracho.

Y esto diciendo, me tomó del brazo y me empujó hácia la enramada en que estaba mi cama.

—Acuèstese, señor, dijo el espía tambien.

Me acosté volando.

Caiomuta habia entrado en el toldo de su hermano y le habia despertado.

Hablaban con calor, en su lengua. Yo nada comprendia. Estaba tranquilo; pero receloso.

De repente, un hombre tropezó en mis piernas y se cayó encima de mi.

—Eh! grité.

Dispense, señor, me dijo Camargo, reconociendo mi voz.

—Qué haces hombre?

—Cállese, señor, me contestó en voz baja.

—Y arrastrándose en cuatro piés, le vi acercarse al toldo de Baigorrita, quedando bastante cerca de mi cama para poder conversar sin alzar la voz.

—Qué indio tan picaro, me dijo.

—Qué hay?

—Le dice á Baigorrita, que lo quiere matar á Vd.

—Y mi compadre qué dice?

—Le ha dado una trompada y le ha dicho que se atreva.

En ese momento, Baigorrita gritó, San Martin.

Camargo se reia, apretándose la barriga y me decia:

—Ah! indio malo? no se puede levantar de la trompada que le ha dado el hermano.

Toma, por pícaro. Sabe, señor, que me han robado los estribos? Ladrones! les he tirado todo y me he venido en pelos, ni las riendas he traido, le he echado al pingo un medio bozal.

—San Martin! San Martin! gritaba Baigorrita.

Vino San Martin, entró en el toldo y mi compadre habló con él, repitiendo mi nombre varias veces.

—Dice, me dijo Camargo, que lo cuide á Vd. que no

hagan ruido y que si Caiomuta quiere hacer barullo que lo maten.

Caiomuta, ébrio como estaba, no podia levantarse del sitio en que lo habia tendido el membrudo brazo de su hermano mayor.

Camargo se arrastró como un reptil, saliendo de donde estaba, y acostándose á los piés de mi cama, me pidió mil disculpas por haber venido alegre; me contó el robo que le habian hecho otra vez; me dijo que los indios eran unos pícaros, que él los conocia bien; que por eso no les andaba con chicas: que Caiomuta era quien le habia hecho robar los estribos de plata; que para saberlo habia tenido que asustarlo á un indio; que le habia ofrecido matarlo sino le confesaba la verdad, y que, de miedo, no solo le habia contado todo, sino que le habia dado un chifle de aguardiente que tenia muy guardado hacia tiempo; que al dia siguiente habian de parecer los estribos, que si no parecian se habia de volver en pelos á lo de Mariano y lo habia de avergonzar á Caiomuta, que á una visita no se le robaban las prendas.

Yo no podia pegar los ojos. Oía rujir á Caiomuta y estaba alerta.

San Martin se allegó á mi cama y me miró de cerca.

—Qué hay? le dije.

—Nada, señor, duerma no mas, no hay cuidado, me contestó.

—Gracias, repuse.

Me dió las buenas noches y se marchó, entrando en el toldo de Baigorrita.

A ese tiempo, el otro indio que habia venido con Caiomuta, y que al apearse del caballo, se habia caido, permaneciendo un rato tirado en el suelo, se levantó y preguntó:

—Donde está ese Camargo?

Nadie le contestó.

—Ese Camargo mucho asesino, dijo.

Nadie le contestó.

—Mucho asesino! gritó.

Camargo, se despertó, le echó un terno y el indio no replicó.

Así estuvieron mas de una hora.

Yo, al fin me quedé dormido.

De improviso me desperté sobresaltado.

Una cosa blanda, húmeda y tibia pesaba sobre mi cara.

XLIX

Medio dormido—Un palote humano—Un baño de aguardiente—Los perros son mas leales que los hombres—Preparativos—El comercio entre los indios—Dar y pedir con *vuelta*—Peligros á que me espuso mi pera—En marcha para Añancué—Una águila mirando al Norte, buena señal.

La luna habia terminado su evolucion, las estrellas brillaban apenas al través de cenicientos nubarrones—reinaba una oscuridad caótica.

Abrí los ojos, no ví nada.

Me apretaban fuertemente, quitándome la respiracion; una sustancia glutinosa, fétida, corria como copioso sudor por mi cara; una mole me oprimia el pecho, palpitaba y confundia sus latidos con los mios; otro peso gravitaba sobre mi vientre; y algo, como brazos, aleteaba.

El sobresalto, el cansancio, el sueño reparador interrumpido, las tinieblas me ofuscaban.

Oia como un gruñido y sentia como si diesen vuelta

por encima de mí, estirada humanidad, un inmenso palote de amasar.

No podia sacar los brazos de abajo de las cobijas, porque las sujetaban de ambos lados; hice un esfuerzo y conseguí sacar uno.

Tanteando con cierto inesplicable temor, á la manera que entre las sombras de la noche penetramos en un cuarto, cuyos muebles no sabemos en que disposicion están colocados,—toqué una cosa como la cara de un hombre de barba fuerte, que se ha afeitado hace tres dias. Me hizo el efecto de una bejiga de piel de lija.

Conseguí sacar el otro brazo, y siguiendo la esploracion, lo llevé á la altura del primero; toqué una cosa como la clin de un animal. Luego tanteando con las dos manos á la vez, hallé otra cosa redonda, que no me quedó la menor duda era una cabeza humana. Un líquido aguardentoso, cayendo sobre mi cara como el último chorro de una pipa al salir por ancho bitoque, me ahogo.

Llamé á Camargo angustiosamente. No me oyó. Creí morirme. No sabia lo que embargaba mis sentidos. Pegué un empujon con entrambas manos á lo que me parecia una cabeza; formé con mis rodillas un triángulo y dándole un fuerte empellon al peso que las oprimia eché á rodar un bulto pesado, que gritó, peñí —(hermano).

Me puse de pié, como D. Quijote en la escena con Maritornes, y ví un cuerpo revolcándose á mi lado. Volví á llamar á Camargo, con todos mis pulmones, se levantó rápido, se acercó á mi cama y oyendo que le decia, qué es eso, señalándole el bulto, se agachó, miró, echóse á reir y esclamó: es el indio borracho.

Comprendí lo que habia pasado; su interlocutor de un

rato antes, al cruzar por mi enramada habia tropezado, se habia caido y con la tranca no habia podido levantarse; habia posado su cara sobre la mia y me habia bañado con sus babas y sus erupciones alcohólicas.

Tuve que llamar á Cármen, que lavarme y mudar de ropa.

El crepúsculo empezaba. Mandé hacer fuego, calentar agua y fuí á sentarme en el fogon.

El cuarteron y el perro estaban allí—dormian.

La madrugada me sorprendió tomando mate. Mi compadre se levantó cuando las últimas estrellas desaparecian. Llamó á San Martin, le dió sus órdenes y un momento despues, Caiomuta salia de su toldo en brazos de cuatro indios como un cuerpo muerto.

Le enhorquetaron sobre su caballo, le dieron á éste un rebencazo y el animal tomó el camino de la querencia, llevándose á su dueño y señor.

Mi compadre vino en seguida al fogon, y saludándome, se sentó á mi lado. Preguntóme si habia dormido bien. Le contesté que sí; le dí un mate y un cigarro, tomó ambas cosas, no habló mas y se marchó.

Varias veces, mientras permaneció á mi lado clavó sus ojos en el cuarteron con indiferencia.

Despertóse éste,—me dió los buenos dias y se levantó. Siéntate no mas, le dije, pasándole un mate. Obedeció y lo tomó.

Nuevos parroquianos llegaron en ese momento.

Al tomar asiento, mi ayudante Rodriguez viendo al cuarteron allí, dijo:

—Con que sabias escribir?

El hombre no contestó.

El alferez Ozaroski, dijo:

Si no sabe; ha querido hacer creer que sabia; lo que estuvo escribiendo eran unas rayas, y contó que la tarde antes le habian visto con un lápiz y aire misterioso, detrás de la cocina, hacer como que tomaba nota de lo que se conversaba. Pero que todo habia sido una pantomima.

El espía de Calfucurá era un tipo.

Oyendo que se ocupaban de él, se marchó; el perro le siguió.

Habia encontrado un hombre que parecia indio, que hablaba una lengua que conocia y se habia adherido á él por la gratitud.

Los perros son mas leales que los hombres; los hombres mas jenerosos que los perros. El mundo está bien así, mientras no se presente otro planeta mejor á donde emigrar. Pero la raza humana tiene sin embargo mucho que aprender de la canina y vice-versa.

Me acordé de que ese dia era el prefijado para la gran junta. Llamé á San Martin y le hice preguntar á mi compadre—á qué hora marcharíamos. Me contestó que cuándo ladeára el sol.

Dí mis órdenes, se pasó la mañana en preparativos para la marcha y cuando todo estuvo dispuesto me fuí al toldo de Baigorrita, entrando en él como en mi casa.

No observaba movimiento en su jente y tenia curiosidad de saber en qué consistia.

La hora se acercaba.

Mi compadre me vió entrar sin salir de su apatía habitual. Habia vuelto á la faena de picar tabaco con la navaja de Rodgers.

En la cara me conoció que alguna curiosidad me llevaba.

Llamó á San Martin.

Vino éste y le hice preguntar, que si todavía no era hora de ensillar.

Me contestó que teníamos bastante tiempo aun; que de allí á *Añancué*, línea divisoria de sus tierras, no habia mas que dos galopes; que ya habia mandado traer sus caballos y buscar una res, para que mi jente carneára antes de partir; pero que la res tardaria un rato largo en llegar, porque estaba lejos.

Y que mi compadre, no tiene vácas gordas aquí? le pregunté á San Martin.

—No, señor, si está muy pobre, me contestó.

—Muy pobre?

—Sí, señor.

—Y cuánto vale una vaca?

—No tiene precio.

—Cómo no tiene precio?

—Cuando es para comercio, depende de la abundancia, cuando es para comer no vale nada, la comida no se vende aquí—se le pide al que tiene mas.

—De modo que los que hoy tienen mucho, pronto se quedarán sin tener que dar.

—No, señor; porque lo que se dá *tiene vuelta.*

—Qué es eso de vuelta?

—Señor, es que aquí el que dá una vaca, una yegua, una cabra, ó una oveja para comer, la cobra despues; el que la recibe algun dia ha de tener.

—Y si á un indio rico le piden veinte indios pobres á la vez, qué hace?

—A los veinte les dá *con vuelta* y poco á poco se va cobrando.

—Y si se mueren los veinte, quién le paga?

—La familia.

—Y si no tienen familia?

—Los amigos.

—Y si no tienen amigos?

—No pueden dejar de tener.

—Pero todos los hombres no tienen amigos que paguen por ellos.

—Aquí sí; no ve, señor, que en cada toldo hay *allegados*, que viven de lo que ajencia el dueño.

—Y si se les antoja no pagar?

—No sucede nunca.

—Puede suceder, sin embargo.

—Podria suceder, sí, señor; pero si sucediese, el dia que á ellos le faltase nadie les daria.

—Cada indio tendrá una cuenta muy larga de lo que debe y le deben?

—Todo el dia hablan de lo que han recibido y dado con vuelta.

—Y no se olvidan?

—Un indio no se olvida jamás de lo que dá,—ni de lo que le ofrecen.

—Me has dicho que cuando una vaca era para comercio tenia precio?

—Sí, señor.

—Esplícame eso?

—Señor, comercio es, — que el que tiene le haga un cambio al que tiene.

—Entonces si un indio tiene un par de estribos de plata, y no tiene que comer, y quiere cambiar los estribos por una vaca, los cambia?

—No se usa; le darán la vaca *con vuelta* y él dará los estribos *con vuelta* tambien.

—Y si un indio tiene un par de espuelas de plata y las quiere cambiar por un par de estribos?

—Las cambia, *con vuelta ó sin vuelta*, segun el trato.

—Y con los indios chilenos, cómo hacen el comercio, lo mismo?

—No, señor; con los chilenos, el comercio lo hacen como los cristianos, á no ser que sean parientes.

—Y con los indios de Calfucurá y con los Pampas?

—Lo mismo, señor.

—Y hay pleitos aquí?

—No faltan, señor.

—Y cuando dos indios tienen una diferencia, quién los arregla?

—Nombran jueces.

—Y si alguno no se conforma?

—Tiene que conformarse.

—Estos bárbaros, dije para mis adentros, han establecido la ley del Evanjelio,— hoy por tí mañana por mí,— sin incurrir en las utopias del socialismo; la solidaridad, el valor en cambio para las transacciones; el crédito para las necesidades imperiosas de la vida y el jurado civil; entre ellos se necesitan especies para las permutas, —crédito para comer.

Es lo contrario de los que sucede entre los cristianos. El que tiene hambre no come si no tiene con qué. Está visto que las instituciones humanas son el resultado de las necesidades y de las costumbres, y que la gran sabiduría de los lejisladores, consiste en no perderlo de vista al modelar las leyes. Los que á cada rato nos presentan el cartabon de otras naciones cuya raza, cuya relijion, cuyas tradiciones difieren de las nuestras, deberian tomar nota de estas observaciones.

Por aquí iba de mi soliloquio, cuando el indio que me escamoteó los guantes de castor se presentó. Venia algo *achumado.*

En cuanto me vió, me dijo una cuchufleta. Sentóse á mi lado y me pidió el pañuelo de seda que llevaba al cuello. Me negué á dárselo, porque su desaparicion importaba *una señal.* Pero insistió é insistió y no tuve mas recurso que ceder. Era una prenda insignificante y quién sabe que se imajinaba mi compadre si no lo daba. De la suspicacia de un indio hay que esperarlo todo.

Gran contento esperimentó el indio al recibir el pañuelo y en el acto se lo puso como yo lo usaba, calándose encima el sombrero.

Siguió jaraneando, siendo mi larga pera objeto de los mayores elojios y admiracion. Grande, linda, me decia, pasando por ella sus puercas manos. Queria levantarme y no me dejaba. Estaba cargoso como cuatro. Y no me era dado manifestarle que me atosigaba con sus monadas, porque á mi compadre le hacian suma gracia. Además yo sabia todo el cariño y respeto que tenia por él.

Me abrazaba, me besaba, — se quedaba mirándome y gozoso esclamaba: ese Coronel Mansilla toro! Era el mayor cumplimiento que podia dirijirme. Ya lo he dicho, ser *toro* es ser todo un hombre.

No sabiendo que mas hacerme, se le ocurrió *trenzarme la pera*.

Era la otra seña convenida con Camilo si algun peligro me amenazaba. Cómo dejarlo satisfacer su capricho!

Se aferró á él con tanta tenacidad, que me preocupó sériamente.

Y no era para menos, Santiago amigo, si tienes presente la composicion de lugar hecha con Camilo, para el caso de que los indios no quisiera dejarme salir de entre ellos.

Que me hubiera pedido y sacado el pañuelo, se esplicaba. A cualquier indio podia habérsele ocurrido pedírmelo. Me habia puesto en ese caso. Pero que despues de haber dado el pañuelo, me quisiera trenzar la barba, era inesplicable, estraordinario.

No hay prevision que alcance ciertas cosas; con razon

dice Napoleon, que en la guerra dos tercios deben concedérsele al cálculo y uno á la casualidad.

No podia ocurrírseme la idea de una traicion porque los *muchachos* de Camilo eran todos hombres muy seguros. Han conversado entre ellos sobre lo convenido, algun espía los ha oido,—me decia,—y me tienden un lazo, quieren ver que hago.

El indio no declinaba de su empeño. A Roma por todo, esclamé interiormente y me dejé trenzar la barba, tomando la precaucion de darle la espalda á la entrada del toldo, no fuera á pasar Camilo, viera la señal y se largára para la Villa de mercedes, llevándole un parte falso al general Arredondo.

Estaba en áscuas; los caballos debian llegar de un momento á otro y con ellos Camilo, quien segun la consigna no me veia hacia dias.

Darle aviso de lo que acontecia, era imposible. El indio no me dejaba salir del toldo. Un hombre *achumado* es mas pesado y fastidioso que una mujer enamorada celosa.

La res que habia mandado pedir mi compadre llegó, y me sacó de apuros. Preguntáronle si la carneaban, contestó que sí, y me hizo decir: que cuando gustára podia mandar ensillar.

Me levanté, y destrenzándome la malhadada pera, salí del toldo,—á pesar de los repetidos,— «no se vaya, amigo, del indio.»

Tres trompas tocaron llamada y algunos momentos despues comenzaron á llegar grupos de jinetes, montando buenos caballos y vistiendo trajes de gala. Uno de ellos tenia uniforme completo de teniente coronel y la pata en el suelo.

Cacique ranquelino vestido de parada

Mi jente estaba pronta. Arrimaron las tropillas y ensillamos.

Me despedí tiernamente de mi ahijado. Estraños fenómenos de la simpatía, el chiquilin lagrimeó!

Montamos y partimos al gran galope en dispersion.

El cuarteron iba con nosotros y el perro del toldo de Baigorrita le seguia.

Por el camino se incorporaron varios grupos de indios, y cuando llegábamos á las alturas de Poitaua era la tarde ya.

Sujeté para esperar á los franciscanos que se habian quedado atrás, y mi compadre tambien.

Sobre la copa de un algarrobo estaba una águila, mirando al Norte.

Baigorrita me hizo decir con San Martin, que era buena seña, que el águila nos indicaba el rumbo.

Si hubiese estado mirando el Sud,—*todos* los indios se habrian vuelto.

Es el ave sagrada de ellos y tienen esa preocupacion.

Los franciscanos llegaron y seguimos la marcha al trote; iba á reirme de la supersticion del águila, diciéndoles lo que me habia hecho notar mi compadre. Pero me acordé de que yo no como donde hay trece, ni mato arañas por la noche.

Hay un mundo en el que todos los hombres son iguales,—es el mundo de las preocupaciones. El mas sensato es un bárbaro. Decidme, sino lector, porque aborreceis á don fulano?

L

Mi compadre Baigorrita me pide caballos prestados—El que entre lobos anda á aullar aprende—Aves de la Pampa—En un monte—Perdido—Las tinieblas—Fantasmas de la imajinacion—Somos felices?—Disertacion sobre el derecho—El miedo—Hallo el camino—Me incorporo á mis compañeros—Clarines y cornetas.

En *Pitralauquen*, volvimos á hacer alto; los flamencos atornasolados saludaron nuestra llegada, batiendo con estrépido sus sonrosadas alas, y en ondas caprichosas se perdieron por el éter incoloro.

Mi compadre y sus indios allegados iban tan mal montados, que me pidió por favor le prestára algunos caballos para llegar á la raya.

Ordené que se los dieran, y diciéndole á San Martin,—parece increible que Baigorrita no tenga mas caballos,—me contestó: si anoche casi lo han dejado á pié.

Descansamos un rato y seguimos la marcha.

Al tiempo de subir á caballo, le robé al indio de los guantes un naco de tabaco que llevaba atado á los tientos.

El que entre lobos anda á aullar aprende.

Se lo dije á mi compadre y se rió mucho, festejando la ocurrencia y la burla que le harian los demás cuando supieran que se habia dejado robar por mí.

Galopábamos á toda brida.

Eramos como doscientos y ocupábamos media legua, por el desórden en que los indios marchan.

El sol se ponia con un esplendor imponente; sus rayos como dardos de fuego despejaban los celajes que intentaban ocultarlo á nuestras miradas y refractándose sobre las nubes del opuesto hemisferio, teñian el cielo con colores vivaces.

Las aves acuáticas, en numerosas bandadas, hendian los aires con raudo vuelo y graznando se retiraban á las lagunas, donde anidaban sus huevos.

Es increible la cantidad de cisnes, blancos como la nieve, de cuello flecsible y aterciopelado; de gansos manchados, de rojo pico, de patos reales, de plumas azules como el lapizlazuli, de negras bandurrias, de corvo pipo; de pardos chorlos, de frájiles patitas; de auteras becacinas, de grises alas,—que alegran la Pampa. En cualquier laguna hay millares.

Cómo gozaria allí un cazador!

Imajinaos que en la «Ramada» los soldados recojieron un dia ocho mil huevos, despues de haber recojido toda la semana grandes cantidades.

Cuánto echaba yo de menos mi escopeta!

Entramos en el monte. Anocheció y seguimos al galope. El polvo y la oscuridad envolvian en tiuieblas profundas los árboles que, como fantasmas, se alzaban de im-

proviso al acercarnos á ellos; no nos veíamos á corta distancia; nos llevábamos por delante unos á los otros; mi caballo era superior, yo iba á la cabeza,—perdí la senda y me estravié.

Sujeté, hice alto, puse atento el oido en direccion al rumbo que me pareció traerian los que me precedian,—nada oí.

Qué peligro corria?

Ninguno en realidad.

Un tigre, no podia hacerme nada. El caballo me habria librado de él. Nuestros tigres,—el yaguar arjentino,—no atacan como el tigre de Bengala, sino cuando los buscan. Por otra parte el monte habia sufrido los estragos de la quemazon y el tigre vive entre los pajonales.

Qué me imponia entonces?

Las tinieblas de la noche.

Las sombras tienen para mí un no se qué de solemne. En la oscuridad, cuando estoy solo me siento anonadado. Me domino; pero tiemblo.

La noche y los perros son mis dos grandes pesadillas. Yo amo la luz y á los hombres, aunque he hecho mas locuras por las mujeres. No puedo decir lo que me aterra cuando estoy solo en un cuarto oscuro, cuando voy por la calle en tenebrosas horas, cuando cruzo el monte umbrío; como no puedo decir lo que sentia cuando trepaba las laderas resbaladizas de la gran cordillera de los Andes, sobre el seguro lomo de cautelosa mula.

Pero siento, algo de pavoroso, que no está en los sentidos, que está en la imajinacion; en esa rejion poética, mística, fantástica, ardiente, fria, límpida, nebulosa,

trasparente, opaca, luminosa, sombría, risueña, triste, —que es todo y no es nada,—que es como los rayos del sol y su penumbra,—que cria y destruye,—que forja sus propias cadenas y las rompe,—que se enjendra á sí misma y se devora,—que hoy entona tiernas endechas al dolor, que mañana pulsa el plectro aurífero y canta la alegría,—que hoy ama la libertad y mañana se inclina sumisa ante la oprobiosa tiranía.

Ah! si pudiéramos darnos cuenta de todo lo que sentimos!

Si nuestra impotente naturaleza pudiera tocar los lindes vedados que separan lo finito de lo infinito! Si pudiéramos penetrar en los abismos del mundo psicolójico, como alcanzamos con el telescopio á las mas remotas estrellas!

Si pudiéramos descomponer los rayos de la mirada del hombre, como el espectro solar descompone los rayos del gran luminar! Si pudiéramos sondar el corazon, como los bajios tempestuosos del mar!

Seríamos mas felices?

Mas felices....!

Somos acaso felices?

Si constantemente hablamos de la felicidad, es porque tenemos idea de ella.

Definidme, pues lo que es.

Quiero saberlo, necesito saberlo, debo saberlo,—es mi derecho.

Sí, yo tengo derecho á ser feliz, como tengo derecho á ser libre. Y tengo derecho á ser libre, porque he nacido libre.

Qué es la libertad?

No es el poder de obrar, ó de no obrar; no es la facultad de elejir; no es el ejercicio de mi voluntad consciente, reflecsiva, deliberada, calculada,—espere daño ó bien?

Os atreveis á tacharme la definicion!

Qué me vais á decir?

Que no es jurídica; porque la libertad *es el poder de hacer lo que no daña á otro?*

Os advierto que no hablo como un lejista, sino como un filósofo, y os admito la diferencia.

Convenido; la libertad es eso, mi derecho corriendo en línea paralela con el vuestro, una abstraccion susceptible de asumir una fórmula gráfica.

A mi derecho.

A vuestro derecho.

Luego un derecho que se sobrepone á otro no es derecho,—es abuso ó tiranía.

Yo tengo el derecho de hablar, vos tambien. Si os impongo silencio y no callo,—os oprimo. Yo tengo el derecho de trabajar para mí, vos tambien. Si os hago mi esclavo, os tiranizo.

Estamos acordes.

Pues bien. Insisto en ello. Yo tengo el derecho de ser feliz. Lo reconozco, me contestais; no me opongo á ello, no tengo como oponerme; lo intentaria en vano.

Es mentira, puesto que mi felicidad consiste en que me devolvais el amor de la mujer que me habeis robado.

No depende de mí. En todo caso dependerá de ella.

Pero es que si ella volviese á mí, no volveria como antes era; para que lo fuera, hubiera debido permanecer inmaculada y la habeis corrompido.

Suponiendo que yo pueda ser responsable de vuestra felicidad, os prevengo que haceis un sofisma cuando la comparais con el derecho.

No os entiendo.

Quiero decir que el derecho regla las relaciones naturales de la humanidad; que si la libertad es un derecho, la felicidad no lo es.

Y por qué no ha de ser un derecho aquello que mas necesito?

Tanto valiera que me dijerais que respirar no es mi derecho, siendo así que tengo el derecho de vivir y que si no respiro muero.

Es que el sofisma consiste en que haceis de un accidente una necesidad; de una cosa continjente una cosa absoluta; de una cosa que está en vuestras manos, una cosa que depende de los demás.

Pero mi libertad, mi derecho están en ese mismo caso?

No, porque vuestra libertad y vuestro derecho están garantidos por la libertad y el derecho ajenos. *Altri non fecis quod tibi fieri non vis.* No hagas á los demás, lo que no quieres que te hagan á tí mismo. *Alteri feceris quod tibi fieris velis.* Haz á los demás lo que quieres que te hagan á tí mismo. Estos dos aforismos encieran todos los deberes del hombre para con sus semejantes y con la familia.

No protesto contra esos principios,—arguyo solo, que

si mi felicidad no daña á los demás, tengo el derecho de ecsijir ser feliz.

A quién?

A quién....?

Sí, á quién?

Contestadme.

Os he pedido que me definais la felicidad.

Que os defina la felicidad?

Si la felicidad no es absoluta,—es relativa. No es como el bien y el mal, como lo bueno y lo malo. Es objetiva y subjetiva. Depende de las circunstancias, del carácter, de las aspiraciones, de accidentes sin fin.

Os entiendo.

Quereis decirme, que un fraile de la Trapa, vicioso, descreido, puede vivir mas tranquilamente en su retiro que yo, creyente y sano, en el bullicio de la sociedad.

Precisamente.

Entonces qué recurso nos queda á los que rodamos fatalmente en ese torbellino?

Tomarlo como viene,—resignarse.

La conformidad puede convenirle á un esclavo.

Y creis haber dicho algo?

Si no lo creyese no hubiera hablado.

Os prevengo, sin embargo, que sois esclavo de vuestras pasiones.

Y qué me quereis decir?

Queria recordaros, que Dios es inescrutable, que el hecho de no poder definir satisfactoriamente una cosa en abstracto, no prueba que la cosa deje de ecsistir; en una palabra, que habeis sido insensato al esclamar con desaliento: somos acaso felices ?

De consiguiente, porque no pueda definir lo que esperimenté cuando me ví perdido en el monte, no por eso dejará de creerse que fué miedo.

Cuánto duró? Pocos instantes. Quizá si hubiera durado mas, lo hubiera podido definir.

Me hallaba perplejo sin saber que hacer, mi caballo caminaba en la direccion que queria, yo estaba desorientado y todo era igual, lo mismo un rumbo que otro.

Así habia vagado un breve instante á la aventura, cuando sentí un tropel, cerca, muy cerca de mí. La emocion sin duda no me habia permitido oirlo antes.

Hay situaciones en que, segun las disposiciones del espíritu, el zumbido de una mosca, el susurro de una hoja parecen una tempestad; y otras en que no se oye ni el estampido del cañon. Yo he visto en el campo de batalla hombres asustados, poseidos de terror pánico, huir hácia el enemigo, que no reconocian á quien les hablaba, ni oian lo que se les decia.

Dando vueltas habia caido al camino. Me incorporé á un grupo que pasaba al galope y seguí. Salimos á un descampado. Algunas estrellas brillaban entre nubes errantes, que á impulsos de un vientecito que se habia levantado, corrian de naciente á poniente, presagiando que al salir la luna tendríamos luz.

Volvimos á entrar en la espesura; caimos á unos bar-

rancos con lagunas salitrosas, que parecian espejos de bruñida plata; subimos á la falda de los médanos y al llegar á la cumbre de uno de ellos, la errante reina de los cielos, asomó su blanca faz, y clavándola en la inmóvil superficie de las lagunas hizo brotar de su seno diamantinas luces.

Oyéronse toques de clarin. Jamás el bélico instrumento resonó en mis oidos, con mas solemnidad. Me hizo el efecto de la trompeta del arcángel el dia del juicio final. Sus vibraciones se alcanzaban tremulantes unas á otras, recorriendo las ondulaciones del vacío.

Los cornetas de Baigorrita contestaron.

Estábamos en la raya.

Hicimos alto. Llegó un parlamento, habló y habló; le contestaron razon por razon; lo despacharon; volvió otro y otro, se hizo lo mismo y á las cansadas llegó un hijo de Mariano Rosas, invitándonos á avanzar.

Marchamos y llegamos, pasando por una gran playa, que es donde los indios, despues de sus grandes juntas juegan á la *chueca*.

LI

Mariano Rosas y su jente.—Que valiente animal es el caballo!—Un parlamento de noche.—Respeto por los ancianos.—Reflecsiones.—La humanidad es buena.—Si así no fuese estaria perturbado el equilibrio social.—El arrepentimiento es infalible.—Lo dejo á mi compadre Baigorrita y me retiro.—Un recien llegado.—Chañilao.—Su retrato.

Mariano Rosas y su gente estaban campados en una colina escarpada; trepábamos dificultosamente á la cima, los caballos se hundian hasta los hijares en la esponjosa arena; cada paso les costaba un triunfo, caian y se enderezaban; temblaban, se esforzaban ardorosos y volvian á caer: la espuela y el rebenque los empujaba, por decirlo así; endurecian los miembros, recojian las patas delanteras y sacándolas al mismo tiempo, se arrastraban y desencajaban poco á poco las traseras; sudaban, jadeaban, se paraban, resollaban y subian; á veces teníamos que apearnos, que tirarlos de la rienda y animarlos, accionando con los brazos, gritando aaaah!

Qué potente y valiente animal es el caballo!

Llegamos á la cumbre de la colina.

Bajo dos coposos algarrobos, habia sentado sus reales el Cacique general de las tríbus ranquelinas.

Parlamentaba solemnemente con los capitanejos é indios circunvecinos y lejanos que sucesivamente llegaban al lugar de la cita.

A todos los recibia con la misma consideracion; á todos les hacia las mismas preguntas; á todos los conocia por sus nombres,—sabia de donde venian, como se llamaban sus abuelos, sus padres, sus mujeres, sus hijos; y á todos les esplicaba el motivo de la junta, que al dia siguiente se celebraria. Y todos contestaban lo mismo, y despues de contestar se sentaban en hilera dándoles la derecha á los capitanejos mas caracterizados y á los viejos. Entre estos fué objeto de las mayores atenciones un tal Estanislao. Venia de muy lejos, de la raya de las tierras de Baigorrita con Calfucurá.

Tendria como setenta años; era alto pero estaba encorvado bajo el peso de la edad; sus largos cabellos canos, cayendo en lácias erenchas sobre sus hombros, le daban á su rugosa cara, tostada por el sol, un aspecto simpático de veneracion.

Su traje era el de un paisano.

Poncho y chiripá de tela pampa; camisa de crimea, calzoncillos con fleco, botas de potro cerradas en la punta. No llevaba sombrero. Una ancha vincha azul y blanca adornaba su frente.

Para bajarse del caballo tuvo necesidad de que dos indios robustos le prestáran ayuda.

Una vez en tierra le colocaron un par de muletas he-

chas de tosca madera de chañar. Apoyado en ellas, y abriéndole paso todo el mundo avanzó sobre Mariano Rosas. Púsose este de pié y le recibió con marcadas muestras de cariño, echándole los brazos y estrechándolo con efusion.

Los capitanejos é indios de importancia que ocupaban los asientos preferentes se corrieron á la derecha, cediéndole el primer puesto en el que se colocó. Aquel homenaje respetuoso en medio del desierto, á la luz de las estrellas tributado por los bárbaros, me hizo comprender que el respeto hácia los que nos han precedido en la difícil y escabrosa carrera de la vida es innato al corazon humano.

Yo tengo la peor idea de los que no se inclinan reverentes ante la ancianidad.

Cuando me encuentro con algun viejo, conocido ó desconocido, instintivamente le cedo el paso.

Cualquiera que sea la condicion del hombre, sea su porte distinguido ó no, vista el rico paño de la opulencia, ó los sucios harapos del mendigo, una cabeza helada por el invierno de la vida, me infunde siempre relijioso respeto.

Quién sabe, me digo, al verle pasar, cuántas injusticias no han herido ese corazon!

Quién sabe cuántos dolores no han desgarrado su alma!

Quién sabe de cuántos desdenes no es víctima, despues de haber sacrificado los mas caros intereses en aras de la patria y de la amistad!

Quién sabe cuántos infortunios indecibles no han anticipado su vejez!

Quién sabe si habiéndose hecho la ilusion de ver en el último tercio de la vida, amenizado el hogar con los afanes de la tierna esposa, y de los hijos, no es un desterrado de la familia por sus liviandades ó por la fatalidad!

Quién sabe si esa ecsistencia trémula, enfermiza, que se apaga, que no destella ya si no moribundos rayos, como el sol de brumoso dia al ponerse, no necesita un poco de consideracion social para disfrutar de un soplo mas de vida!

Los niños y los viejos son como los polos del mundo, opuestos, pero iguales.

En los unos hay el candor pristino, en los otros hay la inofensiva debilidad.

..... « Last scene of all,
« That ends this strange even ful history
« Is second childishness, and more oblivious;
« Sans teeth, sans eyes, sans faste, sans everithing. »

Los unos merecen nuestra atencion y nuestro amparo, porque vienen; los otros nuestra lástima y nuestro sostén porque se van.

Como la luz del dia, bella al nacer, bella al morir, — así son ellos. El alfa y el omega de la humanidad se encierra en estas dos palabras: *nacer y morir*.

Nacer es elevarse, sentir, aspirar,—morir, es hundirse en el abismo del tiempo. La vida y la muerte son dos instantes solemnísimos.

Pensad en el placer de ver venir al mundo un hijo, placer inefable, inmenso, y vereis que solo es comparable á la amarga pesadumbre de ver al objeto querido que nos dió el ser darle á esta vida fugaz y transitoria un eterno adios. Los niños! Ah! los niños son una cifra!

Cuántas esperanzas para la madre, para el padre, para la familla no encierra el recien nacido! Ellos labrarán algun dia la soñada felicidad de todos. Gratas esperanzas mecen su cuna. Hasta el egoismo se afana por ellos sin darse cuenta de sus recelos. Si muriera! cuántas ilusiones desvanecidas!

El tiempo pasa, la vejez llega. Todos han desaparecido. Solo el objeto de tantos anhelos y cuidados sobrevive, y solo, solo en el mundo, su pecho encierra impenetrables arcanos.

Cuántas historias lúgubres no sabe!

Sus ojos no lloran ya, su corazon está frio, helado. Pero palpita aun. El mundo de los recuerdos es su suplicio. Si pudiera olvidar! Olvidar? No! Debe arrastrar la pesada cadena de sus decepciones, ó de sus remordimientos.

Ah! los viejos! No desdeñeis esas ecsistencias retrospectivas, que adustas ó risueñas, ocultan en insondables profundidades terribles misterios de amor y de ódio, de constancia y versatilidad, de nobleza y ambicion, de jenerosidad y cálculo frio y meditado.

Si ellos os abrieran su pecho, leeriais allí severas lecciones para conformar vuestras acciones; para no incurrir en las mismas faltas y errores que ellos cometieron.

Callan, porque son discretos; porque la discrecion es la última y la mas difícil de las virtudes que aprendemos.

Ah! Si los viejos habláran!

Si en lugar de contarnos sus grandezas, sus glorias, sus triunfos juveniles, nos contáran sus miserias. Cuánto desaliento no nos infundirian!

Su silencio es la postrer prueba de amor que nos dan. Ellos son como las pájinas de un libro atroz. Si hablan con su esperiencia, desencantan, confunden, anonadan.

No os empeñeis en leerlas.

Amad y respetad á los viejos, no porque hayan sido buenos, sino porque deben haber sufrido.

El dolor es fecundo y purifica.

No les creais cuando haciendo esfuerzos levantan erguida la cerviz, diciendo con orgullo insolente como J. J. Rousseau, cuál de vosotros ha sido mejor que yo?

Van haciendo su papel en la comedia de la vida.

Todos han sido iguales en un sentido. En otro tribunal que no está en este mundo habrá quien les arranque con mano segura el antifaz.

Allí será en vano disimular. Mientras tanto, inclinaos ante sus canas.

Quién sabe si cuando llegueis como ellos al último término de la jornada no habeis incurrido en sus mismas debilidades!

La vida es así. Lo que no se hace por amor debe hacerse por caridad; lo que no se hace por caridad, debe hacerse por reflecsion.

Trabajados por opuestos sentimientos y pasiones, caminamos vacilantes, pretendiendo que tenemos confianza en nosotros mismos, y es mentira, todo lo esperamos de los demás.

En las tribulaciones pasamos revista de los que nos pueden ayudar, y dudando ocurrimos á ellos. Y el último

de los castigos, es que nos sirvan los que menos obligacion de servirnos tienen. Sí, es el último castigo de los hombres sin fé.

Viven quejándose de la humanidad, y ella está siempre presente ahí para socorrerlos en todo, con su bolsa, su sangre y su vida. La misma blasfemia se escapa siempre de sus labios; haz bien y espera mal.

Qué ingratos somos!

La mano que ayer recibió nuestra limosna jenerosa, mañana nos desconocerá quizá. Pero cuántos hijos pródigos no se cruzarán por nuestro camino!

El equilibrio social estaria perturbado si las cosas pasáran de otra manera. Y Dios que ha echado á rodar los mundos en los espacios sin fin, para que jiren eternamente sin chocarse jamás, ha querido que la ley consoladora de la solidaridad nunca sufra tampoco perturbacion alguna.

En buena hora; no espereis el bien de aquel que recibió vuestros favores. Esperadlo, sin embargo, de los desconocidos.

Maldecireis vuestra estrella, renegareis de la vida en las amargas horas, y al encontraros cara á cara con la muerte tendreis que reconocer que los hombres no han sido tan malos.

No hay quien á las puertas de la eternidad maldiga á sus hermanos. Sea justicia ó pavor, cuando el cuadrante del tiempo marca el minuto solemne entre el ser y no ser, todos se arrepienten del mal que hicieron ó del bien que dejaron de hacer.

Los viejos! los viejos! no les negueis, os lo vuelvo á repetir,—ni el paso, ni la mirada, ni el saludo.

Cuesta tan poco, complacer á los que con un pié en el último escalon de este mundo y otro en el dintel de las puertas de la eternidad, esperan sin rencor ni ódio, el instante fatal!

Estanislao tuvo un largo diálogo con Mariano Rosas. En seguida le llegó su turno á Baigorrita y demás capitanejos é indios de importancia que les acompañaban.

Yo saludé al cacique particularmente, me senté al lado de mi compadre, y como el ceremonial no rezaba conmigo, me llamé á sosiego. El galope habia ecsitado mi estómago, despertando el apetito. Traté de abandonar el campo, pero Baigorrita que se fastidiaba mucho de aquella inacabable letanía de dimes y diretes me dijo, — que no me fuera, que le esperára, que camparíamos juntos.

Dí mis órdenes, mandé que los caballos los rondáran lejos, en lugar seguro, que hicieran campamento, allí cerca en un montecito muy tupido, y que nos esperáran con buen fuego, puchero y asado.

Mientras mi compadre se desocupaba no faltó quien me obsequiára con mate; Hilarion me pasó una torta riquísima, hecha al rescoldo y á hurtadillas lo mismo que un niño mimado y goloso delante de las visitas, me la manduqué.

No hay quien no conserve algun recuerdo imperecedero de ciertas escenas de la vida,—este, de una cena espléndida en el Club del Progreso; aquel, de otra en el Plata; el uno, de un almuerzo campestre; el otro, de un *lunch* á bordo. Yo no puedo olvidar la torta cocida entre las cenizas que me regaló Hilarion con disimulo, diciéndome, «para Vd. la tenia, Coronel.» La mirada perspicaz de Mariano Rosas se apercibió de ello, y calculando que

tenia hambre me hizo pasar un par de palomas asadas,— diciéndome el conductor, que las habia hecho cazar para mí. Efectivamente, el Dr. Macias fué quien cumplió la órden. Al dia siguiente lo supe. Pobre Macias! Ya tendré ocasion de ocuparme de él. Qué pena me daba verle! No habíamos sido nunca amigos. Pero conservaba por él ese afecto de escuela que muchas veces vincula mas á los corazones que la sangre misma. Cuántas veces al través del tiempo, lo mismo en el seno de la Patria que en estranjera playa, sean cuales sean las borrascas que hayan azotado el bajel de nuestra fortuna, el título de condiscípulo suele ser un talisman!

Viendo que la charla no cesaba y que amenazaba continuar hasta media noche, segun el número de personajes que aun no habia cambiado sus saludos; viendo tambien que el negro del acordion andaba por allí y que se preparaba á darnos una serenata, — le hice una indicacion á mi compadre.

Me contestó que no podia retirarse todavía; que me fuera, que mas tarde iria él.

Mariano Rosas estaba en lo mas fuerte del entrevero; lucia su remarcable retentiva y hacia gala de sus habilidades oratorias. Le hice una seña, como diciéndole, me voy, — me contestó con otra, como diciéndome, — hace bien, esto no es con Vd.; me levanté, me abrí paso por entre una espesa muralla de chusma que escuchaba el parlamento, llamé á mi asistente, me acercó el caballo, puse pié en el estribo y me disponia á montar cuando unos *acordes destemplados* hirieron mis oidos, de atrás. Era el negro de acordion! Al mismo tiempo que volteaba la pierna derecha, le pegué con la izquierda en el pecho un fuerte puntapié, le dí contra el suelo y me tendí al golpe. El artista estaba *achumado*.

Llegué al montecito donde me esperaba mi jente; el fogon ardia resplandeciente lo mismo que una hoguera de la inquisicion; daba ganas de saltarlo, como los muchachos saltan las fogatas de viruta y alquitran en el dia de San Juan. Hay tentaciones irresistibles. Piqué mi valiente caballo, pasé por encima del fuego, é hice un desparramo. Y como ni el asado, ni el puchero, ni la caldera cayeron, todos aplaudieron de corazon.

Contento de mi triunfo eché pié á tierra, con mas ajilidad que otras veces, ocupé mi puesto en la rueda y empecé á *pegarle* al mate.

Mi compadre no venia,—cenamos, ordené que le guardáran algo, y antes de recojerme mandé ver dónde y cómo estaban los caballos.

Mas de veinte formábamos el círculo del fogon. Hablábamos quien sabe de qué; de repente oyóse un tropel de caballos. Es Baigorrita, dijeron unos. Los jinetes sujetaron casi encima de nosotros, y una voz firme, varonil, desconocida para mí, dijo : Buenas noches !

Es Chañilao, dijeron unos.

— Buenas noches, dijeron otros.

— Eche pié á tierra, si gusta, dije yo, finjiendo que no habia reparado en el recien llegado. Pero á la vislumbre del fogon habia visto perfectamente bien su cara.

Chañilao, se apeó, y hablando en lengua araucana y haciendo sonar unas enormes espuelas, se acercó á mí y con aire indiferente se sentó á mi lado.

No me moví.

Nadie escepto los indios lo conocia.

Era un hombre alto, delgado, de facciones prominentes y acentuadas, de tez blanca, poco quemada; de largos cabellos castaños, tirando al rubio; de ojos azules vivos, penetrantes; de ancha frente, cortada á pico; de nariz recta como la de un antiguo heleno; de boca pequeña, cuyos labios apenas resaltaban; de barba aguda; retorcida para arriba, en la que se veia un hoyo; lampiño; de modales fáciles; vestido como un gaucho rico; llevaba un sombrero de paja de Guayaquil, fino; espuelas de plata; y un largo facon de lo mismo, atravesado en la cintura; rebenque con virolas de oro, y su gran cigarro de hoja en la boca.

Sin cuidarse de mí, habló con varios indios ostentando un aire y un tono marcadísimos de superioridad.

Me parecia estudiado.

Les hice una seña á mis ayudantes con el dedo, —para que no dijeran quién era yo.

Le hice pasar un mate y al recibirlo pregunto:
— Dónde está el amigo Camilo Arias?

Mi compadre Baigorrita se hacia sentir en ese momento.

LII

Quien es Chañilao—Su historia—El carácter es un defecto para la medianías—Deferencia entre el paisano y el gaucho—El primero no es nada, el segundo es siempre federal—Tenemos pueblo propiamente hablando?—Sentimientos de un maestro de posta cordobés cuando estalló la guerra con el Paraguay—Chañilao y yo—Frescas—Intrigas—Una china.

Chañilao es el célebre gaucho cordobés Manuel Alfonso, antiguo morador de la frontera del Rio 4°.

Vive entre los indios hace años.

No hay un baqueano mas esperto, ni mas valiente que él. Tiene la carta topográfica de las provincias fronterizas en la cabeza.

Ha cruzado la Pampa en todas direcciones millares de veces,—desde la sierra de Córdoba hasta Patagones, des-la Cordillera de los Andes hasta las orillas del Plata.

En ese inmenso territorio, no hay un rio, un arroyo, una laguna, una cañada, un pasto que no conozca bieu.

El ha abierto nuevas rastrilladas y frecuentado las viejas abandonadas ya.

En la peligrosa travesía, donde pocos se aventuran, él conoce escondido *guaico*, para abrevar la sed del caminante y de sus caballos.

Ha acompañado á los indios en su mas atrevidas escursiones y muchas veces se salvaron por su pericia y su arrojo.

Sus constantes correrías, de noche, de dia, con buen ó mal tiempo, llueva ó truene, brille el sol ó esté nublado, haya luna ó esté sombrío el cielo,—le han hecho adquirir tal práctica, que puede anticipar los fenómenos meteorológicos con la ecsactitud del barómetro, del termómetro y del higrómetro.

Es un aguja de marcar humana; su mirada marca los rumbos y los medios rumbos, con la fijeza del cuadrante.

Habla la lengua de los indios como ellos,—tiene mujer propia y vive con ellos. Es domador, enlazador, boleador, pialador. Conoce todos los trabajos de campo como un estanciero; ha tenido tratos con Rozas y con Urquiza, ha caido prisionero varias veces y siempre se ha escapado, gracias á su astucia ó su temeridad.

Poco antes de la batalla de Cepeda le tomaron, junto con veinte indios en la frontera Oeste de Buenos Aires. Solo él burló la vijilancia de las guardias y se salvó.

Es un oráculo para los indios cuando invaden y cuando se retiran; vive por desconfianza en *Inché*, treinta leguas mas al Sud que Baigorrita, á cuya indiada pertenece; tiene séquito y es *capitanejo*,—con lo cual está dicho todo sobre este tipo, planta verdaderamente oriunda del suelo arjentino.

Chañilao no es sanguinario; ha vivido entre los cristianos y entre los indios alternativamente. En el Rio 4° tie-

ne amigos, Camilio Arias, mi fiel é inseparable compañero es uno de ellos. La última vez que emigró de allí fué por prevenciones infundadas.

Esa es nuestra tierra, — como nuestra política suele consistir en hacer de los amigos enemigos,—párias de los hijos del país.—Secretarios, ministros, embajadores de los que nos han combatido.

Solemos ser justos con los *nuestros*, con los adversarios somos siempre débiles. Solemos ser tolerantes con los que transijen, con los que se hacen un honor y un deber de tener conciencia, jamás.

Para ellos está reservada la crítica irritante, acerba.

El peor papel que puede representar el patriotismo á los ojos de la medianías,—es tener carácter.

Mas hábiles en el arte de reclutar nulidades, de seducir traficantes y especuladores, — que dispuesto á admirar el talento y la probidad; mas capaces de claudicar que de imponerse por la elevacion moral, prefieren los que se doblegan á los que firmes sobre el pedestal de sus creencias tienen la osodía de esclamar: yo pienso así!

Ah! si el país no estuviera jadeante! Ah! si no estuviera arraigado en todos los corazones el convencimiento de que hay que preparar la tierra, antes de arrojar en sus entrañas fecundas la semilla!

Ah! si no fuera que el hierro mata! Ah! si no fuera que una verdad escrita con sangre es siempre una conquista fratricida!

Camilo, me habia hablado largamente de Manuel Alfonso. Habia sido el apoderado de los pocos intereses que

dejó en la frontera la última vez que huyó de ella. Tenia por él ese cariño respetuoso,—que el paisano le profesa siempre al gaucho cuando no le cree malo; habia sido su maestro en los campos; y como aborrecia de muerte á los indios, con los que se habia batido muchas veces cuerpo á cuerpo, perdiendo dos hermanos en dos invasiones, se hacia la ilusion de arrancarlo de su guarida.

Camilo Arias,—es igual á Manuel Alfonso en un sentido; su reverso en otro.

Camilo sabe tanto como Alfonso; es rumbeador como él, jinete como él, valiente como él; pero no es aventurero.

Camilo es un paisano gaucho, pero no es un gaucho.

Son dos tipos diferentes. Paisano gaucho es el que tiene hogar, paradero fijo, hábitos de trabajo, respeto por la autoridad, de cuyo lado estará siempre, aun contra su sentir.

El gaucho neto, es el criollo errante, que hoy está aquí, mañana allá; jugador, pendenciero, enemigo de toda disciplina; que huye del servicio cuando le toca, que se refugia entre los indios si dá una puñalada, ó gana la montonera si esta asoma.

El primero,—tiene los instintos de la civilizacion; imita al hombre de las ciudades en su traje, en sus costumbres. El segundo, ama la tradicion, — detesta al *gringo;* su lujo son sus espuelas, su chapeado, su tirador, su facon. El primero se quita el poncho para entrar en la villa, el segundo entra en ella haciendo ostentacion de todos sus arreos. El primero es labrador, picador de carretas, acarreador de ganado, tropero, peon de mano. El segundo se conchaba para las *yerras*. El primero ha sido

soldado varias veces. El segundo formó alguna vez parte de un contingente y en cuanto vió luz se alzó.

El primero es siempre *federal*, el segundo ya no es nada. El primero cree todavía en algo, el segundo en nada. Como ha sufrido mas que la *jente de frac*, se ha desengañado antes que ella. Va á las elecciones, porque el Comandante ó el Alcalde se lo ordena, y con eso se hace sufragio universal. Si tiene una demanda la deja porque cree que es tiempo perdido,—sea dicho con verdad. En una palabra, el primero es un hombre útil para la industria y el trabajo, — el segundo es un habitante peligroso en cualquier parte. Ocurre al juez, porque tiene el instinto de creer que le harán justicia de miedo, — y hay ejemplos, si no se la hacen se venga,—hiere ó mata. El primero compone la masa social arjentina; el segundo va desapareciendo. Para los que, metidos en la crisálida de los grandes centros de poblacion, han visto su tierra y el mundo por un agujero; para los que suspiran por conocer el estranjero, en lugar de viajar por su país; para los que han surcado el oceáno en vapor; para los que saben donde está Riga, ignorando donde queda Yavi; para los que han esperimentado la satisfaccion febril de tragarse las leguas en ferro-carril, sin haber gozado jamás del placer primitivo de andar en carreta,— para todos esos el *gaucho* es un sér ideal.

No lo han visto jamás.

La libertad, el progreso, la inmigracion, — la larga y lenta palinjenesia que venimos atravesando hace diez ó ocho años lo va haciendo desaparecer.

El dia en que haya desaparecido del todo será probablemente aquel en que,— se comprenda que tenemos una masa de pueblo sin alma; que en nada, ni en nadie cree;

que desparramada en inmensas campañas, no tiene iglesias, ni escuelas, ni caminos, ni justicia, — nada que la ampare eficazmente, que la prepare para el gobierno propio, para la verdad del sufrajio popular, para el respeto siquiera del estranjero que viene á compartir con nosotros todo,—menos el dolor porque no nos estima, nada, nada en fin, sino un caudillejo armado ó togado que la oprima ó la esplote.

Entonces recien tendremos propiamente hablando pueblo; pueblo con corazon, con conciencia, con conviccion y pasion.

Entonces no habrá paisanos honrados, con intereses que perder, que encerrándose en el egoismo, que todo lo seca, hasta el patriotismo,—sientan solos los males sociales que pueden asolar su casa.

Entonces, no habrá en Córdoba, un maestro de posta, hacendado, que conteste lo que me contestaron á mí en el Molle.

Era el mes de Abril del año 1865. Ibamos de pasajeros, de Mendoza para Córdoba en una galera, el Dr. D. Eduardo Costa, Alejandro Paz, y D. Francisco Civit, todos escelentes compañeros de viaje. En el primero, sobre todo, nadie habria sospechado un hombre tan avenido y varonil.

En el Rio 4° el General D. Emilio Mitre nos habia dado la noticia de la primera agresion de Lopez. Teníamos una impaciencia febril de llegar á Córdoba donde se hallaba el Dr. Rawson.

En la referida posta le pregunté yo al dueño de casa que era un vejete bastante alentado.

—Y, qué noticias tiene, paisano?

—Ningunas, me contestó.

—Pero hombre, agregué asombrado; no sabe Vd. que los paraguayos han invadido la Provincia de Corrientes con cuarenta mil hombres; que nos han apresado unos vapores; que han robado, incendiado y cautivado muchas familias?

Por toda contestacion esclamó, con la tonada consabida:

—Lo bueno que por aquí no han de llegar!

Qué desconsoladora injenuidad! Pero que bien pinta el estado moral de un país.

Despues de esto habladme cuanto querrais del patriotismo arjentino. Yo os diré que el patriotismo es una virtud cívica, que no apasiona las multitudes sino cuando la nocion del deber se ha encarnado en ellas; que todo deber responde á un ideal; que la libertad, la relijion, la patria, el honor nacional son un ideal; pero que ese ideal no está sino en la conciencia de cierto número de elejidos.

Tenemos el jérmen, — falta difundirlo.

De qué manera? Haciendo que la patria sea para el hombre del pueblo,—la libertad en todas sus manifestaciones,—la justicia,—el trabajo bien remunerado; no el abuso, el privilejio, la miseria.

Entonces no se encontrará quien diga, —lo que frecuentemente se oye: para lo que yo le debo á la Patria.

No basta que las constituciones proclamen que todo ciudadano está obligado á armarse en defensa de la Patria. Es menester que la Patria deje de ser un mito, una

abstraccion, para que todos la comprendan y la amen con el mismo acendrado amor. Hay fanatismos necesarios, —que si no ecsisten se deben crear.

Manuel Alfonso, volvió á preguntar por el amigo Camilo Arias.

—Que lo llamen, dije yo.

El gaucho, ni me miró siquiera.

Pero comprendiendo quien era y con la intencion sin duda de *calmarme*, preguntó.

—Y cómo se entienden estas paces? Aquí de amigos ya—Calfucurá invadiéndolo los porteños?

—Mire, amigo, le contesté; delante de mí no venga hablando barbaridades. Si no le gusta la paz, mándese mudar.

Se dió vuelta entonces, me miró y pegando maquinalmente con el rebenque en el suelo unas cuantas veces, repuso.

—Yo digo lo que me han dicho.

—Pues le repito que es una barbaridad, le contesté.

Me miró con mas fijeza y por toda contestacion se sonrió maliciosamente como diciendo: mozo malo!

Estaba provocativo. Iba mal parado si le aflojaba; así es el gaucho taimado.

—Y este fogon es mio, le agregué, como diciéndole, no quiero que en él se hablen cosas que no me gustan.

Y Vd. quién es? repuso, jugando siempre con el rebenque y fijando la vista en el fogon.

—Averigue, le contesté.

En ese momento una voz conocida, dijo al lado mio:

—Ordene, señor.

Era Camilo Arias que venia á mi llamado.

—Aquí tienes un amigo, le dije, señalándole á Manuel Alfonso.

Los paisanos son jeneralmente frios,—se saludaron como si se hubieran visto el dia antes.

—Vamos, le dijo Camilo.

—Vamos, contestó el gaucho, levantándose. Dió las buenas noches y se marchó.

Me quedé sumamente preocupado. En un hombre tan sagaz como él, tan conocedor de los indios, tan influyente entre ellos por sus servicios, sus conocimientos y su valor, aquellas palabras soltadas en mi fogon, revelaban malísima intencion.

No habia subido aun á caballo Manuel Alfonso, cuando mi compadre Baigorrita se presentó.

Echó pié á tierra y se sentó á mi lado; pedí su cena, se la trajeron y sacando el cuchillo, me dijo:

—Conociendo Chañilao?

—Ahí va, le contesté, indicándoselo. Acababa de armar un cigarro en ese instante y lo encendia, montado ya.

—Ahí hizo mi compadre.

—Hay algo? le pregunté á San Martin.

—Creo que sí, me contestó!

Baigorrita estaba mas pensativo que de costumbre. Sus preguntas, sus esclamaciones, su aire sombrío, acabaron de convencerme de que Manuel Alfonso, no habia venido á mi fogon á hablar de la paz y de Calfucurá sin objeto.

Qué podia haber?

En víperas de una gran junta, cualquier mala disposicion era alarmante.

—Hay alguna cosa, compadre? lehice preguntar á Baigorrita con San Martin.

—Sí, compadre, me contestó él mismo.

Habló con San Martin y en seguida me dijo éste:

Que Mariano Rosas le habia contado muchas cosas de mí; que estando campado en Calcumuleu los habia tratado muy mal á los indios; que á él le habia mandado decir una porcion de desvergüenzas; y que yo era muy altanero.

Le referí todo lo que habia sucedido y su respuesta fué por boca de San Martin.

—Alguna intriga, compadre, porque nos ven de amigos.

Comprendí todo.

Durante mi permanencia en Quenque,—me habian hecho la cama en Leubucó.

Mi compadre acabó de cenar, él y yo éramos los únicos que quedaban al lado del fogon; los demás se habian recojido.

—Vamos á dormir, compadre, le dije.

—Bueno, me contestó.

Llamé á Cármen.

Me enseñó mi cama. Estaba al pié de un hermoso calden.

Me sentaba en ella cuando una china se apeó allí cerca del caballo y viniendo á mí me dijo con aire misterioso:

—Tengo que hablarle.

LIII

Mi compadrazgo con Baigorrita habia alarmado á los de Leubucó—Censura pública—Nubes diplomáticas—Camargo conocia bien á los indios—Confio en él—Camilo y Chañilao no se entienden—En marcha para la junta grande—Quieren que salude á quien no debo—Me niego á ello—Ceden saludos—Empieza la conversacion—Discurso inaugural—Entusiasmo que produce Mariano Rosas—El debate—Un tonto no será nunca un héroe.

Al dia siguente, antes de amanecer, ya sabia yo con interesantes detalles, que intrigas habian tenido lugar en Leubucó, mientras habia andado por Quenque.

La noticia de mi compadrazgo con Baigorrita, habia producido mal efecto en Mariano Rosas.

La consagracion de ese vínculo es tan sagrado para los indios, que aquel se alarmó de una amistad naciente, sellada con el bautismo del hijo mayor de su aliado.

Sus allegados en lugar de tranquilizarlo, halagaban sus preocupaciones, diciéndole que no se descuidára, que estuviese en guardia.

Mi conducta era públicamente censurada; se me acu-

saba de haber tratado descortesmente á los indios, desde el dia en que llegué á Aillancó; se me hacia el cargo de no haber avisado con anticipacion mi viaje; criticaban mi mezquindad, comparándola con la magnificencia del Padre Burela, conductor de cincuenta cargas de bebida; decian que no era bueno; que les habia impuesto el tratado de paz, mandándoles un ultimatum; que habia llevado un instrumento para medir las tierras; que eso era porque los cristianos se preparaban para una invasion; que el tratado no tenia mas objeto que entretener á los indios para ganar tiempo.

El Padre Burela parecia ajeno á estas murmuraciones. Pero no las habia reprobado; y no teniendo nada que hacer en la junta se hallaba al lado de Mariano Rosas. Con él estaba la noche antes, dábase los aires de un valido y pretendia que Baigorrita le habia desairado, haciéndome su compadre, queja asaz estraña en un sacerdote.

El horizonte diplomático se me presentaba cargado de nubes.

La persona que se habia tomado el trabajo de venir furtivamente á contarme lo que habia pasado durante mi ausencia para que estuviera prevenido,—opinaba que tendríamos una junta tumultuosa.

Las voces malignas que traia Chañilao, hacian mas vidriosa la situacion.

Antes de estar en mi fogon habia estado en el sitio donde parlamentaba Mariano Rosas; habia hablado con él y con otros; habia desparramado sus noticias y la atmósfera de desconfianza se habia hecho.

Rayaba el dia cuando llegó un mensajero de Mariano

Rosas; mandaba informarse de como habia pasado la noche y prevenirme que en cuanto saliera el sol nos moveríamos y que la señal seria un toque de corneta.

Le contesté que habia pasado la noche sin novedad; que me alegraba de que él y su jente hubiesen dormido bien; y que estaba á su disposicion.

Hice llamar á Camilo Arias, ordené que arrimáran los caballos, púsose toda mi jente en pié y nos aprestamos á marchar.

Mientras llegaban los caballos se calentó agua y tomamos mate.

Camargo me inspiraba confianza. Le referí lo que me habia sucedido con Chañilao; lo que habia pasado en Leubucó durante nuestro paseo por las tierras de Baigorrita; lo que Mariano Rosas habia conversado con éste; y le pedí que me diera con franqueza su opinion.

Me la dió sin titubear. Su corazon no carecia de nobleza. Me tranquilicé; pero no del todo. Cada mundo tiene sus misterios. El conocia bien los del suyo, como nadie quizá.

Prueba de ello era que no volvia en pelos de Quenque; que se habia hecho devolver los estribos que le robaron en el toldo de Caiomuta y las demás prendas que le arrojó con desprecio para humillarle y afearle su proceder.

Llegaron los caballos y Camilo.

Mandé ensillar. En tanto lo hacian, me contó éste su entrevista con Manuel Alfonso.

Habian dormido juntos: no se habian entendido, por-

que el gaucho no habia simpatizado conmigo; pero se habian separado amigos.

Se oyó un toque de corneta.

Los clarines de Baigorrita contestaron, montamos á caballo y nos movimos, rompiendo la marcha en dispersion.

A poco andar avistamos la jente de Mariano Rosas, coronando la cumbre de una cuchilla.

Tocaron alto, llamada y reunion.

Los toques fueron obedecidos, lo mismo que lo habria hecho una tropa disciplinada.

Formamos en batalla,—Baigorrita, yo y mi séquito nos pusimos al frente de la línea y en ese órden avanzamos.

La indiada de Mariano Rosas hizo la misma maniobra. Las dos líneas marchaban á encontrarse. Seríamos trescientos de cada parte.

El sol se levantaba en ese momento, inundando la azulada esfera con su luz; la atmósfera estaba diáfana; los mas lejanos objetos se transparentaban, como si se halláran á corta distancia del observador; el cielo estaba despejado, solo una que otra nube nacarada navegaba por el vacío, con majestuosa lentitud; la blanda brisa de la mañana apenas ajitaba la grama color de oro; el rocío salpicando los campos los hacia brillar como si estuvieran cubiertos por inmenso manto de rica y variada pedrería.

Cuando las dos líneas que avanzaban al paso estuvieron á cincuenta metros una de otra, los clarines y cor-

netas tocaron alto, y las dos indiadas se saludaron golpeándose la boca.

Los ecos se perdian por los aires, quedaba todo en el mas profundo silencio, y los gritos se repetian.

Nadie llevaba armas; todo el mundo montaba escelentes caballos, vestia su mejor ropa y ostentaba las prendas de plata y los arreos mas ricos que tenia.

Mariano Rosas destacó un indio; Baigorrita otro; colocáronse equidistantes de las dos líneas; cambiaron *sus razones*, y volvieron á sus respectivos puntos de partida.

Los dos caciques acababan de saludarse y de invocar la proteccion de Dios para deliberar con acierto.

Tocaron atencion, dieron voces de mando en lengua araucana, la segunda fila de cada línea retrocedió dos pasos, los que miraban al Norte jiraron á la izquierda, tocaron marcha y las dos líneas quedaron formadas en alas.

Mariano Rosas destacó un indio que se acercó á mí y me habló en su lengua.

Camargo, haciendo de lenguaraz, me dijo:

—Dice el jeneral Mariano que eche pié á tierra para saludar al Padre Burela.

Me pareció haber entendido mal.

—Para saludar á quién? le pregunté á Camargo con estrañeza.

—Al Padre Burela! me contestó.

—Al Padre Burela? esclamé mirando á los franciscanos y á mis oficiales.

Es pretension, agregué.

—Díle, proseguí dirijiéndome á Camargo, que le conteste á Mariano que yo no tengo que saludar al Padre Burela, que soy aquí el representante del Presidente de la República, que en todo caso es el Padre Burela quien debe saludarme á mí.

El mensajero se marchó y yo me quedé refunfuñando. Estaba indignado.

Lo que pasaba no era mas que la consecuencia de las intrigas de Leubucó.

Volvió el indio insistiendo en lo mismo.

Contesté con malísimo modo, que antes que hacer lo que se me ecsijia, me *cortaria* con mi jente, que hicieran la junta sin mí, si querian, que yo no estaba para bromas.

Llevó el indio mi contestacion.

Baigorrita que entendia todo lo que yo contestaba, porque Camargo lo repetia en lengua auracana, me hizo decir:

—Echemos pié á tierra, compadre.

Mariano Rosas recibió mi contestacion sin visible alteracion; conferenció con sus consejeros y su embajador volvió por tercera vez, diciéndome:

—Dice el jeneral que es para saludar á todos.

—Eso es otra cosa, contesté.

Y esto diciendo, mandé echar pié á tierra á los mios, haciéndolo yo primero.

Mariano Rosas y los suyos me imitaron.

Vino otro indio, habló con Camargo y siguiendo las indicaciones de éste comenzó el ceremonial.

Mariano Rosas y su séquito estaban formados en ala; Baigorrita y mi séquito lo mismo, es decir, que mi izquierda venia á quedar frente á la derecha de aquel.

Tiramos á la derecha, marchando al Naciente unos cuantos pasos, volvimos á jirar al Norte, seguimos hasta quedar perpendicularmente á la izquierda del séquito de Mariano Rosas, que permanecia inmóvil, formando un ángulo, y los saludos empezaron, consistiendo en fuertes apretones de manos y abrazos.

Desfilamos por delante de aquellos y cuando Baigorrita estrechaba la mano de Mariano Rosas y yo la de Epumer, mi cola, hablando militarmente, se abrazaba con el último indio del séquito de Mariano Rosas.

Hecho esto, seguimos desfilando, hasta que el último de mis asistentes saludó á aquel, y volvimos á ocupar el puesto en que estábamos al echar pié á tierra.

En seguida Mariano Rosas y los suyos avanzaron veinte pasos; Baigorrita, yo y los mios hicimos simultáneamente otro tanto, formando dos pelotones.

Las dos líneas de jinetes formaron un círculo conversando á vanguardia, á derecha é izquierda sus respectivas alas; echaron pié á tierra y Mariano Rosas y los suyos; Baigorrita, yo y los mios quedamos encerrados en dos círculos concéntricos formados; el esterior por caballos y el interior por indios.

Todas estas evoluciones se hicieron en silencio, con órden, revelando que estaban sujetos á una regla de ordenanza conocida.

Ningun indio maneó ni ató su caballo en las pajas; solo le bajó las riendas. Los mansos animales ni se movian de su puesto.

Mariano Rosas invitó á todo el mundo á sentarse.

Nos sentamos, pues, sobre el pasto humedecido por el rocío de la noche, sin que nadie tendiera poncho ni carona, cruzando las piernas á la turca.

Mariano Rosas me cedió á su lenguaraz José; colocóse éste entre él y yo, y el parlamento empezó.

Yo estaba bajo la influencia desagradable de las revelaciones que me habian hecho y fastidiado con la pretension rechazada de que saludára al Padre Burela.

Apoyé los codos en las rodillas y ocultando la cara entre las manos me dispuse á escuchar el discurso inaugural de Mariano Rosas.

El lenguaraz me previno que todavía no empezaba á hablar conmigo.

El cacique jeneral tomó la palabra y habló largo rato, —unas veces con templanza, otras con calor, ya bajando la voz hasta el punto de no percibirse los vocablos, ya á gritos; ora accionando, con la vista fija en tierra, ora mirando al cielo. Por momentos, cuando su elocuencia rayaba, sin duda, en lo sublime, sacudia la cabeza y estremecia el cuerpo como poseido de un ataque epiléptico.

Las palabras: *Presidente*, *Arredondo*, *Mansilla*, *yeguas*, *achucar*, *yerba*, *tabaco*, *plata* y otras castellanas que los indios no tienen, flotaban en la peroracion á cada paso.

Los oyentes aprobaban y desaprobaban alternativamente.

Cuando aprobaban, el orador bajaba la voz; cuando desaprobaban, gritaba como un condenado.

Terminado el discurso inaugural, en medio de entusiastas manifestaciones de aprobacion, llegó el turno del debate.

El cacique empezó por invocar á Dios.

Me dijo que protejia á los buenos, y que castigaba á los malos; me habló de la lealtad de los indios, de las *paces* que en otras épocas habian tenido, que si habian fallado, no habia sido por culpa de ellos; me hizo un curso sobre la libertad con que entre ellos se procedia; agregó que por eso habia reunido los principales capitanejos; los indios mas importantes por su fortuna ó por sus años para que dijesen si les gustaba el tratado, porque él no hacia sino lo que ellos querian; que su deber era velar por su felicidad; que él, no les imponia jamás; que entre los indios no sucedia como entre los cristianos, donde el que mandaba, mandaba; y terminó pidiéndome leyera los artículos del tratado referentes á la donacion trimestral de yeguas, etc., etc.

Me disponia á contestar, cuando oí que le gritaban con desprecio al Dr. Macias, que teniendo al hombro una escopeta, regalo mio á Mariano Rosas, se habia confundido con su jente.

—Afuera, afuera el *Dotor!*

El pobre Macias agachó la cabeza, y resignado á su suerte se alejó de allí, siendo objeto de las risas y rechiflas de los indios mas ladinos y de algunos cristianos.

Metí la mano al bolsillo, saqué mi libro de memorias; busqué en él el estracto del tratado de paz, y procurando

imitar la mímica oratoria de la escuela ranquelina, tomé la palabra.

Espliqué el tratado, punto por punto; hablé de Dios, del Diablo, del cielo, de la tierra, de las estrellas, del sol y de la luna; de la lealtad de los cristianos, del deseo que tenian de vivir en paz con los indios, de ayudarlos en sus necesidades, de enseñarles el trabajo, de hacerlos cristianos para que fueran felices, del Presidente de la República, del jeneral Arredondo y de mí.

Este fué mi primer discurso.

Es posible que entre cristianos me hubieran aplaudido.

El efecto que produjo mi retórica y mi accion entre los bárbaros lo deduje viendo al indio que me robó los guantes en Quenque, los cuales se habia puesto, dormido como una piedra á mi lado.

Paturot fué mas feliz que yo, la primera vez que de la noche á la mañana se vió convertido en orador republicano popular.

Decididamente estamos destinados á recorrer una escala interminable de desengaños en la complicada travesía por este pícaro mundo.

No hay mas,—digan lo que quieran ciertos fanáticos, —ni un tonto será nunca un héroe, porque la palabra héroe despertando la idea de grandeza implica intelijencia; ni yo he nacido para orador ministerial, mucho menos entre los indios.

LIV

Repito la lectura de los artículos del Tratado de Paz—Los indios piden mas que comer—Mi elocuencia—Mímica—Dificultades—El recuerdo de un sermon de Viérnes Santo me salva—El representante de la *Liberté* en Bruselas y yo—Cargos mútuos—Argumentos etnográficos—Recursos oratorios—En el banco de los acusados—Interpelaciones *ad hominem*—El traidor calla—Redoblo mi enerjía é impongo con ella—Se establece la calma—Apéndice—Once mortales horas en el suelo.

Mariano Rosas me ecsijió que repitiera la lectura de los artículos que estipulaban la entrega de yeguas, yerba, azúcar, tabaco, etc., diciéndome que queria que todos los indios se enterasen bien de la paz que se iba á hacer.

Esta última frase: *que se iba á hacer*, dicha despues de estar firmado, ratificado y canjeado el tratado de paz, era otra orijinalidad verdaderamente ranquelina.

No una vez sino varias la habia oido ya. Me hacia muy mal efecto.

Las disposiciones de los indios en aquellos momentos, no eran las mas favorables para obtener de ellos un

triunfo oratorio; y la junta parecia que iba á tomar el carácter de un *meeting*, aprobatorio ó reprobatorio de la conducta del Cacique.

Lo deducia de que varias veces me habia soltado esta otra frase: « recien voy á dar cuenta á mis indios de lo que hemos arreglado, y lo que ellos decidan, eso será lo que se haga. »

Yo estaba prevenido desde la noche anterior.

Accedí á la ecsijencia, leyendo otra vez los artículos del tratado que mas preocupaban é interesaban.

Comer será siempre un capítulo primordial para la humanidad.

Varias voces gritaron en auracano:

—Es poco! es poco!

Lo comprendí porque ciertos cristianos repitieron la frase en castellano, con intencion, apoyándola con repetidos, sí! sí!

Mariano Rosas, notando aquello, me echó un discurso sobre la pobreza de los indios, ecsjiéndome la entrega de mas cantidad de yeguas, yerba, azúcar y tabaco.

Contesté que los indios eran pobres, porque no amaban el trabajo; que cuando le tomáran gusto se harian tan ricos como los cristianos, y que yo no podia comprometerme á dar mas de lo convenido, que no era poco, sino mucho.

—Es poco! es poco!—volvieron á gritar varios á una.

—Lo vé vd., me dijo Mariano Rosas,—que no me trataba ya de hermano,—dicen que es poco.

—Lo veo, le contesté; pero es que no es poco, al contrario es mucho.

—Poco! poco! poco! gritaron simultáneamente mas voces que antes.

Tomé la palabra, volví á leer los artículos del tratado estipulando la entrega de yeguas, etc., los comparé con lo que se le entregaba á las indiadas de Calfucurá, y probé que iban á recibir mas que ellos.

Díganme que no es cierto, esclamaba yo, viendo que nadie habia contradicho mis demostraciones. Y aprovechando la coyuntura, fulminé mis rayos oratorios contra Calfucurá.

Calfucurá, les dije, ha roto la paz porque es un indio muy pícaro y de muy mala fé que no teme á Dios. Ha sabido que lo que hemos arreglado con Mariano Rosas para estas paces es mas de lo que él recibe, y se ha vuelto á hacer enemigo de los cristianos, diciendo que los indios ranqueles son preferidos. Pero todo es á ver si consigue que le den lo mismo que estas indiadas van á recibir por el tratado de paz, que ya hemos arreglado con mi hermano.

Y al decir *mi hermano*, acentuaba la palabra cuanto podia y me dirijia á Mariano Rosas.

—Ya ven vds., gritaba con toda la fuerza de mis pulmones y mímica indiana,—para que todos me oyeran y creyendo seducirles con mi estilo,—como los indios ranqueles son preferidos á los de Calfucurá.

Mariano Rosas me preguntó, que cuántas yeguas se debian ya á los indios por el Tratado.

Queria decir que desde cuando habia empezado á tener fuerza.

Como se vé el Tratado era y no era Tratado.

Le contesté que el Tratado obligaba á los cristianos desde el dia en que el Presidente de la República le habia puesto su firma al pié.

Me contestó que él habia creido, que era desde el dia en que me lo devolvió aprobado.

Le contesté que nó.

Me preguntó que cuando lo habia firmado el Presidente de la República.

Satisfice su pregunta, y entonces, haciendo sus cuentas me dijo que ya se les debia tanto.

Espliqué lo que antes le habia esplicado en Leubucó, —lo que es el Presidente de la República, el Congreso y el Presupuesto de la Nacion. Les dije que el Gobierno no podia entregar inmediatamente lo convenido; porque necesitaba que el Congreso le diera la plata para comprarlo; y que éste antes de darle la plata tenia que ver si el Tratado convenia ó nó.

Eso era lo que en cumplimiento de órdenes recibidas debia yo esplicar, como si fuera tan fácil hacerles entender á bárbaros lo que es nuestra complicada máquina constitucional.

Pero por lo pronto, continué diciéndoles, se va á entregar algo á cuenta, lo demás se completará cuando el Congreso apruebe el tratado. El Presidente de la República quiere manifestarles de ese modo á los indíjenas su buena voluntad.

Mientras yo hacia estas observaciones, me parecia que entre la manera de discurrir de los indios y la mia, habia una perfecta similitud.

Mariano Rosas, me decia para mis adentros, mientras mi lengua funcionaba, ha firmado el Tratado, yo lo creia concluido, y ahora resulta que la junta lo puede anular. Pues es lo mismo que sucede con el Presidente y el Congreso.

No es verdad que el caso era idéntico? Los estremos se tocan.

Esperaba una interpelacion de Mariano Rosas.

Varios indios la hicieron antes que él.

—Y si el Congreso no aprueba el Tratado, preguntaron, ya no habrá paz?

Ponte, Santiago amigo, en mi caso, y díme si no te habrias visto en figurillas como yo para contestar?

Contesté que eso no sucederia, que el Congreso y el Presidente eran muy amigos, que el Congreso le habia de aprobar lo que habia hecho, que así hacia siempre; dándole toda la plata que necesitaba.

Mariano Rosas me dijo:

—Pero el Congreso puede desaprobar?

Yo no podia confesar que sí; me esponia á confirmar la sospecha de que los cristianos solo trataban de ganar tiempo; recurrí á la oratoria y á la mímica, pronuncié un estenso discurso lleno de fuego, sentimental, patético.

Ignoro si estuve inspirado.

Debí estarlo ó debieron no entenderme; porque noté corrientes de aprobacion.

La elocuencia tiene sus secretos.

Yo me acuerdo siempre, en ciertos casos, cuando veo

á la muchedumbre conmovida por la resonancia de una diccion eufónica, rimbombante, sonora,—de un predicador catamarqueño.

Predicaba un sermon de Viérnes Santo.

Un muchacho oculto en el fondo del púlpito se lo soplaba.

Habia llegado á lo mas tocante,—al instante en que el Redentor, va á espirar ya, ultimado por los fariseos. La agonía del mártir habia empezado á arrancar lágrimas de los fieles, amargos sollozos vibraban en las bóvedas del templo.

El predicador conmovido á su vez, iba perdiendo el hilo. Miró al fondo del púlpito; el muchacho se habia dormido.

Era imposible continuar hablando.

Recurrrió á la mímica.

Ciceron lo ha dicho;—*quasi sermo corporis.* Esta vez quedó probado.

El dolor crecia como la marea. No habia mas que ayudar un poco para producir la crísis y completar el cuadro.

A falta de palabras, el orador apeló á sus brazos y á sus pulmones; accionaba y se estremecia dando ayes desgarradores.

El auditorio sobrescitado, jadeante, aturdido por sus propios jemidos,—nada oia. Veia, sentia, calculaba que el predicador debia estar sublime y lo ahogaba con su lloro y sus lamentaciones.

La sacra efijie, inclinó la cabeza por última vez, una

oleada de dolor estremeció á todo el mundo y el predicador desapareció.

Ultimamente en Bruselas, en un banquete de periodistas presidido por el rey Leopoldo, el mas aplaudido de los oradores ha sido el representante de *La Liberté* de Paris.

A los repetidos,—que hable *La Liberté*,—se puso de pié.

Las luces, el vino, la penosa elaboracion de la dijestion de una comida opípara, la charla, habian ya producido en todos una especie de mareo.

Era un rapaz vivo como él solo.

—Señores, dijo, en presencia de *sa majesté*, aplausos! —No le dejaban continuar.

Comenzó á mover la cabeza, á batir los brazos como remos, —aplausos, hurrahs!

—*Liberté!* dijo,—mas aplausos, mas hurrahs!

—*Egalité!* dobles aplausos, dobles, hurrahs!

—*Fraternité!* triples aplausos, triples hurrahs!

El orador deja de hablar, los aplausos, los hurrahs, cesan por fin, y un écsito completo corona el triunfo de la pantomima sentimental sobre el arte ciceroniano.

Hay resortes de los que no se debe abusar. Traté de no gastar los mios.

Dejé la palabra, viendo que los oyentes estaban convencidos de que el Presidente y el Congreso no se habian de pelear por cuatro reales, ni por un millon, ni por cosas mayores.

Mariano Rosas la tomó.

Me preguntó—que con qué derecho habíamos ocupado el Rio 5°; dijo que esas tierras habian sido siempre de los indios, que sus padres y sus abuelos habian vivido por las lagunas de Chemecó, la Brava y Tarapendá, por el cerrillo de la Plata y Langheló; agregó que no contentos con eso todavía, los cristianos querian *acopiar* (fué la palabra de que se valió) mas tierra.

Estas interpelaciones y cargos hallaron un éco alarmante.

Algunos indios estrecharon la rueda, acercándose á mí para escuchar mejor lo que contestaba.

Me pareció cobardía callar contra mis sentimientos y mi conciencia, aunque el público se compusiera de bárbaros.

Siempre con los codos en los muslos y la cara entre las manos, fija la mirada en el suelo, tomé la palabra y contesté:

Que la tierra no era de los indios, sino de los que la hacian productiva trabajando.

No me dejó continuar, é interrumpiéndome, me dijo:

—Cómo no ha de ser nuestra cuando hemos nacido en ella?

Le contesté que si creia que la tierra donde nacia un cristiano era de él; y como no me interrumpiera proseguí:

—Las fuerzas del Gobierno han ocupado el Rio 5° para mayor seguridad de la frontera; pero esas tierras no pertenecen á los cristianos todavía; son de todos y no son de

nadie; serán algun dia de uno, de dos ó de mas, cuando el gobierno las venda, para criar en ellas ganados, sembrar trigo, maíz.

Vd. me pregunta que con qué derecho acopiamos la tierra?

Yo les pregunto á vds. con qué derecho nos invaden para acopiar ganados?

—No es lo mismo, me interrumpieron varios, nosotros no sabemos trabajar; nadie nos ha enseñado á hacerlo como á los cristianos; somos pobres, tenemos que ir á malon para vivir.

—Pero vds. roban lo ajeno, les dije, porque las vacas, los caballos, las yeguas, las ovejas que se traen no son de vds.

—Y vds. los cristianos, me contestaron, nos quitan la tierra.

No es lo mismo, les dije; primero, porque nosotros no reconocemos que la tierra sea de vds., y vds. reconocen que los ganados que nos roban son nuestros; segundo, porque con la tierra no se vive, es preciso trabajarla.

Mariano Rosas observó:

—Por qué no nos han enseñado vds. á trabajar, despues que nos han quitado nuestros ganados?

—Es verdad! es verdad! esclamaron muchas voces, flotando un murmullo sordo por el círculo de cabezas humanas.

Eché una mirada rápida á mi alrededor, y ví brillar mas de una cara amenazante.

—No es cierto que los cristianos les hayan robado á vds. nunca sus ganados, contesté.

—Sí, es cierto, dijo Mariano Rosas; mi padre me ha contado que en otros tiempos, por las Lagunas del Cuero y del Bagual habia muchos animales alzados.

—Eran de las estancias de los cristianos, les contesté. Vds. son unos ignorantes que no saben lo que dicen; si fueran cristianos, si supieran trabajar, sabrian lo que yo sé; no serian pobres, serian ricos.

Oigan, bárbaros, lo que les voy á decir:

Todos somos hijos de Dios, todos somos arjentinos.

No es verdad que somos arjentinos? decia mirando á algunos cristianos, y está palabra májica, hiriendo la fibra sensible del patriotismo, les arrancaba involuntarios: sí, somos arjentinos.

Y vds. tambien son arjentinos, les decia á los indios. Y si no, qué son? les gritaba; yo quiero saber lo que son.

Contéstenme, díganme, qué son?

Me van á decir que son indios?

Pues yo tambien soy indio.

O creen que soy *gringo?*

Oigan lo que les voy á decir:

Vds. no saben nada, porque no saben leer; porque no tienen libros. Vds. no saben mas de lo que les han oido á su padre ó á su abuelo. Yo sé muchas cosas que han pasado antes.

Oigan lo que les voy á decir para que no vivan equivocados.

Y no me digan que no es verdad lo que están oyendo; porque si á cualquiera de vds. le pregunto como se llamaba el abuelo de su abuelo, no me sabrá dar razon.

Pero los cristianos sabemos esas cosas.

Oigan lo que les voy á decir:

Hace muchísimos años que los *gringos* desembarcaron en Buenos Aires.

Entonces los indios vivian por ahí donde sale el sol, á la orilla de un rio muy grande; eran puros hombres los *gringos* que vinieron, y no traian mujeres; los indios eran muy zonzos, no sabian andar á caballo, porque en esta tierra no habia caballos; los gringos trajeron la primer yegua y el primer caballo, trajeron vacas, trajeron ovejas.

Qué están creyendo vds?

Ya ven como no saben nada.

—No es cierto, gritaron algunos, lo que está diciendo ese.

—No sean bárbaros, no me interrumpan, oíganme, les contesté y proseguí.

Los *gringos* les quitaron sus mujeres á los indios, tuvieron hijos en ellas, y es por eso que les he dicho que todos los que han nacido en esta tierra son indios, no *gringos*.

Oíganme con atencion.

Vds. eran muy pobres entonces, los hijos de los *gringos*, que son los cristianos, que somos nosotros, indios como vds., les hemos enseñado una porcion de cosas. Les hemos enseñado á andar á caballo, á enlazar, á bolear, á usar poncho, chiripá, calzoncillo, bota fuerte, espuela, chapeado.

—No es cierto, me interrumpio Mariano Rosas; aquí habia vacas, caballos y todo antes que vinieran los *gringos*, y todo era nuestro.

—Están equivocados, les contesté; los *gringos* que eran los españoles, trajeron todas esas cosas. Voy á probárselo:

Vds. le llaman al caballo *cauallo*, á la vaca *uaca*, al toro *toro*, á la yegua *yegua*, al ternero *ternero*, á la oveja *oveja*, al poncho *poncho*, al lazo *lazo*, á la yerba *yerba*, á la azúcar *achúcar* y á una porcion de cosas lo mismo que los cristianos.

Y por qué no les llaman de otro modo á esas cosas?

Porque vds. no las conocian hasta que las trajeron los *gringos*. Si las hubieran conocido les habrian dado otro nombre.

Por qué le llaman al hermano *peñi?*

Porque antes de que vinieran los padres de los cristianos, vds. ya sabian lo que era hermano.

Porque le llaman á la luna *quién*, y no luna, como los cristianos? Por la misma razon. Porque antes de que vinieran los gringos á Buenos Aires, ya la luna estaba en el cielo y vds. la conocian.

No pudiendo Mariano refutar esta argumentacion etnolójica, me contestó irritado:

—Y qué tiene que ver todo eso con el Tratado de paz? Cuándo yo le he preguntado esas cosas para que me las diga?

—Y qué tienen que ver las preguntas que V. me ha hecho con el Tratado de paz, que ya está firmado por V? Acaso yo he venido á la junta para que lo aprueben? Ya está aprobado por V. y lo tienen que cumplir.

—Y vds. lo cumplirán? me contestó.

—Sí, lo cumpliremos, repuse, porque los cristianos tenemos palabra de honor.

—Dígame, entonces, si tienen palabra de honor, repuso, ¿por qué estando en paz con los indios, Manuel Lopez hizo degollar en el Sauce doscientos indios? Dígame, entonces, si tienen palabra, por qué estando en paz con los indios, su tio Juan Manuel Rozas, mandó degollar ciento cincuenta indios en el cuartel del Retiro? [cito casi testualmente sus palabras].

—Qué diga! qué diga! gritaron varios indios.

La junta empezaba á tomar todo el aspecto de la efervescencia popular, y yo de embajador, me convertia en acusado.

—A mí no me pidan cuentas, les dije, de lo que han hecho otros; el Presidente que ahora tenemos no es como los otros que antes teníamos. Yo tampoco les pido á vds. cuenta de las matanzas de cristianos que han hecho los indios siempre que han podido,—y devolviéndole la pelota á Mariano Rosas, le pregunté:

—Qué tienen que hacer las degollaciones de Lopez y de Rozas con el Tratado de paz.

No le dí tiempo para que me contestára y proseguí:

—Vds. han hecho mas matanzas de cristianos que los cristianos de indios.

Inventé todas las matanzas imajinables, y las relaté junto con las que recordaba.

—Winca! winca! mintiendo! gritaron algunos.

Y en varios puntos del círculo se hizo como un tumulto.

Era el peor de los síntomas.

Varios de mis ayudantes se habian retirado guareciéndose bajo la sombra de un algarrobo.

El sol quemaba como fuego, y hacia ya largas horas que la discusion duraba.

A mi lado no habian quedado mas que los dos frailes franciscanos y el Ayudante Demetrio Rodriguez.

Viendo que la situacion se hacia peligrosa, lo miré á mi compadre Baigorrita que no habia hablado una palabra, permaneciendo inmóvil como una estátua. No hallé su mirada.

Busqué otras caras conocidas para decirles con los ojos: aplaquen esta turba desenfrenada.

Todas ellas estaban atónitas.

Si me miraban no me veian.

—Es que, dijo Mariano Rosas, los indios somos muy pocos y los cristianos muchos. Un indio vale mas que un cristiano.

Estuve por no contestar.

Pero antes que arriar la bandera, esclamé interiormente: Que me maten; pero me han de oir.

—No diga barbaridades, hermano, le contesté; todos los hombres son iguales, lo mismo un cristiano, que un indio, porque todos son hijos de Dios.

Y dirijiéndome al Padre Burela que, como el convidado de piedra de D. Juan Tenorio, presenciaba aquella escena turbulenta sin tener ni una mirada ni una palabra de apoyo para mí, dije:

—Que conteste ese venerable sacerdote, que se encuentra entre los indios en nombre de la caridad cristiana; que diga él, á quien el Gobierno y los ricos de Buenos Aires le han dado plata para que rescate cautivos, si no es cierto lo que acabo de decir?

El Reverendo no contestó, tenia la cara larga, caidos los labios, mas abiertos los ojos que de costumbre, inflamada la nariz, sudaba la gota gorda y estaba pálido como la cera.

Qué contraste hacia con el Padre Márcos y el Padre Moisés!

Ellos no hablaban porque no podian hablar, nadie los interpelaba; pero en su rostros simpáticos estaba impresa la tranquilidad evanjélica, y la inquietud jenerosa del amigo que ve á otro comprometido en una demanda desigual.

—Que diga, continué, el Padre Burela, que no tiene espada, de quien vds. no pueden desconfiar, si los cristianos aborrecen á los indios.

El Reverendo no contestó, su facha me hacia el efecto de un condenado.

La voz de la conciencia, sin duda, le trababa la lengua al hipócrita.

—Que diga el Padre Burela, proseguí, si los cristianos

no desean que los indios vivan tranquilos, todos juntos, renunciando á la vida errante, como viven los indios de Coliqueo, cerca de Junin.

El Reverendo no contestó.

En ese momento, sea que los caballos se espantaron, sea lo que se fuere, no puedo decir lo que hubo, sintióse algo parecido á un estremecimiento de la multitud. Lo confieso, temí una agresion.

Redoblé mi enerjía y seguí hablando.

—Yo soy aquí les dije, el representante del Presidente de la República; yo les prometo á vds. que los cristianos no faltarán á la palabra empeñada, que si vds. cumplen, el Tratado de paz se cumplirá.

Vds. pueden faltar á su compromiso; pero tarde ó temprano tendrán que arrepentirse; como les sucederá á los cristianos si los engañáran á vds.

Yo no he venido aquí á mentir. He venido á decir la verdad y la estoy diciendo.

Si los cristianos abusasen de la buena fé de vds. harian bien en vengarse de la falsía de ellos; así como si vds. no me tratasen á mí y á los que me acompañan con todo respeto y consideracion, si no me dejasen volver ó me matasen, dia mas, dia menos, vendria un ejército que los pasaria á todos por el filo de la espada, por traidores; y en estas pampas inmensas, en estos bosques solitarios, no quedarian ni recuerdos ni vestijios de que vds. vivieron en ellos.

Camargo se acercó á mí en ese instante, y me dijo al oido:

—Hable de lo que se dá por el Tratado, Coronel, hable de eso.

—Y qué mas quieren, continué diciendo, que hagan los cristianos? No les van á dar dos mil yeguas para que se repartan entre los pobres; azúcar yerba, tabaco, papel, aguardiente, ropa, bueyes, arados, semillas para sembrar, plata para los caciques y los capitanejos?

Qué mas quieren?

Mariano Rosas tomó la palabra despues de un largo silencio, y dijo:

—Ya estamos arreglados; pero queremos saber qué cantidad de cada cosa nos van á dar.

Diga, hermano, agregó.

Y dirijiéndose á los indios, oigan bien.

Volví á hacer la enumeracion de lo que se habia de entregar segun el Tratado.

La calma se restablecia y la junta parecia tocar á su fin.

Aproveché las buenas disposiciones que renacian para hacer presente, á fin de quitar todo motivo de descubrimiento futuro.

Que la paz no era hecha conmigo, que yo era un representante del Gobierno y un subalterno del jeneral Arredondo, mi jefe, con cuyo permiso me hallaba entre los indios; que no creyesen si otro jefe me reemplazaba que por eso la paz se habia de alterar, que ese jefe tendria que cumplir el Tratado y las órdenes que el Gobierno le diera; que ellos estaban acostumbrados á confundir á los jefes con quienes se entendian con el Gobierno; que así,

en ningun tiempo la desaparicion mia de la frontera debia ser un motivo de queja, una razon para que se negáran á observar fielmente lo convenido; que cerca ó lejos tendrian siempre en mí un amigo que haria por el bien de ellos, si lo merecian, todo cuanto pudiera.

Mariano Rosas se puso de pié y con una sonrisa, la mas afable, me dijo.

—Ya se acabó, hermano.

Nueve horas consecutivas los frailes y yo habíamos estado sentados en la misma postura y en el mismo lugar; cuando quisimos levantarnos, las piernas entumecidas no obedecian.

Para incorporarnos, tuvimos que prestarnos mútua ayuda.

Nos levantamos.

Mariano Rosas, me dijo que algunos indios de importancia querian conversar particularmente conmigo.

Para conferencias estaba yo.

Pero, qué hacer!

Accedí.

Mi primer interlocutor fué el viejo de las muletas.

Nos sentamos cara á cara en el suelo, nombramos nuestros respectivos lenguaraces y empezó la plática.

El viejo era un conversador lo mas recalcitrante.

Me habló de sus antepasados, de sus servicios, de su ciencia y paciencia, de las leguas que habia galopado para venir á la junta, de este mundo y el otro, en fin, y

cuando yo creia que me iba á decir que habia tenido muchísimo gusto en conocerme, me salió con esta pata de gallo:

—He oido con atencion todas las razones de vd. y ninguna de ellas me ha gustado.

—Pues estoy fresco, dije para mi capote. Si querrá este armarme alguna gresca?

Varios indios le habian formado rueda, asintiendo á lo que acababa de decir.

Tomé la palabra y le contesté:

—Que me alegraba mucho de haberle conocido; que sentia infinito que un anciano tan respetable como él, tan lleno de esperiencia y de servicios, tan digno del aprecio de los indios, se hubiera incomodado en venir desde tan lejos por verme; que cuando fuera de paseo al Rio 4° tendria mucho gusto en alojarlo en mi casa y regalarlo y que ahora que la paz estaba hecha y que iban á recibir tantas cosas,—las enumeré todas,—todos debíamos mirarnos como hijos de un mismo Dios.

El indio reprodujo al pié de la letra todo lo que me me habia dicho anteriormente, y acabó con la muletilla:

—He oido con atencion todas las razones de vd. y ninguna de ellas me ha gustado.

Hice lo mismo que él; reproduje mi contestacion.

Así estuvimos larguísimo rato. Nueve veces dijo él lo mismo,—nueve veces le contesté yo lo mismo tambien.

Cedió el viejo.

En pos de él vinieron otros personajes; con todos tuve que hablar, todos me dijeron casi la misma cosa y á todos les contesté casi la misma cosa tambien.

Dios se apiadó de mí; y despues de once mortales horas, inolvidables, como jamás las he pasado, ni espero volverlas á pasar, en lo que me resta de vida, me ví libre de jente incómoda.

Aquel dia valió por todos los otros y eso que no he hecho sino pintar á brocha gorda el cuadro. Para iluminarlo con todos sus colores habria tenido necesidad del marco de un libro entero.

Estaba harto y cansado; me eché sobre la blanda yerba, y me quedé pensativo un rato viendo á los indios desparramarse como moscas en todas direcciones y desaparecer veloces como la felicidad.

LV

Revelacion—Mas habia sido el ruido que las nueces—Nuevas presentaciones—El ultimo abrazo y el último adios de mi compadre Baigorrita—Otra vez adios—Mariano Rosas despues de la junta—Que dulce es la vida lejos del ruido y de los artificios de la civilizacion!—Los enanos nos dan la medida de los jigantes y los bárbaros la medida de la civilizacion—Una mujer azotada—No era posible dormir tranquilo en Leubucó.

Mientras arrimaban las tropillas, descansaba y pensaba en el estraño concilio á que acababa de asistir, estaba completamente abstraido cuando se me presentó mi compadre Baigorrita.

Despues de haberlo acompañado á Mariano Rosas cierta distancia, por el camino de Leubucó, volvia sobre sus pasos con la intencion de ir á dormir en Quenque.

Llegó donde yo estaba, echó pié á tierra, se sentó á mi lado y me hizo decir con San Martin:

Que ya se iba,—que no estrañase que no hubiera hablado en la junta en defensa mia,—que no lo habia hecho por los indios de Mariano,—que si lo hubiese hecho habrian dicho, que era mas amigo mio que de ellos,—que yo tenia mucha *razon en mis razones*,—que los hombres de esperiencia lo habian conocido,—que ninguno lo habia

conocido mejor que el mismo Mariano Rosas,—pero que habia tenido que portarse así, porque si no, sus indios habrian dicho, que era mas amigo mio que de ellos—que me fuera sin cuidado, que Mariano era mi amigo, que tenia confianza en mí,—y que con él contára en todo tiempo para lo que gustàra, que para qué nos habíamos hecho compadres entonces.

Este lenguaje fué una revelacion.

Recien comencé à ver claro y á esplicarme la actitud indiferente, reconcentrada, ceñuda de mi compadre durante toda la junta. A fuer de diplomático, que conoce perfectamente bien el terreno que pisa, habia estado haciendo su papel.

Mas habia sido el ruido que las nueces, segun se ve.

Faltaba averiguar si aquellos discípulos de Machiavello me habrian dejado sacrificar, dado el caso, que el *pueblo bárbaro*, ecsasperado por la razon de mis sinrazones, se me hubiera ido encima.

Estaba impaciente de conversar con Mariano Rosas á ver si me hablaba con la misma franqueza de Baigorrita,—su aliado, á la vez que su rival en la justa pretension de adquirir prestijio entre todas las indiadas.

San Martin, completando el pensamiento de mi compadre, me dijo de su cuenta:

—Así son los indios, señor; y como Baigorrita es cacique principal, tiene que tener mucho cuidado con Mariano; los indios son muy desconfiados y celosos; para andar bien con ellos, es preciso no aparecer amigo de los cristianos.

Baigorrita le interrumpió y me hizo decir, —que ya era tarde, que queria ponerse en marcha.

Mis tropillas acabaron de llegar; mande mudar, la operacion se hizo prontamente y un momento despues abandonamos la raya.

Ordené que mi séquito se fuera despacio por el camino de Leubucó, y con Camilo Arias y un asistente tomé para el sud en compaña de mi compadre.

Varios indios, entre ellos el de las muletas, le acompañaban. Me presentó á algunos que no me habian visitado en Quenque; tuve que sufrir sus saludos, apretones de mano, abrazos y pedidos, y en el sitio donde habíamos pasado la noche que precedió á la junta, nos dijimos —adios!

Conforme fué cordial la recepcion de Baigorrita, así fué fria la despedida.

Partimos al galope en opuestas direcciones.

Silencioso, contemplando la verde sabana de aquellas soledades, dejaba que mi caballo se tendiera á sus anchas, cuando sentí un tropel á retaguardia. Sin sujetar dí vuelta, ví un grupo de jinetes; entre ellos venia Baigorrita corriendo por alcanzarme.

—Hice alto, alguna novedad ocurria.

Mi compadre llegó y San Martin me dijo:

—Dice Baigorrita, que viene á darle el último abrazo y el último adios!

Nos abrazamos pues.

—El indio me estrechó con efusion, y al desapartarnos, tomándome vigorosamente la mano derecha y sacudiéndomela con fuerza me dijo, con visible espresion de cariño: —adios! compadre! amigo!

—Adios! compadre! amigo! — le contesté, y volvimos á separarnos.

Galopaba yo, apurando mi caballo por ver si alcanzaba mi jente, antes de que se pusiera el sol, — cuando un jinete me alcanzó.

Era San Martin; lo mandaba Baigorrita á decirme otra vez adios, — me enviaba sus mas fervientes votos de felicidad, — me hacia presente que le habia ofrecido otra visita, — y para no desmentir en ningun momento que era indio me pedia que le mandára unas espuelas de plata.

Contesté á todo como debia, despaché al mensajero y seguí por el camino que acababa de tomar.

A poco andar me incorporé á mi jente. Adelante de ella iban varios indios desparramados.

Entre ellos reconocí á Mariano Rosas, le acompañaba á la par su hijo mayor.

Sintió el tropel de mis caballos, miró atrás, y al ver que era yo, sujetó.

—Buenas tardes, hermano, me dijo con marcada amabilidad.

Jamás le habia visto un aire tan amistoso.

—Buenas tardes, le contesté con estudiosa sequedad.

—Cómo le ha ido, prosiguió, diciéndole á su hijo, saca esas perdices para mi hermano.

El hijo obedeció, y de unas alforjas sacó dos hermosas martinetas cocidas y una torta.

Yo contesté:

Me ha ido regular, hermano.

Tomó las perdices y la torta y me las pasó, diciéndome:

—Coma, hermano.

Su cara tenia una espresion de malicia particular; parecia que el indio se reia interiormente.

Tomé las perdices, — le pasé una, y media torta á los frailes, y el resto lo partí con él.

Ibamos al trote masticando sin hablar.

—Galopemos, me dijo.

—No, mis caballos están pesados, no tengo apuro en llegar; galope Vd. si tiene prisa, le contesté.

—Qué le ha parecido la junta? me preguntó.

—Qué me ha parecido, — repuse, fijando en él mis ojos, como diciéndole: Ya lo calculará usted.

Me entendió y dijo:

—Con estos indios se precisa mucha paciencia, es preciso conocerlos bien, son muy desconfiados, en cuanto ven que uno es amigo de los cristianos, ya piensan que los engañan. Los han traicionado tantas veces! Ya ve como ha estado su compadre Baigorrita.

—Pero de mí, qué podian temer? le contesté.

—Nada, de Vd. nada.

—Y entonces?

—Pero si yo hubiera aprobado todas sus razones, quien sabe que hubieran dicho.

—Y si me hubiesen insultado, ó me hubieran querido matar?

—Cuándo! fué toda su respuesta.

Y esto diciendo, se tendió al galope, añadiendo:

—Bueno, hermano, hasta luego, lo espero á comer.

—Bueno, hermano, ahorita no mas estoy en Leubucó, voy á descansar un rato en la Aguada, le contesté.

El sol se hundia del todo en la raya lejana; una ancha faja cárdena, resplandeciente, radiosa, teñia el horizonte y con su lumbre purpúrea, cambiante, hermosa, doraba las apiñadas nubes de occidente, que, como encumbradas montañas movedizas coronadas de eternas nieves, se alzaban hasta el cielo, á la manera de inmensas espirales y de informes figuras de inconmensurable grandor.

El seco aquilon plegaba sus alas; las mansas y apacibles auras jugueteaban galanas, refrescando la frente del viajero; el pasto ondulaba como el irritado mar en sus profundidades insondables despues de la tempestad; las silvestres flores se erguian sobre su flecsible tallo, pintando los campos con colores vivaces; un perfume suavísimo, delicado, imperceptible como la confusa reminiscencia del primer ósculo de amor, vagaba envuelto entre las brisas embriagadoras.

Los últimos rayos solares refractándose en la atmósfera, envolvian la tierra con el poético manto crepuscular; la moribunda luz del dia confundiéndose con las místicas sombras de la noche le abrian el paso á la celeste viajera.

La luna brillaba ya entre tremulantes estrellas, como casta matrona de plateados cabellos, entre púdicas don-

cellas de rubia faz, cuando llegábamos al borde de una lagunita, en cuyo espejo cristalino innumerables aves acuáticas piaban en coro.

Hicimos alto, mandé mudar caballos, y sediento de reposo me tendí sobre las blandas pajas, haciendo de mis brazos cruzados cómoda almohada.

Qué dulce es la vida, lejos del ruido y de los artificios de la civilizacion!

Ay! una hora de libertad por los campos es un placer salvaje que yo trocaria mañana mismo por un dia entero de esta ecsistencia vertijinosa.

Mientras ensillaban pensé en los sucesos del dia, y, francamente, los indios me trajeron á la memoria lo que pasa en los parlamentos de los cristianos.

Mariano Rosas y Baigorrita, como dos jefes de partido tenian el terreno preparado, la votacion segura; pero uno y otro antes de imponer su voluntad habian lisonjeado las preocupaciones populares.

No es esto lo que vemos todos los dias?

La paz y la guerra,—no se resuelven así?

El pueblo no tolera todo,—hasta que se juegue su destino,—con tal que se le deje gritar un poco?

No hace presidentes, gobernadores, diputados, en nombre de ciertas ideas, de ciertas tendencias, de ciertas aspiraciones, y las camarillas, no hacen despues lo que quieren y las muchedumbres no callan?

No pretende que lo gobierne la justicia y no lo gobierna eternamente esa inícua inmoralidad,—que los políticos sin conciencia llaman la *razon de estado?*

Pasa otra cosa en el mundo civilizado?

Mariano Rosas, despues de haber resuelto la paz, acusándome en público de las matanzas de Lopez y de Rozas; Baigorrita dominado por la misma idea, silencioso, irresoluto en presencia de la multitud,—no hacian el mismo papel de Napoleon III proclamando: *el imperio es la paz*, al mismo tiempo que se armaba hasta los dientes?

No mentian?

No hacian lo mismo que los que en nombre de la Constitucion y de las leyes, de la civilizacion y de la humanidad arman al pueblo contra el pueblo?

No mentian?

No hacian lo mismo que los que despues de haber sostenido, que el pueblo tiene el derecho de equivocarse se han revelado contra él, porque tuvo la enerjía de inmolar uno de sus tiranos?

No mentian?

Mariano Rosas y Baigorrita, declarando en una junta, despues de haber firmado un tratado de paz, que harian lo que la mayoría resolviese,—no imitaban á los que mas de una vez han declarado en nuestros Congresos lo contrario de lo que habian convenido con el estranjero.

Cuánto he aprendido en esta correría!

Si me hubieran dicho que los indios me iban á enseñar á conocer la humanidad, una carcajada homérica habria sido mi contestacion.

Como Goullibert,—en su viaje á Liliput,—yo he visto al mundo tal cual es en mi viaje á los ranqueles.

Somos unos pobres diablos.

Los enanos nos dan la medida de los jigantes y los bárbaros la medida de la civilizacion.

Resta saber si seríamos mas felices, poniendo en la silla curul de nuestros magnates, pigmeos, y cambiando el coturno francés, por la bota de potro.

Los héroes prueban tan mal y la moda es tan tiránica en sus imposiciones que vale la pena de meditar sobre las ventajas y las consecuencias de una revolucion social.

De todos modos, nuestros ídolos de ayer, no resisten á la crítica, — son como los ranqueles, — capaces de engañar al mas pintado.

Por esos trigales de Dios iban mis reflecsiones, en el instante en que Calisto Oyarzabal, acercándoseme, me dijo:

—Ya está el caballo, señor.

Me levanté, — á caballo, grité — y diciendo y haciendo monté y tomé al galope la gran rastrillada de Leubucó, entrando luego en el monte.

El cielo se encapotaba; caimos á un descampado pantanoso, unas lucesitas fugaces, macilentas, aparecian y desaparecian; creia llegar á ellas, y se alejaban de mí como rápidas mariposas. Eran las emanaciones de la tierra; cruzábamos un cementerio de indios y estábamos á las puertas de la toldería de Mariano Rosas.

Llegamos.

Me esperaban con la comida pronta y con música. Comí, soporté al megro del acordion una vez mas, y viendo

que mi presunto compadre Mariano estaba muy bien templado, le pedí la libertad, del Dr. Macias.

Me contestó que sí.

Veremos despues lo que vale el *sí* de un indio.

Me despedí, salí del toldo, me senté al lado del fogon de los asistentes y aunque no tenia sueño me quedé dormido.

Unos ladridos de perro me despertaron.

En el todo de Mariano Rosas se oian gritos de mujer.

Me acerqué ocultándome.

El cacique habia castigado una de sus mujeres, queria castigar otra y el hijo se oponía, amenazando al padre con un puñal si tocaba á la madre.

Era una escena horrible y tocante á la vez.

Habian bebido, el toldo era un caos, las mujeres y los perros se habian refujiado en un rincon, los indiecitos y las chinitas desnudas lloraban, y un fogon espirante era toda la luz.

Mariano Rosas rujia de cólera.

Pero retrocedia ante la actitud del hijo protector de la madre.

Segun se dijo, al dia siguiente, era muy capaz de haber muerto al padre, si no se hubiera contenido,—para que se vea que, hasta entre los bárbaros, el sér querido que nos ha llevado en sus entrañas, que nos ha amamantado en su seno y nos ha mecido en su regazo es un objeto de culto sagrado.

Me acosté con la intencion y la esperanza de dormir.

Pero estaba de Dios que en Leubucó las noches habian de ser toledanas para mí.

Cuando conciliaba el sueño, una serenata de acordion con negro y todo, presidida por los cuatro hijos de Mariano Rosas, *achumados* á cual mas, me despertó.

Fué en vano resistir.

Hubo cohetes y aguardiente como para que los *yapai* duráran un buen rato.

Yo, en lugar de beber hacia el ademan y derramaba el nauseabundo líquido por donde caia.

Al fin se *remató* la impertinente chusma y me escurrí, pasando el resto de la noche sin novedad.

LVI

La paz estaba definitivamente hecha—El Doctor Macias—Gotas maravillosas—Padre é hijo indios—Lo pido á Macias—Visita á Epumer.

Las paces estaban definitivamente hechas.

El sufrajio popular les habia puesto su sello soberano en la junta.

Las sospechas habian desaparecido.

Yo era mirado ya como un indio.

Numerosas visitas llegaban á saludarme.

El viento de Leubucó me era favorable.

Los intrigantes, corridos y avergonzados, solicitaban mi perdon con estudiadas sonrisas y amabilidades.

Finjí que no me habia apercibido de sus manejos, estaba en tierra diplomática, y reservé el castigo para la oportunidad debida.

El Doctor Macias me preocupaba.

Su espíritu abatido por las humillaciones y padecimientos que habia sufrido durante dos años, nada esperaba de los hombres.

Como el náufrago que despues de haber luchado brazo á brazo con la muerte, viendo venir la onda irritada que va á tragarle y sumerjirle en las frias y tenebrosas cavernas del océano, hace un esfuerzo supremo y coje una tabla de salvacion, que otros le arrebatan desesperados, en el instante mismo en que la barca del arrojado pescador viene en su ayuda, — así es la vida.

Las penas secan los ojos, las ingratitudes hielan el corazon; los desengaños matan las últimas ilusiones; parecemos mómias ambulantes, descendiendo marcialmente sin consuelo por los oscuros escalones de la eternidad, y, sin embargo, algo nos estremece y nos conforta aun á la manera de un sacudimiento galvánico, inefable, — es la esperanza en Dios.

Ay! de aquel que despues de haber perdido la fé en todo, no conserva en su esqueleto un santuario siquiera para refujiar en él esa fé pura.

Macias, no creia que yo me atreviera á ecsijir su libertad; aunque no me lo decia lo comprendia. Abatido por el infortunio me confundia con los aduladores del cacique.

Su actitud era digna; aprovechaba toda ocasion de manifestar que su ecsistencia se hacia cada dia mas insoportable, pero no suplicaba.

El desgraciado tenia impresas en su frente las huellas de un dolor punzante, reconcentrado; celaje de amargura; sus grandes ojos negros rasgados, vagaban inquietos, fijábanse á veces en tierra, y al recordar sin duda, la

dulce libertad perdida, brillaban cristalizados por comprimido lloro.

Macias tiene cuarenta años; es hijo de una respetable familia de Buenos Aires y está enlazado á una jóven de orijen inglés.

Su padre es un español conocido en este comercio.

Imajinaos un árabe con gran nariz aguileña, de barba y cabello cano y tendreis su retrato.

Sus primeros estudios los hizo en la escuela del señor don Juan A. de la Peña, donde yo le conocí.

Despues cursó las aulas universitarias, preparándose para entrar en la escuela de medicina, de la que salió doctor.

Su vida ha tenido grandes alternativas; ha sido médico, leñatero, en las islas del Paraná é industrial en el Chaco, entre cuyos indios pasó algunos años voluntariamente. Hay algo de poético, de novelesco y misterioso en esta ecsistencia, mas yo no debo descorrer el velo si no hasta aquí.

Por muchísimos años, Macias y yo nos perdímos de vista; desde la última vez que nos vimos en la escuela de primeras letras, no nos habíamos vuelto á encontrar hasta el dia de mi arribo á Leubucó.

Macias, habia tenido el desgraciado talento de ponerse mal en Tierra-Adentro con casi todos los que habian podido ayudarle á pasar los menos malos ratos posibles.

Tiene un carácter estraño, — indómito y dócil, — firme y versátil á la vez. Es capaz de acometer una empresa arriesgada y no tiene valor personal.

Estas dos últimas faces de su carácter esplican su presencia entre los indios, sin ser cautivo y su falta de prestijio entre ellos.

Macias estaba en el Rio 4° por el año de 1867.

El coronel Elia, jefe de la frontera de Córdoba, habia iniciado una negociacion de paz con los indios.

Se ofreció y partió con las credenciales correspondientes.

Pero sea que el coronel Elia no estaba autorizado para negociar un tratado de paz, sea lo que se fuera, — el hecho es que el plenipotenciario fué abandonado á sus propios recursos y á su suerte.

Por falta de tacto, ó por falta de suerte, fatalidad que suele oscurecer las dotes mas relevantes del hombre, burlar sus planes y desvanecer sus ilusiones unas tras otras, lo mismo que los vendabales deshojan los árboles mas frondosos, — Macias se convirtió de plenipotenciario en prisionero.

Escribió y escribió — sus cartas no fueron contestadas. Hasta el soldado que en calidad de asistente le acompañaba le abandonó.

Solo, sin sirviente, ni medios de subsistencia, *maturrango*, de qué habia de vivir, ni cómo habia de escaparse?

Tuvo que aceptar el pan de los indios y de los cristianos refujiados entre ellos por causas politicas.

Por debilidad, por falsos cálculos, por conveniencia,— que se yo por qué, se vinculó á los últimos y riñó con ellos despues.

No le quedaba mas arbitrio que apelar á los indios,—se hizo amigo de Mariano Rosas.

Mejoró de condicion y de prisionero se elevó á la categoría de *secretario*.

Las primeras notas que yo recibí en el Rio 4º de aquel cacique, eran escritas por mi antiguo condiscípulo.

A la distancia le juzgué mal.

Corrian tantas historias sobre los motivos que lo llevaron á los indios,—que era muy difícil sustraerse á la influencia de las sospechas populares.

Quién resiste á los juicios de los conocidos sobre los desconocidos?

Cuál es la cabeza bastante fuerte para despreciarlos, —para esperar?

El criterio que tenemos de la jeneralidad de las personas es acaso el resultado de nuestra observacion directa?

No amamos, no aborrecemos, no simpatizamos, no *antipatizamos* por refraccion?

Una secretaría hace celosos en cualquier parte,—lo mismo en Paris que en Berlin, en Buenos Aires que en Leubucó.

Macias despertó la emulacion de los cristianos.

Temieron su ascendiente.

Comenzaron á intrigarle y lo consiguieron.

Yo, desde el Rio 4º contribuí sin intencion dañina á su caida.

Lo juzgaba mal ya he dicho porqué, y le escribí á Mariano Rosas, que el secretario que tenia no era bueno, que sus notas decian todo lo contrario de los recados que me llevaban sus mensajeros.

El hecho era cierto.

Lo que faltaba averiguar era si,—Macias ponia lo que le mandaban ó nó; si las contradicciones entre lo que me escribian y me decian,—no eran gramática parda, diplomacia ranquelina.

El tiempo, iniciándome en las cosas de Leubucó me aclaró el misterio de todo.

Macias cumplia al pié de la letra las órdenes que recibia,—sus notas le eran leidas á Mariano Rosas por otros cristianos antes de salir de la Cancillería de Tierra Adentro.

Macias cayó pues de la gracia y del favor.

Los que viéndole de Secretario le consideraban le abandonaron, y los que ni por eso le habian considerado redoblaron sus hostilidades.

Tuvo que pasar por todo linaje de humillaciones,—quedando agregado como uno de tantos al toldo del cacique.

Dormia donde le tomaba la noche; comia donde le daban la limosna de una *tumba* de carne; sus vestiduras eran pobrísimas.

Desgraciado Macias!

Cuando yo le ví su traje consistia en una camisa sucia y rota, en un calzoncillo de algodon ordinario y en un chiripá de paño viejo colorado; un resto de sombrero cu-

bria su frente y unas botas llenas de agujeros era todo su calzado. Sus piés estaban destrozados, sus manos encallecidas.

En una bolsa de cuero de gato tenia todo su caudal,—hilo, botones, piedritas, agujas, azúcar, yerbas medicinales, tabaco, yerba, papel, y, envuelto en un trapito un relicario de oro, de cuatro faces, con los retratos de sus padres y de sus dos hijos.

Desgraciado Macias!

Ah! imajinaos el efecto que me haria ver aquel hombre que habia nacido bien, que habia recibido educacion, gozado de la vida y frecuentado la buena sociedad, reducido á aquella condicion!

El mismo no lo comprendió!

Me veia alegre, festivo, contento, finjiendo que todo cuanto me rodeaba me parecia óptimo, y me creia insensible al infortunio.

Su corazon atrofiado por el dolor, creia que el mio estaba seco.

Desgraciado Macias!

Los indios hablaban mal de él,—le creian loco.

Los cristianos lo mismo; contaban cosas horribles del pobre.

Todos sus vicios se los atribuian á él.

En tal situacion escribió al Presidente de la República.

No le contestaron.

Cómo le habian de contestar?

Sus cartas habian sido interceptadas y detenidas.

Llamé al capitan Rivadavia y le mandé preguntar con él á Mariano Rosas,—si estaba visible.

Me contestó que fuera cuando quisiese, que estaba por almorzar.

Entré á su toldo.

Su cara revelava la ajitacion de la noche; estaba mas pálido que de costumbre.

Al verme entrar me dijo, sin cambiar de postura, estaba sentado al lado del fogon.

—Buenos dias, hermano, dispense que no me pare, estoy medio enfermo.

Me insinuó un asiento á su lado.

Sentándome le contesté:

—Esté cómodo, hermano, cómo ha pasado la noche?

—Mal, repuso, arrugando la frente como cuando un recuerdo mortificante nos asalta.

—Qué tiene?

—Me duele la cabeza.

—Quiere tomar un remedio muy bueno que yo traigo?

—Lo tomaré, si vd. lo conoce.

Salí y volví al punto con un frasquito de *gotas* maravillosas de la corona.

Era todo mi botiquin.

Abrí el frasquito, pedí un jarro de agua, lo derramé dejándole solo dos dedos y eché en él sesenta gotas.

Para que las bebiera sin aprension, le dije:

—Vea, proseguí,—y esto diciendo tomé un trago.

—Si no tengo recelo, hermano, me contestó, y tomándome el jarro bebió hasta la última gota que contenia.

—Un poco amargo no mas, dijo.

—Sí, repuse.

—Y ha descansado bien?

—Muy bien.

—Qué diablos de indios, eh!

—Hum! anduvo medio mal la cosa en la junta.

—Eh! no todos comprenden.

—Es cierto!

—Y su amigo,—el padre Burela por qué no le ayudó?

—No sé, estaba medio asustado, me parece.

Se sonrió, como diciendo, uno y medio, y acariciando á uno de sus hijos que se echó sobre sus rodillas, esclamó:

—Ese toro!

Era el hijo que habia defendido á la madre la noche antes.

—Tiene muy buena cara, le dije.

—Pero no es bueno, ya me ha querido matar, repuso, mirando al hijo con una mezcla de complacencia y admiracion.

El indiecito, entendia lo que su padre hablaba; pero no le prestaba atencion.

Se desperezó, bostezó, se levantó, habló en la lengua y salió *quebrándose* como lo hacen solo nuestros gauchos.

Mariano, le siguió con la vista hasta la puerta del toldo, y volvió á repetir:

—Toro, hermano!

—Cuántos años tiene?

—Debe tener..... me hizo la seña de doce con las manos.

—Es muy chico todavía.

—Pero es gaucho ya.

Trajeron el almuerzo; era lo de siempre: puchero con choclos y zapallo, carne asada,—de vaca y de yegua.

—Bueno, hermano, le dije, yo pienso irme pronto para mandarle cuanto antes las raciones.

—Cuando quiera, hermano, me contestó, yo no tengo ya sino un poquito que conversar con Vd.

—Pienso irme dentro de dos dias.

—Hablaremos mañana entonces.

—Está bien.

—Me lo voy á llevar á Macias.

No me contestó; en su cara leí una negativa.

—A Vd. no le sirve de nada aquí.

Siguió callado.

—Es un pobre diablo, le dije.

—Mire, hermano, me contestó; iba á proseguir,—unas visitas nos interrumpieron.

Saludaron y se sentaron.

Yo, seguí almorzando, acabé, me levanté y diciéndole á Mariano,—luego conversaremos,—salí del toldo, bastante contrariado.

En seguida me fuí á visitar al cacique Epumer.

Mariano Rosas me prestó su caballo.

En el toldo de Epumer me recibieron con toda galantería.

En un rincon, acurrucado como un tullido, estaba el espía de Calfucurá,—que tanta curiosidad me dió en Quenque.

Me vió entrar como á un perro.

Qué hacía allí?

LVII

Fama de Epumer.—Me esperaban en su toldo—Recepcion—Indias y cristianas—Pasteles y carbonada entre los indios—Amabilidades—Celo apostólico del Padre Márcos—Puchero de yegua—Insisto en sacar á Macias—Negativas—Un indio teólogo—Un espectro vivo.

El toldo de Epumer distaba un cuarto de legua del de Mariano Rosas.

No hay indio mas temido que Epumer; es valiente en la guerra, terrible en la paz cuando está *achumado*.

El aguardiente lo pone demente.

Sea adulacion, sea verdad,—todos dicen que no estando malo de la cabeza es muy bueno.

No tiene mas que una mujer,—cosa rara entre los indios, y la quiere mucho.

Vive bien y con lujo; todo el mundo llega á su casa y es bien recibido.

A mí me esperaban hacia rato.

El toldo acababa de ser barrido y regado; todo estaba en órden.

Epumer estaba sentado en un asiento alto, de cueros de carnero y mantas.

En frente habia otro mas elevado, que era el destinado para mí.

Las chinas aguardaban de pié, con la comida pronta para servirla á la primera indicacion.

Las cautivas atizaban el fuego.

Epumer se levantó, me estrechó la mano, me abrazó, me dijo, que aquella era mi casa, me hizo sentar y despues que me senté, se sentó él.

Los demás circunstantes, que eran todos *chusma* agregada al toldo, no se sentaron hasta que Epumer se los insinuó.

La conversacion roló sobre las costumbres de los indios pidiéndome disculpas de no poder obsequiarme, en razon de su pobreza, como yo lo merecia.

Un cristiano bien educado, modesto y obsequioso, no habria hecho mejor el agasajo.

Epumer me presentó su mujer,—que se llamaba Quintuiner, sus hijas, que eran dos, y hasta las cautivas, cuyo aire de contento y de salud llamó grandemente mi atencion.

—Cómo les vá, hijas? les pregunté á estas.

—Muy bien, señor, me contestaron.

—No tienen ganas de salir?

No contestaron y se ruborizaron.

Epumer me dijo:

—Si tienen hijos y no les falta hombre.

Las cautivas añadieron:

—Nos quieren mucho.

—Me alegro, repuse.

Una de ellas esclamó:

—Ojalá todas pudieran decir lo mismo, *gueselencia*.

Era una cordobesa.

Epumer les indicó á su mujer y á sus hijas que se sentáran, y mandó que sirvieran la comida.

Obedecieron.

Estaban vestidas con lo mas nuevo y rico que tenian.

El *pilquen*, era de paño encarnado bastante fino; los collares y cinturones, las pulseras de piés y manos, de cuentas, los grandes aros en forma triangular y el alfiler de pecho redondo, de plata maciza labrada.

La manta era, contra la costumbre, de pañuelo escocés de lana.

Se habian pintado los labios y las uñas de las manos con carmin; se habian puesto muchos lunarcitos negros en las mejillas y sombreado los párpados inferiores y las pestañas.

Estaban muy bonitas.

La mujer de Epumer, sobre todo, me recordaba cierta dama elegantísima de Buenos Aires, que no quiero nombrar.

Pues no faltaria mas; compararla á ella tan simpática y prestijiosa, por la gracia y la belleza, por su carácter dulce, su talle flecsible como el mimbre, su voz de soprano, que tambien interpreta los acentos delicados de Campanna, con una china!

Trajeron la comida, platos de loza, cubiertos, vasos y mantel.

Empezamos por pasteles á la criolla. Una cautiva los habia hecho. Aunque acababa de almorzar con Mariano, comí dos. Luego trajeron carbonada con zapallos y choclos. Epumer me dijo:—que me habian buscado el gusto, que le habian preguntado á mi asistente lo que me gustaba. No pude rehusar y comí un plato. Estaba inmejorable; la carne era gorda, la grasa finísima.

En seguida vino el asado,—de cordero y de vaca, despues puchero. El pan, eran tortas al rescoldo. El postre fueron miel de avispa, queso y maiz frito pisado con algarroba.

Con la carbonada quedé repleto como un lego; rehusé de lo demás. Fué en vano. Me instaron y me instaron. Tuve que comer de todo.

Pobres jentes! A cada rato me decian: si no está bueno, dispense. Aquella lo ha hecho,—y señalaban á tal ó cual cautiva,—y esta me miraba, como diciendo,—por vd. nos hemos esmerado.

Qué escena aquella! En medio del desierto, en la Pampa, entre los bárbaros,—un remedo de civilizacion es cosa que hace una impresion indescriptible.

El espía de Calcufurá,—como un buho, observaba con inquieta mirada cuanto pasaba.

—Quién es ese? le pregunté á Epumer.

—No le conozco, me contestó.

—Pues yo sí.

—Llegó hace un rato, — tenia hambre y le hemos dado de comer.

—Y no le conocen ustedes?

—No!

—Es un pillo mentiroso.

—Y aquí, qué mal nos puede hacer un pobre!

La contestacion me avergonzó. El perro de Quenque estaba con el cuarteron. Me acordé de que aquel hombre tenia corazon; que era quizá mas desgraciado que yo, y cambié de conversacion.

El espía, me oyó hablar de él y no hizo mas que lanzarme una mirada estraña y replegarse mas y mas sobre sí mismo.

Saqué mi libro de memorias, les pregunté á Epumer y su familia qué querian que les mandára del Rio 4° y tomé nota de sus encargos.

Bien poca cosa me pidieron; tela para pliquenes, hilo y agujas.

Epumer me dijo: que queria un chaleco de seda....

—Colorado? le interrumpí.

—No, me contestó; negro.

Me levanté, me despedí, me acompañaron, violando los usos de la tierra, hasta el palenque, — monté á caballo y partí.

A cierta distancia dí vuelta.

Me seguian con la vista.

Saludé con la mano, —me contestaron con el pañuelo.

Llegué al toldo de Mariano Rosas.

Estaba sentado en la enramada, solo. Las visitas se habian retirado.

Eché pié á tierra, até su caballo en el palenque, le dí las gracias, pasando de largo y me metí en mi rancho.

Los franciscanos disfrutaban en santa paz las delicias de la siesta.

El ruido que hice al entrar los despertó.

Les conté mi visita al toldo de Epumer, discurrimos un rato sobre la franca y cordial hospitalidad que me habia dispensado, despues de las escenas tumultuarias de los primeros dias, y, por último, les comuniqué que habia resuelto partir á los dos dias.

El Padre Márcos, me manifestó el deseo de quedarse, á ver si arreglabla lo concerniente á la fundacion de la capilla de que hablaba el Tratado de Paz. No pareciéndome prudente su resolucion, me opuse amistosamente á ella. Le hice algunas reflecsiones con tal motivo, y el Padre Moisés, deduciendo de ellas, que mi negativa provenia de que no queria que su compañero se quedára solo, —me observó que él le acompañaria, permaneciendo á su lado. Le tranquilicé viendo su jenerosa oferta; amplié las razones de mi negativa, y, finalmente, les dije, —que pensáran en hacer al dia siguiente algunos bautismos.

Al efecto le indiqué al Padre Márcos, fuera á hablar

con Mariano Rosas, solicitando como cosa suya el permiso competente.

Mandó ver con su asistente si estaba en disposicion de recibirle y contestó que sí.

Salió el Padre y entró en el toldo del Cacique, que acababa de recibir visitas.

Detrás de él me fuí yo.

Mariano Rosas le habia sentado á su lado; le habia concedido el permiso solicitado y le habia rogado le bautizára su hija mayor, de la que yo seria padrino.

Trajeron de comer.

Era un puchero de carne de yegua.

—Padre,—le dijo Mariano al buen franciscano,—para probarle que soy buen cristiano, y el gusto con que veo aquí unos hombres como ustedes, comamos en el mismo plato.

Y esto diciendo puso entre él y el Padre uno que le daban en ese momento.

—Con mucho gusto, le contestó aquel.

Y sin mas preámbulo, empuñó el tenedor y el cuchillo y sin repugnancia alguna, comenzó á engullir la carne de yegua, como si hubiera sido bocado de cadernal.

Yo rehusé comer, esplicando el por qué, no lo atribuyeran á desaire.

En la tierra, la costumbre es comer al cabo del dia, tantas veces, cuantas hay ocasion.

Algunas de las visitas eran conocidos. Entablé conversacion con ellos. El Padre Márcos por su parte, le hizo

á Mariano Rosas una larga esplicacion de lo que significaba el bautismo, quien varias veces contestó, — ya sé. Le ecsijió que á la hijita que iban á bautizar la educára como cristiana, lo que le fué prometido; dejó de comer puchero, cuando el plato dijo, no hay mas, y en seguida, se despidió y salió.

Yo me quedé en mi puesto, busqué una postura cómoda, la hallé acostado, dejó que Mariano Rosas hablára con sus visitas y me dormí.

Cuando me desperté el toldo estaba solo.

Salí de él; Mariano habia vuelto á la enramada, me senté á su lado y le dije:

—Hermano, y, me lo llevo ó nó á Macias?

—Entremos, me contestó, levantándose y dirijiéndose al toldo.

Le seguí y entramos cediéndome él el paso en la puerta.

Nos sentamos.

Tomó la palabra y habló así:

—Hermano, el *dotor* es mejor que se quede.

—Vd. me lo habia cedido ya, le contesté.

—Es cierto; pero es mejor que se quede.

—Y el Tratado de Paz, hermano? Vd. olvida que Macias no es cautivo, que si me ecsije que lo saque yo lo debo reclamar y que vd. no me lo puede negar?

—Yo no se lo niego, hermano, le digo que se lo daré despues.

—Y que dirán en el Rio 4° los cristianos lo que sepan que vuelvo sin Macias? Dirán que no me he atrevido á reclamarlo, se quejarán y con razon. Vd. me compromete, hermano.

Macias entró en ese momento, con el intento de cruzar por el toldo.

Mariano Rosas le miró airado y con voz irritada le dijo *testualmente:*

—Donde conversa la jente no se entra. Salga.

Macias retrocedió humillado,—murmurando:

—Creia.....

—Salga, dotor! le repitió con énfasis, y el desdichado salió.

Comprendí que alguien habia influido en el ánimo del indio y me pareció de buena táctica no insistir mucho.

Hice, empero, una insinuacion final diciéndole con espresion:

—Y, hermano?

Fijó sus ojos en los mios y me dijo *testualmente:*

—Hermano, el corazon de ese hombre es mio!

Qué misterio hay aquí, dije para mis adentros, y como no le contestára y siguiera mirándole, añadió *testualmente:*

—La conciencia de ese hombre es mia.

Una mezcla de asombro y de temor por la vida de Macias me selló los labios.

Se levantó el indio, tomó de sobre su cama el cajon

del archivo, lo abrió, revolvió sus bolsitas, halló lo que queria, sacó de ella unos papeles y dándomelos, me dijo:

—Lea, hermano!

Tomé los papeles, que eran manuscritos, abrí uno de ellos, reconocí la letra de Macias y leí.

Era una larga carta dirijida al Presidente de la República.

Macias le relataba como se hallaba entre los indios; pintaba con colores bastante animados su vida; daba una noticia de lo que eran los cristianos en Tierra Adentro; los comparaba con los indios, quedando aquellos en peor punto de vista; y por último invocaba la proteccion del Gobierno para revindicar su libertad perdida.

La carta estaba mal redactada, Macias no escribe bien; pero tenia la elocuencia del dolor.

Mientras yo leía, Mariano Rosas se limpiaba las uñas con el puñal.

Acabé de leer la carta y le miré,—no me vió.

Leí otro de los papeles, era otra carta, muy parecida á la anterior dirijida al Gobernador de Mendoza.

Los otros papeles eran apuntes sin importancia,—eran de un corazon lacerado por el infortunio.

Terminada la lectura de todo el mamotreto, esclamé:

—Ya he concluido!

—Y, ha visto?

—Sí.

—Qué le parece?

—No hallo nada contra Vd.

—Nada?

Y esto diciendo me miró, como preguntándome:—me engaña Vd?

—Nada! nada! repetí.

—Hermano! me dijo con intencion.

—Nada, hermano, le doy mi palabra.

Y como no me contestára y no me quitára los ojos y le conociera que queria sondar mis pensamientos,—agregué:

—Hermano, si alguien le ha dicho que estas cartas hablan mal de vd. lo ha engañado.

—Léamelas, hermano.

—¿Quiere mas bien que venga el Padre y se las lea él?

—No, léamelas vd., hermano.

Se las leí—la lectura duraria un cuarto de hora.

Mientras leia le miré varias veces; tenia los ojos clavados en el suelo y la frente plegada.

Cuando acabé de leer, dije:

—¿Y qué dice ahora?

—Que ese hombre es un desagradecido. (Testual).

—Por qué, hermano?

—Porque habla mal de los cristianos que le han dado de comer. (Testual).

Hice una composicion de lugar con la rapidez del relámpago y dije:

—Tiene Vd. razon, hermano,—que se quede entonces.

—Sí, me contestó, dos años mas.

—El tiempo que Vd. quiera.

Tomó los papeles, los puso en órden, los colocó en su bolsita, cerró el cajon y me dijo:

—Mañana bautizaremos á su ahijada.

—Está bien, le contesté y salí—dándole las buenas tardes.

Macias estaba á la puerta del rancho.

Parecia un espectro.

Nada habia oido. Pero su corazon sabia lo que habia pasado.

El corazon de los que sufren suele ser profético,—anticipándose al dolor lo prolonga.

Le miré sonriéndome por tranquilizarle, y ecshalando un hondo suspiro, me dijo al pasar:

—Ya sé que te ha ido mal.

—Nunca es tarde, hombre, cuando la dicha es buena, —le contesté.

Meneó la cabeza como diciendo,—no me habia engañado; y para acabar de tranquilizarle, agregué:

Todavía no le he hablado.

LVIII

Intrigas contra Macias—Envidia de los cristianos—Preparativos para el bautismo—Animacion de Leubucó—Aspavientos de las madres—Sentimiento que las dominaba—El mal de este mundo en materia de relijion—Mi ahijada, la hija de Mariano Rosas—De gala, con botas de potro, de cuero de gato, y vestido de brocato—Invencible curiosidad—No puedo esplicar lo que sentí—Una cristalizacion en el cérebro—Regalos recíprocos—Pobre humanidad.

Macias me inspiraba tanta lástima, que toda la noche soñé con él.

Redimirlo del cautiverio, era para mí no solo una obra de caridad, sino el cumplimiento de un deber.

La paz estaba solemnemente hecha y Mariano Rosas obligado por un tratado, á dejar en completa tranquilidad á todos los que, habiéndose refugiado en tierra adentro quisieran volver á sus hogares.

En cuanto amaneció llamé al Capitan Rivadavia para tener una consulta con él.

Era el único hombre que me inspiraba completa confianza. Habia vivido mas tiempo que yo entre los indios, haciéndose respetar de ellos y de los cristianos, que no es poco decir, y Mariano Rosas le tenia gran aficion.

Conocia las costumbres de los unos, las mañas de los otros, todos los titeres, en fin, de aquel mundo, donde el estudio del corazon humano es tan difícil, como en cualquier otra parte.

Si él no salvaba mis dudas, —quién las habia de salvar!

Le referí todo lo que habia sucedido, cambiamos nuestras ideas y resultó que Macias era víctima de alguna nueva intriga.

Mariano Rosas, les habia sin duda alguna, comunicado sus conferencias conmigo á sus confidentes y estos le habian disuadido de su resolucion de cedérmelo.

Habia en esto,—represalias por parte de los que se creian ofendidos con los informes consignados en la correspondencia interceptada, egoismo ó envidia.

Los cristianos refujiados entre los indios por causas políticas,—finjian todos la mayor conformidad. Otra cosa tenian en el fondo de su alma. La salida de Macias á quien tanto habian mortificado y ultrajado, haciéndole pagar caro el pedazo de carne que le daban, los contrariaba.

El se iba y ellos se quedaban. Ellos, que gozaban del favor del cacique no podian volver al seno de su familia, y Macias, el loco Macias, de quien tantas veces se habian mofado, de quien todavía delante de mí se reian, estaba á punto de romper las cadenas de su cautividad!

Ellos eran libres y se quedaban, Macias no lo era y se marchaba.

En verdad, solo nobles corazones podian regocijarse de que un desgraciado sacudiera el ominoso yugo.

Los galeotes reciben con júbilo al nuevo condenado y

maltratan en vísperas de su salida al que ha cumplido la terrible condena.

Mal de muchos consuelo de tontos, dice el refran. Mal de muchos consuelo de ingratos, debiera decir.

Era preciso aprovechar el dia.

Teníamos que bautizar una porcion de criaturas, hijas de cristianos refujiados, de cautivas y de indios.

Les recordé á los buenos franciscanos que no teníamos tiempo que perder; mandamos mensajeros en todas direcciones y se preparó el altar, en el mismo rancho en que se habia celebrado la misa dias antes.

Poco á poco fueron llegando hombres y mujeres cristianos con sus hijos, indios é indias con los suyos.

El toldo de Mariano Rosas era un jubileo.

Reinaba verdadera animacion; todo el mundo se habia vestido de gala. Yo estaba encantado viendo aquellos infelices honrar instintivamente á Dios. Los frailes contentos como si se tratára de unos óleos réjios.

Cualquiera que hubiese llegado á aquellas comarcas ese dia, — sin estar en antecedentes, — se habria creido trasportado á una tribu indíjena, convertida al cristianismo.

Cuando todo estuvo pronto, se le mandó prevenir á Mariano Rosas, pidiéndole permiso para empezar, é invitándolo á presenciar la ceremonia.

Contestó que podíamos dar comienzo cuando gustáramos y que no le era posible acompañarnos; porque en ese momento acababan de entrarle visitas.

El rancho que hacia de capilla, era estrecho para con-

tener la concurrencia. Con cada criatura venian los padres, sus parientes, sus amigos, los padrinos y madrinas.

Los chiquillos estaban azorados. Todos ellos, lo mismo los grandes que los chicos, lloraban. El altar, los sacerdotes revestidos, las caras estrañas, el aire de solemnidad de los circunstantes, el empeño inusitado en que estuvieran con juicio ó callados, todo, todo les impresionaba. Las madres se volvian puros aspavientos. Esta decia: Jesus, qué criatura! Aquella: Ay! qué chiquilla! La una: Qué vergüenza! La otra: Cállate, por Dios! Acariciaban, reprendian, amonestaban, amenazaban, recurrian en fin, á todos los ardides maternales, para imponer silencio.

Imposible! el destemplado coro seguia.

Yo observaba aquella escena *sui generis*, y al través de la parodia veia la tendencia humana hácia las cosas graves y solemnes.

Esas pobres mujeres, andrajosas las unas, bastante bien vestidas las otras, cristianas unas, chinas otras; hacian allí, al pié del improvisado altar, lo mismo que habrian hecho bajo las naves monumentales de una catedral.

Qué sentimiento las dominaba,—cuando llorosas ó radiantes de júbilo esclamaban, como varias veces lo escuché, viéndolas abrazar con efusion el fruto de sus entrañas: al fin vas á ser cristiana, hija mia, hijo mio!

Sí, qué sentimiento las dominaba?

Ah! un sentimiento innato al corazon humano.

Un sentimiento que Voltaire mismo ha esplicado en una frase célebre:

«*Si Dieu n' existait pas, il faudrait l'inventer.*»

Si Dios no ecsistiese seria menester inventarlo.

Aquellas jentes, alejadas de la civilizacion quién sabe desde cuando, desgraciadas ó pervertidas, resignadas á su suerte ó desesperadas, ignorantes, vulgares; aquellas mujeres cristianas en el nombre; aquellas chinas, aquellos indios,—sosteniendo en sus brazos sus hijos con recojimiento y devocion, comprendian por un instinto especialmente humano, que entre este mundo y el otro, entre esta vida y la otra,—necesitamos un vínculo, y que ese vínculo es Dios, cualquiera que sea la forma en que le adoremos.

El mal de este mundo no consiste en profesar una mala relijion, sino en no profesar ninguna.

Ah! y si la relijion que se profesa es consoladora por su moral, si como una fuente inagotable de poesía, ella nos ofrece un refujio en las tribulaciones y una tabla de salvacion en las últimas congojas de la vida,—qué bien inmenso no es creer, adorar y confiar en Dios!

Con razon aquellas jentes estaban de fiesta y consideraban dichosos á sus hijos de que recibieran el bautismo.

Cualquier ceremonia que hubiese sido como la consagracion de un culto, habria sido lo mismo.

Bautizar treinta ó mas criaturas una despues de otra, era obra de todo el dia. El ritual permitia, lo que yo ignoraba,—administrar el sacramento en masa.

Respiré.

Mi ahijada no comparecia.

Mandé decir á mi compadre que la esperábamos, y un instante despues la pusieron en mis brazos.

Era una chiquilla como de ocho años, hija de cristiana, trigueñita, ñatita, de grandes y negros ojos, simpática aunque un tanto uraña. Lloró como una Magdalena un largo rato, haciendo llorar á otras criaturas, cuyas lágrimas se habian aplacado y obligándonos á diferir el momento de empezar.

Calmóse por fin y la sagrada ceremonia empezó. Resonaban los latines y los *Padre Nuestros*, mi ahijada permanecia en mis brazos, ora inquieta, ora tranquila. Me miraba, huia de mí sus hojos, se sonreia, hacia fuerzas, cedia,—á mí me dominaba solo una idea.

La chiquilla habia sido vestida con su mejor ropa, con la mas lujosa,—era un vestido de brocato encarnado bien cortado, con adornos de oro y encajes, que parecian bastante finos. A falta de zapatos, le habian puesto unas botitas de potro, de cuero de gato. La civilizacion y la barbárie se estaban dando la mano.

¿Qué vestido era ese?—de dónde venia?—quién lo habia hecho?—era todo mi pensamiento.

Queria atender á lo que el sacerdote hacia y decia. En vano!

El vestido y las botas me absorbian. Ecsaminaba el primero con minucioso cuidado. Estaba perfectamente bien hecho y cortado.

Las mangas eran á la Maria Estuardo. Aquello no era obra de modista de Tierra-Adentro. Tampoco podia ser regalo de cristianos, ni tomado en el saqueo de una tropa de carretas, estancia, dilijencia ó villa fronteriza. Entre nosotros ninguna niña se viste así.

Mi curiosidad era solo comparable á la incongruencia del traje y de las botas de potro.

Era una curiosidad rara.

A veces me venia como un rayo de luz y me decia,—ya caigo, ese vestido viene de tal parte. No, no podia ser eso, era una estravagancia.

Cuando me tocaba contestar *amen*, otro tenia que hacerlo por mí. Distraido, no veia sino el vestido, no pensaba sino en el contraste que formaban con él las botas.

A mi lado estaba un cristiano, agregado al toldo de Mariano Rosas, cuya cara de forajido daba miedo.

Era uno de esos tipos repelentes, cuya simple vista estremece. Jamás me habia dirijido la palabra, ni yo se la habia dirijido á él.

La curiosidad pudo mas que la repugnancia que me inspiraba y le pregunté con disimulo:

—De dónde ha sacado mi compadre este vestido?

—Oh! me dijo, con voz bronca y tonada cordobesa, ese es el vestido de la Vírgen de la Villa de la Paz.

—De la Vírgen, le pregunté, haciéndome la ilusion de que habia oido mal, aunque el hombre pronunció la frase netamente.

—Sí, pues, repuso, cuando la invasion que hicimos lo trajimos y se lo dimos al Jeneral.

Y esto diciendo, sostuvo á mi ahijada que casi se me escapó de los brazos.

Con unas pobres palabras humanas, yo no puedo espresar el efecto estraño que hizo en mis nervios, la voz, el aire y la tonada de aquella revelacion.

No sentí, lo que se siente en presencia de una profanacion; no esperimenté lo que se esperimenta ante un sacrilejio; no me conmoví como cuando un sortilejio nos llena de estúpida supersticion. Sentí y esperimenté una impresion fenomenal, me conmoví de una manera diabólica, como en la infancia me imajinaba que se estremecia el diablo cuando le echaban agua bendita.

Mi ahijada Maria, la hija de Mariano Rosas, está ligada á los recuerdos de mi vida, por una impresion tan singular, que su vestido y sus botas me hacen todavía el efecto de un *cauchemar*.

Yo no puedo ya ver una Vírjen sin que esos atavíos sarcásticos se presenten á mi imajinacion. Tengo el retrato de mi ahijada como cristalizado en el cérebro y el vozarron del bandido que me sacó de dudas me zumba al oido todavía. Hay ecos inolvidables. Son como el rujido del mar cuando, silbando el viento, azota encrespado la pedregosa orilla. Se le oye una vez en la vida y no se le olvida jamás.

Terminados los bautismos, el padre Márcos dirijió á las madres de los recien cristianados un breve sermon, ecshortándolas á educar sus hijos en la ley de Jesucristo, único modo de que ganáran el cielo despues de la muerte.

Todos quedaron muy alegres y contentos y me agradecieron el favor que acababan de merecer, debido á mí.

—Ah! si no fuera por Vd., señor, qué habria sido de nosotras, me dijeron varias mujeres!

Yo fuí padrino de cuatro criaturas, inclusive la hija de Mariano Rosas. Poco tenia para obsequiar á mis ahijados

y ahijadas. Pero como cuando hay deseo y buena voluntad nunca falta algo con que manifestarlo, con todos ellos quedé bien.

Deshicimos el altar, guardamos los ornamentos y en seguida nos fuímos al toldo de Mariano Rosas.

Nos esperaba con el almuerzo pronto.

Estaba plácido como nunca.

—Ya somos compadres, hermano, me dijo: ahora Vd. dirá como nos hemos de tratar.

—Compadre, le contesté, como antes, no mas,—de hermanos.

—Es lo mismo,—le doy las gracias, repuso; y dirijiéndose á los frailes, añadió: muchos cristianos ahora aquí, eh?

—Es verdad, le contestaron,—Dios los ayude á todos!

Sirvieron el almuerzo, almorzamos y nos despedimos para retirarnos.

Yo antes de salir le dije á mi compadre:

—Esta tarde acabaremos de conversar.

—Cuando guste, me contestó.

Iba á salir del toldo; me llamó y sacándose el poncho pampa que tenia puesto, me dijo, dándomelo:

—Tome, hermano, úselo en mi nombre, es hecho por mi mujer principal.

Acepté el obsequio, que tenia una gran significacion y se lo devolví,—dándole yo mi poncho de goma.

Al recibirlo me dijo:

—Si alguna vez no hay paces, mis indios no lo han de matar, hermano, viéndole ese poncho.

—Hermano, le contesté, si algun dia no hay paces y nos encontramos por ahí, lo he de sacar á Vd. por esa prenda.

La gran significacion que el poncho de Mariano Rosas tenia, no era,—que pudiera servirme de escudo en un peligro, sino que el poncho tejido por la mujer principal, es entre los indios un gaje de amor,—es como el anillo nupcial entre los cristianos.

Cuando salí del toldo y me vieron con el poncho del cacique, una espresion de sorpresa se pintó en todas las fisonomías.

La jente de *palacio* se mostró mas atenta y solicita que nunca.

Pobre humanidad!

LVIX

Se acerca la hora de la partida—Desaliento de Macias— El negro del acordion y un envoltorio—Era un queso—Calisto Oyarzabal anuncia que hay baile—Bailes de los indios y de las chinas—En un detalle encuentro á los indios menos civilizados que nosotros.

Macias veia llegar la hora de mi partida y con suspiros y monosílabos me hacia comprender que iba perdiendo hasta la esperanza.

Me senté en el fogon y él se puso á mi lado.

Yo estaba de muy buen humor, —quizá porque al dia siguiente pensaba rumbear para la *querencia*. Somos así, versálites aun en medio de la felicidad. Todo es poco, nada nos sacia. Y tarde, muy tarde, recien comprendemos que en este mundo sublunar, los que lo han pasado mejor son los que contentos con el presente no se han apurado nunca por nadie ni por nada; los que estrechando el horizonte de sus miradas, limitando sus aspiraciones y sacudiendo la férula de las ecsijencias sociales,—han *subjetivado* la vida hasta el estremo de identificarse con su frac.

Ah! cuántos á quienes estériles combates consumie-

ron: cuántos que despiertos ó dormidos tuvieron visiones de amor, de ódio, de gloria, de orgullo, de riqueza, de envidia, de miedo, olvidando que *velar es soñar de pié* y que *el sueño no es mas que el noviciado de la muerte*,— cuántos de esos, decia, no habrian sido mas dichosos si al fin de la jornada hubiesen podido esclamar :

« Soi-moi fidêle ô pauvre habit que j'aime!
« Ensemble nous devenons vieux
« Depuis dix ans je te brosse moi-même,
« Et Socrate n'eût pas fait mieux.
« Quand le sort à ta mince étoffe
« Livrerait de nouveaux combats,
« Imite-moi: rèsiste en philosophe.
« Mon vieil ami, ne nous sèparons pas.» (1)

Yo reia, charlaba, jaraneaba con todos los que rodeaban el fogon, en el que un apetitoso asado se doraba al calor de abundante leña.

El triste prisionero,—taciturno, reconcentrado, sombrío, como la imájen de la desesperacion me echaba de vez en cuando miradas furtivas.

Queria decirme algo y no se atrevia; queria hacerme un reproche y no hallaba espresiones adecuadas; sus pensamientos fluctuaban, como algas marinas entre opuestas corrientes; iba á hablar y callaba; sus ojos brillaban, sin rencor; pero sus labios comprimidos revelaban claramente que balbuceaba una ironía.

—En qué piensas? le dije.

—En que estás muy alegre, me contestó.

—El que se aflije se muere, repuse.

—Ah! tú te vas, yo me quedo.

(1) Béranger. *Mon habit.*

—Ya te he dicho, que nunca es tarde cuando la dicha es buena, le contesté.

—Como ha de ser! volvió á esclamar y levantándose de improviso se quiso marchar.

En ese momento, Calisto Oyarzabal, tomando el asador, poniéndolo horizontalmente y raspando el asado con un cuchillo, para quitarle la ceniza, gritó:

—Ya está, mi coronel.

—A comer, caballeros! grité yo á mi vez, y dirijiéndome á Macias, le dije: ven, hombre, come, sobra tiempo para ahorcarse de desesperacion.

Volvió sobre sus pasos, se sentó nuevamente á mi lado; sacó su cuchillo, y como el asado incitaba, siguiendo los usos campestres de la tierra, cortó una tira.

Una olla de puchero hervia, rebosando de choclos y zapallo angola.

Acabamos con el asado y en un santiamen con ella.

Ibamos á tomar el mate de café, no teniendo postre, cuando el negro del acordion se presentó, trayendo una cosa en la mano envuelta en un trapo.

—El acordion! dije, para mis adentros, me espeluzné y con aire y voz imperativa:

—Fuera de aquí, negro! le grité, antes que desplegára los labios.

—Mi amo, contestó sonriéndose, si vengo solo.

—Y eso! le pregunté, señalándole la cosa que traia envuelta.

—Esto, repuso mostrando dos filas de hermosos dien-

tes, tan blancos y tan iguales que me dieron envidia,—esto, es un queso!

—Un queso?

—Sí, mi amo, y se lo manda el jeneral á su *mercé* para que lo coma en nombre de su ahijada, la niña Maria.

Y esto diciendo, desenvolvió el queso y lo puso en mis manos.

—Dile á mi hermano que le doy las gracias, le dije, y haciéndole una indicacion con la mano, agregué: vete!

Obedeció, y lo que estuvo á cierta distancia, me preguntó con malicia:

—Quiere su *mercé* que vuelva con el instrumento?

Le contesté con un caracú que estaba á mano,—en medio de una esplosion de risa de los circunstantes.

—Y está de baile, dijo Calisto.

—De baile? le pregunté.

—Sí, mi Coronel.

—Y dónde hay baile?

—Allí, en un toldo, dijo señalándolo.

—Pues, probemos el queso, tomemos el café y vamos á ver el fandango aunque haya acordion y negro.

Despachamos todo, mandé á Calisto averiguar á que hora era el baile y volvió diciendo que ya iban á empezar.

Dejamos el fogon y nos fuímos á ver la fiesta.

Era lo único que me faltaba.

Mi reloj marcaba las cuatro,—las cuatro de la tarde, bien entendido.

Los indios, mas razonables que nosotros, duermen de noche y se divierten de dia.

Esta costumbre tiene una ventaja sobre la usanza de la civilizacion,—no hay que pensar en luminarias de ningun jénero, ni en velas, ni en kerosene, ni en gas.

El baile era de varones y al aire libre.

En aquellas tierras, las mujeres no tienen sino dos destinos,—trabajar y procrear.

No me atrevo á decir, si á este respecto los indios andan mas acertados que nosotros.

Pero, considerando los infinitos desaguisados que acontecen y presenciamos de Enero á Enero, con motivo de la mescolanza de secsos; las mujeres que abandonan sus maridos, los maridos que olvidan sus mujeres, las reyertas por celos, los pleitos por alimentos, los divorcios, los raptos voluntarios de inocentes doncellas,—hechos desconocidos en Tierra Adentro, considerando todo esto decia, lo cierto es que nuestra civilizacion es un asunto muy sério.

Con razon se predica tanto contra el baile!

Yo comprendo la indispensable necesidad que un hombre de estado tiene de saber bailar. Porque como decia Moliére por boca de uno de sus personajes,—cuando se dice que un Ministro ha dado un mal paso, es porque no ha aprendido la danza,—con lo cual el maestro de este arte le probaba al del florete la superioridad del baile sobre la esgrima.

Pero no comprendo la necesidad de que un médico ó un abogado bailen.

Por supuesto que los indios comprendiendo que bailar es un ejercicio, que á la vez que obra sobre el sistema nervioso de una manera fruitiva, conviene á la hijiene del cuerpo; porque despierta el apetito y contribuye al desarrollo de la musculatura,—les permiten á sus mujeres bailar solas de vez en cuando, reservándose ellos la parte que mas adelante se verá.

El salon de baile, ó mejor dicho la arena, tendria unas cuarenta varas de circuito.

Imajínate la hera de trillar las mieses, rodeada de palos, á modo de corral; pónle con el pensamiento, Santiago amigo, un mogote de tierra en el centro como de dos varas de diámetro y una de alto y tendrás una idea de lo que he intentado describir.

Los concurrentes estaban colocados alrededor del círculo del lado de afuera.

Aquí viene bien hacer notar que los indios en materia de coreografía son menos egoistas que nosotros.

Ellos bailan para divertir á su amigos; nosotros por divertirnos nosotros mismos.

Para divertirnos viendo bailar, tenemos que gastar nuestro dinero.

Es otro inconveniente de la civilizacion.

La música instrumental consistia en unas especies de tamboriles; eran de madera y cuero de carnero y los tocaban con los dedos ó con baquetas.

El baile empezó con una espccie de llamada militar redoblada.

Oyéronse unos gritos agudos, descompasados y cinco indios en hilera se presentaron haciendo piruetas *acancanadas*.

Venian todos tapados con mantas;

Entraron en la arena, dieron unas cuantas vueltas, al son de la música, alrededor del mogote de tierra, como pisando sobre huevos, de repente arrojaron las mantas y se descubrieron.

Se habian arrollado los calzoncillos hasta los muslos, la camisa se la habian quitado; se habian pintado de colorado las piernas, los brazos, el pecho, la cara; en la cabeza llevaban plumas de avestruz en forma de plumero, en el pescuezo collares que hacian ruido y las mechas les caian sobre la frente.

Las mantas las arrojaron sin hacer alto, sacudieron la cabeza, como dándose á conocer y empezó una série de figuras, sin perder los bailarines el órden de hilera.

Mareaba verlos jirar en torno del mogote, ajitando la cabeza á derecha é izquierda, de arriba abajo, para atrás, para adelante, se ponian unos á otros las manos en los hombros escepto el que hacia cabeza, que batia los brazos; se soltaban, se volvian á unir formando una cadena, se atropellaban, quedando pegados, como una rosca; se dislocaban, pataleaban, sudaban á mares, hedian á potro, hacian mil muecas, se besaban, se mordian, se tiraban manotones obscenos, se hacian colita, en fin, parecian cinco Sátiros beodos, ostentando cínicos la resistencia del cuerpo y la lubricidad de sus pasiones.

El aire de las evolociones determinaba el compás del tamborileo, que de cuando en cuando era acompañado

de una especie de canto ora triste, ora grave, ora burlesco, segun lo que la infernal cuadrilla parodiaba.

Quince fueron los que bailaron, en tres tandas; la concurrencia guardó el mayor órden; no aplaudia, pero se comia con los ojos á los bailarines.

Aquello era un verdadero *Alcázar lírico*, en plena Pampa.

Sin mujeres, sin *garçons*, sin mesas de mármol, sin limonada gaseosa y otras yerbas.

Le hallé la ventaja de la entrada gratis.

Cerca de dos horas duró la farsa; se ponia el sol cuando yo volvia á mi fogon, harto de jestos, alaridos y tamboriles.

Mi buena estrella quiso que el negro del acordion no formára parte de la orquesta.

Se hizo de noche y como estuviese fresco, me guareci tras de mi rancho, dándole la espalda al viento.

En el acto brilló el fogon.

A la luz de su lumbre me contaron como bailan las chinas.

Era lo mas tonto.

En un local como el que ya describí, pintadas y ataviadas entran quince ó veinte; se toman las manos, hacen una rueda y comienzan á dar vueltas alrededor del mogote, ni mas ni menos que si jugáran á la *ronga catonga.*

Los concurrentes entran en el recinto del baile y al pasar las chinas por delante de ellos les hacen una por-

cion de iniquidades, hasta que no pudiéndolos soportar deshacen la rueda y se escapan por donde pueden.

Francamente, en este detalle encuentro á los indios menos civilizados que nosotros,—aunque hay ejemplos en las crónicas policiales de caballeros que durmieron bajo las llaves de la alcaidía por tener las manos demasiado largas en los átrios de las iglesias.

El efecto de esos abusos y licencias de los indios con las chinas, cuando bailan, hace que ellas se abstengan de la inofensiva diversion,—lo que prueba que en todas partes la mujer es igual.

Perdona todo, menos que la maltraten.

Yo les hallo muchísima razon, aunque declaro que ellas sin maltratarnos abusando de sus ventajas suelen *tratarnos mal.*

LX

Solo en el fogon—Qué habria pensado yo si hubiera tenido menos de treinta años?—Con las mujeres es mejor no estar uno solo—El crímen es hijo de las tinieblas—El silencio es un síntoma alarmante en la mujer—Visitas inesperadas—Yo no sueño sino disparates—Los filósofos antiguos han escrito muchas necedades.

Me habia quedado solo en el fogon, viendo arder las brasas.

Brillaban carbonizadas y cuando mas bellas estaban el viento las redujo á cenizas, lo mismo que los desengaños desvanecen nuestras mas gratas ilusiones.

Mis pensamientos flotaban entre dos mundos.

Ya eran prácticos, ya quiméricos, ora me parecian de fácil realizacion, ora imposibles de realizar; me sentia grande y fuerte, pequeño y débil; dormitaba y me despertaba; queria salir de allí y no salia.

Por qué?

Porque el hombre no es dueño de sí mismo, sino cuando tiene ideas fijas ó determinadas.

Una voz dulce me sacó de aquella indecision, murmurando á mi oido:—buenas noches.

Dí vuelta y al pálido resplandor de las últimas brasas que se apagaban, reconocí á una mujer.

Era mi comadre Cármen.

—Comadre, vd. por aquí y á esta hora, la dije.

—Compadre, he sabido que se va mañana, me contestó.

La hice que se sentára.

Su rostro tenia una espresion tierna; su seno palpitaba con violencia, ajitando levemente los pliegues de su camisa, mas ajustada al cuello que de costumbre, y su mirada traicionaba una inquietud mal disimulada.

—Vd. tiene algo, comadre? la dije.

—No, compadre, me contestó, clavando la vista en el moribundo fogon y comprimiendo un suspiro.

Si yo no me hubiese hallado en ese período de la vida en que el poeta esclamaba:

«My days are in the yellow leaf;
«The flowers and fruits of love are gone.»

Quién sabe que hubiera pensado!

El viento habia calmado, el cielo estaba cubierto de nubes, las estrellas brillaban tímidamente, como luces lejanas al través de opacas cortinas, el fogon eran tibias cenizas,—mi visita y yo nos veíamos como dos sombras envueltas en sutíl crespon.

El silencio de la noche, interrumpido apenas por la respiracion acompasada de los que dormian cerca de allí;

La China Cármen

la soledad poética del lugar; los pensamientos, que como visiones de una edad mas bella, cruzaron como ráfagas de fuego por mi imajinacion—le dieron momentáneamente al cuadro un tinte novelesco.

Desperté á Calisto, se levantó, le ordené que avivára el fuego y cebára mate.

Removió las cenizas, descubrió algunas brasas, sopló haciendo con las manos una especie de fuelle y un momento despues el fogon flameaba.

Durante un rato, mi comadre y yo permanecimos mudos, oyendo hervir el agua y crujir la leña.

El fuego ejerce una influencia magnética, irresistible sobre los sentidos, y he observado que al calor de las llamas resplandecientes el corazon se dilata, que las ideas jerminan placenteras y el alma se eleva hácia la cumbre de lo grande y de lo bello, en alas de ráfagas jenerosas y sublimes.

Por eso el crímen es hijo de las tinieblas y se ceba en la oscuridad.

Calisto me pasó un mate; lo tomé y dándoselo á mi comadre, la dije:

—Por qué se ha quedado tan callada?

Suspiró por toda contestacion.

Está visto que las mujeres son iguales en todas las constelaciones,—lo mismo en las montañas, donde las nieves reinan eternamente, que entre las selvas románticas donde el tímido *uratau*, entona tristes endechas; lo mismo á orillas del majestuoso rio de la Plata, que en las dilatadas llanuras de la Pampa Arjentina.

Suspirar,—creen que es hablar.

Confieso que es un lenguaje demasiado místico para un sér tan prosáico como yo.

—Pero qué tiene, comadre? le volví á preguntar.

—Compadre, me contesto, estoy triste porque se va.

—Y qué, le gustaria á vd. que no me dejáran volver?

—No quiero decir eso.

—Y entonces?

—Quiero decir, que siento no poder acompañarlo.

—Y por qué no se viene á pasear al Rio 4° conmigo?

—Porque no puedo.

—No es vd. libre?

—Libre!

—Libre, sí, no es vd. viuda?

—Ah! compadre, esclamó con amargura, vd. no sabe como es mi vida; vd no conoce esta tierra.

Y esto diciendo, miró en derredor, como viendo si alguien habia escuchado su indiscreta confesion.

Su voz tenia algo de significativo y misterioso.

Me parecia que queria decirme algo mas y que estaba temerosa de que algun espia nocturno la oyera.

Me levanté, dí una vuelta, me aseguré de que estábamos solos y me senté mas cerca de ella, diciéndole.

—No hay nadie.

—Compadre, me dijo, no se vaya sin pasar por mi toldo que queda en Carrilobo, cerca del de Villareal, allí lo espero; estará mi hermana, es mujer de confianza y lo quiere, tengo algo que decirle, que le interesa mucho sa-

ber, esta noche lo voy á acabar de averiguar, por eso he venido, nadie me ha visto todavía.....

En ese momento se sintió un tropel y se oyeron como voces de indios *achumados*.

Se levantó de golpe, y diciéndome:—no quiero que me vean aquí—se deslizó por entre las sombras de la noche.

La seguí un instante con la vista, hasta que se perdió en la oscuridad, y me quedé perplejo y lleno de inquietud, de una inquietud inesplicable, oyendo al mismo tiempo retemblar el suelo y acercarse el vocerío de la chusma ébria.

La luz de mi fogon los atrajo.

Llegaron, se apearon unos y otros se quedaron á caballo.

Epumer los encabezaba,—venian de un toldo vecino, donde habian estado de *mamaran*.

Traia en la mano una limeta de bebida y venia bastante *caldeado*.

Sin apearse,—me dijo:

—Yapaí, hermano!

—Yapaí, hermano, le contesté.

Bebimos alternativamente y tras del primer yapaí, vinieron otros y otros.

Afortunadamente el aguardiente estaba muy aguado y no traia cuerno, ni vaso,—lo que me permitia mojar solo los labios, pues, teníamos que tomar con la botella.

Viendo que se ponian muy fastidiosos que me amenazaban con un largo *solo*, —le dije á Calisto:

—Che, mira que hace frio, alcánzame el poncho.

No tenia mas que el que esa mañana me habia regalado Mariano Rosas; quise ver que impresion hacia verme con él.

Me trajo Calisto el poncho y me lo puse.

Como lo habia calculado, surtió un efecto completo mi ardid.

—Ese coronel Mansilla toro! esclamaron algunos.

Ese coronel Mansilla gaucho! otros.

Muchos me dieron la mano y otros me abrazaron y hasta me besaron con sus bocas hediondas.

Epumer me dijo repetidas veces.

—Mansilla *peñi*! (hermano).

En esos coloquios estábamos cuando un ruido semejante al de un organito descompuesto se oyó, junto con unas coplas, dedicadas á mí.

Me dieron escalofrios, esperimentando frio y calor á la vez y una destemplanza nerviosa como la que produce el roce de una lima en los dientes.

De donde salia aquel maldito negro con su ecsecrable acordion, pues él en cuerpo y alma era el de la música?

A qué averiguarlo!

No pude resistir, y esplotando la respetabilidad de que me revestia el poncho de mi *compadre y hermano*, le dije á Epumer y á su séquito:

—Caballeros, buenas noches, es tarde, estoy cansado y mañana me voy; tengo ganas de dormir.

Y los dejé y me metí en mi rancho y le mandé á Calisto que cerrára bien la puerta, atando con *guascas* el cuero que la cubria.

Las visitas me saludaron con varias esclamaciones, — como adios, *peñi!* adios, amigo! adios, toro! gritaron un rato, apagaron el fogon saltando por encima con los caballos, alborotaron los perros, hicieron un gran barullo y cuando se cansaron se fueron.

Arrullado por su infernal gangolina, me dormí.

Toda la noche tuve los sueños mas estrafalarios. Así como casi todos los sentimientos de nuestra alma proceden de las sensaciones de la *bestia;* así tambien casi todas las visiones del espíritu dormido vienen de lo que hemos visto ó contemplado despiertos, con los ojos del cuerpo ó con los de la imajinacion.

Yo soy como los patanes.

Nunca tengo presentimientos en sueños.

Yo no he de ver nunca como Píndaro, — que las abejas depositan su miel en mis labios;

Ni como Hesiodo, — nueve mujeres hechiceras, — que fueron las musas que le inspiraron;

Ni como Escipion, — Numancia destruida, á Cartago derribada;

Ni como Alejandro delante de Tiro,—que Hércules me presenta la mano desde lo alto de las murallas.

Para que yo viese á la verdad en sueños, seria menester que fuese mas sóbrio y virtuoso, — ó es falso lo que

dice Sócrates, que un cuerpo saciado de placer ó repleto de alimentos y de vino, le hace esperimentar al alma sueños estravagantes; de donde se deduce que los emperadores, los reyes, los presidentes, los ministros y los diputados, todos, todos aquellos, en fin, que deben saber lo que hacen, y que á mas de esto deben procurar leer en lo futuro, *desde que gobernar es prever*, deben ser jente muy parca en el comer y muy moderada en el beber, amen de otras cosas indispensables para que la dijestion se haga regularmente.

Yo no puedo tener sueños sino como los que tuve la última noche que pasé en Leubucó.

O he de ver disparates, que no se han de cumplir; ó he de ver disparatadas las cosas que se cumplieron.

O he de soñar que me han proclamado emperador de los Ranqueles,—que *Lucius Victorius*, *Imperator*, ha hecho coronar emperatriz á la china Cármen; ó he de soñar que el baile de los indios está en moda en Buenos Aires y que el botin con taco á lo Luis XV ha sido reemplazado por la botita de potro de cuero de gato.

Por el estilo fueron mis sueños.

Y diga despues Platon que el espíritu divino nos revela en sueños el porvenir; y diga despues Estraton,—que los sueños nos dan á conocer la verdad, porque durante la noche, el entendimiento es mas activo, mas puro, mas claro que durante el dia.

Los tales antiguos eran unos utopistas de marca mayor.

Los respeto solo porque ya son viejos y murieron.

LXI

La loca de Séneca—El sueño Cesáreo se me habia convertido en sustancia—Salida inesperada de Mariano Rosas—Un bárbaro pretende que un hombre civilizado sea su instrumento—Confianza en Dios—El hijo del comandante Araya—Dios es grande—Una seña misteriosa.

Me desperté con la cabeza hecha un horno; habia soñado tanto que mis ideas eran un embolismo.

De pronto no pude darme cuenta de lo sucedido durante la noche.

Confundia los hechos reales con las visiones; me parecia que habia soñado con mi comadre Cármen, con Epumer y el negro del acordion, y que lo que habia visto en sueños era verdad.

Amanecia recien; la luz del crepúsculo entraba en el rancho por sus innumerables agujeros y lo iluminaba con fantásticos resplandores.

La cama era tan dura que estaba entumecido; me movia con dificultad.

Las impresiones del sueño persistian; no dormia y veia lo mismo que habia visto dormido.

Durante un largo rato estuve como la loca de Séneca, era ciega y no lo sabia; pedia que la hicieran cambiar de casa, porque en la que habitaba no se veia nada.

Yo estaba despierto y no lo sabia.

Caramba! cómo cuesta cuando se ha soñado un imperio convencerse al despertar que no es uno emperador!

De tal modo se me habia convertido en sustancia el sueño de poder, — que á no ser los ladridos de unos perros, que despertaron á mis oficiales, creo que me levanto arrastrando el poncho de Mariano Rosas á guisa de imperial manto de arminios.

Unos buenos dias, mi coronel, de mi ayudante Rodriguez, me despejaron los sentidos del todo.

Abrí los ojos que apretaba nerviosamente.

Era de dia, la claridad del rancho completa.

La vision del imperio ranquelino desapareció de mi retina. Pero como una sombra chinesca que se desvanece, todavía cruzó por mi imajinacion.

Me pareció que habia dormido un año. Yo no sé porque pintan al tiempo con alas. Yo lo pintaria con piés de plomo. Será que las cosas que mas deseo, son siempre las que mas tardan en suceder.

Verdad es que las que mas me gustan me parece que pasan con demasiada velocidad.

Llamé un asistente, vino, abrió la puerta, me levanté, me vestí y salí del rancho.

Decididamente me iba ese mismo dia y no era emperador. Lo uno me consoló de lo otro. Francamente, el imperio ranquelino era mas hermoso visto en sueños que despierto.

Me trajeron el parte de que en las tropillas no habia novedad y le hice prevenir á Camilo Arias que las tuviera prontas para cuando cayera el sol.

En seguida le hice preguntar á Mariano Rosas con el capitan Rivadavia si estaba en disposicion de que acabáramos de conversar.

Me contestó que sí.

Entré en su toldo; se acababa de bañar, tomaba mate y una china le desenredaba los cabellos.

—Hermano, me dijo al entrar sin moverse, siéntese y dispense.

—No hay de qué, repuse, sentándome.

—Y cómo ha pasado la noche? me preguntó.

—Muy bien, le contesté.

—Y, siempre se va hoy?

—Si vd. no dispone otra cosa.

—Vd. es libre, hermano.

—Bueno, quiero que me diga, qué se le ofrece?

—Hermano, deseo que no me apure por los cautivos que debo entregar.

—Entréguemelos segun pueda.

—Ya faltan pocos.

—Cómo pocos?

—Sí, pues.

—No lo entiendo.

Me hizo una relacion de los cautivos que en diversas épocas habia remitido al Rio 4° y concluyó diciéndome,—que agregando á esa cuenta ocho se completaba el número.

Era una salida inesperada.

Qué tenia que hacer el nuevo Tratado de paz con los cautivos anteriores?

La idea era de él,—ó se la habian sujerido?

Quise esplorar el campo, fué en vano, circunspecto y reservado no soltaba prendas.

Resolví hablarle categóricamente porque el incidente era de tal naturaleza que *las paces* podian frustrarse, y le dije:

—Hermano, vd. está equivocado; los cautivos que ha dado antes, no tienen nada que ver con los que me debe dar á mí; lea bien el Tratado y verá.

—Si ya sé; pero yo lo decia, porque vd. pudiera ser que lo pudiese arreglar.

—Y cómo quiere que lo arregle?

—Diciéndole al que lo gobierna que se han recibido los que yo digo.

—Y cómo le voy á decir eso?

—Yo le doy los nombres de los viejos.

—No puedo hacer eso.

—Entonces?....

—Entonces qué?....

—Haremos lo que vd. dice.

—Eso es, le contesté.

Y para mis adentros dije; era lo único que me faltaba; que este bárbaro me hiciera instrumento suyo.

No me contestó.

—Y, no tiene otra cosa que decirme? le pregunté.

—Sí, pero lo dejaremos para mas tarde, me contestó.

—Tendremos tiempo?

—Sí, hemos de tener.

Me quedé callado á mi vez.

En los tres fogones del toldo cocinaban.

—Vamos á almorzar, me dijo, y pidió que nos sirvieran en su lengua.

No le contesté.

Trajeron platos y cubiertos y pusieron una olla de puchero de vaca entre él y yo.

Me sirvió un platazo.

Comí y callé.

Hacia largo rato que comíamos sin mirarnos ni hablarnos, cuando se presentó un indio,—que le habló en araucano con suma vivacidad, y á quien le contestó de igual manera.

Nada entendí; solo percibí varias veces las palabras,— indio Blanco.

Me dió curiosidad.

Pero me dominé, nada pregunté.

El indio se fué.

Continuamos en silencio.

—Es el indio Blanco, me dijo.

—Y qué hay? repuse.

—Anda hablando de vd.; dice que le va á salir á la cruzada.

—Si será una composicion de lugar para asustarme y hacerme suspender el viaje, reflecsioné, preguntándole:

—Y qué piensa hacerme?

—Matarlo, me contestó, sonriéndose.

—Matarme, eh!

—Así dice él.

—Pues dígale que nos veremos las caras.

—Le he mandado decir que se deje de andar *balaqueando;* que si no le gustan las paces, por qué se ha vuelto de Chile; que ya le hice prevenir el otro dia que anduviera derecho.

Y como me dijera todo esto con aire de verdad, pintándose en su fisonomía cierta prevencion contra el indio Blanco, — le dije en tono amistoso:

—Gracias, hermano.

Seguimos callados.

No me miraba, tenia la vista fija en un zoquete de carne que pelaba con los dedos; me pareció que queria que yo hablára, que le pidiera algo, y resolví no hacerlo.

Volvió el que habia ido con el mensaje para el indio Blanco, — habló unas pocas palabras y se marchó.

—Dice el indio Blanco, que se va para el Toai, me dijo.

—Para el Toai?

—Sí, y dice que va á buscar ovejas á la provincia de Buenos Aires; porque están á muy buen precio en Chile.

—Pícaro! esclamé.

—Es muy pícaro! esclamó él.

Seguimos callados.

Al rato me dijo:

—Y á qué horas es la marcha?

—A las cuatro, le contesté.

Seguimos callados.

Por fin me dijo:

—Y, dígame hermano, V. qué me encarga?

—Qué le encargo?

—Sí!

—Que se acuerde en todo tiempo de su compadre.

Y esto diciendo me levanté y salí del toldo.

Ordené que todo el mundo se aprestára á marchar, y me fuí á decirles adios á algunos conocidos que moraban en toldos vecinos.

A la hora estuve de vuelta; mi gente estaba pronta, no faltaba sino que arrimaran las tropillas y ensillar.

Hacia un dia hermosísimo; íbamos á tener una tarde deliciosa.

Muchos se preparaban para acompañarme.

El desgraciado Macias veia los preparativos recostado en un horcon de mi rancho y su tétrica fisonomía revelaba el sufrimiento de la desesperacion.

Me acerqué á él y le dije:

—Ten confianza en Dios!

—En Dios! murmuró.

—Sí, en Dios! le repetí, lanzándole una mirada, en la que debió leer este pensamiento: el que desespera de Dios no merece la libertad, — y entré en el rancho de Ayala.

Me habia ofrecido entregarme un niño cautivo que tenia. Era un hijo del comandante Araya, vecino de la Cruz Alta. El pobrecito lo sabia, veia que yo me marchaba por momentos, que nada le decia de prepararse y sentado en el fogon de mis soldados lloraba desconsolado. Partia el corazon verle.

Ayala me dijo, — que no tenia inconveniente en cumplirme su promesa; pero que tenia que avisárselo á Mariano Rosas.

—Y qué no está prevenido desde el otro dia? le pregunté.

—Sí, si está.

—Y entonces?

—Puede haber cambiado de opinion.

—Bueno, vaya, pues, háblele para que se apronte el niño.

Salió y volvió diciéndome, — que era necesario pagar en prendas de plata doscientos pesos bolivianos.

—Y qué prendas han de ser? le pregunté á Ayala.

—Estribos, me contestó.

Mandé en el acto al capitan Rivadavia que se los comprára á uno de los pulperos que habia llevado el Padre Burela, ofreciéndole en pago una letra sobre Mendoza.

Mientras tanto, el pobre cautivo se aprestaba para la marcha con infantil alegría.

Volvió el capitan Rivadavia con los estribos, se los dí á Ayala y este fué á llevárselos á Mariano Rosas.

Volvió cabizbajo.

Qué mundo aquel! El cacique habia vuelto á cambiar de parecer! Ya no queria solo estribos; queria cien pesos en prendas y cien en plata.

Se buscaron los cien pesos y se hallaron.

Le entregué todo á Ayala, se lo llevó á Mariano Rosas al punto estuvo de regreso, contestándome todo cortado que el *Jeneral* habia mudado una vez mas de parecer.

Me dió un acceso de cólera; vociferé cuanto se me vino á la boca, apostrofándolo á Mariano é insultándolo, — hasta que cediendo á los ruegos de Ayala, que parecia muy contrariado, me calmé un poco.

Para hacerme callar del todo, me dijo en voz baja:

—No me comprometa, mire que estamos rodeados de espías.

Y esto diciendo me señaló unos indios rotosos y mugrientos en quienes nadie reparaba, que estaban por allí acurrucados y echados de barriga, como animales, en el suelo.

Con el alma dolorida é irritado de mi impotencia, entré en mi rancho, llamé al hijito de Araya, y con paternal estudio le preparé á recibir el terrible desengaño.

Qué contento estaba!

Qué mustio y lloroso quedó!

Qué fugaces son las horas de la felicidad!

Le abracé, le acaricié, le rogué por sus padres, que tuviera valor; le ofrecí rescatarlo pronto, — ofrecimiento que cumplí, — y hasta que no le ví resignado á su suerte, no me separé de él.

Al salir de mi rancho, Macias me dijo:

—Qué te parece?

—Dios es grande! le contesté.

Suspiró, y esclamó como dudando de la omnipotencia divina, — Dios!....

Yo me dirijí al toldo de Mariano Rosas.

La hora de partir se acercaba.

Camilo Arias me hizo una seña misteriosa.

LXII

Astucia y resolucion de Camilo Arias—Ultima tentativa para sacar á Macias—Un indio entre dos cristianos—*Confitemini Domino*—Frialdad á la salida—La palabra amigo en Leubucó y en otras partes—El camino de Carrilobo—*Horrible! most horrible!*—Todavía el negro del acordion—Felicidad pasajera de Macias.

Ya he dicho que Camilo Arias conocia la lengua de los indios y que estos lo ignoraban. Algo habia oido, cuando espiaba la ocasion de hacerme una seña. Mis órdenes no habian variado; conmigo no tenia que hablar sino en casos urjentes y graves.

Qué habrá? me dije, al entrar en el toldo de Mariano Rosas; me detuve y diciéndole á este,—ahora vuelvo, y haciendo como que buscaba en mis bolsillos un objeto estraviado, dí media vuelta, salí y me dirijí á mi rancho.

El astuto y vijilante Camilo agachó la cabeza, fijó la vista en tierra, caminó distraido y sin rumbo, al parecer, y por medio de una maniobra casual, para quien no hubiera estado en autos, al mismo tiempo que yo entraba en mi rancho, él se recostaba en sus pajizas paredes y por uno de sus resquicios me decia:

—Hay novedad, señor.

—Entra, le contesté, llamando á varios oficiales y asistentes para que no se notára su entrada.

Entraron unos y otros, les dí ciertas órdenes, se retiraron, y así que estuvimos solos con Camilo, le pregunté:

—Qué hay?

—Acabo de oirles, en el corral, una conversacion á unos indios, me contestó.

—Qué decian?

—Que nos iban á salir á la cruzada.

—Por dónde?

—Por los montes de la Jarilla.

—Y qué mas decian?

—Que á mi me tenian mucha gana; que yo he muerto muchos indios, que á un capitanejo le he dado un sablazo en la cara, que todavía tiene la cicatriz, que á otro lo hice prisionero y se lo llevaron á Córdoba.

—Nada mas decian?

—Sí, señor, decian mas; que vd. me ha traido á mí por burlarse de ellos.

—Y saben que me voy hoy?

—Sí, señor, y que vá á dormir en el toldo de Ramon.

Me decia esto, cuando una voz que yo no podia oir sin esperimentar una conmocion nerviosa, dijo desde la puerta del rancho sin asomarse:

—Con el permiso de su mercé?

No necesitaba dar vuelta y mirar, para ver quien era. No sonaba el acordion. Pero él estaba ahí, con sus motas paradas.

Sin darme tiempo para contestarle y entrando, añadió:

—Dice el Jeneral, que por qué no vá?

—Dile que ya voy, le contesté.

Salió el negro, le pregunté á Camilo, que si los indios esos que habian estado hablando estaban ahí, me contestó que sí; le despedí y pasé al toldo de Mariano Rosas.

Lo que los indios decian de Camilo era cierto.

Varias veces siendo soldado raso, midió sus armas con los indios, mató algunos, hirió á un capitanejo muy mentado y á otro lo tomó prisionero.

Yo estuve por no llevarle conmigo.

Pero tenia tanta confianza en él, me era tan útil en el campo, por su instinto admirable, que prescindí de los antecedentes referidos y lo agregué á mi comitiva.

Por supuesto que para acabar de probar el temple de su alma, antes de darle la órden de aprontarse para marchar le pregunté,—si no tenia recelo de ir conmigo á los indios, á lo cual me contestó:

—Señor, donde V. vaya voy yo.

—Y si los indios te conocen? le observé.

—Señor, repuso, yo no los he peleado á traicion.

Entré en el toldo de Mariano Rosas.

Estaba con visitas.

Todos eran indios conocidos, escepto uno en cuya cara se veia una herida lonjitudinal que si hubiera sido mas oblícua, le deja sin narices.

Mariano Rosas me recibió con mas afabilidad que nunca y despues de preguntarme, si ya estaba pronto me dijo, señalando al indio de la herida:

—Lo conoce, hermano?

—No, le contesté.

—Ese sablazo se lo ha dado Camilo Arias, agregó.

—Eso tiene andar en guerra, repuse.

—Es verdad, hermano, me contestó.

Oyendo una contestacion tan razonable, le referí lo que acababa de decirme Camilo Arias.

No me contestó.

Habló con las visitas, levantando mucho la voz, las despidió con un ademan, y no bien habian salido del toldo, me dijo:

—No tenga cuidado, hermano, nadie lo ha de incomodar en su viaje, ahora estamos de paces.

—Asi lo espero.

Y sin darle tiempo á hablar, agregué:

—Hermano, mis caballos están prontos. Deseo me diga que se le ofrece.

Me hizo una porcion de preguntas relativas al Tratado; me anunció en prenda de amistad, una invasion de

Calcufurá á la frontera Norte de Buenos Aires por la Mula Colorada, me hizo varios encargos, y terminó pidiéndome, que las partidas corredoras de campo de mi frontera, no avanzáran tanto al Sud, como tenian costumbre de hacerlo, fundándose en que eso alarmaba mucho á los indios; porque los que salian á *boleadas*, cruzaban siempre sus rastros y venian llenos de temores.

Satisfice sus preguntas sobre el Tratado, le ofrecí llenar sus encargos, le prometí que las partidas corredoras de campo, harian el servicio de otro modo y me quedé estudiosamente distraido con la mirada fija en el suelo.

—Se va contento, hermano?

En lugar de contestarle, lo miré como diciéndole,—y me lo pregunta V?

—Yo he hecho todo cuanto he podido por servirle y porque lo pasára bien, me dijo.

—Así será; pero yo le he pedido una cosa y me la ha negado, le contesté.

—Qué cosa, hermamo?

—Para qué se lo he de decir?

—Dígamelo, hermano.

—Me voy sin Macias y V. sabe que es un compromiso para mí.

—Macias! Macias! Y para qué quiere ese *dotor*, hermano? esclamó.

—Ya se lo he dicho á V. Macias no es un cautivo. Vd. está obligado por el Tratado á dejarlo en libertad, él quiere irse y V. no lo deja salir.

Se quedó pensativo.....

Yo le observaba de reojo.

Llamó....

Vino un indio.

—Ayala,—le dijo y el indio salió.

Permanecimos en silencio.

Vino Ayala.

Mariano Rosas le habló así. Repito sus palabras casi testualmente:

—Coronel, mi hermano quiere sacarlo al *dotor*, yo pensaba dejarlo dos años mas para que pagase lo que ha hecho contra vds. que son hombres buenos y fieles.

Ayala, no contestó, sus ojos se encontraron con los mios.

—Coronel, le dije, Macias es un pobre hombre, qué ganan vds. con que esté aquí? Sean vds. jenerosos, si él no ha correspondido como debia á la hospitalidad que le han dispensado, perdónenlo, tengan vds. presente que no es un cautivo,—que el Tratado le obliga á mi hermamano á dejarlo en libertad y que reteniéndolo me comprometen á mí, lo comprometen á él y comprometen la paz, que tanto nos ha costado arreglar.

Ayala no contestó, se encojió de hombros.

Mariano Rosas le miró con arire consultivo y le dijo:

—Resuelva, Coronel.

No le dí lugar á que contestase y le dije:

—Amigo, piense V. que ese hombre no está aquí por su gusto, y que si ustedes se oponen á que salga, quedará justificado cuanto ha escrito en las cartas que mi hermano me ha hecho leer.

Ayala lo miró á Mariano Rosas como diciéndole: resuelva V.

Viendo que vacilaba en contestar me levanté y estirándole la mano, le dije:

—Hermano, ya me voy.

—Aguárdese un momento, me contestó, y dirijiéndose á Ayala, le dijo:

—Y qué hacemos?

—Adios! adios! hermano, ya me voy, volví á decirle.

—Que se lo lleve, contestó Ayala.

—Bueno, hermano, dijo Mariano Rosas, y se puso de pié, — me estrechó la mano y me abrazó reiterando sus seguridades de amistad.

Salí del toldo.

Mi jente estaba pronta, Macias perplejo, — fluctuando entre la esperanza y la desesperacion.

—Ensillen! grité.

—Y.... me preguntó Macias, brillando sus ojos con esa espresion lánguida que destellan, cuando el convencimiento le dice al prisionero, — todo es en vano, — y el instinto de la libertad, — todavía puede ser, valor!

Me acordé del salmo de Fray Luis de Leon — *Confitemini Domino* — y le contesté:

« Cantemos juntamente,
« quan bueno es Dios con todos, quan clemente.
« Canten los libertados,
« los que libró el Señor del poderío
« del áspero enemigo....»

—Deveras! me preguntó enternecido.

—Deveras, le contesté, y diciéndole en voz baja, — disimula tu alegría, le grité á Camilo Arias, — un caballo para el Dr. Macias!

Entré al rancho de Ayala, me despedí de Hilarion Nicolai y de algunas infelices cautivas, y un momento despues estaba á caballo.

Los que me habian ofrecido acompañarme viendo que Mariano Rosas no se movia, se quedaron con los caballos de la rienda, ni siquiera se atrevieron á disculparse.

La entrada habia sido festejada con cohetes, descargas de fusilería, cornetas y víctores; la salida era el reverso de la medalla: me echaban, por decirlo así, con cajas destempladas.

Solo un hombre me dijo adios, con cariño, sin ocultarse de nadie; ni recelo — Camargo.

Aquel bandido tenia el corazon grande.

El cacique se mostraba indiferente, — los amigos habian desaparecido.

En Leubucó, lo mismo que en otras partes, la palabra amigo ya se sabe lo que significa.

Amigo, le decimos á un postillon, te doy un escudo si me haces llegar en una hora á Versalles, dice el conde de Segur, hablando de la amistad. Amigo, le decia un

transeunte á un pillo, ireis al cuerpo de guardia si haceis ruido.. Amigo, le dice un juez al malvado, saldreis en libertad si no hay pruebas contra vos; si las hay, os ahorcarán.

Con razon dicen los árabes, — que para hacer de un hombre un amigo, se necesita comer junto con él una fanega de sal.

Mariano Rosas estaba en su enramada, mirándome con indiferencia, recostado en un horcon.

Me acerqué á él y dándole la mano, le dije por última vez — Adios, hermano!

Me puse en marcha. El camino por donde habia caido á Leubucó venia del Norte. Para pasar por las tolderías de Carrilobo y visitar á Ramon, tenia que tomar otro rumbo. Mariano Rosas no me ofreció baqueano. Partí, pues, solo, confiado en el olfato de perro perdiguero de Camilo Arias. Solo me acompañaba el capitan Rivadavia, que regresaria de la Verde, para permanecer en Tierra Adentro hasta que llegasen las primeras raciones estipuladas en el Tratado de paz.

Qué habia determinado la mudanza de Mariano Rosas despues de tantas protestas de amistad? lo ignoro aun.

Galopábamos por un campo arenoso, yo iba adelante, Camilo Arias á mi lado, mi jente desparramada.

Era la tarde, el sol declinaba, en lontananza divisábamos un monte, cruzábamos una sucesion de médanos, tendia de vez en cuando la vista atrás, Leubucó se alejaba poco á poco, — me parecia un sueño.

Llegamos á una aguadita, donde Camargo tenia su *puesto*. Hallé allí un compadre, el indio Manuel Lopez,

educado en Córdoba, que sabe leer y escribir. Eché pié á tierra para esperar que llegára toda mi gente y marchar unidos; íbamos á entrar en el monte y la noche se acercaba.

Sucesivamente se me incorporaron los que se habian quedado atrás. Viendo que faltaba Macias, pregunté por él. Ahí viene, me contestaron. Efectivamente, á poca distancia se veia el polvo de un jinete. Llegó este. Yo conversaba con Manuel Lopez mirando en otra direccion. Al sentir sujetar un caballo, dí vuelta, y creyendo ver á Macias, ví.... horrible vision! *horrible! most horrible!* al negro del acordion. Quiso hacer sonar su abominable instrumento, se lo impedí.

¿Qué venia á hacer?

Despues lo sabremos.

Esperé á Macias un rato.

No pareció.

—Lo han de haber hecho quedar, me dijo el capitan Rivadavia; yo por eso le dije, cuando V. se puso en marcha, viéndolo que perdia el tiempo en despedidas; siga, amigo, con el coronel.

Estábamos en un bajo hondo, mandé dos hombres al galope á ver si divisaban algunos polvos.

Partieron y cuando ya iba á oscurecer, volvieron diciéndome, — que nada se veia.

No era posible esperar mas.

Hice algunas prevenciones sobre el órden de la marcha por el monte; porque la noche estaria muy oscura, y partimos.

Qué poco habia durado la felicidad de Macias!

LXIII

A orillas de un monte—Un barómetro humano—En marcha con antorchas—Ecos estraños—Conjeturas—Un chañar convertido en lámpara—Aparicion de Macias—Inspiracion del gaucho—Alrededores del toldo de Villareal—Una cena—Cumplo mi palabra.

Al llegar á la orilla del monte la oscuridad de la noche era completa.

No nos veíamos á corta distancia.

Seguíamos un camino enmarañado, cuyos surcos profundos y tortuosos comenzaban á abrirse como un gran abanico desplegado.

Hicimos alto; reconocimos la senda que debíamos tomar y combinamos un plan de señales para el caso de que alguien se estraviára en la espesura.

Era lo mas factible.

Soplaba un viento fresco de *abajo;* grupos inmensos de pardas nubes, recorrian rápidamente el espacio, flotando como fantasmas informes por el piélago incoloro del vacío; los relámpagos brillaban como saetas de fuego, lan-

zadas del cielo á la tierra; el trueno rujía imponente y sus sordas detonaciones, haciendo temblar el suelo, llegaron hasta nosotros, como el estampido de lejanas descargas de cañon.

La tempestad era inminente.

Ya caian algunas gotas de agua; el viento silbaba, jiraba, calmaba, volvia á soplar y remolineaba, azotando con ímpetu fragoroso el bosque umbrío.

Las tropillas se movian circularmente, de un lado á otro y el metálico cencerro mezclaba sus vibraciones con las armonías del viento.

Yo vacilaba entre seguir la marcha y campar.

Llamé á Camilo Arias y le pregunté:

—Qué te parece, lloverá?

Miró el cielo, siguió el curso de las nubes, le tomó el olor al viento y me contestó:

—Si calma el viento, lloverá,— sino nó.

—Entonces, seguiremos?

—Me parece mejor, en el monte sufrirán menos los animales; porque si llueve caerá piedra.

—Y no se perderán algunos caballos?

—No se han de mover, los tendremos á ronda cerrada en alguna abra.

—Y, has tomado la senda?

—Sí, señor.

—Estás cierto?

—Como nó!

—No te parece prudente que llevemos luces de señal?

—Seria bueno, señor.

—Bien pues, que hagan pronto unos manojos de paja y sebo.

Se retiró, volvió un momento despues y me avisó que todo estaba pronto.

Nuestros paisanos hacen ciertas cosas con una rapidez admirable.

Las señales consistian en antorchas de pasto seco, atadas en la punta de unos palos largos.

—En marcha! grité, y cuidado de apartarse de la senda; marchen en hilera; si alguno se separa y se estravía dé dos silbidos, se le contestará con palmadas; sigan la luz!

Y esto diciendo me puse detrás de Camilo, que hacia de faro ambulante.

Desfilábamos, el huracan bramaba, tronchando los árboles; las baterías eléctricas fulminaban la negra esfera, con rápidas intermitencias, el rayo serpenteaba horizontalmente, de arriba abajo, en líneas rectas y oblícuas, descubriendo entre sombras y luz algunas remotas estrellas; el bronco trueno, en incesante repercusion, conmovia la masa aérea impalpable y el alma de los nocturnos caminantes se replegaba sobrecojida sobre sí misma, como cuando signos materiales visibles le auguran un peligro cercano.

Oyóse un eco semejante al que saldria de las entrañas de la tierra si los que descansan en eternal reposo,

ecshaláran jemidos desgarradores de profunda desesperacion.

Se repitió varias veces.

Unas veces parecia venir de atrás, otras de adelante, ya de la izquierda, ya de la derecha.

El camino daba interminables vueltas, buscando el terreno menos guadaloso y evitando los lugares mas tupidos.

—Es una voz de hombre, me dijo Camilo.

—Se habrá perdido alguien?

—Silbaria, señor.

—Y entonces?

—Será algun indio?

—Puede ser que se haya encontrado con un tigre. Les tienen tanto miedo!

El viento iba amainando, gruesas gotas de agua caian ya.

—Va á llover, señor, me dijo Camilo.

—Hagamos alto aquí.

Estábamos en un pequeño descampado.

Cesó el viento del todo, chocáronse dos nubes que seguian opuestas direcciones y simultáneamente se desplomó la lluvia, apagando las antorchas.

—Pronto! pronto! que maneen las madrinas; todo el mundo de ronda, grité.

El agua caia á torrentes, nos veiamos unos á otros al

fulgor de los relámpagos, las tropillas estaban quietas, no faltaba nadie.

El eco misterioso, se oia de vez en cuando, ora se acercaba, ora se alejaba.

Al fin pudieron percibirlo todos.

—No es voz de indio, dijo Camilo.

—Y qué es? le pregunte.

Su oido era como su vista, jamás le engañaba. No me contestó, permaneció atento. Resonó el eco, ahogándolo un trueno.

—Qué es? le pregunté.

—Déjeme, señor, un poco, me dijo.

No se oia nada.

En medio de la luz del rayo, del trueno bramador, y del ruido monótono del agua, — estábamos envueltos en un profundo silencio.

Volvióse á oir el eco.

—Gritan, dijo Camilo.

—Qué cosa?

—Gritan no mas, señor.

—Pero qué gritan?

—Gritan eeeeeh!

—Será alguno que va arriando animales?

—No me parece, señor.

—Escucha! escucha!

El agua disminuia y el viento soplaba con fuerza de nuevo. El cielo se despejaba, las nubes se rarificaban, el rayo y el trueno se alejaban, refrescaba y un aire mas puro y balsámico, dilatando los pulmones, anunciaba la bonanza.

Cesó la lluvia, se serenó el cielo, brillaron las estrellas, la luna asomó su rostro bello y el eco del que gritaba se oyó perceptiblemente.

—Es un cristiano, dijo Camilo.

—Contéstenle.

—Aaaaah! hicieron varios á un tiempo.

—Yo.... pareció oirse otra vez.

No habia duda, era un cristiano estraviado en el bosque, quién sabe desde cuando, que oia el cencerro de las madrinas y desesperado pedia ayuda.

—Quiénes? gritaron unos.

—Por acá, otros.

Y en eso estábamos, sin poder percibir mas que el eco de las últimas sílabas de lo que nos contestaban.

—Ha de ser algun cautivo que se ha escapado, y como oye cencerro, calcula que somos nosotros, dijo el capitan Rivadavia.

—Es verdad que ellos no usan cencerro, le contesté, pareciéndome justísima su conjetura.

Los gritos misteriosos no resonaban ya.

Mandé silbar; lo hicieron varios á una.

No contestaron.

Estábamos con el oido atento, cuando los resplandores de una llamarada brillaron de improviso, iluminando el cuadro que formábamos al rededor de un espinillo formidable y coposo.

El injenioso Camilo, á fuerza de sebo y de paja, de soplar y soplar, habia conseguido hacer fuego en la horquilla que formaba la estremidad del tronco de un carcomido chañar, medio carbonizado.

La luz debia verse de bastante lejos, á pesar de los árboles.

Varios á un tiempo gritaron:

—Aaaaah!

Una voz contestó algo que no se pudo comprender bien. Continuamos telegrafiando de esa manera; el improvisado fanal ardia y los ecos de mi jente se perdian por la selva.

De repente oyóse una voz, que á varios nos pareció conocida.

—Es el Doctor Macias, dijo Camilo.

Efectivamente era su voz, ú otra tan parecida á la suya, que se confundian.

—Pronto! pronto! salgan unos cuantos y hagan señas, — ordené, — previniendo no perdieran de vista el fuego.

La voz seguia oyéndose.

—Es el Doctor, señor, volvió á afirmar Camilo, añadiendo: y viene con el caballo muy pesado.

—Y en qué conoces, hombre?

—Si se oyen ya hasta los rebencazos que le da,—oiga, señor, oiga.

Mi oido no era de tísico, como el suyo.

—Macias! Macias! grité.

—Lucio! Lucio! me contestaron.

Era él.

Por acá! Por acá! gritaban los hombres que acababa de destacar.

Macias se presentó, como nosotros, hecho una sopa.

—Y qué es esto? le pregunté.

—Me quedé atrás por despedirme de algunos conocidos; cuando salí de Leubucó, vds. iban como á una legua, se divisaba muy bien el polvo, y no quise apurar mi caballo; subia yo al último médano, y vds. llegagan á la orilla del monte; calculé mal el tiempo, oscureció y me perdi.

—Y de qué conocidos tenias que despedirte?

—De algunos indios que mas de una vez me dieron de comer.

—Y de Mariano Rosas tambien te despediste?

—Por supuesto, no me ha tratado tan mal.

El esclavo no conoce su condicion, sino cuando respira la atmósfera de la libertad, pensé y me dispuse á seguir la marcha.

En Carrilobo me esperaban con una cena en el toldo de Villareal.

—Señor, me dijo Camilo, el caballo del Dotor está *pesadon.*

—Que lo muden.

Un instante despues caminábamos.

Salimos del bosque y entramos en un campo quebrado y pastoso. Las martinetas se alzaban á cada paso espantando los caballos con el zumbido de su vuelo inopinado y rápido.

El cielo estaba limpio y sereno, la luna y las estrellas, brillaban como luces de diamante; de la borrasca no quedaban mas indicios que unos nubarrones lejanos.

Lo mismo que luciérnagas en negra noche se divisaron unos fuegos.

A esa hora y en el desierto, era sumamente estraño.

El gaucho arjentino tiene la inspiracion de todos los fenómenos del campo.

De noche y de dia es su elemento.

—Esos fuegos han de ser en un toldo; los vemos por la puerta ó por alguna rotura de las paredes, dijo Camilo.

—Y en qué conoces? le pregunté.

—En que la llama no se mueve porque no tiene viento.

Así conversábamos cuando nuestros caballos se detuvieron de improviso.

Habíamos llegado al borde de una zanja.

Observamos atentamente el terreno,—teníamos al frente un gran sembrado de maíz.

—Aquí es el toldo de Villareal, dijo el capitan Rivadavia.

—Se oyen ladridos de perros, dijeron otros.

Costeamos la zanja, en la direccion que indicó el capitan Rivadavia y dimos con otro sembrado de zapallos y sandías, nos costó hallar la rastrillada que conducia al toldo; pero guiados por los ladridos de los perros y por los fuegos, saliendo de un sembrado y entrando en otro,—la hallamos al fin.

Llegamos al toldo.

Villareal, su mujer y su hermana nos esperaban.

Eran las diez y media.

Nos recibieron con el mayor cariño.

Yo no queria detenerme por lo avanzado de la hora.

Me instaron mucho y tuve que ceder.

Entramos en el toldo que era grande y cómodo, de techo y paredes pintarrajeadas.

Ardian en él tres grandes fogones.

—Señor, me dijo la mujer de Villareal, lo hemos esperado hasta hace un momento con unos corderos asados, pero viendo que era tan tarde y que no llegaba, creimos que ya no seria hasta mañana y acaban de comérselos los muchachos, que *ahora se están divirtiendo;* no han quedado mas que los fiambres y la mazamorra,—siéntense! siéntense! están Vds. como en su casa.

Nos sentamos alrededor de uno de los fogones, y mientras nos secábamos y comíamos, mandé mudar caballos.

Yo no tenia hambre, en cambio Lemlenyi, Rodriguez, Rivadavia, Ozaroski y los franciscanos parecian animados de un entusiasmo gastronómico.

Trajeron unas cuantas gallinas cocidas y una hermosa olla de mazamorra muy bien preparada, tortas hechas al rescoldo y zapallo asado.

En un estremo del toldo se oia el ruido de la chusma ébria; casi todos los nichos estaban vacíos; en el que estaba detrás de mí dormia una vieja.

Tenia la cabeza apoyada en un brazo arrugado y flaco como el de un esqueleto y descubria un seno cartilajinoso que daba asco.

La cena empezó.

La mujer de Villareal, viendo que yo no comia, me hizo una seña, se levantó y salió.

Salí tras de ella, y una vez á fuera me dijo,—con aire confidencial y brillándole los ojos como solo les brillan á las mujeres cuando un pensamiento picaresco cruza por su imajinacion:

—Cármen lo espera.

—Y dónde está mi comadre?

—Allí.

Me indicaba un toldo vecino.

Llamé á un soldado para que me acompañara,—lo confieso, tenia miedo de los perros,—y mientras mis compañeros llenaban el precioso hueco del estómago fuí á hacer la visita prometida.

El hombre debe tener palabra con las mujeres, aunque ellas suelen ser tan pérfidas y tan malas; á las cosas se hacen con algun fin.

XLIV

Con quien vivia mi comadre Cármen—Una despedida igual á todas—Yo habria hecho igual á todas las mujeres—Grupo asqueroso—Adios!—Una faja pampa—Arrepentimiento—Trepando un médano—Desparramo—Perdidos—El Brasil puede alguna vez salvar á los Arjentinos—Llegamos al toldo de Ramon.

Mi comadre Cármen vivia con su madre, su hija y un indio viejo, entre gallinas y perros.

Me esperaba, los demás dormian.

Conversamos de lo que nos interesaba y á la media hora nos separamos para siempre quizá.

Yo habia cumplido mi promesa de visitarla, antes de salir de Tierra Adentro, ella la suya, comunicándome ciertas intrigas contra mí, que por una casualidad habia descubierto.

Nuestra despedida, fué como todas las despedidas,—triste.

Me dirijí al toldo de Villareal, pensando en lo que es la mujer.

Me acordaba de lo que me habian hecho gozar y esclamaba interiormente,—son adorables.

Me acordaba de lo que me habian hecho sufrir y esclamaba,—son infames.

Estudiándolas y analizándolas, —las hallaba físicamente perfectas; espiritualmente me parecian monstruosas.

Qué cabellos, qué ojos, qué boca, qué tez, qué jentileza tienen algunas!

Son hermosas como Niobe, dignas del amor, de un dios olímpico.

Cualquier mortal daria cien vidas por ellas si cien vidas tuviera.

Y muriendo, todavía encontraria dulce la muerte despues de tan supremo bien.

Pero qué corazon tienen!

Son inconmovibles como las rocas, frias como el hielo, volubles como el viento, olvidadizas como la mentira.

Qué feas, qué desairadas son otras!

Nadie repara en ellas.

Pero acercaos á su lado,—oidlas, tratadlas.

Qué alma tienen!

Son buenas como la caridad, dulces como los querubines, puras como las auras del elíseo.

Se puede vivir al lado de ellas y amar la vida.

Ah! ellas nos hacen comprender que hay una belleza

cuyos encantos el tiempo no destruye, — la belleza moral.

Por qué han de ser tan lindas y tan malas; por qué tanta donosura, al lado de tanta perfidia á veces?

Por qué esos rostros anjélicos y esos corazones satánicos?

Por qué han de ser tan repelentes y tan buenas; por qué tanta seduccion oculta, al lado de tanta esterioridad desagradable?

Por qué esas caras defectuosas y esos corazones que son un dechado?

Por qué ha hecho Dios cosas tan contradictorias, como una mujer adorable y mala?

Si su poder es tan grande; porque lo que mas amamos, ha de ser, como esas flores venenosas de ricos matices, susceptibles de fascinarnos con su mirada y de intocsicarnos con su aliento maldito?

Qué! no bastaba que hubiera hombres malos?

Para completar el infierno de este mundo, habia acaso necesidad de que las mujeres fueran demonios?

Yo habria hecho iguales á todas las mujeres.

Las rosas,—no ecshalan todas el mismo suavísimo perfume?

Las cosas bellas, deberian serlo en todo y por todo.

Soliloquiando así iba yo, cuando un murmullo humano, parecido á un gruñido de perros, llamó mi atencion.

Me detuve, estaba á dos pasos del toldo de Villareal;

puse el oido, oí hablar confusamente en araucano; miré en esa direccion y ví el espectáculo mas repugnante.

Un candil de grasa de potro, hecho en un hoyo, ardia en el suelo; un tufo rojizo era toda la luz que despedia.

Bajo la enramada del toldo, la chusma viciosa y corrompida saboreaba con irritante desenfreno los restos aguardentosos de una saturnal que habia empezado al amanecer.

Hombres y mujeres, jóvenes y viejos, todos estaban mezclados y revueltos unos con otros; desgreñados los cerdudos cabellos, rotas las sucias camisas, sueltos los grasientos pilquenes; medio vestidos los unos, desnudos los otros; sin pudor las hembras, sin vergüenza los machos, echando blanca babasa estos, vomitando aquellas; sucias y pintadas las caras, chispeantes de lubricidad los ojos de los que aun no habian perdido el conocimiento, lánguida la mirada de los que el mareo iba postrando ya; hediendo, gruñendo, vociferando, maldiciendo, riendo, llorando, acostados unos sobre otros, despachurrados, encojidos, estirados, parecian un grupo de reptiles asquerosos.

Sentí humillacion y horror,—viendo á la humanidad en aquel estado y entré en el toldo.

Mi jente estaba pronta.

Solo Villareal, su mujer y su cuñada, no estaban ébrios.

Me esperaban con agua caliente y todo preparado para cebarme un mate de café.

Tuve, pues, que sentarme un rato.

No siéndole posible acompañarme á Villareal hasta el toldo de Ramon, ni darme quien lo hiciera, porque toda su chusma estaba *achumada*,—lo que hacia que él no pudiese dejar sola su familia,—llamé á Camilo Arias y mientras yo tomaba unos mates, le hice que se informára del camino.

Villareal, como indio ladino, dió todas las señas del campo que debíamos cruzar; advirtió las rastrilladas que debian dejarse á la derecha ó á la izquierda, los bañados guadalosos que debian escusarse; los médanos que debian rodearse, los que debian cruzarse trepando por ellos; los toldos y los sembrados que quedaban cerca de la morada del Cacique.

Una vez enterado Camilo de todo, me despedí de Villareal y su familia.

Nos abrazaron á todos con cariño, rogando á Dios en lengua castellana, que tuviéramos feliz viaje, y nos acompañaron hasta el palenque, pidiéndonos como lo hubieran hecho las jentes mejor criadas, mil disculpas por la pobrísima hospitalidad que nos habian dispensado.

Como la noche estaba tan hermosa, y no teníamos ningun monte que atravesar, mandé echar las tropillas por delante para que los animales montados, marcháran mas ganosos.

Le previne á Camilo que cada diez minutos hiciera alto para que no nos fuéramos á estraviar, por no oir los cencerros,—en marcha! grité y partieron todos.

Yo me detuve un instante á encender un cigarro.

Encendiéndolo estaba, cuando una sombra se acercó á mi lado.

Reconocí una mujer.

—Aquí vengo á traerle esto, me dijo, poniendo en mis manos un pequeño envoltorio de papel.

—Y qué es eso? le pregunté.

—Es un recuerdo.

—Un recuerdo?

—Sí, una faja pampa, bordada por mí.

—Gracias, por qué se ha incomodado?

Dió un suspiro y con acento conmovido y tono de reproche amable, esclamó :

—¡Incomodado!

—Adios! le dije, recojiendo mi caballo.

—Adios! me contestó tristemente.

—Adios! adios! dijeron Villareal y su mujer.

—Adios! adios! repuse yo, y partí al galope, murmurando:

—Saben querer desinteresadamente y olvidar tambien.

No son ni ánjeles, ni demonios.

Pero participan de las dos naturalezas á la vez. Cuando son buenas,—no hay nada comparable á ellas; cuando son malas,—son ecsecrables.

Y, con todos sus defectos, sus contradicciones y sus veleidades,—la ecsistencia sin ellas, seria como una peregrinacion nocturna por una tierra de hielo y bajo un cielo sin luz.

Sí, todos esclaman tarde ó temprano, despues de tantos arranques frenéticos:

Yes! my adored, yet most unkind!
Though thou wilt never love again,
To me't is doubly sweet to find
Remembrance of that love remain.

Yet! 't is a glorius thought to me
Nor longer shall muy soul repine,
Whate'er thou art or e' er shall be, (1)
That thou hast been dearly, solely, mine.

El cencerro de las tropillas me servia de guia; mi caballo iba brioso lo que le oia y rumbeaba al fin para la querencia.

Llegué al pié de un médano bastante elevado y me encontré con Camilo Arias que me esperaba.

Oyendo el cencerro y no viendo las tropillas, se me ocurrió que alguna novedad habia.

—Qué hay? le pregunté.

—Nada, señor, me contestó, por precaucion lo he esperado aquí; vamos á cruzar este médano, tiene muchas caidas y es muy fácil perderse.

—Bueno, adelante! vamos! es mucho mas de media noche; no perdamos tiempo, le dije.

Trepó al médano y le seguí. Los caballos hacian esfuerzos supremos para repecharlo, se enterraban hasta

(1) Sí, amiga adorada, aunque inconstante, en vano no me amarás ya; es para mí un consuelo saber que el recuerdo de nuestro amor no se borrará de tu corazon.

Sí, será para mí un triunfo, y ahogaré las penas de mi alma pensando que, seas lo que seas, te vuelvas lo que te vuelvas, *tú has sido mia y solo mia.*

los hijares en la blanda y deleznable arena; pero subian poco á poco. Llegamos al borde de la cresta,—y cuando yo creia trasmontar el obstáculo, me hallé con una hondonada profunda, de cuyo fondo manaba puro y cristalino un espejo de agua. Las tropillas bebian reflejándose en él y la luna desde un cielo limpio y azul, iluminaba el agreste y poético paisaje.

Seguimos andándo, subimos y bajamos.

De repente, á pesar de las precauciones tomadas Camilo Arias, me dijo:

—Señor, estamos perdidos.

—Alto! alto! grité, y contestándole á Camilo:

—Busca la senda, pues.

Echamos pié á tierra y esperamos.

Un momento despues volvió el ecuestre piloto diciendo:

—Por allí vá.

Marchamos.

La noche se iba toldando; parecia querer llover al entrarse la luna.

Caimos á un bañado salitroso y siendo tantos los rastros que lo cruzaban y los arbustos espinosos de que estaba cubierto, las tropillas se desparramaron.

Era una confusion, de todos lados sonaban cencerros y se oian los silbidos de los tropilleros *repuntando* los caballos menos amadrinados.

Nosotros mismos tuvimos que diseminarnos; las sendas eran muy tortuosas y los caballos no se seguian.

El salitral blanqueaba como la mansa superficie de un lago helado; crujia estrepitosamente bajo los cascos de los cien caballos que lo cruzaban, hundiéndose aquí en el guadal, espinándose allí en las carquejías que tanto abundan en las pampas, espantándose de repente de los fuegos fátuos que como una fosforescencia errante corrian acá y allá.

La noche se encapotaba; la luna declinaba con sombría majestad por entre anchas fajas jaspeadas y las estrellas apenas alumbraban, al través del velo acuoso que cubria los cielos.

Crucé el bañado.

Camilo Arias no se habia separado de mí.

Algunos habian pasado ya y esperaban en la orilla; otros estaban acabando de pasar.

Con las tropillas sucedia lo mismo, no estaban reunidas aun.

Esperé un rato y mientras tanto se buscó en vano el camino.

Viendo que no lo hallaban y que el capitan Rivadavia y otros no parecian, mandé quemar el campo,—no se pudo por la humedad y falta de sebo; se dieron voces, nadie contestó; silbamos, silencio profundo.

Destaqué tres descubridores; á las cansadas volvieron dos, sin haber visto ni oido nada.

Faltaba el otro, y contestó de ahí cerca; hacia un rato que jiraba perdido á nuestro alrededor.

La lluvia amenazaba volver á desplomarse por momentos.

—Marchemos al rumbo, le dije á Camilo, hasta que lleguemos á un campo mas alto que este; los demás jinetes y caballos los hallaremos de dia.

Marchamos.

Y marchando íbamos cuando ladraron perros.

—Allí hay un toldo, dijo Camilo.

Miré en la direccion que me indicaba, no ví sino tinieblas.

—Pues hagamos alto aquí y que vayan á averiguar donde queda el de Ramon, le contesté.

Despachó una pareja de jinetes.

Volvieron diciendo que íbamos mal; que el camino quedaba á la izquierda, es decir, al poniente y que el toldo de Ramon estaba muy cerca, que en cuanto cruzáramos una cañada lo veríamos.

Cambiamos de rumbo y seguimos la marcha en la direccion indicada y á poco andar, caimos á un campo bajo, húmedo y guadaloso.

—Aquí debe ser la cañada, dijo Camilo, ya debemos estar cerca.

Entre los estraviados iba un perro mio llamado *Brasil*, que despues de haber hecho la campaña del Paraguay en el batallon 12 de línea, me acompañaba valientemente en aquella escursion.

Brasil era un sabueso criollo intelijentísimo, mezcla de galgo y de podenco de presa, fuerte, guapo, lijero, listo, gran cazador de peludos y mulitas, de gamos y avestruces, y enemigo declarado de los zorros, únicos con quienes no siempre salia bien.

Todos le querian, le acariciaban y le cuidaban.

Los soldados conocian sus ladridos lo mismo que mi voz.

Cruzábamos la cañada, cuando se oyeron unos ecos perrunos.

—Ese es Brasil! dijeron varios á la vez.

—Ahí ha de estar el capitan Rivadavia, dijo Camilo Arias.

Con efecto, guiados por los ladridos de Brasil, no tardamos en reunirnos á él.

Faltaban sin embargo algunos.

El capitan Rivadavia, con los que le seguian, despues de haber buscado inútilmente su incorporacion á mí, resolvió esperar allí y hacia un buen rato que me esperaba.

Seguimos la marcha y al entrar en unos *viscacherales*, Camilo Arias me observó que debíamos estar muy cerca de algun toldo.

Las viscachas auguran siempre una poblacion cercana.

Corriéndolas Brasil, husmeó un rastro de jinetes y caballos.

—Por allí debe de ir Rufino Pereira, que era uno de mis asistentes de confianza que faltaba,—con su tropilla, dijo Camilo al oirlo.

Un momento despues oyéronse con mas fuerza los ladridos de Brasil y de otros de su jaez.

A no dudarlo, íbamos á llegar al toldo de Ramon ó á otro.

Seguimos la direccion de los ladridos y al llegar á un gran corral, apareció Rufino Pereira, con su tropilla.

La madrina habia perdido el cencerro en el *carquiejal* del bañado salitroso.

Estábamos en donde queríamos.

Me aprocsimé al toldo.

Salió un indio, me dijo que Ramon habia estado en pié, con toda la familia, esperándome, hasta media noche con la cena pronta; que no se levantaba porque estaba medio indispuesto, que me apeára que aquella era mi casa, que me acomodase como gustára.

Eché, pues, pié á tierra, me instalé en un espacioso galpon, donde Ramon tenia la *fragua de su platería*, se acomodaron los caballos, se recojieron de la huerta zapallos y choclos en abundancia, se hizo fuego; cenamos y nos acostamos á dormir alegres y contentos, como si hubiéramos llegado al palacio de un príncipe y estuviéramos haciendo noche en él.

Cuán cierto es que el arte de la felicidad consiste en saber conformar los deseos á los medios y en desear solamente los placeres posibles!

LXV

El sueño no tiene amo—El toldo de Ramon nada dejaba que desear—Una frágua primitiva—Diálogo entre la civilizacion y la barbárie—Tengo que humillarme—Se presenta Ramon—Doña Fermina Zárate—Una leccion de filosofía práctica—Petrona Jofré y los cordones de Nuestro Padre San Francisco—Veinte yeguas, sesenta pesos, un poncho y cinco chiripáes por una mujer—Rasgo jeneroso de Crisóstomo—El hombre ni es un anjel ni una bestia.

Un proverbio negro dice: el sueño no tiene amo.

Todos dormimos perfectamente bien.

El cansancio nos hizo hallar deliciosa la morada del cacique Ramon.

Cuando yo me desperté eran las ocho de la mañana; mis compañeros roncaban aun con una espansion pulmonar envidiable.

Llamé un asistente, pedí mate y me quedé un rato mas en cama gozando del placer de no hacer nada,—placer tan combatido y censurado cuanto jeneralmente codiciado.

Segun un amigo, pensador no vulgar y egrejio poeta, —no hacer nada es descansar. Así él sotiene que el dia es hecho para eso y la noche para dormir.

Lástima que un mortal de gustos tan patriarcales, que seria dichoso con muy poca cosa, se vea condenado como tanto hijo de vecino, á la dura ley del trabajo, cuando innumerables prójimos desperdician lo supérfluo y aun lo necesario!

Qué hacer! el mundo está organizado así y el Eclesiastes que sabe mas que mi amigo y yo juntos, dice:

« El insensato tiene los brazos cruzados y se consume
« *diciendo:*

« Lleno el hueco de una mano, con reposo, vale mas
« que las dos llenas, con trabajo y mortificacion de es-
« píritu. »

Con la luz del dia ecsaminé el lecho en que habia dormido tan cómodamente, como en elástica cama á la *Balzac*, provista de sus correspondientes accesorios, almohadones de finísimas plumas y sedosos cobertores. Eran unos cueros de potro mal estaqueados y unas pieles de carnero,—la cabecera un mortero cubierto con mis cojinillos.

En seguida tendí la vista á mi alrededor.

En Tierra Adentro yo no habia pernoctado bajo techumbre mejor.

El toldo del Cacique Ramon superaba á todos los demás.

Mi alojamiento era un galpon de madera y paja, de doce varas de largo por cuatro de ancho y tres de alto.

Estaba perfectamente aseado.

En un costado, se veia la frágua y al lado una mesa de madera tosca y un yunque de fierro.

Ya he dicho que Ramon es platero y que este arte es comun entre los indios.

Ellos trabajan espuelas, estribos, cabezadas, pretales, aros, pulseras, prendedores y otros adornos femeninos y masculinos como sortijas y yesqueros.

Funden la plata, la purifican en el crisol, la ligan, la baten á martillo, dándole la forma que quieren y la cincelan.

En la *chafalonía*, prefieren el gusto chileno; porque con Chile tienen comercio y es de allí de donde les llevan toda clase de prendas, que cambalachean por ganado vacuno, lanar y caballar.

La frágua consistia en un paralelipipedo de adobe crudo.

Tenia dos fuelles y se conocia que el dia anterior habian trabajado; las cenizas estaban tibias aun.

En un saco de cuero habia carbon de leña y sobre la mesa se veian varios instrumentos cortantes, martillos y limas rotas.

Los fuelles llamaron sobre manera mi atencion por su estraña estructura.

Antes de ecsaminar su construccion entablé un diálogo conmigo mismo.

—A ver, me dije; representante orgulloso de la civilizacion y del progreso moderno en la pampa, como harias tú un fuelle?

—Un fuelle?

—Sí, un fuelle, no se llama así por la Academia española « un instrumento para recojer viento y volverlo á dar,»—aunque habria sido mas comprensible y digno de ella decir: un instrumento construido segun ciertos principios de física, para recojer aire por medio de una válvula, y volverle á despedir con mas ó menos violencia, á voluntad del que lo maneje, por un cañon colocado á su estremo?

—Entiendo, entiendo.

—Y bien, si entiendes, dime, cómo lo harias?

—Cómo lo haría?

—Sí, hombre, por Dios! parece que te hubiera puesto un problema insoluble.

—No digo eso.

—Entonces?

—Es que.....

—Ah! es que eres un pobre diablo, un fátuo del siglo XIX, un erudito á la violeta, un insensato que no quieres confesar tu falta de injenio.

—Yo....

—Sí, tú, has entrado en el miserable toldo de un indio á quien un millon de veces has calificado de bárbaro, cuyo esterminio has preconizado en todos los tonos, en nombre de tu decantada y clemente civilizacion, te ves derrotado y no quieres confesar tu ignorancia.

—Mi ignorancia?

—Tu ignorancia, sí.

—Quieres acaso que me humille?

—Sí, humíllate y aprende una vez mas que el mundo no se estudia en los libros.

Incliné la frente, me acerqué á la frágua, cojí el manubrio de ambos fuelles, los que estaban colocados en la misma línea horizontal, tiré, aflojé y se levantó una nube de ceniza.

Eran feos; pero surtian el efecto necesario, despidiendo una corriente de aire bastante fuerte para inflamar el carbon encendido.

Todo era obra del mismo Ramon; invento esclusivo suyo.

Con una panza de vaca seca y sobada habia hecho una manga de una vara de largo y un pié de diámetro; con *tientos* la habia plegado, formándole tres grandes buches con comunicacion; en un estremo habia colocado la mitad del cañon de una carabina y en el otro un tarugo de palo labrado con el cuchillo; el cañon estaba embutido en la frágua y sujeto con ataduras á un piquete. Naturalmente, tirando y apretando aquel aparato hasta aplastar los buches, el aire entraba y salia, produciendo el mismo efecto que cualquier otro fuelle.

Pensaba el tiempo que habria empleado yo con todos los recursos de la civilizacion, si por necesidad ó aficion á las artes liberales me hubiese propuesto hacer un fuelle; se me ocurria que quizá habria tenido que darme por derrotado,—cuando un cautivo, blanco y rubio, de doce á catorce años, entró en el galpon y despues de saludarme con el mayor respeto tratándome de *usía*, me dijo:

—Dice el cacique Ramon que si se le puede ver ya; que cómo ha pasado la noche.

Le contesté que estaba á su disposicion, que podia verme en el acto, si queria, y que habia dormido muy bien.

Salió el cautivo y un momeuto despues se presentó Ramon, vestido como un paisano prolijo, aseado que daba gusto verle; sus manos acostumbradas al trabajo, parecian las de un caballero, tenia las uñas irreprochablemente limpias, ni cortas ni largas y redondeadas con igualdad.

No estuvo ceremonioso.

Al contrario, me trató como á un antiguo conocido, me repitió que aquella era mi casa, que dispusiera de él, me anunció que ya iban á traer el almuerzo, que mas tarde me presentaria á su familia y me dejó solo.

En seguida volvió, se sentó y trajeron el almuerzo.

Era lo consabido,—puchero con zapallo, choclos, asado, etc.

Todo estaba hecho con el mayor esmero; hacia mucho tiempo que yo no veia un caldo mas rico.

Durante el almuerzo hablamos de agricultura y de ganadería.

El indio era entendido en todo.

Sus corrales eran grandes y bien hechos, sus sementeras vastas, sus ganados mansos como ningunos.

Es fama que Ramon ama mucho á los cristianos; lo cierto es que en su tribu es donde hay mas.

Una de sus mujeres, en la que tiene tres hijos, es nada menos que Doña Fermina Zárate, de la Villa de la Carlota.

La cautivaron siendo jóven, tendria veinte años; ahora ya es vieja.

Allí estaba la pobre!

Delante de ella Ramon me dijo:

—La señora, es muy buena, me ha acompañado muchos años, yo le estoy muy agradecido, por eso le he dicho ya que puede salir cuando quiera volverse á su tierra, donde está su familia.

Doña Fermina le miró con una espresion indefinible, con una mezcla de cariño y de horror, de un modo que solo una mujer observadora y penetrante habria podido comprender y contestó:

—Señor, Ramon es buen hombre. Ojalá todos fueran como él! Menos sufririan las cautivas. Yo, para que me he de quejar! Dios sabrá lo que ha hecho.

Y esto diciendo se echó á llorar sin recatarse.

Ramon dijo:

—Es muy buena la señora,—se levantó, salió y me dejó solo con ella.

Doña Fermina Zárate no tiene nada de notable en su fisonomía; es un tipo de mujer como hay muchos, aunque su frente y sus ojos revelan cierta conformidad paciente con los decretos providenciales.

Está menos vieja de lo que ella se cree.

—Y por qué no se viene V. conmigo, señora? la dije.

—Ah! señor, me contestó con amargura, y qué voy á hacer yo entre los cristianos?

—Pero reunirse á su familia. Yo la conozco, está en

la Carlota, todos se acuerdan de V. con gran cariño y la lloran mucho.

—Y mis hijos, señor?

—Sus hijos.....

—Ramon me deja salir á mí; porque realmente no es mal hombre, á mí al menos me ha tratado bien, despues que fuí madre. Pero mis hijos, mis hijos no quiere que los lleve.

No me resolví á decirle,—déjelos vd.; son el fruto de la violencia.

Eran sus hijos!

Ella prosiguió:

—Además, señor, qué vida seria la mia entre los cristianos despues de tantos años que falto de mi pueblo? Yo era jóven y buena moza cuando me cautivaron. Y ahora ya vé. Estoy vieja. Parezco cristiana, porque Ramon me permite vestirme como ellas, pero vivo como india; y francamente, me parece que soy mas india que cristiana, aunque creo en Dios, como que todos los dias le encomiendo mis hijos y mi familia.

—A pesar de estar vd. cautiva cree en Dios?

—Y él que culpa tiene de que me agarráran los indios; la culpa la tendrán los cristianos que no saben cuidar sus mujeres ni sus hijos.

No contesté; tan alta filosofía, en boca de aquella mujer, la concubina jubilada de aquel bárbaro, me humilló mas que el soliloquio á propósito del fuelle.

Una mujer, jóven y hermosa demacrada, sùcia y andrajosa se presentó diciendo con tonada cordobesa:

—Vd. será, mi señor, el Coronel Mansilla?

—Yo soy, hija, qué quiere vd?

—Vengo á pedirle que me haga el favor de hacer que los padrecitos me den á besar el cordon de Nuestro Padre San Francisco.

—Pues no, con mucho gusto,—y esto diciendo llamé á los santos varones.

Vinieron.

Al verlos entrar la desdichada Petrona Jofré se postró de hinojos ante ellos y con efusion ferviente tomó los cordones del Padre Márcos, despues los del Padre Moisés y los besó repetidas veces.

Los buenos franciscanos viéndola tan angustiosa, la ecshortaron, la acariciaron paternalmente y consiguieron tranquilizarla aunque no del todo.

Sollozaba como una criatura.

Partia el corazon verla y oirla.

Calmóse poco á poco y nos relató la breve y tocante historia de sus dolores.

Doña Fermina confirmaba todas sus referencias.

La vida de aquella desdichada de la Cañada Honda, mujer de Cruz Bustos,—era una verdadera *via-crucis*.

La tenia un indio malísimo llamado Carrapí.

Estaba frenéticamente enamorado de ella; y ella resistia con heroismo á su lujuria.

De ahí su martirio.

—Primero me he de dejar matar, ó lo he de matar yo, que hacer lo que el indio quiere, decia con espresion enérjica y salvaje.

Doña Fermina meneaba la cabeza y esclamaba:

—Vea que vida, señor!

Yo estaba desesperado.

¿Qué otro efecto puede producir la simpatía impotente?

Nada podia hacer por aquella desdichada, nada tenia que darle.

No me quedaba sino lo puesto.

Ni pañuelo de manos llevaba ya.

Doña Fermina me contó que Carrapí no queria venderla para que la sacáran y que un cristiano por caridad la andaba por comprar.

El indio pedia por ella veinte yeguas, sesenta pesos bolivianos, un poncho de paño y cinco chiripáes colorados.

—Y quién es ese cristiano? le pregunté.

—Crisóstomo, me contestó.

—Crisóstomo....?

—Sí, señor, Crisóstomo.

Crisóstomo era el hombre aquel que en Calcumuleu hubo de pasar á caballo por entre los franciscanos: que tanto me ecsasperó, que me dió de comer despues y me relató su interesante historia.

Está visto, los malvados tambien tienen corazon.

Bien dice Pascal.

El hombre no es un ánjel ni una bestia.

Es un sér indefinible,—hace el mal por placer y goza con el bien.

En medio de todo es consolador.

LXVI

La familia del cacique Ramon—Español—Una invasion—Despacho al capitan Rivadavia—Cuestion de amor propio—Buen sentido de un indio—En Carrilobo soplaba mejor viento que en Leubúcó—Suenan los cencerros—Atincar,—véase borax—El hombre civilizado nunca acaba de aprender—Me despido—Como doman los bárbaros—Ultimos hurrahs!

Me invitaron á pasar al toldo de Ramon.

Dejé á doña Fermina Zárate y á Petrona Jofré, con los franciscanos y entré en él.

La familia del cacique constaba de cinco concubinas, de distintas edades, una cristiana y cuatro indias; de siete hijos varones y de tres hijas mujeres, dos de ellas púberes ya.

Estas últimas, y la concubina que hacia cabeza, se habian vestido de gala para recibirme.

No hay indio ranquel mas rico que Ramon, como que es estanciero, labrador y platero.

Su familia gasta lujo.

Ostentaba hermosos prendedores de pecho, zarcillos, pulseras y collares, todo de plata maciza y pura,—hecho á martillo y cincelado por Ramon; mantas, fajas y pilquenes de ricos tejidos pampas.

Las dos hijas mayores se llamaban,—Comeñé, la primera, que quiere decir *ojos lindos*, de *come*, lindo, y de *ñe*, ojos; Pichicaiun la segunda, que quiere decir *boca chica*, de *pichicai*, chico, y de *un* boca.

Se habian pintado con carmin los labios, las mejillas y las uñas de las manos; se habian sombreado los párpados y puesto muchos lunarcitos negros.

Tanto Pichicaiun, como Comeñé, tenian nombres muy apropiados; la una se distinguia por una boca pequeñita lindísima; la otra por unos grandes ojos negros llenos de fuego. Ambas estaban en la plenitud del desarrollo físico, y en cualquier parte un hombre de buen gusto las habria mirado largo rato con placer.

Me recibieron con graciosa timidez.

Me senté, Ramon se puso á mi lado, su mujer principal y sus hijas enfrente.

Las dos chinitas sabian que eran bonitas,—coqueteaban como lo hubieran hecho dos cristianas.

Ramon es muy conversador, no me dejaban conversar con él; el lenguaraz trabucaba sus razones y las mias.

Qué maldita condicion tienen nuestras caras compañeras!

Con su permiso diré, —que son como los gatos: antes de matar la presa juegan con ella.

—Español! Español! gritó Ramon. El cautivo blanco y

rubió se presentó. Recibió órdenes, se marchó y volvió trayendo cubiertos y platos.

Sirvieron la comida.

Yo acababa de almorzar. Pero no podia rehusar el convite que se me hacia. Me habria desacreditado.

Comí, pues.

El cautivo, no le quitaba los ojos á Ramon; este lo manejaba con la vista.

—Cómo te llamas? le pregunté, creyendo que las palabras Español! Español! tenian una significacion araucana.

—Español no contestó!

—Español, repetí yo, mirando á Mora y á Ramon alternativamente.

—Sí, señor, Español,—me dijo Mora, así les llaman á algunos cautivos.

—Español, afirmó Ramon, que habia entendido mi pregunta.

—Pero qué nombre tenias en tu tierra, le pregunté al cautivo?

—No sé, se me ha olvidado; era muy chico cuando me trajeron, repuso.

—De dónde eres?

—No sé.

—Cómo no has de saber! Te han prohibido que digas tu verdadero nombre y el lugar en donde te cautivaron?

—No, señor.

—Si no ha de saber nada, señor, dijo Mora; por eso le

llaman Español—hasta que sea mas grande y le den nombre de indio.

—Y esa es la costumbre?

—Sí, señor.

—Pregúntele á Ramon, qué quiere decir Español?

Ramon contestó:

—Español, quiere decir,—de otra tierra.

En esto estábamos, cuando el capitan Rivadavia se me presentó y hablándome al oido me dijo:

Que Crisóstomo acababa de llegar de Leubucó y que á su salida se decia allí que habia habido invasion por San Luis.

Le pedí permiso á Ramon para retirarme, comunicándole la ocurrencia, me retiré y un momento despues el capitan Rivadavia se separaba de mí con una carta bastante fuerte para Mariano Rosas.

Le ecsijia en ella el castigo de los invasores apoyándome en el Tratado de paz y le decia que en la Verde esperaba su contestacion; que á la tarde estaria allí.

Ramon vino á hablar conmigo y me manifestó su disgusto por el hecho; me dijo que habia de ser Wenchenao, calificándolo de *gaucho ladron* y me preguntó que á que hora pensaba ponerme en marcha.

Le dije que en cuanto medio quisiera ladear el sol,—estilo gauchesco, que vale tanto como despues de las doce.

Me hizo presente que entonces habia tiempo de carnear una res gorda y unas ovejas para que llevára carne fresca.

Le espresé que no se incomodára y me hizo entender que no era incomidad sino deber y que, estrañaba mucho que Mariano Rosas me hubiera dejado salir de Leubucó sin darme carne.

En efecto, de allí habíamos salido con una mano atrás y otra adelante,—resueltos á comernos las mulas.

Yo habia hecho el firme propósito de no pedir que comer á nadie.

Era una cuestion de orgullo bien entendido en una tierra donde los alimentos no se compran; donde el que tiene necesidad *pide con vuelta.*

Trajeron una vaca gorda y dos ovejas, mandé á mi jente á carnearlas y entramos con Ramon en la platería.

El indio me habló así:

—Yo soy amigo de los cristianos; porque me gusta el trabajo; yo deseo vivir en paz, porque tengo que perder; yo quiero saber si esta paz durará y si me podré ir con mi indiada al Cuero, que es mejor campo que este.

Le contesté:

—Que me alegraba mucho de oirle discurrir así; que eso probaba que era un hombre de juicio.

Añadió:

—Yo conozco la razon; Vd. cree que no me gustaria á mí vivir como Coliqueo? (1) ¡Pero cuando van los otros! Están muy asustadizos! Es preciso que pase mucho tiempo para que le tomen gusto á la paz.

(1) Coliqueo, indio amigo establecido con su tribu entre los Departamentos Junin y 25 de Mayo;—Provincia de Buenos Aires.

Yo repuse:

—Entonces Vd. cree que es mejor vivir todos juntos y no desparramados?

—Ya lo creo, me contestó, viviendo así tan lejos unos de otros, todo son perjuicios, no hay comercio.

Llegaron algunas visitas. Tuve que recibirlas. Entre ellas venia el padre de Ramon, un indio valetudinario y setenton. Me contó su vida, sus servicios, me ponderó sus méritos con un cinismo comparable solamente al de un hombre civilizado, me dijo que habia abdicado en su hijo el gobierno de la tribu, porque Ramon era como él, me hizo mil ofertas, mil protestas de amistad y por último me pidió un chaqueton de paño forrado en bayeta.

Me avisaron que la carneada estaba hecha; mandé arrimar las tropillas y le previne á Ramon que ya pensaba marcharme, á lo cual contestó que yo era dueño de mi voluntad, que como habia de ser si no podia hacerle una visita mas larga y que iba á tener el gusto de acompañarme con algunos amigos hasta por ahí.

Le dí las gracias por su fineza, le manifesté que para que queria incomodarse, que no hiciera ceremonias, y me respondió que no habia incomodidad en cumplir con un deber, que quizá no nos volveríamos á ver.

Yo no tenia que replicar.

Pensé un momento para mis adentros, que en Carrilobo soplaba un viento mucho mejor que en Leubucó, como que Ramon no tenia á su lado cristianos que le aduláran; que era el indio mas radical en sus costumbres, el que me habia recibido mas á la usanza ranquelina, era el que se manifestaba á mi regreso mas caballero y cumpli-

do; y acabé por hacerme esta pregunta: el contacto de la civilizacion será corruptor de la buena fé primitiva?

Sentí el cencerro de las tropillas que llegaban, mandé ensillar y le dije á Ramon:

—Bueno, amigo, qué tiene que encargarme?

—Necesito algunas cosas para la platería, me contestó.

—Yo se las mandaré, y esto diciendo saqué mi libro de memoria para apuntar en él los encargos, — añadiendo,—qué son?

—Un yunque.

—Bueno.

—Un martillo.

—Bueno.

—Unas tenazas.

—Bueno.

—Un torno.

—Bueno.

—Una lima fina.

—Bueno.

—Un alicate.

—Bueno.

—Un crisol.

—Bueno.

—Un bruñidor.

—Bueno.

—Piedra lipiz.

—Bueno.

—Atincar.

Ramon habia ido enumerando las palabras anteriores, sin necesidad de lenguaraz, pronunciándolas correctamente.

Al oirle decir atincar,—le pregunté:

—Atincar?

—Sí, atincar, repuso.

—Dígame el nombre en lengua de cristiano.

—Así es, atincar.

Iba á decirle: ese será el nombre en araucano; pero me acordé de las lecciones que acababa de recibir, de mi humillacion en presencia del fuelle, de mi humillacion ante doña Fermina, discurriendo como un filósofo consumado y en lugar de hacerlo, le pregunté:

—Está vd. cierto?

—Cierto, atincar es, así le llaman los chilenos, y esto diciendo se levantó, se acercó á la frágua, metió la mano en un saquito de cuero que estaba colgado al lado de la orqueta de una tijera del techo y desenvolviéndolo y pasándomelo, me dijo:

—Esto es atincar.

Era una sustancia blanquecina, amarga, como la sal.

Apunté, *atincar* convencido que la palabra no era castellana.

En cuanto llegué al Rio 4° uno de mis primeros cuidados fué tomar el diccionario.

La palabra *atincar* trotaba por mi imajinacion.

Atincar hallé en la pájina 82, masculino, véase; *borax*.

—Alabado sea Dios! esclamé. Yo sabia lo que era borax; sabia que era una sal que se encuentra en disolucion en ciertos lagos, sabia que en metalurjía se la empleaba como fundente, como reactivo y como soldadura. Loado sea Dios!—volví á esclamar, que así castiga sin palo ni piedra.

Tanto que declamamos sobre nuestra sabiduría, tanto que leemos y estudiamos.

Y para qué?

Para despreciar á un pobre indio, llamándole bárbaro, salvaje; para pedir su esterminio, porque su sangre, su raza, sus instintos, sus aptitudes no son susceptibles de asimilarse con nuestra civilizacion empírica,—que se dice humanitaria, recta y justiciera, aunque hace morir á hierro al que á hierro mata, que se ensangrienta por cuestion de amor propio, de avaricia, de engrandecimiento, de orgullo, que para todo nos presenta en nombre del derecho el filo de una espada,—en una palabra, que mantiene la pena del talion,—porque si yo mato me matan,—que en definitiva, lo que mas respeta es la fuerza, desde que cualquier Breno de las batallas ó del dinero es capaz de hacer inclinar de su lado la balanza de la justicia.

Ah! mientras tanto, el bárbaro, el salvaje, el indio ese, —que rechazamos y despreciamos, como si todos no derivásemos de un tronco comun, como si la *planta hombre*

no fuese única en su especie,—el dia menos pensado nos prueba, que somos muy altaneros, que vivimos en la ignorancia de una vanidad descomunal, irritante, que ha penetrado en la oscuridad nebulosa de los cielos con el telescopio, que ha suprimido las distancias por medio de la electricidad y del vapor, que volará mañana quizá,—convenido; pero que no destruirá jamás, hasta *aniquilarla* una simple partícula de la materia, ni le arrancará al hombre los secretos recónditos del corazon.

Todo estaba pronto para la marcha.

Me despedí de la familia de Ramon, cuyas hijas, apartándose de la costumbre de la tierra, nos abrazaron y nos dieron la mano, regalándoles sortijas de plata á algunos de los que me acompañaban.

En seguida, marché, me acompañaban Ramon y cincuenta de los suyos al son de cornetas.

Ramon montaba un caballo bayo domado por él.

Parecia un animal vigoroso.

—Yo no soy haragan, amigo, me dijo. Yo mismo domo mis caballos, me gusta mas el modo de los indios que el de los cristianos.

—Y qué, doman de otro modo vds? le pregunté.

—Sí, me contestó?

—Cómo hacen?

—Nosotros no maltratamos el animal; lo atamos á un palo; tratamos de que pierda el miedo; no le damos de comer si no deja que se le acerquen; lo palmeamos de á pié; lo ensillamos y no lo montamos, hasta que se acostumbra al recado, hasta que no siente ya cosquillas; des-

pues lo enfrenamos, por eso nuestros caballos son tan briosos y tan mansos.

—Los cristianos les enseñan mas cosas, á trotar mas lindo, nosotros los amansamos mejor.

Hasta en esto, dije para mis adentros, los bárbaros pueden darles lecciones de humanidad á los que les desprecian.

Ramon me habia acompañado como una legua.

—Hasta aquí no mas, le dije, haciendo alto.

—Como guste, me contestó.

Nos dimos la mano, nos abrazamos y nos separamos.

Su comitiva me saludó con un hurrah!

—Adios! adios! gritaron varios á una.

—Adios! adios! amigo! gritaron otros.

Y ellos partieron para el Sur, y nosotros para el Norte, envueltos en remolinos de arena que oscurecian el horizonte como negra cortina.

Mi cálculo era llegar á la Verde al ponerse el sol.

Llegué á un campo pastoso, hice alto un momento, la arena nos ahogaba.

LXVII

A la vista de la Verde—Murmuraciones—Defecto de lectores y de caminantes—Dos cuentos al caso—Reglas para viajar en la Pampa—La monotonía es capaz de hacer dormir al mejor amigo—Dos polvos—Suertes de Brasil—Reproche de los franciscanos—Tendrán alma los perros?—Un obstáculo.

Los médanos de la Verde estaban á la vista, y es probable que, en mi caso, otro viajero no se hubiera detenido. Pero la esperiencia es madre de la ciencia, y yo me reia de algunos de mis oficiales que, viendo el objetivo tan cerca, murmuraban: ¿Por qué se parará aquí este hombre?

Ellos no habian recorrido como yo cuatro partes del mundo,— en buque de vela, en vapor, en ferro-carril, en carreta, á caballo, á pié, en coche, en palanquin, en elefante, en camello, en globo, en burro, en silla de manos, á lomo de mula y de hombre.

Es defecto de lectores y de caminantes apurarse demasiado.

Unos y otros debieran tener presente que la igualdad

del movimiento produce en el espíritu el mismo efecto que hace en los aires la igualdad de la entonacion.

Voltaire lo ha dicho.

« L'ennui naquit un jour de l'uniformité. »

Lo que nos sucede cuando oimos leer en alta voz con escesiva rapidez olvidando la marcha mas ó menos mesurada del autor, la fuerza, enerjía ó pasion del pensamiento,—nos sucede tambien viajando en ferro-carril.

La velocidad de la locomocion no hace efecto porque es contínua.

Siempre que oigo leer en alta voz muy á prisa, me acuerdo de un cuento, y cuando recorro á caballo las pampas arjentinas me acuerdo de otro.

En una comedia de Sedaine, no estoy cierto si en *Rose et Colas*, hay una escena muy larga entre dos aldeanos, y cuentan las crónicas que los actores á fin de terminar cuanto antes el ensayo, se apuraban demasiado, y que no por eso la escena parecia mas corta.

Consultado el autor á ver si se prestaba á hacer algunas supresiones, contestó:

«Díganla mas despacio y harán que parezca mas corta.»

Sedaine tuvo, á no dudarlo, presente el dicho de otro poeta francés como él :

« Dans tout ce que tu *lis*, hâte-toi lentement. »

Pues lo mismo sucede cuando se recorre un país á todo galope; todo parece lejos y nada se ve bien, se llega al término de la jornada abrumado de cansancio y sin haber disfrutado de los agradables espectáculos de la naturaleza.

Y eso es cuando se llega, que á veces se queda uno en el camino.

Era una tarde, poníase el sol, un viajero ecuestre galopaba á toda brida por los campos.

Encontróse con un gaucho y le preguntó:

—A qué hora llegaré á tal parte?

—Si sigue al galope, le contestó, llegará mañana; si marcha al trotecito llegará *lueguito* no mas.

—Y cuántas leguas hay?

—Así como dos.

—Y cómo es eso; si está tan cerca, como he de tardar mas, andando mas lijero?

—Oh! contestó el paisano, echándole una mirada de compasion al caballo de su interlocutor; es que si lo sigue apurando al *mancarron ahorita* no mas se le va á aplastar.

Lo cual oido por el viajero hizo que recojiendo la rienda se pusiera al trote.

La aplicacion de mis mácsimas, viajando en todas estaciones, de dia y de noche, con buen y mal tiempo, por las vastas soledades del desierto, me ha dado siempre el mejor resultado.

He llegado á donde me proponia el dia anunciado de antemano, sin dejar caballos cansados en el camino y sin fatigar física ni moralmente á los que me acompañaban.

Mi regla era inalterable.

Partia al trote, galopaba un cuarto de hora, sujetaba, seguia al tranco cinco minutos, trotaba en seguida otros

cinco, galopaba luego otro cuarto de hora, y por último hacia alto, echaba pié á tierra, descansaba cinco minutos y dejaba descansar los caballos prosiguiendo despues la marcha con la misma inflecsible regularidad, toda vez que el terreno lo permitia.

Los maturrangos que me seguian se quejaban de que cambiára tanto el aire de la marcha y de las contínuas paradas,—primero, por falta de reflecsion; segundo, porque á ellos una vez que el cuerpo se les calienta, lo que menos les incomoda es el galope. Pero los caballos mas jueces en la materia que los que los montan, estoy cierto, que en su interior decian, cada vez que oian la voz de *alto* y la órden de *saquen los frenos:* bendito sea este coronel!

Lo repito, viajando sucede lo mismo que leyendo.

Las lecturas mas largas son esas en las que no hay alteracion ni en la cadencia ni en la diccion.

El autor de la trajedia de *Leonidas* habia invitado varios de sus amigos para leerles una nueva composicion.

Nadie se hizo esperar.

A la hora convenida doce jueces selectos entre los que habia algunos académicos, se hallaban reunidos ocupando cómodos sillones, y en frente de ellos, con una mesa por delante el poeta.

La lectura empezó leyendo el mismo autor, que poseia el arte de hacer magníficos versos; pero que no sabia leer.

Leia con una voz sepulcral, monótona é invariable.

Durante la primera media hora la amistad soportó el suplicio, aplaudiendo los dos primeros actos.

Terminaba el tercero, y como el autor no oyese la mas leve muestra de aprobacion, levantó la vista del manuscrito, y echando una mirada á su alrededor, encontró que el auditorio dormia profundamente.

Comprendiendo lo que habia pasado, apaga las luces, y en lugar de continuar leyendo, se pone á declamar á oscuras el resto de la trajedia que sabia de memoria.

La lectura en alta voz y la declamacion son dos artes diferentes.

Todos se despiertan esclamando: bravo! bravo!

El autor no se detiene, sus amigos creen que aquello es un sueño, que están ciegos, porque abren los ojos y nada ven, vuelven en sí despues de un momento de espanto y la escena termina con esta enseñanza útil.

La monotonía es capaz de hacer dormir á los mejores amigos.

Mis oficiales no pensaban en nada de esto al censurar mi parada á la vista de los médanos de la Verde, como no pensaron en ocasiones anteriores qué habria sido de los pobres caballos y de nosotros mismos, si hubiéramos marchado en alas de la impaciencia siempre al galope?

Habríamos tardado mas en llegar á Leubucó, mas en salir de allí, mas en volver al punto de partida y el trayecto lo hubiéramos hecho entre el sueño y la fatiga.

Que se acuerden de lo que les pasó, yendo de la Verde al fuerte «Sarmiento» y cuando en cumplimiento de mis órdenes tuvieron que hacer la marcha al trote, y nada mas que al trote.

Todos querian galopar ó *tranquear*.

Los franciscanos clamaban al cielo.

La consigna era al trote y al trote se marchaba y las distancias parecian mas largas y las horas eternas y todos se dormian y se llevaban los árboles por delante é interiormente esclamaban,—malhaya el Coronel.

El Coronel tuvo sin embargo sus razones para dar esas órdenes,—razones que no son del caso y que respondian á un sentimiento de prudencia previsora.

La parada no se efectuó únicamente por alterar la monotonía de la marcha, por hacer descansar los caballos. La diplomacia tuvo en ello gran parte.

Yo tenia motivos para retardar mi arribo á la Verde, en donde no queria detenerme, sino encontrarme en todo caso con el capitan Rivadavia, ó con algun embajador de Mariano Rosas.

Cuando despues de haber medido las distancias con el compás de la imajinacion, el reloj me dijo que era hora de proseguir la marcha, mandé poner los frenos y cinchar.

Al tiempo de movernos descubriéronse á retaguardia dos polvos siguiendo la misma direccion de la rastrillada, siendo mas pequeño el que estaba mas cerca de nosotros, que el que remolineaba mas lejos.

—Es uno que corre un avestruz, decian estos; es uno que corre una gama, decian aquellos; no es nada de eso, decia Camilo Arias; es un indio que corre una cosa que no es animal del campo.

Mis oficiciales y yo observábamos, haciendo conjeturas, y hasta los franciscanos que se iban haciendo gau-

chos, metian su cuchara calculando qué serian los tales polvos.

Ya estábamos á caballo.

Yo trepidaba; queria seguir y salir de dudas.

Camilo Arias cuya mirada taladraba el espacio, por decirlo así, hasta tocar los objetos, dijo entonces con su aire de seguridad habitual:

—Es un indio que corre un perro.

—Ha de ser *Brasil* que se ha de haber escapado, esclamaron varios á una.

Y los dos franciscanos:

—Pobrecito! Cuánto me alegro!

Y esto diciendo, me miraron como reprochándome una vez mas lo que habia hecho en Carrilobo.

Mi pecado no era grande empero.

Estábamos conversando con Ramon en su toldo, cuando el valiente *Brasil*,—hablo del perro,—vino mansamente, á echarse á mi lado, mirándome como quien dice; cuando nos vamos de esta tierra, meneando al mismo tiempo la cola como un plumero, como cuando con una sonrisa afable ó con una palmada cariñosa queremos neutralizar el efecto de una frase picante.

No sé si lo he dicho; que *Brasil* á mas de ser muy guapo, era un can gordo y maciso, de reluciente pelo color oro muy amarillo.

Pero sí, recuerdo haber dicho estando allá por las tierras de mi compadre Baigorrita, que los perros de los indios pasan una vida verdaderamente de perros. Siem-

pre hambrientos, se les ven las costillas, tal es su flacura; parece que no tuvieran carne ni sangre; diríase al verlos, que son habitantes fósiles de las remotas épocas anti-diluvianas, en que solo vivian disecados por una temperatura plutoniana los enroscados durmonitas y los alados y cartilajinosos pterodáctilos de largo pescuezo y magna cabeza.

Ramon, enamoróse de la magnificencia de *Brasil*, cuya gordura contrastaba con la estiptiquez de sus perros, lo mismo que un prisionero paraguayo con un morrudo soldado rio-grandés.

—Qué perro tan gordo, hermano, me dijo, y qué lindo! y los mios qué flacos!

—No les dará de comer, hermano, le contesté.

—Pues no!

—Y qué les dá de comer?

—Lo que sobra.

Lo que sobra, dije yo para mis adentros. Y sabiendo que los indios se comen hasta la sangre humeante de la res, pensé: yo no quisiera estar en el pellejo de estos perros, recordando que alguna vez habia tenido envidia de ciertos perritos de larga lana y lúbricos ojos, que algunas damas de copete y otras que no lo son, adoran con locura, durmiendo hasta con ellos, tal es el progreso humanitario del siglo XIX; progreso que si sigue puede hacer que el año 2000 un perro se llame *Monsieur Bijau*, *Mister Pinch* ó el *Señor Don Barcino*.

Y dirijiéndome á mi interlocutor, repuse:

—Eso no basta.

Ramon contestó:

—Es que son *maulas* estos mios. Vd. podia regalarme el suyo para que encastára aquí.

Qué le habia de decir?

—Está bueno, hermano, le contesté, tómelo; pero hágalo atar ahora mismo porque de lo contrario no ha de parar en el toldo, se ha de ir conmigo.

Ramon llamó y al punto se presentaron tres cautivos.

Hablóles en su lengua; quisieron ponerle un dogal al cuello, con un lazo que por allí estaba, mas fué en vano.

Brasil mostraba sus aguzados y blancos colmillos, gruñia, se encrespaba, encojiendo nerviosamente la cola y los tímidos cautivos no se atrevian á violentarlo.

Me parecia que los desgraciados comprendian mejor que yo la libertad, y que no era por cobardía sino por un sentimiento de amor confuso y vago que respetaban al orgulloso mastin.

Juré yo mismo ser el verdugo de mi fiel compañero.

Brasil me miró cuando me levanté á tomar el lazo, echóse patas arriba mostrándome el pecho como diciéndome: mátame si quieres.

Al atarle la soga en el pescuezo me miré en la niña de sus ojos que parecian cristalizados.

Y me ví horrible, y á no ser la palabra empeñada, me habria creido infame.

Brasil se dejó atar humildemente á un palo.

Intentó ladrar y le hice callar con una mirada severa y un ademan de silencio.

Al abandonar el toldo de Ramon entré en él á despedirme de su familia.

El movimiento que reinaba, dijo claramente al instinto del animal que su libertad habia concluido, viéndome salir sin él, prorumpió en alaridos que desgarraban el corazon.

Quién sabe cuanto tiempo ladró!

Probablemente no se cansó de ladrar y Ramon cansado de sus lamentaciones le soltó viéndonos ya lejos.

Brasil se dijo probablemente tambien, viéndose suelto:

Ils vont, l'espace est grand, pero yo les alcanzaré, y se lanzó en pos de nosotros huyendo de aquella tierra donde los de su especie le habian hecho perder la buena opinion que tuviera de la humanidad.

Los dos polvos avanzaban sobre nosotros con celeridad.

Teníamos la vista clavada en ellos.

De repente, la nube mas cercana se condensó y Camilo Arias gritó:

—Ahí lo volcan!

Lo confieso, persuadido de que era *Brasil* que venia hácia nosotros, las palabras de Camilo me hicieron el mismo efecto que me habria hecho en un campo de batalla ver caer prisionero á un compañero de peligros y de glorias.

Los buenos franciscanos estaban pálidos, mis oficiales y los soldados tristes.

El mal no tenia remedio.

—Vamos, dije, y partí al galope.

—Y qué lo dejamos? esclamaron los franciscanos.

—Vamos, vamos, contesté; y una idea fijó mi mente mortificándome largo rato.

Por qué me preguntaba pensando en la suerte de *Brasil*, no ha de tener alma como yo, un sér sensible, que siente el hambre, la sed, el calor y el frio, en dos palabras: el dolor y el placer sensual, lo mismo que yo?

Y pensando en esto procuraba esplicarme la razon filosófica de por qué se dice:

Ese hombre es muy perro, — y nunca cuando un perro es bravo ó malo: Ese perro es muy hombre.

No somos nosotros los opresores de todo cuanto respira inclusive nuestra propia raza?

La moral será algun dia una ciencia ecsacta?

A dónde iremos á parar,—si la anatomía comparada, la fisiolojía, la frenolojía, la biolojía, en fin, llegan á hacer progresos tan estraordinarios, como la física ó la química los hacen todos los dias, tanto que ya no va habiendo en el mundo material nada recóndito para el hombre?

Qué le falta descubrir?

Por medio de la electricidad, de la óptica y del vapor ha penetrado ya en las entrañas de la tierra y en los abismos del mar hasta insondables profundidades; ha descubierto en los cielos remotos é invisibles luminares y su palabra recorre millares de leguas con májica y pasmosa rapidez.

Soñando en esas cosas iba distraido, cuando mi caballo

se detuvo en presencia de un obstáculo, no sintiendo ni el rebenque ni la espuela.

Estábamos al pié de los médanos de la Verde.

LXVIII

Otra vez en la Verde—Ultimos ofrecimientos de Mariano Rosas—Mas ó menos todo el mundo es como Leubucó—Augurios de la naturaleza—Presentimientos—Resuelvo separarme de mis compañeros—Impresiones—Adios!—Un fantasma—Laguna del Bagual—Encuentro nocturno—Un cielo al revés—*Agustinillo*—Miseria del hombre.

El lector conoce ya la Verde en cuyo hoyo profundo y circular, mana fresca, abundante y límpida, el agua dulce, y donde todos los que entran, ó salen, por los caminos del Cuero y del Bagual, se detienen para abrevar sus cabalgaduras y guarecerse durante algunas horas bajo el tupido ramaje de los algarrobos, de los chañares y espinillos, que hermosean el plano inclinado, que en abruptas caidas, conduce hasta el borde de la laguna, cubierto de verdes juncos, de amarillentas espadañas y filosas totoras de semi-cilíndricas hojas, entre las cuales los sapos y las ranas celebran escondidos, en eterno y monótono coro, la paz inalterable de aquellas rejiones solitarias y calladas.....

Allí hay sombra, fresca gramilla y perfumado trebol,

durante las horas en que el sol vibra implacable sus rayos sobre la tierra; refujio durante las noches tempestuosas, en que las aguas se desploman á torrentes del cielo, leña siempre para encender el alegre fogon.

Yo coronaba con mi jente las crestas arenosas del médano, al mismo tiempo que en una direccion que formaba con la mia un ángulo recto, aparecia un pequeño grupo de jinetes viniendo de Leubucó.

Debe ser, dije para mis adentros, la contestacion del capitan Rivadavia, y picando mi caballo, descendí rápidamente por la cuesta, recibiendo pocos instantes despues, una carta suya, pues, en efecto, los que venian eran mensajeros de aquel fiel y valiente servidor.

Mariano Rosas habia escuchado mi reclamo diplomático, y, á fuer de hombre versado en los negocios públicos, me ofrecia en cumplimiento del tratado de paz, perseguir, aprehender y castigar á los que, segun mis noticias, habian andado *malaqueando* por San Luis, mientras yo tenia mis conferencias á campo raso con los notables de Baigorrita, de Mariano y de Ramon.

Promesas no ayudan á pagar; pero sirven siempre para salir del paso, y los indios incansables cuando se trata de pedir, no se andan con escrúpulos cuando se trata de prometer.

Mas ó menos el mundo anda así en todas partes, y los individuos, lo mismo que las naciones, encuentran todos los dias en el arsenal de las perfidias humanas, pretestos y razones para faltar á la fé pública empeñada; y las muchedumbres en uno y otro hemisferio, se dejan llevar constantemente de las narices por los ambiciosos que las engañan y alucinan para esplotarlas y dominarlas.

Ayer era Napoleon III erijido en campeon de las nacionalidades, triunfador en Magenta y Solferino, en nombre de la *Federacion Italiana;* hoy es Bismark en nombre del *Germanismo* al grito de la *galofobia;* mañana será otro Pedro el Grande en nombre del *Panstarismo*, valiéndose de la turbulencia Moscovita, de la ignorancia de los siervos y del fanatismo relijioso.

En América hemos tenido á Rozas, á Monágas, á Lopez.

Todos ellos supieron encontrar la palabra misteriosa y magnética para fascinar al pueblo.

La libertad y la fraternidad universal, siguen mientras tanto, siendo una bellla utopia, una santa aspiracion del alma y de *hejemonia* en *hejemonia*, dominados hoy por los unos, mañana por los otros, el hombre individual y el hombre colectivo, caminan por rumbos sangrientos quién sabe dónde.....

La perfeccion y la perfectibilidad parecen ser dos grandes quimeras.

Rodamos á la aventura, y la mentira es la única verdad de que estamos en posesion.

Parece que Dios hubiera querido ponerle una gran barrera á la conciencia humana, para detenerla siempre que se atreve á penetrar en los tenebrosos limbos del mundo moral.

El sol se ponia majestuosamente, el horizonte estaba limpio y despejado; terso el cielo azul; solo una que otra nube esmaltada con los colores del arco iris y suspendida á inmensas alturas, se descubria en la jigantesca bóveda; soplaba una brisa ricamente ocsijenada, blanda y fresca; las espadañas se columpiaban graciosamente

sobre su tallo flecsible reflejándose en las claras aguas de la laguna, hasta humedecer en ellas sus albos penachos, como voluptuosas Náyades de bella y blanca faz, que al borde de la fuente empapáran las puntas de sus sueltos cabellos, mirándose distraidas y enamoradas de sí mismas, en el espejo líquido y sereno.

El cielo y la tierra con sus indicios seguros, auguraban una noche apacible y un dia tan hermoso como el que acababa de trascurrir.

Convenia pues aprovechar los pocos momentos de luz que quedaban.

No sé que vago y falso presentimiento oprimia angustiosamente mi pecho.

Era que iba á separarme de mis compañeros, de los que en aquella estraña peregrinacion habian compartido conmigo todas las privaciones, todas las fatigas, todos los azares de que nos vimos rodeados, y que unas veces dominé con la paciencia, otras con la audacia y el desprecio de la vida?

O que habiendo pasado el peligro la imajinacion se abismaba en sí misma absorta en la contemplacion de sus propios fantasmas?

No os ha sucedido alguna vez despues de uno de esos trances heróicos, en que se ve de cerca la muerte, con ánimo sereno, sentir algo como un estremecimiento, y tener miedo de lo que ha pasado?

No os ha sucedido alguna vez, luchar brazo á brazo con la muerte, vencer y esperimentar en seguida, despues que la crísis ha pasado completamente, un sacudimiento nervioso, que es como si un eco interior os dijese: Parece imposible?

No habeis corrido alguna vez á salvar un objeto querido al borde del precipicio, salvarle instintivamente, y mirándole sano y salvo, algo como un desvanecimiento de cabeza, no os ha hecho comprender que la ecsistencia es un bien supremo, á pesar de las espinas que nos hincan y lastiman, en las esperanzas de la jornada?

No habeis estado alguna vez horas enteras á la cabecera de un doliente amado, dominado por la idea de la vida, mecido por los halagos de la esperanza, y al verle convaleciente, lívido el rostro, brillante la mirada, no os ha hecho el efecto del espectro de la muerte, y recien entonces habeis comprendido el terrible arcano que se encierra entre el sér y el no sér?

Entonces comprendereis las impresiones de mi alma, tan distintas en aquel momento de lo que habian sido antes, en ese mismo lugar,—cuando resuelto á todo sin prévio aviso y desarmado, me dirijí al corazon de las tolderías seguido de un puñado de hombres animosos.

En el fondo del médano habia ya como un crepúsculo, mientras que en sus crestas reverberaban todavía los últimos rayos solares.

Bandadas interminables de aves acuáticas, que se retiraban á sus nidos lejanos, cruzaban por sobre nuestras cabezas, batiendo las alas con estrépito en sus evoluciones caprichosas, y nuestras cabalgaduras despues de haberse refrescado, *chapaleaban* el agua de la orilla de la laguna, se revolcaban, mordian acá y allá las mas incitantes matas de pasto y relinchaban mirando en direccion al Norte, con las orejas tiezas y fijas como la flecha de un cuadrante que marcára el punto de direccion, cuando llamando á los buenos franciscanos y á mis oficiales les comuniqué que habia resuelto separarme de ellos.

El sentimiento de la disciplina no mata los grandes efectos, es mentira; pero hace que el hombre, reprimiéndose, se acostumbra á disimular todas sus impresiones—hasta las mas tiernas y honrosas.

Cuantas veces á causa de eso no pasan por séres sin corazon los que se hallan sujetos á las terribles leyes de la obediencia pasiva,—á esas leyes que en todas partes mantienen divorciando al soldado con el ciudadano, que contra el espíritu del siglo permanecen estacionarias, como monumentos inamovibles de esclavitud, sin que la marea jenerosa que ajita al mundo civilizado desde la caida del imperio Romano, los haya conmovido, y, que, por eso mismo, hacen al soldado tanto mas grande, cuanto mayor es la servidumbre que le oprime.

Al recibir aquellos la órden de formar dos grupos, de los cuales el mas numeroso seguiria por el camino conocido del Cuero, y el mas pequeño, encabezado por mí, tomaria el desconocido de la laguna del Bagual, algo como un tinte de tristeza vagó por sus fisonomías.

Nadie replicó, todos corrieron á disponer lo referente á la marcha nocturna. Pero yo comprendí que mas de un corazon sentia vivamente separarse de mí; no solo por esa simpatía secreta, que como vínculo, une á los hombres, sea cual sea su posicion respectiva, sino por ese amor á lo desconocido y esa inclinacion jenial al combate y á la lucha, propia de las criaturas varoniles, que hace apetecible la vida, cuando ella no se consume monótonamente en la malicia y los placeres.

Cumplidas mis órdenes y escritas las instrucciones correspondientes en una hoja del libro de memorias del mayor Lemleny, se formaron los dos grupos determinados.

Me despedí de este, de los franciscanos, de Ozarowzki, de todos en fin, repetí, como lo hubiera hecho un viejo regañon y fastidioso, varias veces la misma cosa, monté á caballo y eché á andar seguido de los cuatro compañeros que componian mi grupo.

El de Lemleny me precedia.

Los caballos que montábamos estaban frescos, de modo que trepamos sin dificultad á la cresta del médano, por la gran rastrillada del Norte.

Una vez allí, volvimos á decirnos adios.

Lemleny y los suyos, tomaron el ramal de la derecha, yo tomé el de la izquierda, que seguia el rumbo del Poniente, y gritando todavía una vez mas,—cuidado con galopar! —le hice comprender á mi caballo con una presion nerviosa de las piernas en los hijares, que debia tomar un aire de marcha mas vivo.

El entendido animal tomó el trote; mis dos tropillas pasaron adelante y el tan, tan, metálico del cencerro vibrando sonoro en medio del profundo silencio de la pampa animaba hasta los mismos jinetes haciéndonos el efecto de un precursor seguro.

Relinchos fuertísimos iban y venian de un grupo á otro, como si los animales se dijeran: por qué nos han separado?

Yo y los mios dimos vuelta varias veces, hasta que la distancia y las nubes de polvo, hicieron invisibles á los que trotaban sin interrupcion al Norte, á fin de poder hacer su primer parada en *Loncó-uaca*, aguada abundante y permanente, buena para apaciguar la sed del hombre y de los animales.

Probablemente ellos hicieron lo mismo que nosotros, varias veces mirarian atrás á ver si nos descubrian.

Valientes compañeros! réstame aun decir antes de perderlos de vista del todo, que hicieron su travesía con felicidad, cumpliendo mis órdenes estrictamente, con bastante hambre y trotando consecutivamente dos dias y dos noches, hasta llegar al fuerte «Sarmiento.»

Los franciscanos sacudidos por el trote casi se deshicieron; á pesar de su mansedumbre lo calificaban de infernal, repitiendo mas de una vez durante el trayecto: por qué no galopamos un poquito?

Mis oficiales contestaban: primero, porque la órden es que la marcha se haga al trote, segundo, porque si galopamos no llegaremos en dos dias.

El Padre Márcos alegaba que su caballo era superior.

Los oficiales le decian por hacerlo rabiar un poco,—cosa á la que creo no se opone la órden de Ntro. R. P. San Francisco,—tambien era superior el moro que maltrató V. la vez pasada.

Aquella marcha ha dejado recuerdos imperecederos en la memoria de los que la hicieron; y no hay ninguno de ellos que no esté de acuerdo con la teoría que he desarrollado en mi carta anterior, á propósito de las hablillas que tuvieron lugar cuando hice alto á la vista de la Verde.

Las sombras de la noche iban envolviendo poco á poco el espacio, los accidentes del terreno desaparecian entre las tinieblas, flotábamos en un piélago oscuro como el de la primera noche del Génesis,—como dicen en la tierra, —estaba toldado, las estrellas no podian enviarnos su luz

al través de los opacos nubarrones que á manera de inmensa sábana mortuoria, se habian estendido por el cielo.

Hacia algunas horas que trotábamos y galopábamos.

Un punto negro, mas negro que la negra noche, aparecia á corta distancia, en las mismas dereceras de la rastrillada, alzándose como un fantasma colosal, y un ruido que no se oye sino en la pampa, á la orilla de las lagunas, cuando la creacion duerme, íbase haciendo cada vez mas perceptible.

Era que íbamos á llegar á la laguna del Bagual.

El fantasma ese era un médano cubierto de arbustos, el ruido peculiar, el cuchicheo nocturno de las aves, que murmuran sus inocentes amores, salvándose del inclemente rocío entre las pajas.

La laguna del Bagual es por este camino un punto estratéjico como lo es por el otro la Verde: se seca rara vez, siendo fácil hacer brotar el agua por medio de jagüeles, y no tiene nada de notable, presentando la forma comun de los abrevaderos pampeanos,—la de una honda taza.

Cuando el desertor ó el bandido, que se refujia entre los indios, sediento y cansado, zumbándole aun en los oidos el galopar de la partida que le persigue,—llega á la laguna del Bagual, recien suspira con libertad, recien se apea, recien se tiende tranquilo á dormir el sueño inquieto del fujitivo.

Saliendo de las tolderías sucede lo contrario; allí se detiene el malon organizado, grande ó chico, el indio gaucho que solo ó acompañado, sale á *trabajar* de su

cuenta y riesgo, el cautivo que huye con riesgo de la vida.

Una vez en los médanos del Bagual, el que entra ya no mira para atrás, el que sale solo mira adelante.

El Bagual es un verdadero Rubicon,—no tanto por la distancia que hay de allí á las tolderías, cuanto por su situacion topográfica.

Es que por el camino del Bagual entrando ó saliendo jamás se carece de agua, de esa agua que es el mas formidable enemigo del caminante y de su valiente caballo, en el desierto de las pampas Arjentinas.

Al Sud, avanzando hácia las tolderías, Ranquileo y el médano Calzado ofrecen seguras aguadas y pasto, quedando sobre el mismo camino.

Era temprano aun, habia galopado bien, y no teniendo por que apurarme, seguí la marcha á ver si llegaba á *Agustinillo* antes de salir la luna.

Galopábamos, cruzando las sendas tortuosas de un monte espeso, cuando distinguimos cinco bultos á derecha é izquierda del camino.

—Qué es eso? le pregunté á Camilo.

—Son caballos, me contestó.

—Pues arreemos con ellos, agregué.

Y esto diciendo formamos un ala y arrebatamos del campo los cinco animales, incorporándolos á las tropillas.

A quién pertenecian?.....

Aquella noche comprendí la tendencia irresistible de

nuestros gauchos, á apropiarse lo que encuentran en su camino,—murmurando interiormente el aforismo de Proudhon: «la propiedad es el robo.»

Mora dijo:

—Han de ser de los indios.

Yo contesté:

—El que roba á un ladron tiene cien dias de perdon.

Contentos con tal hallazgo nos reíamos á carcajadas, resonando nuestros ecos por la espesura.....

De repente oyéronse unos silbidos que llamando mi atencion me hicieron recojerle las riendas al caballo y cambiar el aire de la marcha.

Los silbidos seguian saliendo de diferentes direcciones.

—Han de ser indios, dijo Mora.

—Qué indios, le pregunté.

—Los de la *Jarilla*.

—Y porque silban?

—Nos han de haber sentido y no saben lo que es.

Mora me inspiraba confianza, hice alto; pero temiendo una celada, me dispuse á la lucha, haciendo que mis cuatro compañeros echaran pié á tierra.

Si son mas que nosotros, me dije, pié á tierra somos mas fuertes, y si no vienen con mala intencion, se acercarán á reconocernos.

Efectivamente, apenas nos desmontamos, aparecieron siete indios armados de lanzas.

La luna asomaba en aquel mismo momento como un filete de plàta luminoso, por entre un monton de nubes.

—Háblales en la lengua, le dije á Mora.

Mora obedeció dirijiéndoles algunas palabras.

Los indios avanzaron cautelosamente soslayando los caballos.

Camilo Arias con ese instinto admirable que tenia, dijo:

—Están con miedo.

—Háblales otra vez, le dije á Mora.

Obedeció este, habló nuevamente, y los indios se acercaron al tranco con las lanzas enristradas, haciendo alto á unos veinte metros.

—Con permiso de quién pasando? dijeron.

—Con permiso de quién andando por acá? les contesté.

—Ese quién siendo? repusieron.

—Coronel Mansilla, *peñi*, agregué.

Y esto oyendo los indios, recojieron sus lanzas y se acercaron á nosotros confiadamente.

Nos saludamos, nos dimos las manos, conversamos un rato, les devolvimos los cinco caballos que les acabábamos de *robar*, pues eran de ellos, les dimos algunos tragos de anís, toda la yerba, azúcar y cigarros que pudimos; mi ayudante Demetrio Rodriguez les dió su poncho viendo que uno de ellos estaba casi desnudo y por último nos dijimos adios, separándonos como los mejores amigos del mundo.

—Qué indios son estos? le pregunté á Mora.

—Son indios de la Jarilla, me contestó.

—Y ese que no hablaba, que estaba bien vestido y se tapaba la cara, quién seria?

—Ese es Ancañao.

Ancañao era un indio gaucho que estando yo en Buenos Aires habia hecho una correría muy atrevida por mi frontera, llegando hasta la laguna del Tala de los Puntanos, donde tomó é hirió malamente á un cabo del Rejimiento 7° de caballería, que llevaba comunicaciones para el Rio 4°.

En estas pláticas íbamos, cuando la luna rompiendo al fin los celajes que se oponian á que brillára con todo su esplendor, derramó su luz sobre la blanca sabana de un vasto salitral, de cuya superficie refuljente y plateada, se alzaron innumerales luces, como si la tierra estuviera sembrada de brillantes y záfiros.

Era un espectáculo hermosísimo; la luna, las estrellas y hasta las mismas opacas nubes, se retrataban en aquel espejo inmóvil, haciendo el efecto de un cielo al revés.

Las huellas de la última invasion que por allí habia pasado, estaban aun impresas en el suelo cristalino.

Hice alto un momento, probé la sal y era escelente.

Los indios que viven mas cerca de allí, la recojen en grandes cantidades y hacen uso de ella para cocinar, sin someterla á ninguna preparacion prévia.

Seguimos la marcha y un rato despues estábamos en Agustinillo, campados al borde de una linda laguna y al abrigo de grandes chañares.

Hice tender mi cama, porque hacia fresco, lo mas cerca posible del fogon, y mientras preparaban un asado, estando mis miembros fatigados y hallándonos completamente fuera de peligro, traté de echar un sueño.

Imposible dormir!

Mi mente, predispuesta á la meditacion, no se dejaba subyugar por la materia.

Pensaba en las escenas estraordinarias que algunos dias antes eran un ideal, se gozaba en la contemplacion de ellas, y me decia en ese lenguaje mudo y grave con que nos habla la voz del espíritu en sus horas de reconcentracion: la miseria del hombre consiste en ver fustradas sus miras y en vivir de conjeturas; porque la realidad es el supremo bien y la belleza suprema.

En efecto, entre el ideal soñado y el ideal realizado, hay un mundo de goces, que solo pueden apreciar, como es debido, los que habiendo anhelado fuertemente, han conseguido despues de grandes padecimientos y dolores lo que se proponian.

La virtud y la felicidad son acaso otra cosa que la ciencia de lo real?

Platon, lo ha dicho hablando de lo BELLO:

«El alma que no ha percibido nunca la verdad, no puede revestir la forma humana.»

Pues, como el sábio, felicitémonos de que la verdad sea tan saludable, y de abrigar la esperanza de descubrir algun dia la sustancia *efectiva* de todo,—para que todo no sea símbolo y sueño!

EPÍLOGO.

«No nos ordenan la relijion y la humani-
«dad aliviar á los pacientes? No son herma-
«nos todos los hombres? No deben compar-
«tirse los bienes y los males que deben á
«su autor comun? Es lícito mostrarse inec-
«sorable y sin piedad con alguno de sus se-
«mejantes?»

(*Cómte.*)

«El destino de la naturaleza organizada es
«la perfectibilidad, y quién puede asignarle
«límites? Al hombre le toca dominar el caos,
«desparramar en todas partes, durante la
«vida, las simientes de la ciencia y de la
«poesía, á fin de que los climas, los cereales,
«los animales y *los hombres* se suavicen, y
«para que los jérmenes del amor y del bien
«se multipliquen.»

(*Emerson.*)

El sol no comenzaba aun á disipar el cristalino rocío, que una noche serena habia depositado sobre la agreste alfombra de la Pampa, y ya galopábamos aprovechando la fresca de una lindísima mañana de Abril.

Era necesario hacerlo así para no pasar otra noche en el camino.

Yo no tenia que contemplar tanto las cabalgaduras, como los que habian seguido por el camino del Cuero.

El itinerario del Bagual está sembrado de hermosas lagunas de agua dulce y permanente; en sus bañados vastísimos, hay siempre escelente pasto y en las profundas sinuosidades de un terreno quebrado y montuoso, sombra y leña.

Dichas lagunas saliendo de Agustinillo hasta llegar frente á la Villa de Mercedes, sobre el Rio 5°, son: Overamanca, el Chañar, Loncomatro, la Seña,—aquí se abren dos caminos, uno para el 3 de Febrero y otro para las Totoritas, las Acollaradas, el Corralito, el Macho-muerto, Santiago-Pozo, la Hallada, el Tala, el Bajo-hondo, el Guanaco, Sallape, Pozo de los avestruces y Pozo escondido.

Todas ellas presentan mas ó menos la misma fisonomía.

Aquellos campos desiertos é inhabitados, tienen un porvenir grandioso, y con la solemne majestad de su silencio, piden brazos y trabajo.

Cuándo brillará para ellas esa aurora color de rosa?

Cuándo!.....

Ay! cuando los Ranqueles hayan sido esterminados ó reducidos, cristianizados y civilizados.

Y cuántos son los Ranqueles, de cuya vida, usos y costambres he procurado dar una lijera idea en el trascurso de las pájinas antecedentes?

De ocho á diez mil almas, inclusive unos seiscientos ú ochocientos cautivos cristianos de ambos secsos, niños, adultos, jóvenes y viejos.

En qué me fundo para decirlo?

En ciertas observaciones oculares, en datos que he recojido y en un cálculo estadístico muy sencillo.

Las tres tribus de Mariano Rosas, de Baigorrita y de Ramon, que constituyen la gran familia ranquelina, cuentan los tres caciques principales susodichos, dos caciques menores, Epumer y Yanquetruz y sesenta capitanejos cuyos nombres son:

Caniupau, Melideo, Relmo, Manghin, Chuwailau, Caiunao, Ignál, Tripailao, Millalaf, Quintunao, Nillacaóe, Peñaloza, Ancañao, Millanao, Pancho, Carrinamon, Cristo, Naupai, Antengher, Nagüel, Lefin, Quentreú, Jacinto, Tuquinao, Tropa, Wachulco, Tapaio, Caiomuta, Quinchao, Epuequé, Yanque, Anteleu, Licán, Millaqueo, Painé, Mariqueo, Caiupan, José, Manqué Manuel, Achauentrú Güeral, Islaí, Mulato, Lebin, Guinal, Chañilao, Estanislao, Wuiliner, Palfuleo, Cainecal, Coronel, Cuiqueo, Frangol, Yancaqueo, Yancaó, Gabriel, Buta y Paulo.

Cada uno de estos capitanejos acaudilla diez, quince, veinte, veinte y cinco y hasta treinta *indios de pelea.*

Por indio de pelea se entiende, el varon sano y robusto, de diez y seis á cincuenta años.

Tomando por término medio, que cada caudillo, cacique ó capitanejo pueda poner en armas veinte indios, resultarian *mil trescientos.*

Efectivamente, esta cifra está en concordancia con lo que parece fuera de duda, á saber: que Mariano Rosas y Ramon tienen cerca de seiscientos indios de pelea y Baigorrita un poco mas.

Esas ocho ó diez mil almas ocupan una zona de tierra prócsimamente de dos mil leguas cuadradas, entre los 63° y 66° de latitud Sud; y los 35° y 37 de lonjitud Este, cuyos límites naturales pueden determinarse así:

Al Norte la laguna del Cuero; al Sud, las puntas del Rio Salado; al Oeste este mismo rio y al Este la Pampa.

En ese vasto perímetro se hallan diseminados unos cuatrocientos ó seiscientos toldos.

Cada toldo constituye una familia, que no baja nunca

de diez personas, y no hay toldo en el que no se encuentre un cautivo ó cautiva grande ó chico.

Segun este dato resultaria una poblacion de cuatro á seis mil almas.

Pero nótese que el cálculo se basa en el mínimum de personas que forma la familia.

De consiguiente, suponiendo que el punto de partida cuatrocientos ó seiscientos toldos fuese ecsajerado, siempre resultaria una poblacion mas ó menos de cuatro á seis mil almas, desde que la cifra de diez personas por familia, es reducida.

Todos los toldos que yo he visto tenian de veinte personas arriba.

Ahora, siendo un principio estadístico, que cada diez mil almas suministran sin esfuerzo, mil útiles para el servicio de las armas, resulta que la cifra de mil trescientos indios de pelea es una hipótesis racional para determinar la poblacion de los Ranqueles.

Sea de esto lo que fuere, la triste realidad es, que los indios están ahí amenazando constantemente la propiedad, el hogar y la vida de los cristianos.

Y qué han hecho estos, que han hecho los Gobiernos, qué ha hecho la civilizacion en bien de una raza desheredada, que roba, mata y destruye forzada á ello por la dura ley de la necesidad?

Qué ha hecho?.....
.....

Oigamos discurrir á los bárbaros.

Conversando un dia con Mariano Rosas, yo hablé así:

—Hermano, los cristianos han hecho hasta ahora lo que han podido y harán en adelante cuanto puedan, por los indios.

Su contestaeion fué con visible espresion de ironía:

—Hermano, cuando los cristianos han podido nos han muerto, y si mañana pueden matarnos á todos, nos matarán. Nos han enseñado á usar ponchos finos, á tomar mate, á fumar, á comer azúcar, á beber vino, á usar bota fuerte. Pero no nos han enseñado ni á trabajar, ni nos han hecho conocer á su Dios. Y entonces, hermano, qué servicios les debemos?

Yo habria deseado que Sócrates hubiese estado dentro de mí en aquel momento, á ver que contestaba con toda su sabiduría.

Por mi parte hice acto de conciencia y callé.....

Hasta entonces habi a cumplido con mi deber, en mi humilde esfera, segun lo entendia.

Pero mi conducta personal ni podia ni debia ser un argumento contra las humillantes objeciones del bárbaro.

No me cansaré de repetirlo:

No hay peor mal que la civilizacion sin clemencia.

Es el gran reproche que un historiador famoso le ha dirijido á su propio pais, censurando su política, en la India como conquistador.

.....

.....

Los Ranqueles derivan de los Araucanos, con los que mantienen relaciones de parentesco y amistad.

Tienen la frente algo estrecha, los juanetes salientes, la nariz corta y achatada, la boca grande, los labios gruesos, los ojos sensiblemente deprimidos en el ángulo esterno, los cabellos abundantes y cerdosos, la barba y el bigote ralos, los órganos del oido y de la vista mas desarrollados que los nuestros, la tez cobriza, á veces blanco-amarillenta, la talla mediana, las espaldas anchas, los miembros fornidos.

Pero estos caractéres físicos van desapareciendo á medida que se cruzan con nuestra raza, ganando en estatura, en elegancia de formas, en blancura y hasta en sagacidad y actividad.

En una palabra, los Ranqueles son una raza sólida, sana, bien constituida, sin esa persistencia *semítica*, que aleja á otras razas de toda tendencia á cruzarse y mezclarse, como lo prueba su predileccion por nuestras mujeres, en las que hallan mas belleza que en las indias,—observacion que podria inducir á sostener, que el sentimiento estético es universal.

Conversando con un indio cambiamos estas palabras:

—Qué te gusta mas, una china ó una cristiana?

—Una cristiana, pues.

—Y por qué?

—Ese cristiana, mas blanco, mas alto, mas pelo fino ese cristiana mas lindo.

.....

.....

La conquista pacífica de los Ranqueles, cuya fisonomía física y moral conocemos ya, para absorberlos y

refundirlos, por decirlo así, en el molde criollo, seria un bien ó un mal?

En el dia parece ser un punto fuera de disputa, que la fusion de las razas mejora las condiciones de la humanidad.

Cuando nuestros padres los españoles llegaron á América, qué mujeres traian?

El Gobierno de la Metrópoli hizo con sus colonias lo que los Gobiernos de Francia é Inglaterra hicieron con las suyas?

Mandó á ellas cargamentos de prostitutas?

No tuvieron los conquistadores que casarse con las mujeres indijenas, entroncando recien entre sí, pasada la primera jeneracion?

Y entonces, si es así, todos los Americanos tenemos sangre de indio en las venas, por qué ese grito constante de esterminio contra los bárbaros?

Los hechos que se han observado sobre la constitucion física y las facultades intelectuales y morales de ciertas razas, son demasiado aisladas para sacar de ellas consecuencias jenerales, cuando se trata de condenar poblaciones enteras á la MUERTE ó la BARBARIE.

Quién puede decir cual es el punto donde se ha de detener una raza por efecto de su propia naturaleza?

Cuál es el oríjen de verdades al alcance de ciertas razas, vedadas para otras?

Cuál es la clase de operaciones practicables para los órganos de tal pueblo, que no conseguirá jamás practicar otro?

Cuáles son las virtudes propias de tal ó cual organizacion?

La frenolojía ha pronunciado acaso su última palabra?

Entre las razas reputadas mas perfectibles, no se hallan naciones tan bárbaras, tan esclavas y viciosas como en las demás?

Nos horrorizamos de que entre los Ranqueles se vendan las mujeres, y de que nos traigan terribles malones para cautivar y apropiarse las nuestras.

Y entre los hebreos, en tiempo de los Patriarcas, el esposo no le pagaba al padre el *mohar* ó precio de la hija?

Y entre los árabes, la viuda no constituia parte de la herencia ó de los bienes que dejaba el difunto?

Y en Roma, no ecsistia el *coemptio*, es decir la *compra* y el *usus*, ó sea la posesion de la mujer?

Y en Germania, como lo muestra la ley Sajona, no ecsistian el *mundium*, y costumbres análogas?

Y los visigodos, no tenian las *arras*, especie de precio nupcial, que reemplazaba la compra pura y simple, recordando la vieja usanza?

Y los Francos no pagaban el valor de las esposas á los padres que estos dividian con aquellas? (1)

Si hay algo imposible de determinar, es el grado de

(1) Actualmente los alemanes, que hacen la guerra á la Francia, pretendiendo ser los primeros representantes de la civilizacion moderna, no tienen el casamiento *morganático*, irritante institucion nobiliaria, que no le permite á la mujer llevar el nombre de su marido y que reputa á los hijos en realidad lejítimos, bastardos para ciertos efectos civiles y políticos?

civilizacion á que llegará cada raza; y si hay alguna teoría calculada para justificar el despotismo, es la teoría de la fatalidad histórica.

Las grandes calamidades que aflijen á la humanidad, nacen de los ódios de razas, de las preocupaciones inveteradas, de la falta de benevolencia y de amor.

Por eso el medio mas eficaz de estinguir la antipatía que suele observarse entre ciertas razas y en los paises donde los privilejios han creado dos clases sociales, una de opresores y otra de oprimidos,—ES LA JUSTICIA.

Pero esta palabra seguirá siendo un nombre vano, mientras al lado de la declaracion de que todos los hombres son iguales, se produzca el hecho irritante, de que los mismos servicios y las mismas virtudes no merezcan las mismas recompensas, que los mismos vicios y los mismos delitos no son igualmente castigados.

Por mas que galopé tuve que dormir otra noche en el camino.

Al dia siguiente temprano llegaba á orillas del Rio 5°.

Habia andado doscientas cincuenta leguas, habia visto un mundo desconocido y habia soñado.....

Las galas de Abril embellecian el verde panorama de la Villa de Mercedes, donde los esbeltos álamos y los melancólicos sauces llorones crecen frondosos á millares.

El dia estaba en calma, mi alma alegre.

Reimos sin inquietud cuando debiéramos estar taciturnos ó jemir.

Somos unos insensatos!

Y cuando tenemos un momento lucido es para esclamar amargamente, ay!.....

Yo amo sin embargo el dolor,—y hasta el remordimiento,—porque me devuelve la conciencia de mí mismo.

FIN.

ÍNDICE

CAPITULO XXXIII

Pàjina

Retrato de Mariano Rosas—Su política—Cómo le tomaron prisionero los cristianos—Rozas le hace peon de su estancia del Pino—Su fuga—Agradecimiento por su antiguo patron—Paralelo—De pillo á pillo—Voto de un indio—Muerte de Painé—Derecho hereditario, entre los indios—Los refujiados políticos—Marco—Mariano Rosas quiere *loncolear* conmigo—Apuros—Una sombra..... 3 á 16

XXXIV

Efectos del aguardiente—Una mano femenil—Mi comadre Cármen me cuenta lo sucedido—Unas coplas—La vida de un artista en acordion en dos palabras—Preguntas y respuestas—Las obras públicas de Leubucó—Insistencia del organista—Un baño—Mariano Rosas en el corral—Como matan los indios la res..... ..... 17 á 26

XXXV

El toldo de Mariano Rosas visto de la enramada—Preparativos para recibirme—Un bufon en Leubucó—De visita—Descripcion de un toldo—La mesa—El indio y el gaucho—Paralelo aflijente—Reflecsiones—La comida—Un incidente gaucho..... 27 á 37

XXXVI (1)

Por qué se presenta Camilo Arias—Caractéres de este hombre y de nuestros paisanos—El indio Blanco—Sus amenazas—Le pido una entrevista á Mariano Rosas—Me tranquiliza—Costumbres de los indios—No ecsiste la prostitucion de la mujer soltera—Qué es *cancanear*—El pudor entre las indias—La mujer casada—De cuan-

tos modos se casan las indias—Las viudas—Escena con Rufino Pereira—Igualdad—Miguelito intercede por Rufino..... 38 á 50

XXXVII

El fogon al amanecer—Quien era Rufino Pereira—Su vida y compromisos conmigo..... ..... 51 á 60

XXXVIII

Visita del cacique Ramon—Un almuerzo y una conferencia en el toldo de Mariano Rosas—Mi futura ahijada—Ideas de Mariano Rosas sobre el gobierno de los indios comparado con el de los cristianos—Reflecsiones al caso—Esplico lo que es Presupuesto, Presidente y Constitucion—El pueblo comprenderá siempre mejor lo que es la vara de la ley,—qué ley..... 61 á 69

XXXIX

Camargo y José de visita en los momentos de recojerme—Me llevaban una música—*Horresco referens*—Fisonomía de Camargo—Zalamerías de Camargo—Zalamerías de José—Por qué lo respetan los indios á Camargo—Vida de Camargo contada por él mismo—Por qué produce esta tierra tipos como el de Camargo..... 70 á 79

XL

Noche de hielo—Donde es realmente triste la vida—Preparativos para la misa—Resuena por primera vez en el desierto el *Confiteor Deo Omnipotente*—Recuerdo de mi madre—Trabajos de Mariano Rosas, preparando los ánimos para la junta—Como y duermo—Conferencia diplomática—El archivo de Mariano Rosas—En Leubucó reciben la *Tribuna*—Imperturbabilidad de Mariano Rosas—Mi comadre Cármen en el fogon..... 80 á 92

XLI

Creencias de los indios—Son uniteistas y antropoformitas—*Gualicho*—Respeto por los muertos—Plata enterrada—Será cierto que la civilizacion corrompe—Crueldad de Bargas, bandido cordobés—Triste condicion de los cautivos entre los indios—Heroicidad de algunas mujeres—Unas con otras—Modos de vender—Eufonia de la lengua araucana—La carne de yegua puede ser un antídoto para la tísis?..... 93 á 104

XLII

Preparativos para la marcha á las tierras de Baigorrita—Camargo debia acompañarme—Motivos de mi escursion á Quenque—Coliqueo—Recuerdo odioso de él—Unos y otros se han valido de los indios en las guerras civiles En lo que consistia mi diplomacia—En viaje rumbo al Sud—Confidencia de un espía—El espionaje en Leubucó Poitaua—El algarrobo—Pasion de los indios por el tabaco—Como hacen sus pipas—Pitralauquen—Baño y comida—Mi lenguaraz Mora, su fisonomía física y moral 105 á 115

XLIII

Una noche eterna—Aspecto del campo al amanecer despues de la helada—En marcha—Encuentro con indios—Me habian descubierto de muy lejos—Medio que emplean los indios para conocer á la distancia si un objeto se mueve ó no—La carda—Un monte—Jente de Baigorrita sale á encontrarme—Baigorrita—Su toldo—Conferencia y regalos—Las *botas* de mis manos—Carneada—Una cara patibularia..... 116 á 126

XLIV

Qué es la vida—Reflecsiones—Los perros de los indios Recuerdos que deben tener de mi magnificencia—Un intérprete—Cambio de *razones*—*Sans façon*—*Japaí* y *Yapaí*—Detalles—En Santiago y Córdoba los pobres hacen lo mismo que los indios—Finjimiento—Otra vez la cara patibularia—Averiguaciones—Una navaja de barba mal empleada..... 127 á 137

XLV

Dos desconocidos—El cuarteron—El mayor Colchao y su hijo—Una cautiva esplica quien era Colchao y refiere su historia—Provocaciones de Caiomuta—*Gualicho* redondo—Contradicciones del cuarteron—Juan de Dios San Martin—Dudas sobre la fidelidad conyugal—Picando tabaco—Retrato de Baigorrita—Un espía de Calfucurá..... 138 á 154

XLVI

Cansancio—Puesta de sol—Un fogon de dos filas—Mis caballos no estaban seguros—Aviso de Baigorrita—Los indios viven robándose unos á otros—La justicia—Los pobres son como los caballos *patrios*—Cena y sueño—Intentan robarme mis caballos—Cantan los gallos—Vision—El mate—Un cañonazo..... 155 á 166

XLVII

Baigorrita se levanta al amanecer y se baña—Saludos—En el toldo de mi futuro compadre—El primer bautismo en Quenque—Deberes recíprocos del padrino y del ahijado—Nociones de los indios sobre Dios—Promesas de mi compadre sobre mi ahijado—Me hablan de una cosa y contesto otra—Lucio Victorio Mansilla, será algun dia un gran cacique—Pensamientos locos—Visita al toldo de Caniupan—Usos y costumbres ranquelinas—Un fumador sempiterno..... 167 á 176

XLVIII

El cuarteron cuenta su historia—Recuerdo de Julian Murga—Los niños de hoy—Diálogo con el cuarteron—Insultos—Nuestros juicios son siempre imperfectos—Un recuerdo de la imitacion de Cristo—Dudas filosóficas—Ultima mirada al fogon—El cuarteron me dá lástima—Alarma—Caiomuta ébrio, quiere matarme—Un reptil humano..... 177 á 183

XLIX

Medio dormido—Un palote humano—Un baño de aguardiente — Los perros son mas leales que los hombres—Preparativos—El comercio entre los indios—Dar y pedir con *vuelta*—Peligros á que me espuso mi pera—En marcha para Añancué—Una águila mirando al Norte, buena señal..... 184 á 195

L

Mi compadre Baigorrita me pide caballos prestados — El que entre lobos anda á aullar aprende — Aves de la Pampa — En un monte — Perdido—Las tinieblas—Fantasmas de la imajinacion—Somos felices — Disertacion sobre el derecho — El miedo — Hallo el camino—Me incorporo á mis compañeros—Clarines y cornetas..... 196 á 205

LI

Mariano Rosas y su jente—Que valiente animal es el caballo!—Un parlamento de noche—Respeto por los ancianos— Reflecsiones — La humanidad es buena — Si así no fuese estaria perturbado el equilibrio social—El arrepentimiento es infalible—Lo dejo á mi compadre Baigorrita y me retiro — Un recien llegado — Chañilao—Su trato..... 206 á 217

LII

Quien es Chañilao—Su historia—El carácter es un defecto para las medianías — Diferencia entre el paisano y el

gaucho—El primero no es nada, el segundo es siempre federal — Tenemos pueblo propiamente hablando? — Sentimientos de un maestro de posta cordobés cuando estalló la guerra con el Paraguay — Chañilao y yo— Frescas—Intrigas—Una china..... 218 á 229

LIII

Mi compadrazgo con Baigorrita habia alarmado á los de Leubucó—Censura pública — Nubes diplomáticas—Camargo conocia bien á los indios—Confio en él—Camilo y Chañilao no se entienden — En marcha para la junta grande—Quieren que salude á quien no debo—Me niego á ello—Ceden—Saludos—Empieza la conversacion— Discurso inaugural — Entusiasmo que produce Mariano Rosas—El debate—Un tonto no será nunca un héroe... 230 á 240

LIV

Repito la lectura de los artículos del Tratado de Paz—Los indios piden mas que comer—Mi elocuencia—Mimica— Dificultades—El recuerdo de un sermon de Viérnes Santo me salva—El representante de la *L berté* en Bruselas y yo —Cargos mútuos—Argumentos etnográficos — Recursos oratorios—En el banco de los acusados — Interpelaciones *ad hominem* — El traidor calla—Redoblo mi enerjía é impongo con ella — Se establece la calma — Apéndice—Once mortales horas en el suelo..... 244 á 260

LV

Revelacion—Mas habia sido el ruido que las nueces—Nuevas presentaciones—El último abrazo y el último adios de mi compadre Baigorrita — Otra vez adios—Mariano Rosas despues de la junta — Que dulce es la vida lejos del ruido y de los artificios de la civilizacion! — Los enanos nos dan la medida de los jigantes y los bárbaros la medida de la civilizacion—Una mujer azotada— No era posible dormir tranquilo en Leubucó..... 261 á 271

LVI

La paz estaba definitivamente hecha—El Doctor Macias— Gotas maravillosas — Padre é hijo indios — Lo pido á Macias—Visita á Epumer..... 272 á 282

LVII

Fama de Epumer—Me esperaban en su toldo—Recepcion Indias y cristianas—Pasteles y carbonada entre los indios—Amabilidades—Celo apostólico del padre Marcos

—Puchero de yegua—Insisto en sacar á Macias—Negativas—Un indio teólogo—Un espectro vivo ..... 284 á 296

LVIII

Intrigas contra Macias—Envidia de los cristianos—Preparativos para el bautismo — Animacion de Leubucó — Aspavientos de las madres—Sentimiento que las dominaba — El mal de este mundo en materia de relijion—Mi ahijada, la hija de Mariano Rosas—De gala, con botas de potro, de cuero de gato, y vestido de brocato—Invencible curiosidad—No puedo esplicar lo que sentí —Una cristalizacion en el cérebro—Regalos recíprocos —Pobre humanidad..... 297 á 306

LIX

Se acerca la hora de la partida—Desaliento de Macias—El negro del acordion y un envoltorio—Era un queso—Calisto Oyarzabal anuncia que hay baile—Bailes de los indios y de las chinas—En un detalle encuentro á los indios menos civilizados que nosotros..... 307 á 315

LX

Solo en el fogon—Qué habria pensado yo si hubiera tenido menos de 30 años ?—Con las mujeres es mejor no estar uno solo—El crímen es hijo de las tinieblas—El silencio es un síntoma alarmante en la mujer—Visitas inesperadas—Yo no sueño sino disparates—Los filósofos antiguos han escrito muchas necedades..... 316 á 324

LXI

La loca de Séneca—El sueño Cesáreo se me habia convertido en sustancia—Salida inesperada de Mariano Rosas —Un bárbaro pretende que un hombre civilizado sea su instrumento—Confianza en Dios—El hijo del comandante Araya—Dios es grande—Una seña misteriosa... 325 á 334

LXII

Astucia y resolucion de Camilo Arias—Ultima tentativa para sacar á Macias—Un indio entre dos cristianos—*Confitemini Domino*—Frialdad á la salida—La palabra amigo en Leubucó y en otras partes—El camino de Carrilobo—*Horrible! most horrible!*—Todavia el negro del acordion—Felicidad pasajera de Macias..... ..... 335 á 344

LXIII

A orillas de un monte—Un barómetro humano—En marcha con antorchas—Ecos estraños—Conjeturas—Un

chañar convertido en lámpara—Aparicion de Macias—Inspiracion del gaucho—Alrededores del toldo de Villareal—Una cena—Cumplo mi palabra..... 345 á 355

XLIV

Con quien vivia mi comadre Cármen—Una despedida igual á todas—Yo habria hecho igual á todas las mujeres—Grupo asqueroso—Adios!—Una faja pampa—Arrepentimiento—Trepando un médano—Desparramo—Perdidos—El Brasil puede alguna vez salvar á los Arjentinos—Llegamos al toldo de Ramon..... 356 á 368

LXV

El sueño no tiene amo—El toldo de Ramon nada dejaba que desear—Una fragua primitiva—Diálogo entre la civilizacion y la barbarie—Tengo que humillarme—Se presenta Ramon—Doña Fermina Zárate—Una leccion de filosofía práctica—Petrona Jofré y los cordones de Nuestro Padre San Francisco—Veinte yeguas, sesenta pesos, un poncho y cinco chiripáes por una mujer—Rasgo jeneroso de Crisóstomo—El hombre ni es un ánjel ni una bestia..... 369 á 379

LXVI

La familia del cacique Ramon—Español—Una invasion—Despacho al capitan Rivadavia—Cuestion de amor propio Buen sentido de un indio—En Carrilobo soplaba mejor viento que en Leubucó—Suenan los cencerros—Atincar,—véase borax—El hombre civilizado nunca acaba de aprender—Me despido—Como doman los bárbaros—Ultimos hurrahs! ..... 380 á 391

LXVII

A la vista de la Verde—Murmuraciones—Defecto de lectores y de caminantes—Dos cuentos al caso—Reglas para viajar en la Pampa—La monotonía es capaz de hacer dormir al mejor amigo—Dos polvos—Suertes de Brasil—Reproche de los franciscanos—Tendrán alma los perros?—Un obstáculo..... 392 á 404

LXVIII

Otra vez en la Verde—Ultimos ofrecimientos de Mariano Rosas—Mas ó menos todo el mundo es como Leubucó—Augurios de la naturaleza—Presentimientos—Resuelvo separarme de mis compañeros—Impresiones—Adios! Un fantasma—Laguna del Bagual—Encuentro nocturno—Un cielo al revés—*Agustinillo*—Miseria del hombre. 405 á 418

EPÍLOGO ..... 419 á 428

ERRATAS MAS NOTABLES

Pág.	Línea	Dice	Léase
3	4	Marco	Mareo
4	25	Laghelo	Langhelo
7	6	apialar	pialar
11	12	derime	dirime
14	19	espatarrado	despatarrado
31	2	sacerdoto	sacerdote
40	26	indio blanco	indio Blanco
41	26	que lo llamára	que llamára
42	14	que	qué
50	1	El	Él
61	5	qué Iey	que la ley
64	25	ardiente en	ardiente es
77	27	me habian de tomar ?	me habian de tomar !
78	26	salio, por ciertos	salio, y por ciertos
79	23	Y had adrean, which was not all a drean.	I had a dream which was not all a dream.
87	17	jenera	jeneral
89	23	El	Él
92	1	anduvo	andaba
95	20	sacrificicios	sacrificios
97	12	en sus	de sus
100	2	momento	monte
100	24	de lo	dejo
101	28	*pinunche*	*picunche*
109	3	ré	él
109	4	decia	decir
112	2	*Pitralauque*	Pitralauquen
120	9	miserablemente	admirablemente
121	7	calderon	calden
127	2	Japair	Yapaí
131	18	El,	Él
154	21	Talleylland	Talleyrand
165	26	toughit	tought
174	8	apéase	apéese
183	26	lan	tan
183	27	candenciosa	cadenciosa

Pág.	Línea	Dice	Léase
186	1	de mí, estirada	de mi estirada
198	19	pipo;	pico;
208	20	erenchas	cronchas
219	1	deferencia	diferencia
221	16	dispuesto	dispuestos
223	28	diez ó ocho	diez y ocho
230	4	Ceden saludos	Ceden — Saludos
257	20	descubrimiento futuro.	resentimiento futuro :
269	28	megro	negro
307	carta	LVIX	LIX
312	12	hera	era
352	15	llegagan	llegaban
354	25	están	estén
355	29	á las cosas se hacen con	las cosas han de tener
357	carta	XLIV	LXIV
393	3	*suertes*	*suerte*
394	2	aires	oidos
395	3	una	la
400	5	durmonitas	ammonitas
401	19	juré yo mismo ser	tuve yo mismo que ser
402	20	volcan	bolean
404	6	hoyo profundo	hoya profunda
405	18	malaqueando	maloqueando
407	5	*Pantarismo*	*Panslavismo*
407	13	bellla	bella
407	16	sangrientos	distintos
409	6	esperanzas	asperezas
410	2	efectos	afectos
410	3	acostumbra	acostumbre
410	8	divorciando	divorciado
410	12	los	las
410	28	malicia	molicie
414	12	Ranquileo	Ranquilco
414	13	Calzado	Colorado
425	20	aisladas para sacar de ellas	aislados para sacar de ellos
425	25	orijen	órden
II	32	antropoformitas	antropomorfitas

Se previene que los fólios 185 y siguientes hasta 188 están repetidos.

NOTA

El autor no ha podido correjir este tomo, por cuya razon el lector hallará quizá algunas imperfecciones de estilo, que serán subsanadas en una segunda edicion.

25 22
3889

SMITHSONIAN INSTITUTION LIBRARIES
3 9088 00454065 4
nhbae F2823.R2M25
v. 2 Una excursi:on a los indios ranqu